



escuela virtual

HISTORIAS EN
YO MAYOR

2.0

Segundo Heptamerón

Memorias de una
cuarentena creativa

Segundo Heptamerón

Memorias de una cuarentena creativa

Segundo Heptamerón:

memorias de una cuarentena creativa

Historias en Yo Mayor 8

Organizan

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

Antología, corrección de estilo y compilación

Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Equipo de Fundación Saldarriaga Concha:

Soraya Montoya González, Directora Ejecutiva

Norma Constanza Sánchez, Gerente de Operaciones

Lina María Aristizábal Durán, Líder de Educación y Formación

Laura Inés Pareja Ayerbe, Líder de Comunicaciones

Ingri Marcela Moreno Perdomo, Consultora Educación y Formación

Diseño

Mobs Audiovisual

©Varios autores.

ISBN 978-958-59913-7-8

Primera edición digital, 2021

Hecho en Colombia

ÍNDICE

Proemio	7
Semana primera	
Nadie sabe para quién trabaja	13
Los viernes llegan los alcaravanes	16
Centro urbano Antonio Nariño: crecimos juntos, los árboles y yo	20
Conversando con mi abuelo	24
Historia de película	29
Mi barrio	33
Una visita truncada	40
Casa solariega.....	46
Semana segunda	
Sin fecha de vencimiento	50
Mi historia de amor	54
Carta	57
Cómo hago para no soñarte	59
El amor existe	63
Enamoramiento de ayer	67
Insignificancias	71
Mi poema eres tú	73
Semana tercera	
Jueves Santo o cómo acepté un soborno	77
Cómo aprendí a fumar	81
Mi travesura de escuela	84

La canción del pajarito	89
Unas líneas de mi niñez	92
Recuerdos de mi infancia. Un viaje a la molienda	98
Lo que significa ser porteño.	102
Amor y sacrificio	105
Sueños cumplidos	109
Poema colectivo	113

Semana cuarta

Caballo negro	116
El íncubo y Lilis	122
Una noche en la pedrera	126
Un espíritu del más allá y largas noches de mucho miedo.....	130
Los espantos del Nogal	135
Paseo a finca Margarita	139
El amor es un pasaje	142
La pareja fantasma.....	148
Vieja deuda	150

Semana quinta

La banda de Chiritana	156
Crímenes sagrados.....	164
Mis primeras botas	167
Boronía	174
Un vistazo a la agricultura del Tequendama	177
Tenjo, paraíso escondido	181
El hijo del silencio	184
Una vida en la travesía por la música	189

Semana sexta

Trotsky, un gran perro	196
Los animales inspiran ternura	200
Historia de un polluelo	205
Pepino	207
El pajarito que regresó a su nido	210
A la ausencia de gatos y perros como mascotas, buenas son las lagartijas	213
Esa enorme piedra	216
La mariposita que se le cayó el ala	219
La mula quejumbrosa	222

Semana séptima

Un viaje cuasi exploración	226
Viaje a ojo de cóndor	231
Mi primer viaje físico y mental	236
Una creativa aventura o una aventurera creativa... ..	240
Un viaje inolvidable	244
De la casa a la plaza pública	248

Conclusiones	251
---------------------------	------------

Lista de participantes de la Segunda cohorte de la Escuela virtual de Historias en Yo Mayor	252
--	------------

PROEMIO

Aquí comienza el libro llamado Segundo Heptamerón, denominado también Historias en Yo Mayor 8, en el que hay cincuenta y siete narraciones, referidas en cuarenta y nueve días, durante siete semanas, por treinta y ocho damas y veintinueve mozos.

“Y digo que tan fuerte y poderosa fue la peste narrada, que no solamente pasaba de una persona a otra, sino que las cosas del enfermo o muerto en la dolencia que eran tocadas por animales ajenos a la especie humana, les contagiaban y aún les hacía morir en espacio brevísimo”. Reza así la introducción del célebre libro ‘El Decamerón’ de Giovanni Boccaccio, escrito en 1353 tras la peste bubónica. Para construirlo, el autor estructuró 100 relatos entre los que se destacan novelas, fábulas y parábolas referidas en lo que él mismo denominó “una honesta reunión de siete damas y tres hombres jóvenes”, todos ellos refugiados en una villa a las afueras de Florencia, donde se resguardaban del contagio... ¿Su salvación? Contarse historias para superar el tedio que les producía el encierro.

Estamos en el año 2021 y en el contexto, aún vigente, de la contingencia ocasionada por el Covid-19, que arrebató la vida de millones de seres humanos en todo el planeta, una vez más la narración prueba su efectividad como cura al encierro; todo esto gracias al trabajo de la Fundación Saldarriaga Concha y la Fundación Fahrenheit 451.

Durante siete semanas, 176 personas mayores de 14 departamentos de Colombia (Antioquia, Atlántico, Nariño, Bolívar, Boyacá, Caquetá, Cundinamarca, La Guajira, Meta, Quindío, Risaralda, Santander, Norte de Santander y Valle del Cauca) participaron en el proyecto de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, un reconocido proyecto de cuento y narración oral que, tras seis versiones y ante el aislamiento impuesto a las personas mayores en Colombia, decidió convertirse en 2020 en un refugio virtual para burlar el riesgo del contagio y la soledad con actividades y contenidos que se encuentran dispuestos en la página www.yomayor.co. El libro aquí presentado, corresponde a la producción escrita de la segunda generación de estudiantes de la Escuela, que aceptaron, como lo haría Sherezade en Las mil y una noches, el reto de prolongar la vida narrando historias.

Fueron en total 1176 horas condensadas en un “Kit de la creatividad” compuesto por 7 guías descargables y adaptadas a formato audiovisual, 35 clubes de lectura, 7 pódcast, 7 radiocuentos y 7 conversatorios con reconocidos artistas y creadores.

Más de 16.000 personas vieron los conversatorios con Jorge Velosa, César López, Diana López Zuleta, Juliana González-Rivera, Daira Akina Razana, Álvaro Vanegas y José Luis Díaz-Granados, nutriéndose de su experticia y sugerencias en cada una de las siete temáticas abordadas. En las noches, más de 9700 espectadores acompañaron la franja del club de lectura con transmisiones en vivo que exploraban las creaciones de los estudiantes y 2374 siguieron las clases abiertas a través de las redes sociales.

En esta nueva versión, nueve integrantes de la primera Escuela Virtual de 2020 (Aura Encinales, María Elena Silva, María Victoria Bermúdez, Dora Luz Muñoz, Hilda Posada, Vicente Giraldo, Amparo Peña, Luz Marina Natalia Cediely Miguel Rivera) fueron capacitados como tutores para que acompañaran el proceso de escritura de los nuevos estudiantes a lo largo de las siete semanas del proyecto. Expresamos a ellos todo nuestro agradecimiento por atreverse a compartir su experiencia y fungir de aliados en la elaboración de las historias que acompañan este nuevo libro.

El resultado de esta segunda cohorte, de la que participaron también estudiantes de Uruguay, Perú, México y Venezuela son los 57 relatos que compendia este volumen. A diferencia de El Decamerón de Boccaccio, no se trata de personajes ocasionalmente ficticios que narran, sino de 67 autores de carne y hueso, con edades entre los 55 y los 92 años, que decidieron atreverse a contar y a nutrirse de las historias de sus colegas.

Resulta difícil no encontrar coincidencias entre este clásico de la literatura y nuestro tiempo, justo cuando los efectos positivos de la vacuna parecen ofrecernos como especie una nueva oportunidad en la Tierra. Con diferencia de siglos, El Decamerón parece hablarnos no solo en clave del pasado sino en proyección hacia el futuro. ¿Qué habrá de transmitirse a futuras generaciones de estos años aciagos?, ¿qué decir a los que contemplan la luz de un nuevo día después del diluvio?

Cuando abrimos un libro, físico o digital, “nos encontramos dentro de la mente de otra persona... un autor hablando clara y silenciosamente”, como bellamente expresó Carl Sagan.

La escritura, entonces, trasciende de la muerte y nos permite establecer contacto con seres de otro tiempo. Los libros rompen la barrera del espacio y la temporalidad. Son, en sí mismos, una forma de eternidad que requiere de un lector curioso.

Ante la amenaza de la peste bubónica y la incertidumbre de una vida posible más allá del contagio (se estima que el número de muertos llegó a los 50 millones en Europa), Giovanni Boccaccio publicó *El Decamerón*. En 2021, justo cuando la vida parece regresar a lo que algunos denominan “normalidad”, la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor ofrece este Segundo Heptamerón. En ambos casos se trata de libros escritos en medio de la adversidad, obras que reafirman nuestra esperanza en el mañana: sobrevivir en palabras para quienes vayan a venir.

Las siguientes páginas suponen un compendio de las historias que las personas mayores de nuestro país identifican como los temas centrales de su existencia. Son el producto de una reflexión potente sobre su propia memoria que, de manera privilegiada, las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 hemos podido acompañar y disfrutar. Es más, el primer Heptamerón, al que se suma esta nueva publicación, se encuentra disponible para consulta gratuita en la página del proyecto.

La transformación de los lugares del pasado (recordados con nostalgia, pero a veces también con dolor ante la tragedia o la alegría de la infancia); el erotismo y el amor (correspondido, fatal, breve, eterno e inconcluso); la crianza plagada de travesuras (en la ciudad, en el río, la molienda y en el campo); las historias de miedo y espanto plagadas de demonios, rituales y fantasmas; la riqueza tradicional de nuestro país y sus regiones presente en la gastronomía, la música y la jerga popular; los animales salvajes y domésticos (cómplices y maestros de nuestro paso por la Tierra); y, finalmente, los viajes (escogidos o forzados, pero llenos de asombro), hacen parte de este volumen que orgullosamente entregamos a los lectores con la esperanza de alimentar, al igual que Boccaccio, un fuego vivo que alumbre la vida de viejas y nuevas generaciones.

La selección de las temáticas, divididas en los 7 capítulos que conforman este volumen, responde al contenido de las más de 8800 historias que a lo largo de 10 años el proyecto de Historias en Yo Mayor ha ido recopilando con la misión de mantener viva y difundir los saberes de las personas mayores en Colombia. De hecho, sus propias narraciones fueron la

base del modelo pedagógico que acompañó a los miembros de la Escuela Virtual durante estas siete semanas y que hoy puede acompañar a cualquier persona mayor que quiera dar rienda suelta a su creatividad (es importante destacar que el “Kit de la Creatividad” está dispuesto gratuitamente en la página web con opciones de descarga para aquellas bibliotecas, centros de atención de personas mayores o municipios donde la conexión de internet no sea estable).

Sin embargo, el valor de estos relatos no se limita a una situación excepcional, como lo es una pandemia, su fuerza radica en la honestidad de su origen, en su génesis. El célebre escritor ruso Vladimir Nabokov afirmó en uno de sus cuentos “si yo fuera escritor limitaría el reino de la imaginación al ámbito del corazón dejando que la memoria, esa alargada sombra crepuscular de nuestra verdad personal, ocupara el espacio restante”. Que este Segundo Heptamerón del siglo XXI, inspirado en El Decamerón del siglo XIV, reafirme nuestra esperanza en aquellas historias que brotan de la sinceridad del sentimiento y que se entregan, como botella de náufrago, a quienes ignoran aún que es posible encallar en las mismas islas. Así, habremos demostrado, como bien reza el eslogan de este proyecto, que “la creatividad no entra en cuarentena”.



SEMANA 1

Comienza aquí la primera semana del Segundo Heptamerón, en la que, después de exponer la razón por la que las personas mayores se congregaron virtualmente, se habla de la transformación de los lugares que antes habitaron. Amelia regresa a la finca que su familia abandonó por la violencia en el páramo de Santa Rosa; Fernando recuerda con nostalgia a los misteriosos guardianes alados de la laguna donde sació su sed de infancia; María Elfi añora una tarde soleada en el Centro Urbano Antonio Nariño para jugar a las escondidas; Lucy Aída contempla el torno de hierro de su abuelo con el brillo deslumbrante de la armadura de un jinete gigante que aún atemoriza a los habitantes de su pueblo; Gustavo reconstruye la asombrosa tradición de los primeros cines de Cali; Víctor rememora setenta años del barrio Santa Sofía; José relata la historia de un abrazo truncado por la avalancha de Armero; y Luz Marina nos invita, con poesía, a visitar la sala de sus recuerdos.



2.0

AMELIA RESTREPO HINCAPIÉ

De Santa Rosa de Cabal, residente en Pereira. Nació en 1944 un 20 de diciembre. Amante del café, de la navidad y todo lo que encierra. Orgullosa de sus ancestros lejanos y de los cercanos — colonizadores, escritores, personas dedicadas a la salud y ante todo maestros—. Ella lo fue y lo es aún, a través del proyecto Historias en Yo Mayor, que conoció gracias a una amiga y que fue una revelación maravillosa. Con él nació otra motivación en ella, algo que enciende e iluminará su vida de ahora en adelante.

NADIE SABE PARA QUIÉN TRABAJA

Por Amelia Restrepo Hincapié

He visto cumplirse este dicho paisa, trecho a trecho de la vida. En este caso, empezó en 1932, con una familia constituida cuatro años atrás, los padres de 35 y 22 años, los hijos de cuatro y dos años. Ella, descendiente de fundadores de Sonsón, su tierra natal, y él, de colonizadores de Villamaría. Carlitos, le decían, de ojos azules y distinguida familia, alto, delgado pero fuerte, pudiente, había perdido todo por exceso de confianza y de generosidad, por malos negocios. Su amigo Miguel, explorador, trabajador y visionario —murió riquísimo— había descubierto tierras baldías arriba en el páramo de Santa Rosa, hoy Paramillo de Santa Rosa.

—Esas tierras son para quien las trabaje —le dijo.

—Suyo es cuanto abarque con cerco y siembras o cría de animales, usted verá si se arriesga.

Él había cogido ya mucha tierra más abajo. Parte de ello, lo que hoy son los Termales. Y Margarita dijo que sí. Consiguieron mulas y empezaron a andar con algunos pocos corotos, kilómetros arriba, de finca en finca, una noche para comer, descansar y tomar fuerzas para subir más y más, hasta los tres mil metros de altura, allí donde muchos años atrás habitaron los Quimbaya, hasta la llegada de Jorge Robledo y su gente. Paisajes hermosos, solitarios, desolados, selva y frailejón, y se asentaron en lo que llamaron el valle, al pie del Paramillo.

Levantaron el fogón de tres piedras —costumbre colonizadora que venía en su sangre desde 1787— y la casa de vara en tierra que venía también desde allí y era el mismo sistema de los colonizadores de Santa Rosa en 1844 y de los Quimbaya. Cortaron frailejón para paredes, techos y pisos, y debajo del frailejón, a manera de tejas, hojas de biao o bijao. Esa noche consumieron el fiambre que llevaban y durmieron su cansancio y esperanzas.

Al otro día, a desleír hielo para cocinar, hacer fiambre, coger un poco de mercado y salir a explorar entre el frailejón y el hielo.

Caminaban los cuatro, hasta donde alcanzaran cercando con frailejón, sembrando, improvisaban casa y fogón y avanzaban cercando hasta que se acababa el mercado. Volvían a su casa que poco a poco fue teniendo sala, o sea, cocina; lo más importante, con su fogón central y bancas alrededor; además de una chimenea, era refugio del frío, campo de consuelo,

lugar de conversación y de oración.

Allí se recibían las visitas de exploradores, cacharreros, baquianos, gentes que querían también conseguir tierra, y estudiantes de la Apostólica de Santa Rosa en misión. La casa fue mejorando y la tierra propia creciendo, allí estuvieron criando vacas pocas, ovejas, sembrando papa y su alimentación, nutritiva pero monótona, era papa, leche, queso, mantequilla, cordero u oveja, guatines, animales de monte que muy poco cazaban, hasta 1939, cuando pasó por allí como milagro un señor igualmente buscador de tierras que venía de Boyacá y le compró lo que entonces tomó el nombre de La Sierra. Allí vivió con su esposa y tuvo sus hijos, la finca creció y adquirió valor. Se llamaba la Hacienda la Sierra por el apellido de él.

Hoy, es un techo, unas paredes, unas piezas, una cocina y un baño, pero sin el calor de hogar y la dicha del cultivo y cría de ganado, las canciones y el amor. ¿Por qué?

Hoy no quedan sino restos de ella, ya no hay ni caminos, ¿por qué? Porque llegaron los guerrilleros a pedir vacunas, a que trabajaran lo suyo para ellos, y prefirieron abandonarla. Ahora hay personas, algunos de la tercera generación, que suben, de vez en cuando, atesoran recuerdos y no pueden quedarse. Esa tierra labrada, sembrada y cultivada con amor por dos familias es solo tierra y frailejón. De aquella que albergó sueños y esperanzas, que formó un hogar y educó una familia, ya no queda nada.



2.0

FERNANDO BEDOYA LONDOÑO

Es un tolimense nacido en Ibagué el 28 de noviembre de 1950 en un hogar humilde que, por situaciones relacionadas con la violencia, emigra con su madre hacia el Caquetá. En Florencia —su capital— construye su vida con base en el trabajo y el estudio. Su educación inició en la Escuela La Salle, continuó en el Colegio La Salle y, en 1972, se graduó como maestro en la Normal Nacional de Florencia; luego se licenció como lingüista. Inició su carrera como docente en los municipios de Belén de los Andaquíes, San José del Fragua y Florencia, la cual duró 44 años, labor que ha alternado con la música y la escritura de diversos géneros literarios.

LOS VIERNES LLEGAN LOS ALCARAVANES

Por Fernando Bedoya

Mi escritorio está ubicado en la segunda planta de la vivienda, en un pequeño estudio, de espaldas a la casa del frente sobre la que —como todos los viernes en las horas de la mañana— cae una pequeña bandada de alcaravanes, que recorre su techo al compás de su lastimero canto. ¡Llegaron los dueños del barrio!, digo con algo de nostalgia cuando esto sucede. Mi esposa y mis hijas conocen la historia que les relaté un día que me escucharon decirlo. Y como toda historia, esta es muy vieja, casi tanto como yo.

Corría el año de 1962 y con mi madre, después de una triste pero aleccionadora aventura en tierras del Cauca, salimos de paseo hacia tierras del sur y llegamos a Florencia, un pueblito situado en las estribaciones de la cordillera oriental en una pequeña hondonada, enmarcada por el río Hacha al occidente y la quebrada La Perdiz al oriente, los cuales confluían cerca de Puente López, viaducto que llevaba a una gran hacienda.

Sus barrios eran La Consolata, La Veinte, La Inmaculada, El Centro, El Matadero, La Vega —en este quedaba la “zona de tolerancia”—, La Bocana y La Cooperativa situada al otro lado de la quebrada y frente al cuartel de la policía y sobre la vía al nororiente de la intendencia del Caquetá en ese entonces.

Al entrar al pueblito había un retén y algunas casitas de bahareque; luego, y separada por terrenos deshabitados y plagados de arbustos y malezas, se llegaba a la cárcel municipal que estaba pegada al hospital María Inmaculada, al que seguían la fábrica de licores del Caquetá en la misma margen izquierda y a la derecha la estación de servicio El Chorro, donde empezaba el área urbana. Para salir hacia Morelia —por el occidente— se pasaba por la galería central, y bordeando el batallón Juanambú se llegaba al puente colgante del río Hacha donde terminaba el pueblo por ese lado. Hacia el noroeste, cruzando el puente de La Perdiz, se pasaba por el cuartel de policía a la derecha y la cancha de fútbol a la izquierda. Después de cruzar unos potreros de una hacienda perteneciente a la familia Lara y a unas cinco cuadras de la policía, quedaban los silos del Idema para el secado, trillado y empacado del arroz que llegaba de las vegas de los ríos Caquetá y Orteguaza en la parte sur del departamento. Más adelante y al lado izquierdo, estaba el barrio Pueblo Nuevo, luego la

vereda Campoalegre y, por último, La Normal para Señoritas regentada por las Hermanas de La Consolata.

Todos los espacios que no estaban habitados se fueron urbanizando con la modalidad de invasiones y algunos pocos, producto de planes de vivienda gubernamentales, como fueron el Siete de Agosto y el Juan XXIII, debido a la gran inundación que arrasó al barrio La Vega, en octubre de 1962, el año en que llegué con mi madre a estas tierras.

Frente al barrio Pueblo Nuevo partía el camino hacia la hacienda y vereda El Chamón a la que íbamos con el marido de mi mamá —quien era vaquero— a traer ganado para sacrificar en el matadero de la ciudad. Había una pequeña meseta que llevaba a la vega del río Hacha, en esos tiempos de aguas profundas, cristalinas y llenas de vida. Allí se curvaba y con él se iba el camino que nos ponía sobre una gran área de altos pastizales en los que se formaban amplios humedales donde pasaban su jornada los alcaravanes.

Cuando entraba el verano, el calor era abrumador y el cuerpo nos pedía agua por lo duro de la faena vaqueril. Amarrábamos la res a un arbusto y buscábamos la laguna más grande y después de luchar contra los embates de las aves que defendían su hábitat, refrescábamos nuestros cuerpos y gargantas, para lo que debíamos apartar el musgo y las natas de microorganismos que se formaban en la superficie. Fueron muchísimas las veces que recorrimos ese camino y casi las mismas en que encontramos la férrea defensa que, de sus terrenos, nos planteaban los alcaravanes.

En 1971, me hice educador y fui a trabajar a diferentes pueblos del departamento hasta 1975, cuando volví a Florencia. Sus calles habían cambiado paulatinamente y crecía de manera desordenada por la necesidad de vivienda de la gente que, de muchas regiones y por problemas que ya todos conocemos, acudían a este remanso de paz. Como educador pertenecía a la Asociación de Educadores del Caquetá —AICA— de la que nació Aprovedec-Asociación provivienda de los educadores del Caquetá, una entidad que implementó un programa de vivienda al que me asocié, pero, por circunstancias personales, debí retirarme. Esto ocurrió en la década de los 80 y el terreno elegido fue un lote que les vendieron en la Hacienda El Chamón.

Tres décadas después —en 2011— y por los misterios que siempre rondan nuestras vidas, adquirí mi casa en el barrio Yapurá y está ubicada frente a la que era la laguna que calmaba

nuestra sed y refrescaba nuestros cuerpos y a la que todos los viernes llegan los alcaravanes. Si la duración de la vida de una de estas aves es de aproximadamente 10 años, ¿cuántas generaciones habrán venido a reclamar su laguna? ¿Y cómo saben que estaba bajo esa casa? Algunas lágrimas pueden rodar cuando recordamos y contamos nuestras historias.



2.0

MARÍA ELFI CHAVES SALAMANCA

Nació en Bogotá, en 1959, 2640 metros más cerca de las estrellas. De familia valluna, desde muy pequeña tuvo el privilegio de recorrer la carretera entre Bogotá y Buga, Palmira y Cali. Así, se enamoró de la majestuosidad de las montañas, la riqueza y exuberante perfume de la vegetación y de la asombrosa belleza de los paisajes colombianos. Estudió biología para seguirse regocijando con la diversidad biológica del país, tema al que le ha dedicado más de 40 años de su vida. Junto con Rafa, su otro gran amor, se inscribió y participó en la segunda convocatoria virtual de Historias en Yo Mayor; con sus compañeros de grupo, Sergio y María Elena, encontró otro sendero, el de la narrativa, el cual empieza a recorrer.

CENTRO URBANO ANTONIO NARIÑO: CRECIMOS JUNTOS, LOS ÁRBOLES Y YO

Por María Elfi Chaves

El Centro Urbano Antonio Nariño fue diseñado y construido entre 1952 y 1958, año en que fue inaugurado. Está compuesto por catorce edificios, ocho de 13 pisos y seis de cuatro, en total 960 apartamentos. Hay una escuela de primaria, colegio de bachillerato, iglesia, teatro y supermercado. En 2018 cumplió 60 años y varios artículos de periódico se refirieron a su valor arquitectónico: “(...) por la avenida de Las Américas a la altura de la carrera 36 se esconde no solo uno de los tesoros patrimoniales más importantes de la arquitectura moderna, sino también una ‘auténtica ciudadela concebida en los años 50’” (El Tiempo, 28 de septiembre de 2018).



Foto tomada antes de septiembre de 1959. Están mi tía Chila, mis dos hermanos y mi mamá en los jardines del Centro Nariño.

Yo nací allí, un año después de su inauguración, es decir en 1959. Bueno, en sentido estricto nací en el corredor del tercer piso de la Clínica Palermo, porque con la tranquilidad del tercer parto mi madre retrasó un poco su arribo a la clínica y creo que yo tenía mucho afán por salir y ver a dónde es que había llegado. Soy una sesentona muy afortunada, tal vez una de las pocas que tiene fotos de cuando estaba en la panza de la mamá. Hoy en día los bebés nacen con tres o más ecografías tridimensionales en su haber, que los muestran dentro de la barriga. Tener una sola foto donde mi madre posa orgullosa con su pancita es suficiente para mí. Además, siendo única hija mujer y la menor de tres hijos, mis primeros años de vida fueron entusiastamente documentados, no tanto como lo hacen los padres primerizos actuales, pero hay que tomar en cuenta que hace sesenta años los rollos de fotografía había que llevarlos a revelar y, luego de varios días, recoger las fotos que resultaban ser una sorpresa porque no había forma de saber antes cómo habían quedado.

Bueno, pero volvamos al tema. El hecho es que mi familia estaba recién pasada al CUAN

cuando yo nací. Yo creo que éramos parte de un experimento social, pues esta urbanización era el primer conjunto de apartamentos del país, que se concibió como una ciudadela dentro de la ciudad. De ahí que además de las edificaciones que ya mencioné, los extensos jardines estuvieran pensados tanto para acoger a los muchachitos de 960 familias que crecimos afuera en el parque, como a los adultos en actividades más sosegadas al aire libre. Había un gran campo de fútbol, por ejemplo, y canchas de básquet en el edificio para estudiantes universitarios. En otras partes, la recién inaugurada administración había plantado árboles que en un año habían crecido como adolescentes: largos, flacos y un poco desgarrados.

Con el tiempo, ellos y yo fuimos creciendo. Mis hermanos ya estaban en colegio “grande”, así que a ellos los recogía el bus del colegio por la mañana y, después de despacharlos, mi mamá me llevaba al kínder, que quedaba al otro extremo del conjunto. En el Teatro Cádiz, también considerado como una joya de la arquitectura de la época, presentamos la Bella Durmiente (creo); yo hice de pajarito, un azulejo con pico amarillo que recuerdo vagamente algo tenía que decir, seguramente dos o tres palabras no más. Los domingos íbamos a misa a la capilla; generalmente salíamos corriendo a la segunda repicada de campanas y llegábamos ya para la tercera, justo unos momentos antes del comienzo de la misa.

Don Julio llegaba al Ley y uno de mis hermanos fue campeón de yoyo, después de horas interminables de práctica que incluyeron la cuarteada de un vidrio de una repisa en el comedor, cuando el yoyo le dio la vuelta al mundo y prefirió salir fugado hasta estrellarse.

Mi otro hermano convirtió el directorio de páginas amarillas en avioncitos de papel de diferentes diseños que salieron en sus vuelos de prueba por las ventanas de la sala de nuestro apartamento, en el octavo piso. Algún adulto se pilló de dónde venía esta flota de aviones y la administración, muy amablemente, nos invitó a recogerlos; pasamos buena parte de la tarde en esas.

Por mi parte, yo “chalequeaba” a mi papá, que iba religiosamente a almorzar y hacía un ratito de siesta antes de irse a trabajar, y bajaba las escaleras a toda carrera hasta la tienda del primer piso donde compraba dulces de 5 centavos. Tenía menos de seis años.

Mi mamá bajaba por la leche, una vez el carro de Algarra (si la memoria no me falla) mugía, anunciando su llegada. Ella llevaba las botellas de vidrio vacías que cambiaba por las llenas y tan pronto llegaba a la casa las ponía a cocinar para sacarles la nata y la crema.

Si algún joven de hoy en día leyera estas anécdotas creo que no entendería nada. El CUAN sigue igual, con algunos cambios. Sus árboles han crecido, son ya tan viejos o un poco mayores que yo. Se ha consolidado un bosque donde cantan pajaritos y se camina sobre hojas. Si no es por el ruido proveniente de las avenidas, uno podría pensar que está por fuera de la ciudad.

Los cambios mayores, que han llevado a otros cambios en la urbanización, se han dado en el mundo exterior, en esta ciudad que pasó de ser el pueblo grande de mi infancia a una urbe con todos los problemas y pocas de las ventajas de las ciudades. Esos cambios se notan cuando una compara con los recuerdos. Toda la urbanización está cercada. Si uno pretende entrar a visitar, debe ser anunciado en la portería y solamente así le es permitido el ingreso. Las escaleras por las que yo subía y bajaba tan confiadamente están cerradas con cadenas en el primer piso. Incluso ya no hay ascensoristas, unas mujeres que manejaban el ascensor con una palanca y que eran dueñas y señoras de los botones de los pisos. Me imagino que consideraron inútil su función hace veinte o treinta años. Ojalá que las hayan dejado jubilarse, porque ellas también crecieron y se fueron volviendo viejas en esa subidera y bajadera.

¿Que qué ha cambiado? ¡Todo! No existen ni el Ley ni don Julio; los yoyos desaparecieron y los niños solamente miran una pantalla; la leche no tiene ni crema, ni natas, ni leche; no hay monedas de 5 centavos hace cincuenta años y los directorios dejaron de producirlos hace como dos décadas. Ojalá el sentido de comunidad no haya desaparecido en el CUAN. Ojalá que el experimento urbanístico y social en el que crecí y disfruté continúe, y los niños, así sea un ratico, sigan corriendo por los jardines.

A veces me sueño que estoy de vuelta allá. Me despierto con nostalgia, preguntándome a qué horas se pasó el tiempo, y si no será posible devolverlo a una tarde soleada en el Centro Nariño, para volver a jugar a las escondidas con mis amigos alrededor del tanque de agua. Los árboles y yo crecimos. Estamos hoy altos y erguidos, ellos, sabios; yo, aún aprendiendo y con ganas de seguirlo haciendo.



2.0

LUCY AÍDA ROJAS VELASCO

Vio la primera luz en enero 26 del 49. La marcha triunfal de Verdi, de la ópera Aída, la acompañó como el más hermoso fondo musical. Siempre ha sido una aprendiz para reconocer su vida y reinventarla. El cambio le fascina, afrontar sus miedos es su especialidad, tiene una especial capacidad de adaptación a las circunstancias, explora sus antepasados y admira y agradece las brechas que le abrieron. Siempre le apostó a ser feliz y, efectivamente, disfruta amando a su familia, su hija, sus amigas y al espacio en que viene creando con sus manos para vivir. Soñar con escribir y hacerlo bien siempre ha sido uno de sus anhelos. Conocer a las fundaciones Fahrenheit 451 y Saldarriaga Concha le hizo brotar sus recuerdos, los cuales vienen fluyendo con toda su vitalidad.

CONVERSANDO CON MI ABUELO

Por Lucy Aída Rojas.

En la Guerra de los Mil Días, por allá en 1899, mi abuelo materno tenía apenas 13 años. La mayoría de colombianas y colombianos habitaban en el campo, en pueblos muy pequeños. Muy pocas personas vivían en las ciudades, que para la época eran también muy pequeñas.

Recuerdo que el abuelo nos contaba que las viviendas de su pueblo eran de techos de paja, estructuras de adobe, con ventanas muy pequeñas y fuertes puertas de madera fina, poco pulida, pero que mantenían abiertas de par en par, todo el día.

También sus relatos los recuerdo lejanamente, pues él me llevó en tren, me sentó arriba en unos bultos de harina, mientras compraba un pasaje para salir en chiva al pueblo. Mientras esperábamos para salir, nos contaba con mucha alegría que en el pueblo se podían percibir los aromas de la madera, de las flores, de la frescura y del olor a pan aliñado, “¡Verdaderamente aliñado!”, decía hablando entre la caja de dientes que se le escapaba de caer; y proseguía, “Eran recién sacados de los hornos de tres casas, donde Conca, Ubaldina y María Torijano que hacían pan para la venta”. Y también lo recordaba, cuando de pronto percibía el aroma de la panadería de la esquina de nuestra casa materna, en Cali, con ceño fruncido y entristecido dejaba de reír, como si aquel olor no fuera digno del aroma de sus recuerdos.

Entonces dejaba a un lado los panes y el pueblo, y empezaba a enseñarnos a bailar algunos pasos de la mazurca, porque le recordaba su primer y único amor. Entonces resonaba también en su cabeza lo devastador y empobrecedor que fue la guerra: “No se tenía ni sal — decía— me tocó salir después de la guerra con el tío Alcibíades Quijano a puro lomo de mulas hasta Bogotá a traerla.

»Ah y claro, representantes del estado conservador llegaban a caballo haciendo chirriar los cascos sobre el empedrado del que estaba construida la calle principal del pueblo, recordando también los mitos de las apariciones de aquel jinete gigante que se paseaba por el pueblo con armaduras, estribos, y hasta el freno y los ojos tanto del caballo como la del hombre que brillaban y deslumbraban con sus reflejos ardientes y quemantes, ¡como cuando se está bajo el sol poniente! Los ojos enceguecidos y atónitos de miedo, de aquellos hombres

y mujeres que deambulaban por el pueblo a altas horas de la noche y que los hacía regresar a sus casas”.

El abuelo decía que así mismo fue el pavor que les produjo, a las gentes del pueblo, el grito del sacristán pasando de casa en casa, convocando a una reunión en el atrio de la iglesia. Resultó más pavorosa que el jinete gigante, pues tuvieron que escuchar el comunicado de apoyo obligatorio a la guerra, misiva que traían los agentes del Estado. Los habitantes del pueblo, sin excepción, tenían que salir corriendo a traer y entregar sus joyas y les quitaban los anillos de matrimonio, las cadenas, las pulseras y aretes que llevaban puestos, pues las bayonetas apuntadas hacia los niños los hacían correr a cumplir la orden. Todas esas joyas brillaban y encandilaban los ojos de los habitantes haciéndoles recordar, nuevamente, aquel mítico ser que recorría el pueblo en caballo de ojos deslumbrantes. ¡¡El pánico era el mismo, solo que esta vez era más real!!

“Nunca se supo si esas joyas llegaron a ser usadas para el fin propuesto, pero eso sí, el predominio conservador perduró hasta 1930”, recordaba el abuelo.

Con el tiempo y mil vicisitudes, el abuelo se hizo carpintero, aportaba al sustento de sus siete hijas e hijos, quienes le colaboraban en el trabajo forzado y, así, los mantenía juntos pues eran huérfanos de madre. Él recordaba que, en su oficio de carpintero, debía traer desde el árbol, cortarlo para obtener la madera necesaria, pulir la madera y terminar las obras con una hermosura que privilegia los ojos de los que aún hoy podemos admirarlas. En aquella época, mientras mi abuelo creaba todo tipo de mobiliario para obtener el sustento de la casa, mi madre y sus hermanas, jugaban con los crespos y el aserrín resultantes del pulimento de la madera. Con ello, simulaban ríos que en su imaginación eran tan navegables como el mismo Cauca que circundaba el pueblo. Ya estando más grandecitas, ellas mismas ayudaban al abuelo, manejando el torno llamado ‘el gigantón’, con el cual hacían también muñecas para sus juegos. El abuelo tenía 36 años cuando viajó a Bogotá a recibir la pulidora, junto con aquel torno de hierro, que habían sido enviados desde Alemania.

Sentada en mi propio mueble de madera, observo frente a mí el soporte de hierro forjado del torno de mi abuelo. Lo rescaté refundido del abovedado de la casa del pueblo, una de las últimas veces que estuve ahí, siendo ya una adulta, sin que existiera el abuelo. El soporte del torno ahora está en mi habitación, sigue su función de sostener, pero ya no trabaja como

antes, su función ahora es ser recuerdo...

Me descubro pensando en mi abuelo, hoy desde esta edad que tengo y que él nunca alcanzó. ¿Qué pensarías si supieras que estoy analizando tu historia, que es también la mía, la nuestra? ¿Qué cosas verías igual y qué cosas verías diferentes? ¿Reconocerías tu torno ahora en mi habitación, decorando mi espacio, más que cualquier cosa? ¿Y qué dirías de aquellas cosas que parecen no querer cambiar o que no se dejan cambiar o que no las dejan cambiar?... ¿Qué pensarías del predominio de los godos que ha sido de siempre? ¿Que los godos y los liberales siempre han sido lo mismo, que lo que han querido siempre es preservar sus riquezas y acumular más, riqueza adquirida por incontables formas, y muchas de ellas no muy decorosas, por cierto, y que tu país sigue siendo hoy uno de los más inequitativos del mundo?

¿Qué pensarías de los jóvenes, aquellos que hoy por solicitar sus derechos son agredidos por tanquetas? ¿Reconocerías esos inmensos carros blindados, diseñados para destruir, usados para herir? Seguramente, abuelo, pensarías que finalmente aquel jinete gigante de los mitos del pueblo era real y son hoy las tanquetas que apuntan sus armas hacia los jóvenes y no hacia el vacío como se supone que deberían ser usadas sus aturdidoras y gases, tan refulgurantes como los ojos, los estribos y las armaduras del caballo y del jinete de aquellos tiempos.

El pavor mítico que viste en los tiempos de guerra, el pavor que sigue hoy en las calles, por aquellos que reclaman, que ya no encontraron más salida que mirar a los ojos a ese jinete gigante. De frente ante el pavor de la Venom, no deben ser apuntadas directamente al ser humano, pero lo hacen, de frente al pavor de las armas traumáticas que rellenan de balines y clavos y las apuntan y disparan a los jóvenes, y han asesinado a más de 70 de ellos, en la ciudad donde hoy crecimos tus nietas, bisnietas y tataranietas. ¿Qué pensarías, abuelo, de que han hallado en fosas comunes más de 6402 jóvenes que andaban en busca de trabajo y fueron engañados para luego ser presentados por los militares como jóvenes guerrilleros botines de guerra?

Abuelo, estoy sentada frente al computador del cual nunca llegaste a oír hablar... Cuando mucho viste en el televisor la llegada a la luna, la cual nunca creíste, porque veías la sombra que dejaban los astronautas. Este aparato, abuelo, seguro te habría fascinado... podemos ver y escuchar lo que pasa en el mundo entero. También podemos escribir, y hoy

te recuerdo con una mezcla de sentimientos. Hace años fuimos a tu pueblo y nos dolió lo que encontramos. A la calle principal le arrancaron una a una las piedras, cuyo paisaje lo hacía pintoresco y especial y sabíamos que tus ancestros fueron tejiendo sus historias en la medida que participaron en colocar una por una de ellas. Las arrancaron para sembrarle las más petrificadas moles impersonales de cemento.

¿Qué sentirías, abuelo, de ver que rescaté tu torno oxidado en el abovedado de la casa y hoy lo uso con mucho orgullo como la mesa de computador y puedo en él, de forma mágica también, solicitar en cualquier país del mundo el artículo que necesito obtenerlo y no tengo que viajar a traerlo?

Hoy te evoco, abuelo, con la alegría que me producía cuando, sacándole la punta a mis pocos lápices de color, me enseñabas las sumas y las restas... y cuando llegaba del colegio ya habías leído varios capítulos de Don Quijote de la Mancha el caballero hidalgo y me los narrabas para que alcanzara mientras tanto a lavar los platos y completar las otras tareas.

Ya no suspirarías, no habrías rememorado con tanta tristeza la muerte temprana de tu esposa. Yo te habría acompañado más, pienso...

La ciencia ha tenido tantas y tantas escaladas que las mujeres no mueren por esa causa y hasta yo, abuelo, la habría podido evitar.

Después te puedo contar todos los avances de las mujeres, aunque faltan muchos más; por ahora te digo que tu temple, tu inteligencia y tu vida y la de mis padres es otra razón más para continuar con el empuje con la mía, que claro, ha sido muy diferente. Pero te digo, hoy los hombres y mujeres de nuestra edad queremos continuar, desde nuestras limitaciones, contribuyendo a nuestra sociedad y nos vamos a proponer ser parte activa de una primera línea de mayores –quiero darte un ejemplo de dónde aparece la palabra primera línea: ¿recuerdas cuando hablabas con mi mamá, y nosotros no podíamos escuchar y ustedes decían “hay moros en la costa” y después nos explicaste que era un dicho tomado del argot de los soldados que indicaba “¡no hay peligro a la vista!”; pues bien, primera línea, en lenguaje militar, es estar más cercana al área de conflicto y, para nosotros los mayores, es narrar la historia de dolor y, por qué no, de felicidad de tus historias y especialmente las nuestras y la de nuestros hijos desde la perspectiva del hoy y de mí y de mi otredad para que pueda lograr contribuir a sumar una histórica contada por todos los protagonistas.

Solo abrazo y amor a tu recuerdo, mi querido abuelo.



2.0

GUSTAVO URREGO

Basta con decir que nunca ha vivido siguiendo un plan. Según dice un libro olvidado en los anaqueles de la notaría segunda, nació en agosto de 1962, en una Cali cruce de caminos, de una madre negra de la costa pacífica y un padre blanco del norte del Valle. De ella tomó la alegría del baile y la música; de él, el amor al trabajo y la responsabilidad. Siguiendo un entusiasmo, ha recorrido varios caminos, así se hizo médico, se casó y ha sido papá. La vejez lo encontró leyendo historias, haciendo ejercicio y escribiendo cuentos. Una amiga lo invitó a participar en Historias en Yo Mayor, una oportunidad para escribir sus vivencias.

HISTORIA DE PELÍCULA

Por Gustavo Urrego

Mi papá me llevaba al cine a las vespertinas, donde proyectaban dos películas por el precio de una. Eran unos cines chichipatos, en el centro de Cali; nunca se me va a olvidar la primera vez que fuimos al Ayacucho, porque era diciembre y, después de hacer fila bajo un sol espantoso, el ruido del proyector me hizo creer que de pronto había empezado a llover. Casi siempre entrábamos cuando ya había empezado la primera película, y por eso yo no entendía ni un pite. La segunda película, en cambio, sí la entendía bien, lo cual hizo reír a Luis Ospina cuando, años después, le conté que tenía una vasta cultura cinematográfica de películas empezadas por la mitad.

Con ocho años de edad vi mi primera película, una historia de la Biblia de faraones e israelitas corriendo por el desierto y el mar abriéndose de par en par. Me aficioné al cine y con mis hermanos recorríamos teatros como el Palermo y el Avenida con películas del western espagueti, de un Clint Eastwood sin afeitado, las del mal encarado Charles Bronson o las patadas voladoras de Bruce Lee. En la adolescencia, nos vendían boletas los de los cursos superiores del colegio para ir a los cinemas a ver la Laguna Azul con Brooke Shields y Tiburón de Steven Spielberg. En el Cid nos vimos con mis primos la primera película de la saga de La guerra de las Galaxias.

Pero lo que me enamoró del cine fue el descubrir los cines club, oportunidad de ver cine arte. En el Teatro San Fernando, con Ojo al Cine, de Andrés Caicedo, y luego en el teatro Calima, con el cine club el Búho, repartían una reseña y crítica de la película y después de la presentación se daba una discusión. Allá vi las películas de Luis Buñuel, El fantasma de la libertad, o Viridiana, las de Milos Forman, Hair, las de Alan Parker, Atrapados sin salida; otras como El acorazado Potemkin, La naranja mecánica, 2001 Odisea en el espacio o Violinista en el tejado.

El teatro Aristi, el único con sala para fumadores, presentaba ciclos de clásicos como El padrino, Doctor Zhivago o Lo que el viento se llevó. Cuando llegó la época de noviazgo, el Bolívar era de lo mejor para los besos y los abrazos, veíamos películas como E.T., El último emperador o Tambor de hojalata, mientras comíamos crispetas y jugo traído de la casa. Eran

épocas de inicio de la universidad con bolsillos casi vacíos. En el San Fernando veíamos películas de Woody Allen como Manhattan, Annie Hall o Todo lo que quiso saber sobre el sexo y no se atrevió a preguntar. En el Teatro Colón daban ciclos de directores italianos, Bertolucci, con Novecento, o Pasolini, con El Decamerón.

Me acostumbré a ir solo a cine. En ocasiones a tres películas en un día. Un viernes en la noche en el Colón me vi Toro Salvaje, de Martin Scorsese, salí a las once, apenas con lo justo para tomar el bus, pero no encontré ninguno y me fui desde el centro a mi barrio por calles solas, a veces oscuras en mi propia película de miedo. A mí las películas de terror no me entusiasman; del cine me gusta soñar y divertirme, pero fue inevitable ver El Exorcista, en el Calima, o a Jack Nicholson, en el Cid, con su cara de loco en El Resplandor.

Eran pocas las películas latinoamericanas que proyectaban, como la venezolana El pez que fuma; las cubanas El beso de la mujer araña o Fresas y chocolates; las brasileras Doña Flor y sus dos maridos, o la chilena Actas de Marucia. Colombianas como Esposos en vacaciones, con Lyda Zamora, o El taxista millonario, con el gordo Benjumea. Caliwood con Carne de tu carne o Pura sangre, que nos recordaba el mito urbano del monstruo de los mangones.

Ir a cine era la aventura de no saber qué tan larga era la fila en la taquilla, del sol derritiendo el reloj mientras empezaba la película; de entrar en penumbra y golpearse con las butacas buscando una disponible. De la complicidad de lo oscuro para besarse y acariciar la novia del momento. De la fantasía hecha realidad, de sumergirse en un sueño y olvidarse por un momento de nuestra realidad.

Fue muy silenciosa, pero definitiva la muerte de estos cines de la ciudad. El teatro San Fernando terminó convertido en una iglesia cristiana, el templo del cine club de Andrés Caicedo dio paso a otro culto menos visual. El Cid y el Aristi terminaron convertidos en centro comercial. La mercancía del cine fue cambiada por lo que más se venda. El Calima y el Bolívar se transformaron en centros de eventos; de la proyección en la penumbra, a la música y la luz del teatro. Con menos fortuna corrió el Avenida que, de proyectar películas amorosas, se convirtió en motel, lugar de encuentro de amantes furtivos. Un poco de esto pasó con mis ídolos. Brigitte Bardot es hoy una jamona, nada que ver con la rubia de tetas divinas.

Michael J. Fox, el de Volver al futuro, no puede con su Parkinson y Superman, Christopher Reeve, el hombre increíble, increíblemente terminó en silla de ruedas. Algunos se conservan bien como Clint Eastwood que cambió las pistolas por dirigir y actuar sus propias películas; o Sophia Loren y Jane Fonda, que mantienen su elegancia.

Se fueron los cines del centro de la ciudad y de algunos barrios de Cali. Ahora son los centros comerciales y los monopolios, como Cine Colombia, Cinépolis o Cinemark, los que deciden qué películas podemos ver. Se perdió el espacio para el cine independiente.



2.0

VÍCTOR MANUEL RAMÍREZ

Nace en 1935 en el barrio Santa Sofía, que por entonces era el límite urbano, por el costado nororiental, de Bogotá. Los largos años de su existencia y el haber vivido siempre allí le han dado un sinnúmero de conocimientos, sensaciones y experiencias para apreciar los cambios de su entorno. Durante 40 años ejerció su vida laboral como Topógrafo en el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, lo que le permitió recorrer casi todo el país y apreciar la exuberancia, la belleza y la riqueza de su naturaleza. Hace tres años, buscando en internet un evento o proyecto que tuviera como temática historias barriales, encontró el proyecto Historias en Yo Mayor. Ha sido muy grata y provechosa su participación, no tanto como autor y sí como lector o escucha de sus compañeros participantes.

MI BARRIO

Por Víctor Manuel Ramírez

A manera de introducción les manifiesto que lo narrado es la compilación y el resumen de las primeras páginas de La historia mayor, por mí escrita e inédita, del barrio donde siempre he vivido. Historia que, sin entrar a fondo en temas urbanísticos, sociales o administrativos, permite tener una imagen del origen, la conformación, y el desarrollo del barrio en un periodo de 70 años. Tomando en consideración lo escrito y trayéndolo al presente, vemos que casi todo ha cambiado o ha desaparecido, para bien o para mal.

El nombre del barrio Santa Sofía posiblemente se deriva del nombre de una propiedad, casa de veraneo campestre del Expresidente general Rafael Reyes, llamada Villa Sofía, ubicada en la calle 66 con carrera 7ma, en Bogotá.

A comienzos de la década de los años 30, los primeros habitantes se establecen en lotes, de acuerdo con el plano levantado por un Señor llamado Manuel J. Gaitán, en terrenos de una familia de apellido Téllez; en este plano del barrio se define no solo el loteo sino también el trazado de las calles, las zonas comunales y el terreno para la iglesia. No es el producto de una invasión ni un poblamiento desordenado.

El barrio limita por el norte con potreros que circundan la cancha deportiva de El Polo Club; por el sur con potreros; por el oriente con el barrio Manuel J. Gaitán, nombre del urbanizador; por el occidente con el barrio La Divina Providencia. Está en el extremo de la ciudad en el terreno comprendido entre la calle 76 y la calle 80, la carrera 27 y la carrera 38; de la calle 80 hacia el norte y al noroccidente solo hay potreros de haciendas y los núcleos urbanos más próximos en estas direcciones son los pueblos de Usaquén y Suba respectivamente. Las calles no están definidas por el poco número de predios ocupados que hay. Se ven muchos potreros. En la medida como aumentan las viviendas, construidas de acuerdo a la capacidad económica y el gusto de sus propietarios, lo cual origina la diversidad de tipos y estilos de casas. Estas calles toman su forma conservándose la amplitud en el diseño

del urbanizador y no están habilitadas para el tránsito vehicular; las manzanas comprenden lotes de gran dimensión, generalmente en la parte central estos miden 10 m de frente por 30 m de fondo y sus linderos están definidos por cercas de alambre siendo pocos los de paredes en material.

Se carece de servicios públicos; las aguas negras corren en sentido oriente-occidente por zanjas colectoras que hay en las calles principales: la calle 78 y la calle 80. El agua en general se toma de aljibes hechos en los solares de las viviendas, donde también se encuentran huertas sembradas con legumbres: lechuga, repollo, cebolla, cilantro, maíz, calabaza; árboles frutales: duraznos, ciruelos, cerezos, brevos, papayuelos, curubos, gulupos, uchuvos; plantas medicinales y aromáticas: yerbabuena, toronjil, manzanilla, romero, matricaria; y ornamentales: rosas, geranios, novios, pensamientos, claveles, hortensias y cartuchos. Todo junto con el corral de las gallinas y el perro cuidandero.

En uno que otro solar, además, se encuentran animales silvestres: gallinetas, piscos, pericos, conejos, algún mico, la lora habladora y bulliciosa, canarios, toches, mirlas o azulejos.

Las cocinas son rústicas y sus combustibles son leña y carbón de palo, y en pocas casas tienen estufa que se alimenta con carbón de piedra, o mineral, de gran poder calorífico, lo que facilita el calentamiento de gran cantidad de agua para bañarse. Esta circunstancia da origen al negocio de los baños públicos, muy solicitados especialmente el día sábado y domingo por quienes carecen de esta ventaja. Ese ambiente delicioso de aromas, sabores y colores es una etapa de transición del campo a la ciudad, y una muestra del origen campesino de muchos de los primeros propietarios, quienes son gente de extracción humilde, de escasos recursos, algunos reservistas del ejército y militares traídos del campo quienes se deslumbran por el espejismo encantador de la ciudad y se quedan en ella. Todos, con la esperanza de encontrar un mejor medio de vida, forman sus hogares y consiguen su vivienda con muchos esfuerzos y sacrificios; son gentes laboriosas y honestas y se desempeñan como obreros, artesanos, pequeños comerciantes o empleados de bajo rango.

Los residentes, para desplazarse a otros sitios de la ciudad, tienen que caminar grandes trayectos para conseguir el transporte. En el aspecto religioso no se tiene iglesia y, para asistir a la Santa Misa, hay que ir a pie, cruzando potreros, hasta la iglesia La Porciúncula, carrera 11 con calle 72. A comienzos de la década de los años 40 se habilita la calle 78 para el

tránsito vehicular; el primer paradero de buses queda situado en la esquina de la carrera 31 con calle 78 y pertenece a la empresa de Buses Azules; pocos meses después, el recorrido de los buses se extiende hasta el parque del barrio La Divina Providencia. La ruta se denomina “La Providencia- Barrio Cundinamarca”, cuyos mayores recorridos los hace por la carrera 7ª y la calle 13 al occidente. La calle 80 habilitada para el tránsito de vehículos automotores empata, a la altura de la carrera 38, con la carretera a Suba, en su inicio facilitando el comienzo de los trabajos en la construcción de las instalaciones de la Escuela Militar de Cadetes José María Córdova

La apertura al transporte vehicular facilita el comercio con la llegada de más provisiones y alimentos e incrementa la creación de más negocios, especialmente en la calle 78. La chicha llega ahora motorizada en “pipas” (carro tanques de madera), cuando con anterioridad es transportada en cantinas en burros. Se mide y se vende a las tiendas en tarros, acondicionados, de manteca donde a su vez la venden a los parroquianos en vasos y especialmente en totumas. Las pipas tienen en la parte de atrás una gran llave para descargar la bebida, situación que es aprovechada por algún muchacho pillo que, después de un suministro, al arrancar el vehículo la abre dejando un reguero de chicha por toda la cuadra.

La circulación de buses urbanos facilita a los muchachos, que permanecen en la calle, a colincharse en ellos colgados y sentados en la defensa trasera, que es tubular de aproximadamente 10 centímetros de diámetro. Para evitar esta práctica riesgosa les sueldan, muy próximas, unas largas púas de hierro a lo largo de toda la defensa que los colinchadores prontamente doblan con un pedazo de tubo galvanizado para volver en las andadas. En muchas ocasiones sufren lesiones, raspaduras y heridas cuando, por acción del cobrador del bus, tienen que arrojarse en plena marcha de donde van colgados. El asunto no termina ahí. Al llegar a la casa lastimados y con la ropa hecha jirones el papá les da una “juetera”, “pa’ que no anden jodiendo en la calle”.

En cuanto a la educación solo hay en el sector cinco instituciones dedicadas a la enseñanza, tres en barrios vecinos y dos en Santa Sofía: el colegio de Cristo Rey ubicado en el barrio La Divina Providencia para cursos de Kínder y Primaria; una escuela oficial en el mismo barrio para Primaria, cuyas instalaciones después del 9 de abril de 1948 toman el nombre de Escuela Jorge Eliécer Gaitán; la Escuela de San León de la comunidad de los

Hermanos Cristianos de San Juan Bautista de la Salle, en terrenos donde en la actualidad está el barrio Los Alcázares; en este gran centro educativo, no solo por el tamaño de sus instalaciones, sino también por la calidad de la educación, estudian primaria niños y jóvenes de por lo menos 12 barrios de la localidad. La recreación y el deporte, sin organización ni escenarios deportivos, son rudimentarios. Los jóvenes juegan trompo y, para las diferentes modalidades, los más avezados tienen, además del trompo bailador, el trompo de poner y los especiales para dar los secos: las “hachas” y las “agujas”. El primero de estos en lugar del herrón convencional tiene un herrón de punta aplanada, parecida a la de un destornillador de pala, pero afiladísima. Los muchachos del barrio, ingeniosos y recursivos para hacer estos herrones, por falta de yunque y martillo pesado, colocan puntillas sobre los rieles del ferrocarril de tal manera que, al paso del tren, uno de sus extremos es aplastado dándose la forma antes descrita, la cual pulen y afilan. Otro juego y pasatiempo es el de elevar cometas. Las hay de varios tipos. Algunos, además del placer de volarlas, tienen el reto de construirlas y si se carece de los medios para fabricarlas, especialmente los niños de escasos recursos, las hacen con hojas de cuaderno y les ponen de cola las medias viejas de la mamá, echando así a volar las tareas con las planas de la cartilla “Alegría de Leer”. También juegan bolas “canicas”, ponchados, yoyo. Los juguetes más sofisticados, regalos de navidad de los niños de familias algo pudientes son carritos y trencitos de madera, balones de cuero cosidos a mano, o muñecas de trapo artesanales.

Los muchachos recorren los potreros de las haciendas vecinas, comen moras y mortiños silvestres y, como buenos depredadores, con la cauchera en la mano matan cuanto pájaro se les cruza en el camino; en las zanjas de aguas negras cazan ratas blancas y matan sapos; los más lanzados van a nadar en pozos, lagunas y canales de aguas estancadas de donde muy a menudo tienen que salir corriendo, desnudos, con el calzado en una mano y la ropa en la otra, cuando ven venir a caballo al administrador de la hacienda, acompañado de grandes perros, para sacar a los intrusos. Se aventuran a ir hasta el Humedal “Puente Largo” a cazar tinguas, monjitas y candelos o pescar barbudos. En el potrero (parque) juegan fútbol. Las niñas juegan a la “golosa”, con muñecas, saltan la cuerda, al puente está quebrado, al rejo quemado, a “las escondidas”, a “La lleva”; para salir de estos juegos dicen: “tapo remacho y no juego más”. Los varones adultos, además del juego de tejo, juegan a las cartas, al pite,

turra, taba, a la rayuela, parqués, dominó y la “cucunubá”, juegos estos en los que se apuesta plata. Sin embargo, hay tres escenarios en lugares vecinos que permiten asistir a deportes organizados como son las canchas de fútbol “La América”, situadas en unos potreros donde posteriormente se construye parte del barrio La Aurora, al norte de la calle 74 y al occidente de la carrera 24. La cancha de fútbol “El Litográfico”, donde más tarde se edifica el barrio Santa Mónica; la denominación de esta cancha es como un augurio para que empresas litográficas de encuadernación y procesamiento del papel se establezcan en el barrio. La cancha deportiva “El Polo Club” cuyos terrenos en parte comprenden lo que actualmente es el barrio El Polo Club, que deriva su nombre de ese escenario deportivo. La cancha de Polo se deslinda de potreros, mediante cercas de alambre de púas y árboles. Cuando hay competencias internacionales con la participación de equipos de primera categoría como Estados Unidos, Argentina o Méjico, que compiten contra Colombia, los habitantes del barrio asisten masivamente a estos encuentros y alientan, al equipo nacional, agolpados en las cercas y los más arriesgados trepados en los árboles. En el otro lado, en el costado oriental, en la tribuna especial los asistentes de la “high life”, elegantemente vestidos, o como popularmente se le llama la “jai”, igualmente aplauden al equipo colombiano que está conformado por personas de su misma clase social. Las realizaciones de estas confrontaciones deportivas inducen a los jóvenes a practicar este deporte elitista en el potrero (parque), pero de a pie y con tacos hechizos de madera de ramas de árboles. Muchachos, que por una poca remuneración cargan tacos como caddies en el Country Club, practican el elitista deporte del golf con otros jóvenes en el potrero (parque) y en potreros vecinos; algunos de estos caddies llegan en el futuro a ser buenos profesionales del golf. Concretando: los centros deportivos aledaños y el entorno al barrio, influyen y determinan comportamientos especiales en los habitantes preferencialmente en los niños y jóvenes.

La gran dimensión de los predios facilita la instalación de canchas de tejo las cuales son muy concurridas los fines de semana y festivos, donde los señores acompañan el juego bebiendo chicha o cerveza, “La Pola” o “El Cabrito”. Otros celebran los festivos con un paseo familiar a algún pueblo vecino para disfrutar con más plenitud el ambiente del campo; por la proximidad van mucho a Suba donde, además de ese ambiente, se come una deliciosa fritanga que venden en el parque del pueblo.

Los habitantes empiezan a tomar sentido del trabajo de participación colectiva con miras a lograr el mejoramiento y el progreso del barrio. Su primordial tarea es la construcción de la iglesia; hasta el momento solo hay una enramada con cuatro tejas. Allí un sacerdote Franciscano, designado por su comunidad, viene los domingos a celebrar la Santa Misa.

Se consiguen materiales para la construcción del templo con las ganancias que dejan las celebraciones de bazares y con la “marcha del ladrillo”. Esta consiste en que cada feligrés que asiste a los oficios religiosos lleva un ladrillo o su equivalente en dinero.

Año 2021

Las casas solariegas de antaño han cambiado sus espacios y su uso por modernas estructuras: bodegas, oficinas, salas de máquinas, talleres de reparación y mantenimiento.

En los antiguos solares donde brillaba el verde de las plantas ahora se ve el gris del cemento y el rojizo descolorido de los ladrillos; el aroma de la yerbabuena, el toronjil, el romero y la manzanilla, la fragancia de las rosas, los claveles, las azucenas... se cambiaron por los olores de la gasolina, el varsol, el thinner, el cemento, el yeso, las pinturas; el zumbido de las abejas, el trino de los copetones, el canto de las mirlas silvestres, el arrullo de las palomas, y el aletear reverberante de los colibrís dieron paso al estrepito y ruido de las máquinas, de los motores, de los pitos, de los timbres. Con la nostalgia y el recuerdo de aquel ambiente del pasado podemos cantar la canción “Casas Viejas”, de Ivo Pelay.



2.0

JOSÉ DOLCEY IRREÑO OLIVEROS

Nació el 17 de agosto de 1952, en la Ciudad de los Puentes. Vivió su juventud en La Dorada. Graduado como técnico químico en Sena-Bogotá y de ingeniero industrial de la UPTC. Laboró en Acerías Paz del Río durante 33 años. Casado con Blanca Rodríguez, tiene tres hijos y cuatro nietos. Jubilado, está dedicado a generar contenidos literarios-artísticos. Apoya a su hija menor, persona con discapacidad, articulando procesos a todo nivel. Miembro de la Academia Boyacense de la Lengua. Agradece a la Fundación Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 por la invitación a la Escuela Virtual, que le ha permitido expresar sus experiencias.

UNA VISITA TRUNCADA

Por José Dolcey Irreño Oliveros

A comienzos de enero de 1985, me encontraba viviendo en un sector céntrico de la ciudad del sol y del acero, Sogamoso, capital de la provincia de Sugamuxi. Fue un centro religioso de la comunidad muisca, en el que la Industria Siderúrgica, los materiales de construcción y la explotación de caliza, carbón y mármol, junto al comercio con los Llanos Orientales y el centro del país, eran la base de la economía de la región.

Como era habitual, todos los días por esa época entraba a laborar desde temprano a Acerías Paz del Río en el departamento de Control de calidad, cuando a finales de 1984, en plena navidad, recibí una llamada sorpresiva de mi tío Pedro —que vivía en Armero— quien exclamó en forma alegre:

—¡Hola, mijo!, ¡cómo me alegra escucharte y saber noticias de tu familia!, ¿por qué no vienes a visitarme?

Le contesté:

—¡Tío, tengo muchos deseos de ir a visitarlos, hace mucho tiempo no los veo y me hace falta abrazarlos!

Así quedamos, hasta el día de hoy.

A mediados de 1985, las noticias eran muy preocupantes con el comportamiento del Nevado del Ruiz, ya que eran frecuentes las emisiones de gases y fumarolas que se emitían por su cráter. Mi angustia se apoderaba cada vez más porque no sabía qué podía pasar de esa fecha a la visita que tenía programada para finales de año.

Esta condición ambiental se volvió el pan de cada día para los colombianos. Las noticias en los periódicos y canales de televisión eran diarias y preocupantes, dado que no se contaba en ese entonces con los equipos tecnológicos que permitieran hacer un registro y control al volcán para tomar decisiones eficientes y eficaces. Dado que los armeritas pensaban que esto era temporal, pasajero y no acaecería algo lamentable, la incertidumbre dentro de la población era desconocida.

A comienzos de octubre, la situación se volvió más tensa; sin embargo, los armeritas ya convivían con las condiciones climáticas diarias, como era vivir respirando un aire pesado

contaminado y una lluvia frecuente. Fue cuando tomé la decisión y empecé a realizar llamadas a mi familia y manifestarles que era necesario que abandonaran la ciudad y se fueran a vivir con la familia residente en otras poblaciones cercanas, mientras se estabilizaba el Nevado del Ruiz. Pero eran infructuosas mis peticiones, sobre todo con mis tíos Pedro y María, quienes eran comerciantes y me expresaban:

—¡Dejar nuestros negocios tirados a la deriva es imposible, mejor demos una espera!

Mi tío Pedro era delgado con un carácter fuerte, se consideraba un buen comerciante, mi tía María era viuda, robusta y era dueña de un restaurante.

Por otra parte, los armeritas ya habían escuchado de las autoridades locales y departamentales y nacionales que había un inminente peligro para la ciudad, por la actividad del Nevado del Ruiz, por la cercanía de una montaña de 5.321 metros de altitud al occidente del pueblo algodnero. A pesar de los anuncios de una posible avalancha, los pobladores y mi familia incluida se mantuvieron incrédulos, y llegaron a pensar que —acaso— podrían suceder inundaciones por la crecida del cauce del río Lagunilla, en cuyo valle estaba situado el pueblo. “Los pobladores lo tomaron en broma”, recuerda Mario, uno de los sobrevivientes de la avalancha.

Sin embargo, ya le había manifestado a mi tío Pedro, que le aceptaba su invitación para visitarlo en las próximas vacaciones de verano y, de paso, compartir unos días con mi familia que habitaba en Armero.

Guardábamos una ligera esperanza de que todo se estabilizaría y pudiera cumplir mi gran sueño de lograr la visita programada, mi familia estaba muy entusiasmada de conocer el Tolima, se tenían preparadas las maletas para viajar ese 1 de diciembre de 1985.

Las noticias seguían preocupantes por esa época, dado que se presentaban frecuentes lluvias azufradas y caídas de cenizas. Además, la información por autoparlantes de parte de las autoridades e instituciones de riesgos, como Bomberos, la Defensa Civil y la Iglesia, manifestaba a los habitantes a abandonar sus viviendas ante una posible catástrofe natural imprevista.

A mi tía María la llamé precisamente ese 15 de noviembre de 1985, en las horas de la tarde tipo 5 p.m., para invitarla de nuevo a que desalojara su casa en Armero y se fuera a vivir a Ibagué donde su hermana Martha. Ya cansada de tanta insistencia le entró una

corazonada y, de inmediato, me hizo caso y decidió cerrar el negocio, echarle candado, con la ilusión de volver una vez se normalizaran las condiciones ambientales. Esta decisión la tomó ya que me quería mucho por haber sido mi Nana durante mi infancia.

Ese 15 de noviembre de 1985 me encontraba viviendo en la ciudad de Sogamoso en la carrera 18 con calle 8, y a eso de las 10 p.m., momento en que presenciaba el partido de fútbol entre Millonarios y el Deportivo Cali, se suspendió la transmisión del partido para dar una noticia EXTRA relacionada con el nevado del Ruiz, no muy concreta, —pero en ese momento nadie sabía que la avalancha se acercaba a Armero—. Terminado el partido, decidí más bien acostarme y estar atento a las noticias.

Al día siguiente me levanté muy temprano, no eran las 5 de la mañana, abrí las cortinas y observé que en el piso había cantidades de un polvillo amarillento. De inmediato me dio una corazonada y me dije a mí mismo —esto corresponde a la erupción del Nevado de Ruiz—, salí a la calle, tomé muestras de las cenizas que tenían un olor a azufre —huevo podrido—, las envasé y llevé para el laboratorio donde laboraba para determinar su composición, presentaban un contenido considerable de azufre y óxidos de hierro, aluminio, titanio, calcio y magnesio, entre otros. Hacían parte de los materiales que habían sido expulsados por el cráter del volcán durante su erupción y que viajaron toda la noche, cayendo en gran parte de Cundinamarca y Boyacá. Por otra parte, la avalancha bajó por la montaña arrastrando todo lo que encontró a su paso a más de 40 kilómetros por hora en el cauce del río Lagunilla, destrozando el pueblo.

Ya las noticias eran muy claras, acordes a lo que sucedía con la desaparición de Armero, situación que me trastornó bastante sin aún conocer noticias de mi familia —como estaba trabajando, no tenía acceso a la televisión—. Era algo muy lamentable e inaceptable que estuviera sucediendo eso, y reiteraba una y otra vez que, por la terquedad del ser humano de no aceptar la realidad y estar apegado a las cosas materiales, habían desaparecido en pocas horas más de 25.000 personas, entre ellas mucha familia y vecinos de mis padres, oriundos de Armero.

A eso de las 10 de la mañana llamé a mi tía Martha a Ibagué, para que me informara cómo estaba mi tía María y su familia, pero no fue posible su contacto, ya que las líneas estaban colapsadas. Entonces, decidí comunicarme con mi Madre Blanca —oriunda de

Armero que estaba pasando unos días de vacaciones donde mi hermana—, para conocer noticias de la familia residente en Armero. La sorpresa fue que me tenía dos noticias: una buena y otra mala. La buena tenía que ver que su prima Emperatriz había llegado muy de mañana procedente de la avalancha de Armero, no lo podía creer porque había sido un milagro de Dios el haber sobrevivido a la avalancha, pero lo más sorprendente era que estuviera en Bogotá 8 horas después de la catástrofe natural. No lo podía aceptar, comentaba la prima que una vez rescatada fue traída por la Cruz Roja a Bogotá donde indicó que tenía familia. Cuando llegó y golpeó a eso de las 6 a.m., mi madre se preguntó quién puede venir a esa hora, sin embargo, decidió abrir y se encontró con la noticia de ver frente a sus ojos a su prima toda sucia, embarrada, trasnochada y desubicada. Cuenta mi madre que se bañó, desayunó y pasó al dormitorio de inmediato. La noticia mala era que no tenía noticias de la familia que residía en Armero. Posteriormente se supo que mucha familia desapareció en medio de los escombros.

En la tarde llamé a la prima Empera —como le decíamos cariñosamente—, estaba más tranquila. Ya reposada me comenzó a contar toda la historia que había vivido, manifestando que a eso de las 10 p.m., ya recostada, escuchó unos ruidos estruendosos como las hélices de un avión:

—Había una alta temperatura, estábamos en tinieblas, cuando de repente se abrieron las puertas de la casa, se inundó inmediatamente de grandes cantidades de agua que arrastraron todo lo que encontraba por el camino. El lodo me atrapó y me fue llevando junto con mi único hijo con quien dormía. En un momento nos separamos, comencé a gritar llamándolo para que me auxiliara, solo sentía que me empujaban, me chocaba con materiales, árboles, vehículos; estaba angustiada porque mi hijo no aparecía en medio de esa oscuridad, pero con la confianza en que Dios me rescataría. El ambiente era pesado, casi no podía respirar, y solo gritaba “Enrique, sálvame”, pero ante la furia de la avalancha, la fuerza de las aguas y lodo, se cruzaban las olas y me llevaban de un lugar a otro. Como podía gritaba, tragando agua, cuando de pronto una mano me tomó de la cabeza, pregunté quién estaba ahí, me contestó un poco agitado Enrique. De inmediato, me tomó de los hombros y me empujó quedando encima del techo de una casa. Ya agotada y adolorida descansé un rato y mucho después sentí que alguien me lanzó a un barranco que estaba cerca del lugar. Como pude,

me agarré de la maleza y logré situarme en un sitio más seguro, hasta que unos socorristas que pasaban por el lugar me tomaron del brazo y me sacaron a la vía, de ahí en adelante no volví a saber nada de mi hijo. Una vez protegida, pregunté la hora, los socorristas me dijeron que eran las 2 de la mañana y, de inmediato, me preguntaron: “¿Dónde tiene familia?”. Les contesté que en Bogotá. “¿Usted sabría llegar?”. Les dije que sí. “Bueno, la vamos a enviar en un vehículo junto con otras personas”.

»Aproveché el momento para recomendar a mi hijo Enrique y luego me despedí. Tomé el vehículo. Fue un viaje más bien rápido hasta llegar a la casa de mi prima Blanca, me dejaron frente a la casa en el Barrio Egipto, solo le daba gracias a Dios por haber sido uno de los milagros de cientos de personas que nos salvamos.

Posteriormente la prima se devolvió para ir en busca de su hijo a quien nunca lo encontró.

Más tarde mi tío Pedro apareció con su familia en Venadillo, quien murió unos meses después de pena moral por todo lo perdido durante la avalancha. La herencia de su trabajo de toda una vida quedó en cenizas.

El mundo entero recuerda también el caso de Omaira Sánchez, la niña que, atrapada entre los escombros, murió después de 60 horas de espera mientras los esfuerzos para sacarla fracasaban. Pero como ella había más: los desafortunados que fueron amarrados con cadenas y jalados por grúas. «Si salían completos, bien, y si no, los botaban, y seguían buscando”.

Es bueno recordar que Armero y todo ese plan del Tolima ha sido azotado por otras catástrofes naturales en los años 1592, 1700, 1845 y ahora en 1985.

Años después fui a visitar a mis padres que vivían en Lérida, quienes decidieron reunirse nuevamente con toda la familia sobreviviente. Mi anhelo principalmente era reencontrarme con mi tía María y con mi tío Pedro para cumplirles mi promesa, no los pude abrazar, porque nunca los encontré.



2.0

LUZ MARINA VANEGAS HURTADO

Nació al albor de las lluvias y la esencia de las flores un 11 de abril de 1955, en Bolívar, Valle del Cauca. Creció con el corazón rebosante de amor y de poesía, disfrutando de la ternura de sus abuelos. Se recibió como maestra en la Normal Nacional de Señoritas “Jorge Isaacs”, de Roldanillo, Valle. Se ha desempeñado como gestora cultural y tallerista en su pueblo, donde reside con su familia. Actualmente dicta Talleres de Escritura y Literatura Poética en escuelas y colegios de parte de la Secretaría de Cultura y Turismo del Municipio. Gracias a un amigo cercano, se enteró de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, que vino a enriquecer su hacer como poeta y escritora.

CASA SOLARIEGA

Por Luz Marina Vanegas

Casa solariega
de patios amplios
y jardines floridos.

Aún canta sobre el
agua mansa de la acequia
la voz de la abuela
y la risa de mis primos
jugando con la falda
de la tarde.

Te busco y no te encuentro
pozo de pomarrosas,
donde la hamaca
ebullía de risas
sobre el canto amplio
de aquel reboso verde
colmado de milpas y bellitas.

Sigo el rastro de la huerta,
queriendo encontrar el aroma
de la albahaca, el apio y la hierbabuena.
Solo veo a lo lejos
la sombra de los guamos, los mangos y los ciruelos.
A la vuelta de la esquina
aún descansa el horno
donde las manos de Amalia

amasaban el pan, las galletas de colores
el pandebono y los suspiros de gorrito rojo
todos los viernes.

Tañe la campana de las 6:00
y mi corazón se oprime en el pecho,
queriendo correr desbocado
a esconderse debajo de la mesa,
donde el abuelo cada tarde dejaba sus arreos,
después de llegar erguido en su potro alazano
acompañado de la recua que bajaba
de la montañuela
sobre el lomo de mulas
cargados de panela, lulos naranjillos y racimos de plátanos,
saludando la tarde con sus sombreros aldeanos en la mano
y su sonrisa de arrieros francos y felices
aspirando el aroma de la tarde
que caía sobre la casa humeante
a café recién colado.
Esta era la casa de la infancia
la casa de mi niñez
la casa de la nochebuena
la casa de las vacaciones.

Que descansa en la sala de mis recuerdos
y allí vivirá para siempre hasta el último día
de mi existencia sobre la tierra.



SEMANA 2



Termina la primera semana del Segundo Heptamerón y comienza la segunda, en la cual las personas mayores discuten sobre el amor: posible, imposible, efímero y eterno. Agueda nos recuerda que los sentimientos no tienen fecha de vencimiento y que “solo el abandono del entusiasmo arruga el alma”; Consuelo comparte la historia del primer y último hombre con el que bailó y con quien vivió 57 años de feliz matrimonio; Gloria escribe a un amor truncado del pasado; Rosario cuestiona el umbral de los sueños con una carta a su exmarido; Germán asegura, con sabiduría, que ninguna pérdida, así como el amor, es permanente; Alexi narra el primer romance de una de sus amigas; Abel clama, en verso, por una sonrisa de su amada que lo mantenga de pie; y, a sus 92 años, Jaime ofrece un sentido poema a ‘Chiqui’, su esposa, con quien compartió durante 58 años.



2.0

AGUEDA MIRTA RESTAÍNO MARCHESE

Mientras se gestaba la Segunda Guerra Mundial, en el pueblo Santos Lugares, del Departamento de Canelones, Uruguay, nacía en una familia de inmigrantes italianos la séptima hija de la familia: Agueda Mirta el 5 de febrero de 1940. Era una familia de trabajadores tratando de salir adelante en una época difícil del mundo. Al poco tiempo se mudaron al departamento de Montevideo, donde creció e hizo sus estudios cursando hasta terciarios. Se casó, tuvo tres hijos, se divorció, tuvo otras parejas y su vida se desarrolló entre cosas buenas y otras no tanto. Supo tomar lo positivo y desarrollarse en actividades sociales y gerontológicas; a raíz de eso, tuvo el conocimiento del curso de Historias en Yo Mayor, el cual le fue muy provechoso.

SIN FECHA DE VENCIMIENTO

Por Agueda Restaino Marchese

Había comenzado un nuevo año. El calor, las vacaciones, todo tenía un dejo de nostalgia y de alegría en los primeros días de enero.

Era vísperas de reyes y, ante el cumpleaños de uno de los integrantes del grupo, me invitaron a una cena. La noche estaba triste, llovía, juntos disfrutamos de esa algarabía que nos dan los años maduros, reír, contar chistes y gozar. No todos se atreven a sentir de la misma manera, pues las sociedades condicionan a las personas por su edad y se escucha a lo lejos susurros como estos: “¡A esta edad, como si fueran jóvenes!”, pero lo que no comprenden es que no hay fecha de vencimiento y todos vamos a llegar a viejos... (a menos que nos toque morir antes).

No sabía lo que me esperaba, sentía el placer de compartir el encuentro. Al salir, un joven veterano, apuesto caballero, me dijo: “¿Te vas sola?” y antes de contestar ya me estaba acompañando. Fue un pantallazo fugaz en mi vida.

Transcurrieron los días, encuentros, charlas, café, salidas, algún baile y nada más.

Todo parecía normal, un gran amigo, personas adultas, hasta que nos dimos cuenta de que siempre es tiempo para vivir.

Llegó febrero, el día 2, el sol parecía brillar más que nunca, cuando el teléfono sonó y, casi sin pensarlo, acepté su invitación. “La mañana resplandecía en el Rosedal del Prado, dos románticos paseaban de la mano; él, tan joven como sus ansias de vivir y tan viejo como sus años, decidió sorprender a su amiga con un beso y un pedido: amarse la vida entera. Ella, sorprendida pero enamorada de la vida y del amor, rodeada por la naturaleza fresca de la mañana, entre el verde de las plantas y el amarillo radiante del sol, que transmitía algo especial, decidió aceptar y vivir un romance especial, tan maduro como sus años y tan jóvenes como sus deseos de gozar, de vivir y de amar”.

Así iniciamos un nuevo idilio, comprendimos que siempre es posible empezar, que los hechos de la vida cotidiana no tienen fecha de vencimiento y que, en esta nueva etapa, nos íbamos a sentir amarrados por mucho tiempo.

Luego vinieron los proyectos, amarnos, casarnos, vivir las mismas inquietudes

compartiendo las experiencias y disfrutando cada minuto, con familiares y amigos, nuestra alegría.

Hijos y nietos sorprendidos por nuestro amor, mostrando que podemos acompañar esa edad biológica que nos toca vivir con un programa personal de proyectos, en la construcción de nuestro propio destino.

Al disfrutar esos momentos vividos recordaba aquel poema de Frank Cane “...nadie envejece por haber vivido un determinado número de años. Solo se envejece cuando se abandonan sus ideales. Los años arrugan la piel. Solo el abandono del entusiasmo arruga el alma...”, percibí que era verdad lo que estaba viviendo, que no era un sueño, que el amor había golpeado fuertemente en nuestros corazones. Vivimos esa hermosa ilusión en nuestro atardecer.

Entendimos que el día empieza siempre como ese dos de febrero para nosotros y nos confundimos en el abrazo diario, hoy vivimos cada vez más fuerte nuestro amoroso latido.

Cuando hablamos de lo que sentimos, lo hacemos desde adentro en el espíritu joven que guardamos religiosamente en nuestro interior. Ninguno de los dos negamos los años transcurridos, pero nos permitimos disfrutar, sin perder nuestra capacidad de asombro sobre lo que nos ocurre, pero este permitirse ser nos hace sentir mejor y adaptándonos con más facilidad a los cambios que sufre nuestro cuerpo.

Hoy más que ayer, pienso en lo que nos ocurrió, el tiempo que transcurre, las opiniones que se escuchan a menudo: “Ya son viejos”, y afirmo con más fuerza que mientras sepamos vivir, no importa la edad, pues puede aparecer una campana como esta, que te avise que siempre es tu tiempo, como este nuestro sin fecha de vencimiento.

Como dice el poeta “...en el sitio central del corazón, hay un árbol siempre floreciente, se llama amor. Mientras tenga flores, el corazón es joven. Si muere se torna viejo...”

Cuando iniciamos nuestro amor pensaba “...a veces uno cree que ya no hay razón para vivir y sin darse cuenta dos seres se encuentran, como dos almas gemelas capaces de prometer quererse, pidiendo a gritos su espacio para amar, latiendo y viviendo hoy de otra manera...”.

Es cierto que es una historia de amor como otras, pero hay algo importante, “él con sus 81 años logró encender la llama viva de la esperanza, conquistar a la mujer que adora de 62 años”. Los dos comenzamos una nueva etapa con esta alegría de vivir tan reconfortante,

acrecentando el amor y superando las barreras inquebrantables que suelen imponerse, con un latido al unísono, profundamente sincero, leal y entregado.

Amamos sin fecha de vencimiento porque sabemos que podemos continuar así el resto de nuestras vidas.

Nos casamos el 5 de Julio de 2002 y esto fue escrito al año de casados.



2.0

CONSUELO ARBELÁEZ DE PRIETO

Es una mujer de 85 años que nació en Ibagué. Allí estudió primaria y bachillerato, luego se fue a estudiar Trabajo Social en Medellín. Escogió esta carrera pues siempre vio a su mamá liderando y colaborando en obras sociales. Trabajó en Bienestar Social en los Ministerios de Obras Públicas y de Relaciones Exteriores, en el Banco del Comercio y en el Sena Agropecuario. Estuvo casada con un manizaleño y tuvieron 5 hijos. Sus mayores aficiones han sido leer, escribir y oír música. Hace muchos años estuvo escribiendo sobre su familia, sus papás y hermanos, y en un cumpleaños su esposo e hijos hicieron editar todos esos recuerdos en un libro que llamaron “Los míos”. Ahora está muy contenta con la oportunidad de la Escuela Yo Mayor y le está sirviendo mucho pues está escribiendo los recuerdos de su vida de casada.

MI HISTORIA DE AMOR

Por Consuelo Arbeláez De Prieto

Me invitaron a pasar unas vacaciones a Manizales. Allí conocí a Hernando, el protagonista de mi historia.

Hernando me visitaba todos los días en bicicleta pues tenía una barra que se llamaba “los biciletos”. Fuimos a varias fiestas que eran de 3 a 6 de la tarde y que se llamaban repichingas; allí bailamos todo el tiempo, eso sí, sin acercarnos, pues yo le ponía la palanca, como la llamábamos en ese momento, que era ponerle el brazo en el hombro del parejo para impedir que se acercara. A mí todo el tiempo me brincaban mariposas en el estómago.

Se acabaron las vacaciones y cada uno regresó a su vida normal sin ni siquiera intercambiar direcciones.

Pasaron varios años y yo me fui para Medellín a estudiar. Allá nos volvimos a encontrar gracias a un amigo en común que teníamos, entonces comenzamos a salir. Cuando ya llevábamos varios días viéndonos, la tía con la que yo vivía, que era una antioqueña total, me sentó a preguntarme sobre todos los detalles de mi amigo, cuando le conté que estudiaba ingeniería y que iba atrás en la carrera, me dijo: “Me haces el favor de no seguir saliendo con ese muchacho. Ese muchacho no promete”, y cuando supo la edad y que no me llevaba sino un año, con mayor razón me insistió en que ese era un niño chiquito (pues en esa época los novios eran mayores que las novias, varios años). Yo hice caso a pesar de que me dio muy duro esa decisión, pero con el tiempo vi que había sido lo correcto pues tuve oportunidad de conocer muchos amigos, ir a fiestas, tener otros novios y, así, concluir que Hernando era el único que me movía el piso.

Regresé a mi casa en Ibagué con la carrera terminada, pero sin graduarme. Trabajé un corto tiempo y decidí regresar a Medellín a hacer la tesis y graduarme.

Yo sabía que Hernando aún estaba en Medellín y sabía dónde vivía, así que decidí “montarle la perseguidora” hasta que nos encontramos “por casualidad”. Ahí, como yo ya estaba grandecita, nadie se pudo oponer a que saliéramos, pero ¡oh, sorpresa!, me confesó que tenía novia; yo muy digna le dije: “Chao, que seas feliz”. Pues a los dos días reapareció con serenata, me invitó a comer y me dijo que ya había terminado con la novia. Yo feliz no dudé en ennoviarme.

Feliz regresé a mi casa con el novio que yo quería, pero como estábamos en ciudades distintas empezó un noviazgo por carta, tres cartas a la semana llenas de amor y promesas. Así duramos año y medio. Él iba a visitarme cada tres semanas. Me llevaba serenatas y si la canción hablaba de besos, mamá me llamaba al orden, yo le juraba que nunca nos besábamos. Las visitas nos las cuidaba una tía que pasaba por la sala cada momento siempre con una disculpa distinta.

¿Que si nos besamos? Obvio que sí, pero como mamá me había insistido que era pecado, yo después de cada visita de Hernando tenía que ir a confesarme.

Al año y medio, ya Hernando estaba organizado trabajando, entonces decidimos casarnos.

Fue un corto matrimonio que duró 57 años hasta que Hernando murió. Tuvimos 5 lindos hijos y un lindo hogar.

El primer y el último hombre con el que bailé.



2.0

GLORIA IRENE ABELLA

Es una docente pensionada del magisterio. Residente en Bogotá. Le gusta mucho la literatura y narrar de manera oral. La Escuela Virtual fue un espacio para poner por escrito sus historias y conocer personas con quienes compartir sus relatos. “Los cuentos de los compañeros me animaron muchísimo, tengo muchas historias que contar”, como lo dice en sus propias palabras.

CARTA

Por Gloria Irene Abella

Bogotá, julio 9 de 2021

Querido José Francisco, mi memoria de nuevo me lleva a ti, a recordar nuestra historia de amor. Cada vez que lo hago, no puedo evitar regresar a la parte final de mi infancia y los inicios de mi adolescencia. Éramos muy jóvenes y nuestro romance inició de forma sencilla e inocente, solo fueron nuestros primeros pasos buscando el amor. ¿Pero qué difícil, recuerdas? A nadie le pareció bien que nos hiciéramos novios; entonces, tanto tu familia como la mía se interponían, y aquello que para nosotros era tan lindo y tierno se fue convirtiendo en algo que los adultos consideraron malo e imposible. Solo éramos una “pequeña” pareja con la intención de aprender del amor. Teníamos 13 y 14 años, tú lo sabes, nos queríamos y solo buscábamos la forma de encontrarnos, así fueran escasos minutos, para intercambiar cartitas de amor, acrósticos y regalitos, además de la despedida con un rápido beso sellado. Nuestros furtivos encuentros eran siempre saliendo de la misa, esperando el bus para ir al colegio, en el parque lejos de nuestras casas y, lo más chistoso, escaparnos hasta el cementerio de lo que se llamaba Siete de Agosto, ¿te acuerdas? Y dábamos vueltas y vueltas mirando tumbas y charlando tomados de la mano, seguros y tranquilos, porque allí era difícil que nos vieran. Sabemos, porque la vida nos permitió volver a hablar, que no olvidamos nunca ese romance. Hubo momentos muy tristes, sigo culpando a los adultos de incomprensibles, pero... lo peor, fue cuando tu familia decidió irse a otro barrio para alejarnos. Y, claro, lo consiguieron, era más difícil vernos. Con el tiempo conocí a Alfonso, sé que no te gusta recordarlo, y que te causé mucho dolor, pero bueno, nuestro amor no tenía futuro. Hoy solo sé que los adultos no siempre tenemos la razón ni decimos la verdad. Espero que estés muy bien y, como siempre, te llamaré o enviaré un mensaje el 22 de octubre, día de tu cumpleaños.

Un abrazo.

Con mucho cariño.

Glory

Posdata: Cuando leas esta carta, debes saber que escribí muchas que no fueron enviadas, pero que siempre harán parte de nuestra historia.



2.0

ROSARIO MORALES

Como buena arquitecta, es de mente cuadriculada en diseños y en números. Fue invitada como miembro del Consejo de Sabios, grupo de personas mayores, a participar en la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor. Con la publicación de este pequeño y crudo cuento ficticio, quedó agradecida y gratamente sorprendida de verse capaz en algo que siempre soñó... escribir. Bogotana orgullosa de su cultura que ha vivido desde hace 75 años cuando nació, en medio de El Bogotazo. Encontró en esta pandemia el acompañante soñado: la creatividad de escribir, que, según sus palabras, “deficiente por ahora, pero prometo que la voy a mejorar”.

CÓMO HAGO PARA NO SOÑARTE

Por Rosario Morales

Querido exmarido

Donde quiera que estés

Nuestra historia de amor fue muy dispareja. Cuando te conocí ni me fijé en ti. Fue el primer año de universidad en la carrera de arquitectura a la que entramos juntos un enero de hace muchos años. El porcentaje de mujeres de ese entonces era muy poco y no voy a presumir, pero yo era la mejorcita. Iba a estudiar, a eso me dediqué, no a buscar novio y mucho menos marido. Como no le hice caso a ningún compañero, uno de ellos me dijo que yo era altiva y desdeñosa. Me encantó ese calificativo.

Tú eras muy bueno en matemáticas y yo en diseño y dibujo. De alguna manera terminamos trabajando juntos, apoyándonos, en equipo con otros tres inteligentes y agradables compañeros.

Pasaron algunos meses y, ante el asedio de otros estudiantes, decidí salir contigo para que me vieran acompañada y no me molestaran más. Conociste a mis padres y mis tres hermanos, estos últimos eran muy chistosos, a todos mis amigos les decían “cuñado”. Cuando conocí a tus padres, tu mamá me dijo que me admiraba por cómo te soportaba y era cierto, eras demasiado serio y un poco enojón.

Se sentía bonito que te dedicaras tanto a mí y que demostraras tanto amor. Yo había tenido dos decepciones anteriores y opté por estar contigo y tratar de tenerte cariño.

Éramos compañeros de estudio cinco días a la semana y me visitabas como novio el sábado, ante la celosa vigilancia de mis padres y la complicidad de mis hermanos. Pasamos 5 años de novios, hicimos nuestras tesis juntos, nos graduamos el mismo día. Creo que aprendí poco a poco a quererte, ambos teníamos 22 años cuando me pediste matrimonio, y acepté. Tuvimos una linda boda, una bonita luna de miel y éramos una pareja feliz, presumías de haberme conquistado. Nuestro lema era “para siempre” y lo grabamos en nuestros anillos. Tu virtud más grande era tu generosidad conmigo y con todos.

Quiero aclarar que yo, para llevar nuestro matrimonio en paz, tal vez por tu carácter fuerte y un poco tu machismo, claudiqué, agaché la cabeza y esa no soy yo. Nos convertimos en padres de un maravilloso niño que nos llenó de felicidad. Pasaron muchos años, tu carácter empeoró, me convencía a mí misma de que así te había conocido. Lo que más me dolía era lo severo que eras con nuestro niño. En nuestro aniversario 25, nuestro hijo, un joven muy centrado y alegre, nos celebró con una gran fiesta, a la que tú no le pusiste ningún entusiasmo. Me enteré a los pocos días, porque tú mismo me lo dijiste, que estabas enamorado de otra y sentías que era tu media naranja, que habías tenido otras aventuritas también, que te diera la oportunidad de “vivir”. Fue duro, pero no devastador, a veces en mis soledades pensaba que el matrimonio era como una más o menos agradable prisión, entendí también que al casarnos tan jóvenes e inmaduros, ni tú ni yo habíamos vivido. Aún creía en el para siempre y me dijiste que eso no existía, con el tiempo entendí que tenías razón, no hay nada para siempre.

Te fuiste de la casa y volviste al poco tiempo arrepentido, pero te volvías a ir así varias veces. Tu cabeza y tu corazón eran un caos, una mañana ni me saludaste, yo ya estaba segura, las dudas, la traición, pero más la liberación me hicieron ese mismo día tomar una firme determinación: acabar nuestra relación. A los pocos días, apoyada por mi hijo, dejamos la casa y nos fuimos a la ciudad donde vivía mi familia. A mis 47 años empecé a vivir, a ser yo, a hacer lo que yo quería, a trabajar en mi profesión exitosamente, porque a tu sombra nunca pude hacerlo. Triste recordarlo, eras celoso, pero tus peores celos eran los profesionales.

A los pocos meses supe por alguien que querías volver, por la misma persona te enteraste de que yo no lo haría, iniciaste una nueva vida con ella. Sé que no te ha sido fácil, pero no me importa, eso escogiste. Puse muchos kilómetros y años de distancia entre nosotros, te guardo cariño, no rencor, y tal vez gratitud por haber sido sincero y no llevarme a tener una doble vida tuya, al haberme permitido volar, valorarme y emprender. Nuestro hijo te detestaba por lo que hiciste, lo convencí de no hacerlo. Hoy ustedes son amigos, me lo debes, no hay exhijos y sí exesposas. Salí ganando, él está a mi lado y me dio una bella nuera y mi felicidad, mis dos nietos.

He conocido más hombres, me han pedido matrimonio, pero me encanta esta libertad, me da algo de pena decirlo, pero preferí los “tinieblos”. No tenemos tú y yo ningún contacto, así

lo decidí, parece que ya no existieras... pero —siempre hay un “pero”, y por ello el título de este escrito—, todo el tiempo estás en mis sueños, peleando, queriéndonos, hablando, paseando, en fin, de muchas maneras. Creo que estos sueños son parte de mí, no me desagradan, no me afectan, tal vez es mi subconsciente al que no controlo. Empecé a anotar los sueños, pero, un día, quemé la libreta en la chimenea. Al fin los sueños solo sueños son... algunos los olvido, otros no.



2.0

GERMÁN CABALLERO

Nació en Nemocón, lamento de guerrero en chibcha, al pie de la Mina de Sal. Tuvo una infancia rural y citadina, en medio del paisaje de la sabana de Bogotá. Hizo allí su primaria y secundaria y luego se fue a la gran ciudad para estudiar en una universidad confesional. Allí, aprendió a pensar libremente mientras se sumergía en los insondables vericuetos de la Psicología. La vida lo trajo a Barranquilla, donde ha vivido cincuenta años, pero no ha aprendido a comerse la ese. Le encanta enseñar, pero sigue estudiando, y ahora le ha dado por lo gremial, con lo cual probablemente envejecerá más rápido. Escribir es su pasión, y de eso también vive. Historias en Yo Mayor se convirtió en su obsesión desde cuando era concurso y ha encontrado ahí el placer de conocer todo el potencial que la edad concede a quienes cultivan su inteligencia y sabiduría.

EL AMOR EXISTE

Por Germán E. Caballero Herrera

El amor se aprende desde que nacemos. Amamos a toda clase de seres hasta que la cultura modifica nuestras preferencias y nos transforma en seres “correctos”. Pero, a pesar de eso, por nuestra imaginación pasan todas las posibilidades y en nuestros sueños agregamos querencias a las que nos permite la vida real, pero que no se parecen a ellas. Aprendimos a querer a nuestra familia y, en mi caso, que tuve que dejar mi casa antes de los cinco años para irme a estudiar y vivir en la de mi tía paterna, la hermana mayor de mi padre, situación que me produjo rabia y desesperación, impotencia y llanto de desarraigo. La pérdida momentánea de mi madre y mi hermano nunca se compensaron con el afecto de esas nuevas personas, que en algunos casos se manifestaba y en otros no, y dieron como síntomas un largo período de tristeza, aprendizaje apenas aceptable, la consolidación de una rebeldía hermosa que aún me acompaña y, por lo menos, un año de vergüenza por mojar todas las noches mi cama, que siempre era compartida por otra persona y tenía que aguantar esa humedad indeseable. Se quejaba, amenazaba, castigaba y lograba preocupar a mi padre hasta el punto del regaño inevitable.

Así que esa dualidad aceptación-rechazo fue el primer producto de mi pérdida de afecto que yo viví como catastrófica. Sin embargo, poco a poco el amor maternal de mi tía y el regreso a casa en vacaciones me enseñaron que ninguna pérdida es permanente, de la misma manera que ningún amor lo es.

Pero cuando mis padres vinieron a vivir al pueblo yo ya tenía que dejar esa casa en la que viví tres años y esa numerosa familia en donde aprendí a adaptarme, aún a todas las concupiscencias que se dan en las familias, a apreciar la belleza de mis primas y la competencia despiadada de mis primos; las condiciones de la vida en sociedad siempre incómodas para un niño introvertido, sensible y orgulloso, pero con una ganancia increíble: volver a ver con claridad las letras de mis libros a través de los lentes que corrigieron mi miopía y que aún uso y que han sido mis amores eternos, pues me dieron la posibilidad de defenderme, sorprenderme y hasta vengarme. Gracias a que me hice lector, especialmente de dos tiras cómicas, El Cisco Kid y El Fantasma, surgieron mis paradigmas de lucha, victoria

y huida y de ocultamiento de identidad para que no se pudiera identificar al causante del bien y del mal: yo mismo. Nunca revelé esos planes de vida y hasta ahora nadie me ha descubierto. Esa estrategia se la debo seguramente a un amor muy secreto por mi maestra, mi prima, quien me adentró en los secretos de leer y escribir y de lo femenino y la belleza, pues fue reina coronada en noche de gala. Nadie sabía que yo dormía con ella y nunca se lo contamos a nadie, pero siempre me sentí príncipe consorte.

Pasé a otro controvertido escenario, otra casa que tampoco era la mía, habitada por una anciana de pésimo carácter y peor vocabulario, como no he conocido otra, a quien aprendí a querer en la adolescencia, porque también daba afecto y mucho, oculto por sus groserías. A esa casa mi padre no podía entrar y sus contactos se hacían por una ventana a la calle; yo, protegido, y mi padre, humillado, con mi madre en la mitad del conflicto sufriendo mucho. Mi madre era una profesional del sufrimiento y todo el amor que podíamos darle no compensaba sus insatisfacciones, sus vacíos y las injusticias de su destino. Eso tampoco duró mucho por más que me pareciera una eternidad. Mi madre compró una casa de dos pisos, que aún es nuestra y allí sí podíamos estar juntos los cuatro miembros de mi familia. Entonces ya estábamos en nuestro escenario propio, enorme, de grandes espacios, que se fue achicando con los años, pero que aún puede decirse que es grande.

La hermana de mi madre era una doncella madura, como María Tudor, que se casó poco después, porque la estaba dejando el tren, como decían las comadres de mi pueblo. Se casó con un hombre muy recorrido, bien plantado, descendiente de encomenderos en Santander y quien muy probablemente le dio la peor vida posible, sin que jamás se hubiera escuchado una queja de labios de mi tía. La quise mucho, la adoré, pero nunca pude defenderla. Un día me dijo, “Le tengo una sorpresa, un regalo que ojalá le guste”. A mí nadie me daba regalos, excepto mi maestra y esa tarde la promesa de recibir uno sanó muchas de mis heridas y me consagró para siempre a su memoria. Se fue de la sala y al rato volvió con un tomo de Cuentos de Calleja, que produjeron una revolución en mí.

En ese tomo aprendí de la ingratitud, de la esperanza, de la comedia humana y de las costumbres de otros pueblos, pero sobre todo del amor. De amor por una mujer solitaria, resignada, que una tarde me dio la oportunidad de aprender a sentir gratitud y estableció conmigo un vínculo que jamás se romperá.

Dejo este relato aquí, a mis diez años o menos. Como ven, la vida está llena de amores dados y recibidos, que equilibran los odios merecidos o inmerecidos que también recibimos. Después les cuento mis demás amores, pero basta por ahora para los fines establecidos. Llenaríamos varios tomos en este intento.



2.0

ALEXI PÉREZ SIERRA

Entre el mar y las blancas salinas en un pueblo de La Guajira, Manaure, nace en el hogar de Aura Marina Sierra y Luis Bernardino Pérez, el 3 de marzo de 1957. Allí transcurre su infancia y concluye la primaria. Al cumplir 12 años, buscando un futuro, se reubica en la capital Riohacha. Después de trasegar por unos años en Medellín y Bogotá, retorna a Riohacha, donde conforma su hogar. Trabaja en el Hospital Nuestra Señora de Los Remedios y en 1997 inicia estudios en la Universidad de La Guajira, graduándose como trabajadora social, en 2002. Hoy es pensionada. Enhorabuena conoce en redes sociales el proyecto Yo Mayor, vinculándose a esta iniciativa de las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451. Agradece conocer y compartir con encantadoras personas; reencontrarse con sus recuerdos, sentimientos y emociones; logrando no solo narrar sino también “escribir”.

ENAMORAMIENTO DE AYER

Por Alexi Pérez

El enamoramiento es parte de la naturaleza humana. Enamorarse durante la juventud es una experiencia intensa, buscamos de quién enamorarnos, disparatada y pasionalmente, mientras sentimos timidez e inseguridad. Es un sentimiento que aparece en todos los tiempos y lugares.

Hablaba con una amiga de antaño con quien compartimos en la escuela; se me ocurrió comentarle que necesitaba escribir una historia de amor. Ella, sin pensar dos veces, me respondió: Si quieres te cuento la historia de mi primer amor. Dichas estas palabras, inició su cuento con gran satisfacción.

Era la década de los años 70, cuando mis padres decidieron enviarme donde un tío materno que vivía en la capital, Riohacha, con el propósito de que continuara con mis estudios secundarios. Aquel día sentí un contraste de emociones, concebía una gran felicidad porque iba a continuar con mis estudios y conocer la capital; por otro lado, la tristeza y el guayabo me embargaba, pues era la primera vez que me separaba de mis padres y hermanos. Dejaba atrás mi hogar, mis familiares más cercanos, mis compañeros de colegio, mis vecinos y mis costumbres.

Ese día eran los primeros días del mes de febrero, yacían las dos de la madrugada, cuando a la puerta sentí un ruido estruendoso, era la corneta del bus escalera. Se bajó un señor de baja estatura y en la cabeza un sombrero, era el señor Manuel Barliza, dueño y conductor del bus, quien recogía los pasajeros puerta a puerta en sus casas, habiendo previamente separado los cupos la noche anterior. El bus era un vehículo de madera y lata, de variados colores, compuesto de la parte delantera, donde se ubicaba el conductor y el ayudante. En la parte trasera tenía ubicada alrededor de seis hileras de bancas, de madera, tapizadas en cuerina; una tras otra, en la cual viajaban de cinco a seis personas en forma contigua. Aproximadamente media hora después, salimos del pueblo, internándonos en medio de rancherías. Se percibía la brisa tenue y fría de la madrugada, sin poder conciliar el sueño por el ruido de la trompeta, que ya avisaba a los pasajeros que llegaba por ellos. En cada ranchería, el señor Barliza se detenía, tomaba café, se escuchaba la murmuración

de la conversación, subían los pasajeros, y hay quien decía que el conductor, en cada aldea tenía un amor. Esta escena se repetía en varios lugares del camino, con la misma ocurrencia, hasta que, llegadas las seis de la mañana hacíamos el arribo a la capital Riohacha, donde de la misma manera ubicaba a cada pasajero en su lugar de destino.

Pasaron varios meses. A pesar de extrañar a mi familia y mi hogar, me fui acostumbrando y logré adaptarme más rápido, dado que mi tío tenía siete hijos y la mayor era un año mayor, lo que permitió una buena relación. Mi prima era de mi misma estatura, más gordita y morenita, cabello rizado, pero más astuta y coqueta. Yo venía del pueblo, ella era citadina, los contextos diferentes. Tanto así que a sus doce años ya tenía novio. Me quedaba pensativa cuando me contaba sus travesuras, el beso escondido, la paleta que compartían en la tienda del barrio y los juegos en la cola del patio; fácil de compartir porque eran vecinos y en esa época no se usaban los patios encercados. Para mí, todo era nuevo, no entendía muchas cosas, me extasiaba oírle y acompañarla todas las tardes a encontrarse con su enamorado en la esquina de la tienda a comer paletas.

Andábamos juntas, inseparables. Ella me preguntaba que si no me gustaba uno de los chicos del barrio; no me llamaban la atención. Después de varios meses, una tarde como de costumbre, estábamos sentadas al frente de la casa, cuando vi llegar dos jóvenes, venían del colegio, tenían los libros bajo el brazo, uno me miró fijamente, sonrió y, habiendo pasado, volteó su cabeza varias veces para mirarme.

Experimenté una sensación nunca sentida, me corrieron hormiguitas por las manos, la barriga, sudaba y el corazón latió más fuerte. Esa noche no pude conciliar el sueño, pensando en aquel chico. Desde ese momento, todas las tardes, sentadas nosotras en el andén, al regreso del colegio, ambos jóvenes llegaban a visitarnos, hablábamos; él comenzó a galantear, me trataba de una manera cordial, era educado y solícito para ganar mi complacencia y el cariño. Siempre estaba cortejándome, con cualquier obsequio me llegaba. Pasaba por la puerta con cualquier pretexto, nos alimentaban las miradas, comenzaron los encuentros en la tienda, promesas, ternura, esperanzas e incertidumbre.

Cuando pensaba o nos hallábamos, un aumento de endorfinas y encefalinas corría por nuestros cuerpos, hasta el olor de su perfume liberaba recuerdos y emociones. Era una mezcla de amistad, intimidad, compromiso y valores compartidos; durante el enamoramiento

fluían emociones. El encuentro de la mirada entre los dos se convirtió en la manifestación de sentimiento, la expresión del agrado de estar juntos, que ambos estábamos estimulados durante el tiempo compartido, lo que despertó una gran simpatía.

Han pasado muchos años, y en este momento que narro esta historia llegan a mi mente recuerdos, esa primera vez que nos dimos la mano, cuando salí corriendo por el primer beso. Esta relación se convirtió en algo muy lindo, nos entendíamos muy bien. Cada día tenía un detalle, me llevaba dulces, me ayudaba en mis tareas y dibujaba los mapas de geografía; me enviaba esquelas y pensamientos; me regalaba muñecos de felpa con nombres especiales en ocasiones especiales; y coleccionamos estampillas, llaveros y monedas. No perdía oportunidad, lo importante era compartir juntos.

Mi amiga Emma hace una pausa, tiene la mirada perdida y queda en profundo silencio. Le interrumpo su letargo y pregunto: ¿qué ocurrió? Y ella, con melancolía expresa: De esta manera continuamos varios años, hasta que él terminó la secundaria, su madre lo envió a Barranquilla a estudiar derecho en la Universidad Libre. Fue mi primer enamoramiento.



2.0

ABEL GUALÍ VALDERRAMA

Se llama Abel y no es aquel de la bondad bíblica, sino el poetastro actual que presume de irreverente. Nació en el último mes del año, un día después de la noche de las velitas en el paraíso folclórico del Huila. Tiene la edad proveyta con más de medio siglo auestas. ¡Cómo le han llovido los años! Vive acompañado de una vieja querida llamada soledad—bien calladita y cómplice ella—. Aunque graduado como administrador de empresas, no ejerce; dedicándose más bien a construir poemas palabra a palabra, verso a verso. Por lo tanto, no vive, sobrevive. Gusta describirse generoso, reciclador de ternuras callejeras y la única historia que disfruta recordar son las noches plenilunadas de cuentos, vivenciadas en compañía de su señor padre.

INSIGNIFICANCIAS

Por Abel Gualí Valderrama

De pie en minúscula isla
me llueven deserciones
que son ausencias.

De pie en minúscula isla
soy vulnerable al aislamiento
al retiro forzado
a la soledad.

De pie en minúscula isla
te juzgo próxima y monótona
desprovista de contenido
carente de alegrías
falta de júbilo.

Hoy, buen plan sería
una sonrisa tuya para seguir:
De pie en minúscula isla.



2.0

JAIME ISAZA ECHAVARRÍA

Nació en Medellín en el año 1930. Estudió Ciencias Económicas en la Universidad de Antioquia y trabajó durante 50 años consecutivos en el sector automotor como gerente y socio de dos compañías, Autolitoral en Cartagena y Carco en Bogotá. En 1958 se casó con el amor de su vida, “Chiqui”, quien falleció pocos días antes de su aniversario número 61. Tuvieron dos hijas y dos nietas. Romántico empedernido, tenista y amante de la vida. Se enteró del curso por medio de una de sus hijas. El poema que aquí se presenta está dedicado a su esposa.

MI POEMA ERES TÚ*

Por Jaime Isaza Echavarría

Mi vida es un poema de amor
sobre el ayer, el hoy y el mañana.
Es un fuego que siempre me abraza
y no se apagará jamás
mientras vivamos.

En estas frías noches pienso en ti.
Te beso en mi soledad
y siento que lo mismo estás haciendo tú,
porque somos dos seres en uno
que se aman en cada instante de sus vidas.

Y si te tengo cerca,
o si te siento lejana,
¡mi amor por ti
siempre será el mismo!

Y aunque sea un romántico
que admire la belleza en todas sus formas
tú para mí siempre has sido la única.
La musa que me ha inspirado siempre
y llenado mi corazón
de música, de esplendor y fantasía.

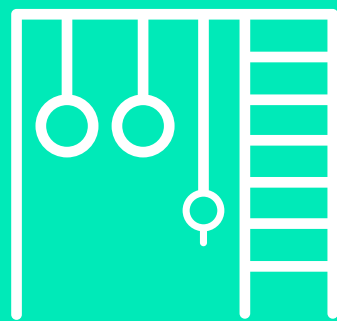
Por todo eso, aún hoy,
a mis 86 años ya cumplidos
y 58 de compartir contigo,

sigo transitando por senderos
que me llevan a tus brazos
como si fueran caminos
de flores tapizados
que conducen nuestras vidas
hacia un jardín florido
en el que nos sentimos
como únicos dueños
de todos los recuerdos
y todos nuestros sueños.

*Poema escrito a su esposa “Chiqui” (2019)



Jaime y “Chiqui” vivieron seis décadas de feliz matrimonio. Nunca dejaron de expresar su amor.



SEMANA 3

Termina la segunda semana del Segundo Heptamerón y comienza la tercera en la cual, bajo el reinado de la puericia, las personas mayores comparten la historia de sus primeros años de crianza. Ileana se convierte en cómplice de su abuelo en una aventura amorosa; Emma aprende a fumar a escondidas de sus padres; María Guadalupe se vengá de una insoportable compañerita del colegio; Eduardo rescata la historia de un mendigo que ganó el afecto de sus vecinos con canciones; Jorge casi pierde un dedo aprendiendo a coger chapil en la montaña; Gilberto conoce los oficios de la molienda en compañía de Don Manuel, su abuelo; Samuel recuerda con nostalgia la magia y la mística que rodea la infancia en el puerto de Buenaventura; Orlando se enfrenta a la muerte de su padre y descubre en su madre el coraje para salir adelante; César cumple su sueño de ser bachiller, a pesar de las dificultades; y 11 miembros de la Escuela Virtual componen un cadáver exquisito.



2.0

ILEANA HERNÁNDEZ GRILLET

Mientras en Hawái, el día 7 de diciembre de 1941, los sorprendía el ataque a la base militar de Pearl Harbor; en Caracas–Venezuela, el matrimonio Hernández Grillet se alegraba el día 21 con la llegada de la segunda de sus hijas, a quien llamaron Ileana Victoria. La niña, que quiso ser bailarina, pasó a ser una abogada apasionada por viajar, leer poesía, bailar y oír boleros. Ahora ha encontrado otro ímpetu: escribir. Esto la llevó a cursar dos diplomados en escritura creativa en la Universidad Metropolitana de Caracas y diversos talleres con reconocidos poetas y literatos. Dar con la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, en época de pandemia, fue el bálsamo perfecto para tolerar el aislamiento.

JUEVES SANTO O CÓMO ACEPTÉ UN SOBORNO

Por Ileana Hernández Grillet

Cada Jueves Santo, mi abuelo materno nos llevaba a mi hermana Beatriz y a mí a visitar los monumentos en los 7 templos. Para esa ocasión siempre estrenábamos un vestido, lo que creaba más ilusión al paseo. Además, el abuelo nos iba a buscar con un vehículo manejado siempre por el Sr. Cruz, que nos llevaba a cada templo y eso también nos hacía sentir importantes.

En uno de esos jueves santos, tendría mi hermana 9 años y yo 7, en el primero de los templos que visitamos, mi abuelo se encontró con una mujer a la que nos presentó como su amiga. Las miradas que no se apartaban una del otro y el tuteo que ella le daba nada menos que al respetado Don Carlos; todo eso nos confirmaba que se conocían desde hacía mucho tiempo. Nos dijo que se llamaba Aurelia y de verdad parecía tener un aura sobre su cabeza de pelo muy rubio. Su piel era más blanca todavía que la de mi hermana, y eso era mucho. Tan alta casi como el abuelo, vestía toda de blanco, haciendo juego con el flux de lino que él llevaba.

Desde ese momento, Aurelia nos acompañó a la visita al resto de los templos. El abuelo cambió su sitio al lado del chofer y se sentó atrás junto a mi hermana mayor, y yo, que siempre peleaba por ir en el asiento delantero, acepté feliz ese cambio.

El abuelo Carlos charlaba bajito con su amiga y reía como nunca lo habíamos escuchado. Sus ojos se llenaban de lucecitas, tan pequeñas como las chispas que salían de las velas que en cada templo colocábamos, además de una limosna. ¡Era tan difícil para nosotras imaginarnos al abuelo como un galán de película mexicana a la conquista de su dama, que Beatriz y yo nos reíamos bajito todo el tiempo!

Al terminar las 7 visitas, el abuelo nos llevaba siempre a almorzar al mismo restaurante. Esta vez fuimos más lejos, a un sitio que tenía una hermosa terraza desde donde se veía parte de la ciudad de Caracas.

Yo quedé sentada al lado de Aurelia y pude ver cómo ella debajo del mantel le alcanzaba la mano al abuelo. Ellos conversaban entre sí y parecía que estaban solos. A Beatriz y a mí solo nos miraban de vez en cuando. Era Aurelia quien nos hacía a veces alguna pregunta.

Que si qué tal el colegio, que si qué grado estudiábamos y si nos gustaba la música. En esta pregunta insistió mucho, por eso y por sus manos fue que nos enteramos de que era pianista. Eran largas, con dedos interminables rematados con uñas muy cortas, pintadas de un color tenue. Nos dijo que daría un concierto antes de irse a la ciudad donde vivía, que resultó ser Maracaibo y que ojalá el abuelo (ella lo llamó Carlos) pudiera llevarnos.

A la hora de pedir postre tuvimos que agradecerle a Aurelia que intercediera, para que al fin el abuelo nos dejara elegir el postre que queríamos: un enorme pie de manzana con dos copos de helado encima. Nunca antes habíamos podido hacerlo. Creo que con esa ayuda se ganó, si no nuestro corazón, al menos nuestra simpatía y complicidad.

Después del almuerzo fuimos a llevar a Aurelia a una casa que dijo era la de su hermana, muy cerca del Palacio de Miraflores. Yo me subí al automóvil muy de prisa junto al Sr. Cruz, mi abuelo ni se molestó en protestar por mi iniciativa que le quitaba su acostumbrado lugar. Claro, eso le dio la oportunidad de poder sentarse de nuevo los tres atrás, con Aurelia en el medio, muy pegadita a las piernas del abuelo.

Al llegar a la casa, Aurelia nos despidió a las dos con un beso en la mejilla y la firme promesa de que al volver a Caracas nos invitaría a tomar, con el abuelo por supuesto, todos los helados que quisiéramos. Éramos niñas muy inocentes, pero presentíamos que no habría ocasión para ello.

El abuelo se bajó junto con ella para acompañarla hasta la puerta y le extendió su mano muy ceremoniosa. Aurelia miró hacia el automóvil y, sin importarle las risas nuestras, le encerró la cara entre sus manos largas y mirándolo mientras le sonreía le dio un beso en plena boca, con una fuerza que nos pareció que no se quería despegar de él. El abuelo no se resistió y la abrazó por un rato, con ella escondida en su pecho. Yo sentí que era una despedida como de un final de película, de esas que nunca más vuelves a ver. Cuando se soltaron, la mirada de ella se vació de ternura e inundó al abuelo, pues él regresó como pisando algodones.

Sin que el abuelo nos dijera nada explícito, pensamos que de ningún modo le comentaríamos a mamá y mucho menos a la abuela el encuentro con Aurelia. Al dejarnos en nuestra casa, Don Carlos nos dio a cada una un beso muy apretado, nos miró con sus ojos claros llenos de las chispitas que ya le habíamos visto cuando nos echaba sus cuentos y que

hoy tuvo durante todo su encuentro con su amiga y nos premió con dos billetes de veinte bolívares a cada una. Con el dinero en las manos nos dijo señalando con su dedo su boca:

—Este será nuestro secreto.

Mi hermana y yo nos miramos con la malicia de quien está al tanto de que ya no es tan inocente. Sin saberlo, habíamos aceptado un soborno.



2.0

EMMA LLANO SIERRA

Nació el 17 de octubre de 1945 en Santuario, Risaralda. Escribe desde niña. Vivió 14 años fuera de Colombia, en Inglaterra y España. Dedicada a la edición de libros. Pensionada del Poder Judicial desde el 2002. El 15 de noviembre de 1998, Libros y Autores de Miami publicó su cuento “Lena”. Ha publicado los libros “El Curita”, “Mi abuelo en poemas”, “Poemario de Elis”, “Algo de aquí y de allá”, “Charlas con Elis”, “Dialogando”, “Diálogos en el autobús”, “Breves Reflexiones sobre Jesús”, y “Migrando a otra vida”. Publica un blog en su página www.emselis.com con entrevistas y otros contenidos. A través de un e-mail, fue invitada a participar en la Segunda Cohorte de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, lo cual enriqueció su interés por seguir escribiendo.

CÓMO APRENDÍ A FUMAR

Por Emma Llano Sierra

Desde que nací, mi hermano me rodeó, ya que su ilusión era tener un hermanito menor. Aunque resulté ser una niña, lo que más recuerdo es que desde que llegué al mundo, vi un par de ojos azules observándome. Según mi madre, él acostumbraba a meter todos sus juguetes en mi cuna y vigilarme constantemente.

Pues bien, el caso es que desde mis primeros pasos estuve literalmente “pegada” a mi hermano mayor. Nunca tuve la iniciativa para realizar picardías, pero sí apoyé en todo lo que hacía mi compañerito, que, por cierto, no era poco. Cada vez que mis padres nos dejaban solos, nos echaban mil bendiciones con la esperanza de que nada ocurriera en su ausencia; sin embargo, siempre había algo de qué preocuparse.

La primer pilatuna que recuerdo fue jugando al “llevo-llevo”, en realidad no era un juego, sino que veíamos en la calle del pueblo pasar jovencitos con carretillas gritando llevo-llevo, ofreciendo sus servicios a las señoras para cargar el mercado desde la plaza hasta sus casas. Así que a mi hermano se le ocurrió la maravillosa idea de volcar un asiento y hacerme sentar en el respaldo, parte que hacía las veces del volcó de la carretilla, y empujarme por toda la casa gritando “llevo-llevo”, solo que no contaba con los desniveles del piso y que en un tropiezo yo salí disparada contra una pared, haciéndome un enorme chichón en la frente.

Nos escondimos cuando llegaron nuestros padres, pero de todas formas mamá alcanzó a ver mi frente y de una salió con un cuchillo metálico para frotármelo y no dejar que creciera el golpe, pero yo reaccioné gritando y rogándole que no me lo cortara, ya que en mi inocencia pensé que eso era lo que iba a hacer.

Hubo otra oportunidad en la cual, jugando en la silla de odontología de mi padre, mi hermano me dijo: “Siéntate, juguemos al odontólogo”; yo, obediente, me senté en la silla, y él tomó el airotor (aparato para perforar las piezas dentales), en una mano y se agachó a dar pedal, en ese entonces no funcionaba con energía, mientras elevaba el otro brazo con el aparato que alcanzó a enredar la fresa en el pelo y yo empecé a gritar. La suerte es que mi padre estaba cerca y corrió a prestar su ayuda. Sin ninguna duda quedé con un flequillo bastante desigual por un tiempo, ya que para quitar el enredo de mi cabello tuvo mi progenitor que recortarlo.

Así fueron los casos una y otra vez, pero una de las últimas gracias fue en las primeras vacaciones de mi hermano, a quien se le ocurrió que fuéramos a la tienda y compráramos un par de puchos (tabaco). Con la escalera subimos al techo de la casa y nos escondimos en el zarzo, él cortó dos pedacitos y me dijo que como yo era chiquita, solo me podía fumar esos dos y que él se fumaba los grandes. Sobra decir que a los cinco minutos yo estaba absolutamente mareada y con ansias, tuvimos que quedarnos allá arriba hasta que pudo bajarme sin peligro. En ese momento no nos pillaron, pero como mi hermano repitió la gracia, el olor en nuestras ropas nos delató y hasta allí llegó la travesura.

Podría seguir recordando todas las demás situaciones en que me involucré por apoyar a mi hermano, pero sería tema de nunca acabar y más bien tema para todo un libro.



2.0

MARÍA GUADALUPE CÁRDENAS HERNÁNDEZ

En una fecha memorable para México, como es el 12 de diciembre, nació una niña en pleno centro de la ciudad en el año de 1952. A los dos años resultó radicada en la ciudad de Morelia, donde estudió y se casó. Está tan enamorada de la naturaleza que si pudiera vivir en el campo sería fenomenal para ella. Tuvo cinco hijos. Actualmente estudia herbolaria y, al hacer una tarea, encontró la invitación de Historias de Yo Mayor, la sorpresota que se llevó cuando le avisaron que formaba parte del grupo para contar historias. Fue hermoso vivir esas siete semanas de recuerdos y retomar la escritura.

MI TRAVESURA DE ESCUELA

Por María Guadalupe Cárdenas

Mi mamá me inscribió no sé a qué edad en la escuela, pero repetí dos veces primero y un sexto. El milagro fue que salí de trece años de la primaria, estuve primero en una escuela de gobierno que se llamaba La Independencia, casi a la vuelta de mi casa. Luego en un colegio que se llamaba Novel, el cual estaba retirado de la casa en un edificio antiguo.

Cuando me inscribieron en El Centro Escolar Michoacán, otra escuela de gobierno, fue porque mi madre de crianza dijo que ya no iba a gastar dinero y que lo mismo daba colegio que gobierno para que yo reprobara.

¡Mi nueva escuela quedaba en la esquina y era grandísima! Era de dos pisos y un sótano con ventanillas en hileras hacia la calle y un patio enorme. Todos los salones eran amplios y con mucha luz, con sus enormes ventanales. Al pararte frente a ella te encontrabas con un portón fenomenal de hierro fundido, con relieves de flores y hojas, pintado de negro el cual sobresale por el color de la cantera, pues Morelia es llamada “La Ciudad Colonial De La Cantera Rosa”.

Volvamos a la entrada de la escuela donde, se me olvidaba, había una segunda reja de madera con una buena soldado esperando por el que ha llegado retrasado, esa guardiana era la conserje Chuchita.

Del lado derecho estaban los salones de los niños y al lado izquierdo, los de las niñas, repartidos en dos pisos.

El patio era inmenso: había un poste para encestar la pelota de basquetbol y la malla para jugar voleibol con el maestro Toñito, de educación física, el cual solo escogía a las niñas de sexto año para entrenar; desde luego, las hermanas Balpuesta no podían faltar. Para los niños, estaban las porterías de fútbol pintadas sobre la pared, a medio patio había una toma de agua con una sola llave y un pequeño lavabo.

Los recreos eran separados. Primero eran las niñas y después los niños, porque, aunque era mixta la escuela, nunca nos juntaban. Igual si nos daban función de cine, niñas primero y niños después.

Mi maestra Bertha, una señora muy bien vestida, bajita, blanca, bonita y de pelo corto

chinito siempre era muy atenta con sus alumnas, yo en un principio pensaba que era enojona.

¡Enojona, no!, pero sí muy exigente. A la hora de la salida de clases siempre se quedaba una hora más, no recuerdo a cuántas nos regularizaba; con ella ya era mi tercer primero. Aprendí a leer y escribir muy rápido, ella me miraba sonriente y me decía: “Mira, Lupita, sigue así y tendrás muy buenas calificaciones”. Cuando cumplíamos con nuestros deberes nos enseñaba a hacer flores de papel como lirios y tulipanes.

La maestra Bertha platicaba mucho con la maestra Tere, y llegué a oír que mi avance había sido con una letra bonita y bien hecha que era pitman; en ese tiempo no entendí, pero después supe que cuando yo era pequeña, por el tipo de letra, se sabía quién era estudiante de colegio particular o de escuela de gobierno.

En segundo año me tocó la maestra Bertha otra vez, ella tenía dos hijas y un hijo. Esmeralda, la mayor, una niña muy tierna y cariñosa, morenita, de cabello muy rizado y bonitos ojos claros, tal vez por ellos le pusieron ese nombre; Miguel, un niño muy callado moreno y de cabello también rizado, delgado; y Patricia, la más chica, era, creo, como de mi edad, parecía sacada de un cuento: muy blanca, delgada, de cabello largo y rubio al que se le hacían rulos, usaba un flequillo el cual era muy chino, unos ojos café claros con pestañas chinas y largas, y una nariz muy respingada.

Esmeralda y Miguel eran cordiales, pero Patricia era grosera con todas las alumnas de la maestra, en especial conmigo, o así lo sentía yo. Tal vez por las atenciones que la maestra Bertha tenía conmigo, porque ella me invitaba seguido a su casa. Vivía cerca de la escuela y de mi casa. Sobre todo, cuando no había tenido tiempo para la tarea extra, su esposo, el licenciado Miguel, era muy atento y cariñoso también. Ahora pienso que han de haber sido celos de hija lo que sentía Paty.

Al conocer los cuentos de Cenicienta o Blanca Nieves pensé que Patricia se sentía como la princesa de esos relatos, y en realidad en una ocasión, ya siendo adultas, me la encontré con la maestra Bertha, era toda una dama de sociedad, muy guapa e igual de soberbia y orgullosa.

Bueno, han de decir que dónde está la travesura, pues ni nada más ni nada menos que con Patricia, la niña hermosa y grosera.

Resulta que, estando en mi salón, jugando con algunas compañeras, si mal no recuerdo

era un 30 de abril, fecha en que se festeja el Día del Niño, las maestras nos festejaron en el patio tanto a niñas como niños. Fue la orden de la directora Lupita, nos dieron pozole, tostadas, enchiladas, gelatina, aguas frescas de varios sabores, muchos dulces y creo que hasta pambazos. Rifaron juguetes que habían recolectado entre los maestros y padres de familia, en la rifa me tocó una pequeña muñeca con el pelo cortado, una bonita cara y excelente vestuario.

El enojo de Patricia fue que al entrar al salón reconoció como de ella la muñeca que traía yo, me empezó a jalonear, yo no soltaba mi muñequita, por lo que de lo blanca que era, en jitomate se convirtió su semblante.

Entraron al aula la maestra Tere y la maestra Marina, que eran maestras de tercero y cuarto.

—Oigan, niñas, ¿qué traen?, ¿por qué ese comportamiento, Paty? —le dijo la maestra Teresa. La abrazó y, aparentemente, se calmó. Luego la sacó del salón.

Mientras, la maestra Marina me preguntaba que cuál era el motivo por el que peleábamos. Yo le contesté que no sabía qué había pasado, que ella entró y se me fue encima, queriéndome quitar mi juguete sin decir palabra. Al ver la maestra que yo no mentía, porque otra compañera corroboró mi versión, nos dijo:

—Salgan al patio, su kermés del día del niño está por terminar.

Pero al salir, ahí estaba Patricia muy amuinada, algo le dijo la maestra Bertha, como que se disculpara. Ella accedió, pero al abrazarme, me dijo al oído que era una pendeja idiota. A lo cual le contesté que parecía de la zona.

Ninguna de las maestras escuchó lo que dijo ella, pero a mí sí, por eso le dieron la queja a mi abuelita. Ella platicó conmigo en casa, sin regaño alguno, entendió mi explicación, más que nada porque en casa no se decían groserías.

Olvidé contarles que yo tenía una maestra de costura que se llamaba Julieta Mayes, ella era alta, gordita, muy morena y de muy mal carácter. Por todo nos regañaba y con las costuras nos pegaba o nos picaba los dedos con las agujas, era amiga de mi abuelita.

Bueno, pues la maestra Mayes decía que con ella no valían los pretextos, que bastante perdíamos el tiempo oyendo a una compañera de cuarto que se llamaba Irma, le gustaba contarnos películas de Enrique Guzmán, Angélica María y Rocío Durcal.

Cuando teníamos clase, me sentaba a un lado de ella y empezaba:

—A ver, Lupita, platiqué con tu abuelita y tenemos un pollito que nos vamos a comer, y empezaba la cantaleta que por qué le había dicho yo a Patricia que era de la zona.

Las primeras veces casi me lo decía al oído, pero después todas las compañeras se daban cuenta y terminaba la clase y todas me hacían la burla: “Lupita, un pollito nos vamos a comer”. Hablé con mi abuelita y con la maestra Bertha, las dos dijeron que hablarían con la maestra Mayes.

Pero a los días me volvió a cuestionar que de qué zona era Paty, si de la zona militar, la zona escolar, de la zona de educación y quién sabe qué más, que creo que me sacó de casillas y ya molesta le contesté llorando que de la zona que quedaba por mi casa.

Ay, Dios mío, peor se me armó porque la zona que yo decía que quedaba cerca de donde vivía, era ni nada más ni nada menos que la “Zona de Tolerancia” o “La Zona de las Damas de Noche”.

La maestra Chelo, de cuarto año, que se había dado cuenta del problema en que me había metido, habló con la directora para que platicara con la maestra Mayes; la profe Chelo me trató con mucho cariño y me explicó que es mejor que otra persona se sienta mal por sus malas actitudes a que uno se enoje y ofenda.

No sé cuánto duró el chisme porque Patricia, la niña de nariz respingada, ya nunca volvió a la escuela; al igual, yo tampoco volví a ir a la casa de la maestra. Creo que el Licenciado Miguel no se enteró porque cuando me lo encontraba me invitaba a su casa.

Imagínense yo diciéndole a una niña de alta alcurnia que era de la ZONA.



2.0

EDUARDO YÁÑEZ CANAL

Nació el penúltimo día de enero de 1952 en Pamplona, Norte de Santander, ciudad conocida como la Atenas del oriente colombiano. A los tres años de edad, llega a vivir a Cúcuta, capital del departamento, donde cursó primaria y secundaria en el Colegio Calasanz, regentado por sacerdotes escolapios españoles. De la influencia religiosa pasó a la izquierda radical estudiantil de los años 70 en la Universidad Nacional, sede Bogotá. Luego, ejerció la docencia en colegios privados y públicos, al igual que en varias instituciones de educación superior. Al tiempo, desarrollaba su carrera de periodista en diarios, revistas y emisoras radiales. Pensionado hace cinco años, se dedica a escribir.

LA CANCIÓN DEL PAJARITO

Por Eduardo Yáñez Canal

Antes de la pandemia —al reunirnos mis amigos y yo— nos acordábamos de inmediato de aquella canción que decía: “Venezuela, la de la gran esperanza, la del futuro grandioso, esa es Venezuela”. También, recordábamos a los hermanos mayores que aspiraban a irse al otro lado de la frontera a ganar bolívares. Muchos se fueron, lograron El Dorado anhelado, obtuvieron la ciudadanía y vieron crecer a sus chamos con la posibilidad de manejar las dos cédulas.

Pero, nosotros, niños de los años sesenta del siglo XX, no llegamos a sospechar que el tiempo pasaría y otro gallo cantaría. Era la edad feliz del trompo, la pirinola, las pipas y las cometas de agosto que alegraban los partidos de fútbol en las callejuelas de asfalto. Éramos amos y señores del escenario, y los carros no corrían a grandes velocidades sino priorizaban a la niñez que imponía su ley en el terreno de juego.

Los únicos extraños que importunaban la diversión eran personajes pintorescos que, en nuestra capital de provincia, hicieron historia. Recuerdo a “Siete Machos”, hombre juicioso y recatado que vestía de manera elegante y hacía las delicias de los aficionados a la tauromaquia cuando enfrentaba, con piruetas, el ataque de los cornúpetas. A él lo inmortalizó el escritor Guillermo Maldonado Pérez en un libro titulado “Perorata del abogado de las ánimas. Y de su tatarabuelo Don Pablo, llamado El Buscón, de cuya vida en Indias hasta ahora aquí se da noticia”.

También estaba el “Bobo del Carbón”, que recorría las calles con la lengua afuera, cachucha blanca, camisa a cuadros y alpargatas rotas llevando de cabestro un pariente cercano de Rocinante, el de Don Quijote de La Mancha. Un taburete, a manera de silla, le servía para acomodar el negro producto que las vecinas compraban para calentar sus estufas.

Otra era “La Reina de los Burros”, dama gorda con boina verde, cabellera teñida de rojo y cara achatada, que ostentaba blusa y falda con pegatinas que anunciaban ventas de empresas, supermercados y almacenes de la ciudad, cuyos propietarios las colocaban en las prendas de la mujer. Ella los dejaba, pues disfrutaba ser centro de atracción.

Pero el que más nos impactó fue un personaje que conocimos al despuntar nuestra

infancia. Era un mendigo más —pero ahí estuvo su valor—, un verdadero profesional, con una concepción particular sobre cómo ejercer un arte que le permitía ganar el pan con el sudor de la frente. Porque para mí, parientes y amigos, ese fue Ernesto Dussán, un artista en toda la extensión de la palabra.

Todavía recuerdo cuando llegó, una tarde, a la calle de nuestro barrio. Apareció cojeando, sin afán, y, con un atado de periódicos y cajas de cartón bajo los brazos, interrumpió el partido de fútbol. Logrado su propósito, se quedó mirando un punto fijo, ajustó sus maltratadas gafas y entonó aquella canción: “Un lindo pajarito, cierto día... herido, refugiose en mi ventana, y yo, compadecido, le di el calor que le faltaba...” Después, cantó con voz destemplada un par de minutos más, para rematar con algo parecido a un bullicioso cacareo. Desde aquel momento, se metió en nuestras vidas. Algunos, maliciosamente, lo apodaron “Pajarito”, pero yo nunca olvidé su nombre.

Siempre que llegaba a nuestra calle, todo se paralizaba, pues la atención era para Ernesto Dussán. Luego de su canción, relataba historias, hablaba de un pasado trashumante y, sacando de una caja viejos periódicos, mostraba fotos de personajes a quienes elogiaba o imitaba según su particular criterio. O establecía, con los más destacados, un parentesco fantástico.

Además, fue un personaje que, a pesar de su cojera, antiparras y edad avanzada, conservaba arrestos de conquistador. Así, por épocas, lo veíamos acompañado de pordioseras a quienes triplicaba en años. Pero, era digno de verse, las trataba con delicadeza, y en sus atenciones adivinábamos los ademanes de un verdadero Casanova. Ahora, en asuntos de comer, era todo un sibarita: exigía cubiertos y platos limpios para después agradecer con acento dulzarrón.

Luego, el tiempo pasó. Con él dejamos nuestro barrio, la ciudad y sus ilusiones. De Ernesto Dussán supe, por mis hermanos, que había partido un día sin despedirse. Solo dejó, en el portal de mi casa, un par de viejas cajas de cartón, recortes de periódicos y escrita, en papel arrugado y con letra desigual, la canción del pajarito.



2.0

JORGE GRUESO

Nació el 4 de agosto de 1949 en la Inspección Departamental de Policía El Chajal, Río Chagüí, Tumaco (Nariño). Entre sus pasiones se encuentra el gusto por la poesía, tiene más de 400 composiciones; también ha escrito cuentos cortos y temas musicales. Perdió la vista en un accidente laboral trabajando al lado del padre de Willington Ortiz. Hizo la primaria en la Escuela del Corregimiento Santa Rosa, Río Mexicano; el bachillerato, en el Instituto de Estudios para el Trabajo en Bogotá; y, luego, el Técnico Laboral, en Administración de Empresas en el Centro de Capacitación Bolívar. Ha realizado diplomados en Alta Gerencia, Gerencia de Servicios, Ciencias Políticas y Gerencia en Economía Solidaria, entre otros. Participó en Historias en Yo Mayor, cuando era concurso; con un amigo se enteró de que se había convertido en una Escuela Virtual. Fue así como decidió participar.

UNAS LÍNEAS DE MI NIÑEZ

Por Jorge Grueso

La inspección departamental de policía El Chajal estaba ubicada sobre la margen derecha del río Chagüí y al oriente de San Andrés de Tumaco, Nariño, cabecera de ese municipio, en el litoral pacífico colombiano. Allí nací. Cuando apenas contaba con tres años de edad, mi madre murió, quedando huérfanos de madre cuatro varones y una niña la cual falleció seis meses después.

Pasados unos meses, mi padre migró para el Río Mejicano, al lugar conocido como La Peña, dejándonos bajo la tutoría de nuestra abuela materna quien nos cuidaba al punto de alcahuetearnos toda clase de pilatunas. Un 25 de diciembre, Félix, el mayor de mis hermanos, desconozco si por curiosidad o increpando a Mamá Pancha, como cariñosamente llamábamos a nuestra abuela, le dijo:

—¿Por qué a nosotros el niño Dios nunca nos trae una pistola, así como a los otros niños del vecindario?

A lo que Mamá Pancha contestó de manera contundente:

—¡Vea, mijo... el niño Jesús no es contrabandista de armas de fuego!

Pero, un día, cuando mi papá volvió al Chajal, tal como se fue, repentinamente, regresó para llevarse con él a los dos hijos menores en el orden de edades, Jorge y Abad, lo cual hizo casi que de inmediato.

La Peña era una finca con muchas hectáreas, que se extendía desde orillas del Río Mejicano, poseía plantaciones de coco criollo y, al adentrarse, se podía contemplar toda clase de cultivos de pancoger: limón criollo, árboles de guanábanas, caimitos, cantidades innumerables de árboles de guayaba, entre otros frutales. Había un pozo donde las familias acudían para lavar las prendas de vestir. Además de servir como fuente de suministro de agua potable, también se usaba para los quehaceres del hogar

Carmen tenía un novio que vivía sobre el Río Mejicano en una zona conocida como El Derrumbe, media hora a canaleta.

Un día mi padre y mi madrastra viajaron a la ciudad, dejándonos al cuidado de nuestra hermanastra Carmen, quien era una jovencita de 18 años. Al respaldo de la casa había un

solar pequeño donde mis hermanos y yo acostumbrábamos a jugar. Mientras nos divertíamos, mi hermano Abad pegó un grito ensordecedor, un alacrán le había caído en la cabeza y, en su afán por quitárselo de encima, este le picó la mano. De inmediato, lo tomé y corrí para pedir auxilio, pero cuando acudí a Carmen para que me ayudara, la descubrí sosteniendo relaciones con su novio Juan. Como cualquier pareja de enamorados, ellos aprovecharon la ausencia de los mayores para dar rienda suelta a los deseos y todo lo que se logra gracias al amor. Quedé perplejo, y confundido, me regresé con mi hermanito hasta la sala donde tomé una cajita de Vick VapoRub y le apliqué un poco en las ronchas que sobresalían de su cabeza y su mano. Ignoraba por completo qué efecto podía causar mi solución, pero me sentía aliviado ayudándolo. Enseguida, mi hermano se acostó y yo me quedé a su lado, expectante.

A la vuelta del río vivía la familia Hiturre Quiñones, los más cercanos a la finca La Peña. Ese día llegó mi papá y mi madrastra para encontrarse después con dos situaciones complejas: a uno de mis hermanastros, Heriberto, hermano de Hestriberto, le dio un ataque epiléptico y, además, mi hermano Abad estaba ardiendo en fiebre.

A mediados de julio dio inicio el año lectivo. Mi hermano Abad y yo íbamos a la escuela, era nuestro primer día de clase, debimos asistir en el corregimiento de Santa Rosa, en el Río Mejicano, nuestro medio de transporte era una canoa hecha de cedro por cuyo diseño la denominan “potrillo”. Al llegar al derrumbe, tomábamos nuestros cuadernos y yo mi cartilla, lo recuerdo como si fuera ayer, “Alegría de leer”. En una de sus páginas decía ala, ola, lalo, lola, lila, ele, leo, alelí, lulo.

Para trasladarnos a la escuela había dos rutas, una de ellas requería que la marea estuviera alta, la otra era a través del derrumbe, el problema radicaba en el miedo que la gente sentía, todo por una leyenda que se divulgaba por toda la región. Decían que allí se aparecía el diablo, y tal era el miedo que se había infundido que las personas cruzaban en grupos, nadie lo hacía solo; mi hermano y yo transitábamos rezando el Padre nuestro, el Ave María, el Salve, etc.

Así finalizó el semestre entre julio y mediados de diciembre. Cuando salimos a vacaciones dimos por sentado que nuestro regreso sería hasta enero. Al llegar a casa, esta se encontraba sola, la señora Fermina, nuestra madrastra, se había trasladado a la población de Ispi con sus hijos, pues le habían dicho que allí podría dar con un yerbatero que curaría a su hijo de la epilepsia.

Mi padre nos llevó a Tumaco donde la hermana Eugenia, a quien de cariño le decíamos “tía Jeña”. Mi papá dejó a Abad con mi tía, poco tiempo después fue devuelto al Chajal para que acompañara a Mamá Pancha, nosotros regresamos a casa por el Río Mejicano; no tuve de otra que regresar a la escuela solo.

Un día apareció Carmen en el derrumbe junto a su marido, Juan, para darnos una mala noticia: su hermano Heliberto se encontraba navegando por el Río Patía, le dio un ataque de epilepsia, cayó al río y se ahogó. Hasta ese entonces supe de ellos, la señora Fermina se quedó a vivir en Tumaco como bailarina de Currulao.

El viernes 31 de enero de 1958, mi padre se dirigió a Bella Vista, que era el centro más poblado y de mayor comercio en la región. De este lugar recuerdo que vivía una señora que se llamaba Eva; su esposo, Adán; y su hijo, Abel. Creo que siempre les faltó Caín, o quizás sí nació, pero no lo conocí.

Era más allá del medio día, me encontraba solo en la casa cuando de repente sentí que toda la estructura se mecía, la tierra se movía como las olas pequeñas en el mar. De un brinco me lancé a través de la puerta, me puse de pie y corrí hasta la casa de los Hiturre. La marea estaba muy baja, unos minutos más tarde se escuchaba una voz por la orilla de río que gritaba mi nombre una y otra vez, era mi padre que había ido por el mercado hasta Bella Vista. El hijo mayor de don Tomás Hiturre desde la canoa le decía, mientras le hacía señas con el canaleta:

—¡Don Enrique, don Enrique... Jorge está acá!

De allí me quedó una gran enseñanza, don Tomás me dijo que nunca repitiera tal hazaña puesto que podría caerme un árbol encima.

En Bella Vista vivía el señor Ascensión Quiñones, a quien le decían Chencho, su esposa y sus tres hijos. A veces íbamos a comer arepas de choclo. La señora Inés las ponía a asar rellenas de mucho queso. En esa tierra las llaman Majajas.

De esa manera trascurría mi niñez, de río en río, de pueblo en pueblo, de vereda en vereda.

Sin más ni más, mi papá vendió la finca al señor Flores Milo Quiñones por 500 pesos de la época. Nos trasladamos a El Retorno por la misma línea del río, a donde mi primo Tirso, quien tenía 12 hijos, recuerdo que los mayores eran Bernardo, Valeria y Emeterio.

La señora Eusebia Camacho tenía un hijo de doce años llamado Plinio, un día le dijo a mi papá:

—Présteme a su hijo porque voy a la montaña a coger Chapil.

Es un fruto que se colecta al tumbar los racimos, los cuales caen por montón, se recogen, se dejan tres o cuatro días en agua, se saca la pulpa, se pone en una paila donde se aplica agua hasta tapar la fruta, se deja hervir y se produce el aceite de Chapil. Ese día cada uno llevó un canasto. Yo tenía 8 años. A eso del medio día me paré sobre un árbol que se encontraba tumbado sobre la tierra, cogí un hacha, la balanceé y me puse a cortar su superficie; de repente el hacha se resbaló cortándome el dedo gordo del pie derecho, el corte fue largo y profundo, tanto que las venas se partieron por completo, haciendo que el dedo quedara colgando del puro hueso. No lloré, ni grité, solo me asusté. Lo más insólito es que no brotó ni una gota de sangre, las puntas de las venas sobresalían como pitillos para la gaseosa acumulados en un recipiente. Plinio contempló la escena y corrió donde su madre a ponerla sobre aviso, cuando ella vio la herida dijo:

—¡Madre bendita!

La señora cortó una lama de las raíces de un árbol y prosiguió a amarrarme el pie con la camisa del niño. De inmediato se vino un aguacero tremendo, ella me dijo:

—Amáchese (acurrúquese)

Me levantó sobre su espalda y nos dirigimos al río donde estaba la canoa y, con mucha prisa, nos fuimos para la casa sin llevar ni un solo fruto. Los tres canastos quedaron en medio de la selva. Entre más nos acercábamos a nuestro destino, llovía cada vez menos.

Entramos en la casa, retiraron la camisa y la lama. De inmediato hirvieron agua para enjuagar la herida; trajeron una botella de aguardiente que contenía Nupa, una especie de serpiente convertida en aceite. Gracias a ello, mi dedo se restauró por completo con el paso de las semanas. Transcurrió un tiempo, yo aún cojeaba y mi padre me dijo que saldríamos del Río Mejicano e iríamos para Punto Tibio, el cual se sitúa en una de las márgenes del Río Tablones del Salado, por el cual se llega a la población de Tablón Dulce. La gente de allí era netamente de corteros de leña. Cortaban el mangle, y con una pala extraían la corteza, la cual vendían a una empresa canadiense; pero eso no era la característica principal de este lugar, lo llamaban “el Jejenero” porque había millones de este tipo de mosquito, diminuto,

casi invisible que, cuando pica, sientes como si te cayera un pringue (una cucharada o gota) de agua caliente encima, había tantos que los percibías como una lluvia de arena sobre tu cuerpo.

Atrás había quedado la escuela de Santa Rosa, el camino de Satanás, El Derrumbe, La Peña, pero, sobre todo, en lo profundo de la manigua, los canastos cargados de Chapil que, debido a mi imprudencia e inocencia, no pudimos extraerles ni una gota de aceite para cocinar.

Con el correr de los años a mi mente llegaron los recuerdos de unos pueblos con sus ríos y sus gentes cuya cultura y costumbres contribuyeron a mi desarrollo personal, así como al recuerdo de aquel pasado inolvidable de mi niñez.



2.0

GILBERTO ZULETA BEDOYA

Nació un 13 de mayo, del año 1951, en una vereda del municipio Belalcázar, Caldas. Su niñez la pasó en el campo en medio de la naturaleza. La primaria la realizó en el pueblo y la secundaria en Manizales. No tuvo títulos profesionales. Trabajó cuarenta años en varias actividades. A los sesenta años recibió la pensión de vejez y se dedicó a su gusto preferido: la lectura. Como usuario de la biblioteca municipal de Armenia, recibió la invitación para participar en el concurso de Historias en Yo Mayor, a partir de ese momento se integró a la Escuela Virtual, donde ha tenido la oportunidad de expresar los recuerdos acumulados en su memoria.

RECUERDOS DE MI INFANCIA. UN VIAJE A LA MOLIENDA

Por Gilberto Zuleta Bedoya

Don Manuel, mi abuelo, alto, fuerte, delgado, de pelo rubio, ojos grandes, nariz y manos largas, frente ancha, bozo abundante y con gafas oscuras para los viajes, y a veces de mal genio, con setenta años, se le veía enérgico para desempeñar sus labores.

Después de una jornada larga en medio del calor, a las seis de la tarde descansaba en un viejo sofá y por ratos sonreía como señal de un buen día. Después de una deliciosa taza de café y buena comida, se fumaba un tabaco cubano para irse a dormir.

Madrugaba para ayudar a moler el maíz, prendía el fogón de carbón para asar las arepas y cocinar el arroz. Mi abuelita Rosalina, de sesenta y ocho años, mantenía agradecida con el viejo por su colaboración, él la llamaba siempre por su nombre.

En las vacaciones de Semana Santa mis abuelos me esperaban, yo les alegraba el momento de soledad porque eran solo ellos dos. A mí, siendo el menor de una dinastía de diecisiete hijos, me apreciaban y me contemplaban. La mejor arepa era para mí.

Me tocó ver a mi abuelo traer agua en burro de unos pozos que recogían agua lluvia. Mis abuelos decían que la vida era hermosa y el campo, una bendición de Dios. Comían frutas y verduras del mismo color, no tuvieron estudio, pero adquirieron sabiduría, y eso fue suficiente para vivir un siglo.

Vivían en una finca llamada “Las Lomas”, en el corregimiento San José de Risaralda, Caldas. La distancia era corta desde mi pueblo, Belalcázar, a la vereda. La casa era grande, campesina, de dos plantas, con techo de teja, ventanas y puertas de color zapote, una especial para los abuelos entrar y salir; las paredes de bareque, con esterillas y barro reforzadas con cagajón, materos con variedad de matas, dos patios, una palomera cerca, un patio para jugar y el otro para las gallinas gigantes, con árboles a los lados para que los pajaritos de distintos colores llegaran a dormir. Al amanecer cantaban con alegría recibiendo el nuevo día. Otro corral más allá para los cerditos, perritos y el burrito.

Todas las noches mi abuelo se tomaba una taza de café mirando el cielo lleno de estrellas, como si estuviera imaginando una poesía.

—Mijo, ¿quiere ir el próximo Jueves Santo a conocer la molienda, los trapiches, los molinos,

comer alfañique y mirar las mulas cargadas con caña?

—Claro, abuelito, quiero conocer todo eso que usted dice —le respondí—. Abuelo, ¿ya casi se acuesta?

—Sí, mijo, falta medio tabaco.

Era la Semana Santa de marzo de 1962. Al anochecer de ese miércoles preparé la ropita vieja que traje de vacaciones: alpargatas, mochila, sombrero y poncho. El viejo me prestó un pequeño carriel con una pañoleta roja para evitar picaduras. Con once años me sentía extraño, pero era un conocimiento más de la vida.

—Nos vamos en la madrugada —dijo mi abuelo.

Cinco de la mañana del Jueves Santo. Después de tomarse un chocolate con queso y arepa caliente, y yo una taza de aguapanela con una arepita de chócolo, el abuelo Manuel fue por su caballo blanco con rayas café de nombre Valiente. Lo sobó suavemente con el cepillo especial para él; lo ensilló, le dio caricias y le sonreía. Colocó una manta sobre el cojín y, con cuatro palmaditas en la nalga, lo arrimó a un pequeño barranco para poderme subir.

Me agarré como una garrapata de la gruesa correa con la que sostenía los zamarros. Nos llevó cuarenta y cinco minutos para llegar a la molienda, pasando por cafetales florecidos, escuchando el silbar de los pájaros Kiwi y Carpinteros.

Ya habíamos atravesado la quebrada San Félix, faltaba poco para llegar. Nos detuvimos para darle descanso a Valiente. Debajo de un Abedul de hojas verdes y amarillas nos refrescamos un poco, al frente estaba la planta de la “Adormidera”, con cuatro pétalos rojos y algunos de color blanco. A ratos se sentía la humedad y el viento fuerte que cruzaba.

Más adelante me mostró la flor de un día, que abre los pétalos por la mañana y muere cuando la tarde desaparece. Iba feliz, sonriente. Mis nalguitas empezaron a sentir cansancio, pasamos por un ranchito donde había un par de abuelitos sentados en una silla de madera recibiendo la frescura de la mañana. Comían la fruta camu-camu, de sabor ácido, similar al limón y rica en vitamina C.

Mi abuelo Manuel charló con ellos un ratico:

—Aquí voy con mi nieto para que coma caramelo caliente. El proceso de la panela lo conocí en Chitaraque, Boyacá, y Yolombó, Antioquia, hace más de veinte años —les dijo mi abuelo.

Quince minutos antes de llegar a la ramada, encontramos una vivienda estilo colonial, dos niños de cinco años y una niña de seis jugaban al balón. Su madre los observaba y sonreía, cerca se encontraba un árbol llamado Abeto, alto y recto; desde allí escuchábamos cantar dos loros alegres, graciosos que reían y bailaban.

Comencé a ver el humo negro y gris que salía de la chimenea; el olor a caña y miel empezó a sentirse. Llegamos, nos bajamos del caballo y nos recibieron con chocolate, queso y arepa con sal. Eran las seis de la mañana y el cielo se veía azul.

Empecé a observar la molienda, las mulas cargadas con caña, un trapiche de adobe y cemento y dos bueyes de cuernos largos con mucha fuerza. Una joven bonita iba tras ellos con un zurriago. Ellos giraban alrededor del motor para que saliera el jugo dulce de caña.

Allí estaban los grandes tanques donde se depositaba el guarapo, se sentía el olor agradable a caramelo; el arequipe y las panelitas con solo saborearlas dejaban una dulce sensación. Para limpiar y aclarar el guarapo agregaban ramas de “Guácimo”, quedando la panela de buen sabor.

La Melcocha o Alfandoque son cubos de panela espesa, se batía hasta que la pasta quedaba porosa y gomosa, luego se sacaba el caramelo y bombón convirtiéndose en atracción. Para que la panela se conservara un buen tiempo, le echaban cáscara de balsa. Por último, la acomodaban en cajas de cuarenta unidades, también hacían el atado que eran dos panelas y empacaban en hojas secas de plátano.

A los recogedores de café y caña no les faltaba el pedazo de panela para conservar la energía.

Cuando niños nos tocó la verdadera alimentación y crecimos fuertes, vigorosos y sanos. Murieron nuestros abuelos, sus historias quedaron.



2.0

SAMUEL GUTIÉRREZ OSPINA

Por jugadas del destino, y en plena violencia política, año 1950, nació en Buenaventura. Hijo de un manizalita y una armenita. ¡Qué bueno ha sido ser porteño! El obispo Valencia Cano quiso tener clero nativo y fue uno de los elegidos para ir al seminario. El sueño duró poco. Terminó el bachillerato y fue a Cali, porque quería licenciarse y ser maestro; otro deseo fallido. Se graduó en el SENA como técnico en Relaciones Industriales, y se dedicó a tender puentes con sus semejantes. Se convirtió en vendedor profesional. Siempre ha estado ligado a los libros y la escritura, ha sido una permanente compañera de vida. Caminar, mochilear y montar bicicleta son sus pasatiempos. Por su esposa, conoció Historias en Yo Mayor y fue posible, así, contar lo que ya tenía escrito, y escribir otro tanto.

LO QUE SIGNIFICA SER PORTEÑO

Por Samuel Gutiérrez Ospina

Nacer y criarse en Buenaventura tiene un cariz como de geometría. Tiene varias caras, aristas y ángulos.

Nacer allí es participar desde niño de la magia de las sabias de la tribu, las parteras. De su saber ancestral transmitido de generación en generación es causa de que muchos estemos por ahí, halando de la carreta. Doña Pérsides, Doña Mélida de Aguas y muchas otras nos vieron primero que nuestras propias madres. Las vecinas atendieron, escucharon y ayudaron a nuestras mamás con ese “pitico de gente”, a bañarlo, vestirlo, chumbarlo y vigilar el secamiento, caída y enterramiento del ombligo, un enclave en la tierra, que es como una promesa de volver, si nos fuimos, al terruño que nos vio nacer. Y fue repetitivo, pues no era uno solo, lo mínimo eran siete u ocho críos en cada hogar. Todo esto, porque se conocían, se sabían los nombres, se querían, todos eran comadres y compadres, eran familia. La callecita en toda su esencia.

Venía después el bautizo del “moro”. El revoloteo y el frú-frú de enaguas, faldas y vestidos, pues la ocasión lo ameritaba. Se ponían “el estren”. Ser padrino o madrina es una institución importantísima en la cultura del Pacífico, pues muchas veces son ellos los que crían. Era también un cristiano más para la Gloria de Dios. Ceremonia, desayuno y entrega de regalos para la madre y el bebé.

Después, el crecimiento con los vecinitos, los amigos, compañeritos desde niños, en la escuela, en las picardías y en las valentonadas; había comida para todos en las casas, entrábamos a ellas como si fuera la nuestra, le hacíamos los mandados a la mamá que lo necesitara y recibíamos monedas de cinco centavos. Respetábamos a los mayores, pero igual nos enfrentábamos a puño, patada y llaves de lucha libre, con el que fuera y, al rato, amigos como siempre. Calle es calle. Crecimos como pinos, derechos y bonitos, buenos nadadores de mar, atravesadores de ríos, remeros de tiro largo, trepadores de árboles y espanta-culebras. Nos volvimos muchachos.

Ya nuestro campo de acción era el mar, el río, los esteros, islalba, la chata, la bocana, la Troco, la pagoda y Muro Yusti; los teatros a ver cine, “el cucho del guille” (rincón oscuro)

atrás) en el teatro Caldas para nuestras primeras experiencias con las muchachas tan inexpertas como nosotros; los billares, y ya rondábamos también las esquinas, para ver a la chica que nos traía muertos. También estudiamos.

La escuelita, los maestros, los paseos en tren, a Córdoba, Dagua, Zacarías, Sabaletas, San Marcos y Agua Clara. La misa dominical de los estudiantes a las diez de la mañana con banda de guerra y con uniforme de gala. Bachillerato en el Pascual, La Industrial y El Nuevo Gimnasio. Las novias del Liceo; los partidos de baloncesto en el Coliseo, los bazares en las parroquias, los acólitos, los guías “buscajaes” y los Boys Scouts. El mundo se abría para nosotros.

Algunos se fueron al interior a estudiar en las Universidades, volvieron con sus títulos, ya se les dice “doctores” pero de aquello de luchar por la isleta, nada. Se olvidaron de sus amiguitos del ayer. La tierrita fue tierra de oportunidades, pero solo para ellos, sus bolsillos se reventaron por las costuras de tanto que allí echaron. Además del dinero que se embolsaron, acabaron con las esperanzas de los que en ellos confiaron; la educación de los que venían atrás, poco les importó. El mejor vivir y el crecimiento intelectual de sus paisanos no estaban en sus planes, y ese lugar soñado, de magia pura, se volvió un infierno, una tragedia, el paraíso perdido. Se lo tiraron.

Pero hay salidas. Hay muchos que quieren a su puerto, luchan por él y les duele la tierra. Quieren sus atardeceres multicolores en paz. Sus esteros llenos de vida y no de muerte. Tienen mucho por hacer y hay esperanza.



2.0

ORLANDO GÓMEZ

En un pequeño pueblo del Valle del Cauca, llamado Galicia, don Nicolás Gómez y doña Ana Ligia Díaz tuvieron a su séptimo hijo, al cual llamaron Orlando. Siendo mozo, descubrió la maravillosa experiencia de leer, enamorándose de la poesía popular y convirtiéndose en un escritor autodidacta. Es reconocido por la creación de un personaje llamado COCOCHO, del cual es autor y creador. Sus pretensiones: “sembrar el gusto por la lectura en la juventud”. Viaja a varios departamentos, visitando universidades y centros educativos, enseñando su nueva pedagogía para seducir y enamorar a la niñez del maravilloso mundo de los libros. Pertenece al grupo de Escritores Vallecaucanos, Sábados Literarios y El Palabreo. Su obra ha sido leída en México y Bolivia, y en la Patagonia argentina le elaboraron un audiolibro.

AMOR Y SACRIFICIO

Por Orlando Gómez

Allí, donde el sol dobla los colores para unir las montañas y el cantar del gallo es el único elemento tecnológico que despierta a los campesinos para que inicien sus labores. Allí, donde los ruseñores avisan la salida del sol y el comienzo de un nuevo día. Allí, Justo allí, está aquel paraíso perdido del Valle del Cauca, abrazado por las montañas y donde el tiempo parece haberse detenido, pues sus casas elaboradas en bareque y tejas de barro, con retoños de melena y musgo, son muestra clara de lo que narro.

Allí vivía, en un enorme caserón, a media cuadra de la plaza, una familia muy numerosa compuesta por nueve pequeños y dos adultos.

Papá y mamá cuidaban con amor de sus chiquillos. El sustento del hogar lo generaban de la venta de pan y otras delicias, que con esmero elaboraba el patriarca de la familia.

En aquel caserón había un enorme horno de leña, su gran chimenea que asomaba por el tejado podía darnos la visión de qué tan grande era aquel monstruo, que devoraba enormes cantidades de madera seca, que llegaban a lomo de mula en un constante y diario peregrinar.

En vez de horno, más bien parecía un inmenso iglú construido de ladrillo y barro.

Se trabajaba duro en aquel lugar, no solo para mantener la clientela, ya que era la única panadería existente en varios kilómetros a la redonda. También por la responsabilidad de mantener a la familia, pues nueve retoños esperaban ansiosos educación, comida y abrigo.

Cuando el arriero llegaba con su recua de mulas, salía mamá con una bolsa llena de monedas y unos cuantos billetes. Después de arreglar el precio, se daba la orden de descargar.

Era toda una faena. Los chiquillos de la casa mezclados con sus amigos de escuela y unos cuantos que vivían cerca, se aglomeraban en la enorme pila de leña que dejaba el arriero.

La misión era ayudar a entrar al patio de la casa aquella montaña de astillas y guadua.

Cuando se terminaba, la recompensa no se hacía esperar. Salía mamá o papá con una bandeja llena de suspiros o tostados en pedazos, pues en su proceso habían sufrido ese deterioro y no se podían vender.

La felicidad era enorme. Comíamos hasta saciarnos y, después, jugábamos a la lleva de colores o la libertad.

Allí todo era bello. Desde pelearse por una tapa, una bola o un trompo, hasta caminar sin zapatos, tropezar con una piedra y correr a la saliva sanadora de mamá que, con una corta frase, hacía magia en la herida: “Sana que sana, culito de rana. Si no sana hoy, sanará mañana”.

En ese entorno de felicidad, una mañana de agosto, El Hacedor decidió que necesitaba un alma bondadosa en el cielo para acompañar a otras cuantas, así que sobre los gritos angustiados de mamá... se llevó a papá.

Ese día, la producción quedó a medias.

Tras de haber sufrido el dolor de perder al miembro más importante de la familia, se sumaba la gran pérdida económica. Era una clara señal de que tiempos difíciles se acercaban.

Pasados diez días, se reanudaron los trabajos y todo parecía normal. Excepto cuando mamá irrumpía en llanto solitario y me abrazaba. Yo no comprendía lo que pasaba, pensaba que le dolía la barriga y que con un poco de zumo de paico y limón se le pasaría.

Mi abrazo, que no alcanzaba a cubrir todo su cuerpo, la calmaba. Allí sucedió algo que consideraba extraño.

Después de ese triste acontecimiento se aumentaron las ventas. Quien llevaba un peso de tostados, compraba dos, y quien compraba cinco pesos, ya compraba siete.

Mucho tiempo después comprendí que la solidaridad del pueblo se hizo presente con la familia.

Al aumentarse las ventas, el trabajo se duplicó. Las grandes bolas de harina remojada eran cada vez más pesadas. Mamá las volteaba y amasaba por mucho rato, hasta darle la textura necesaria para un buen producto. Todo lo hacía con amor y sacrificio por mantener la familia.

Todavía conservo la imagen de verla salir de un cuarto, armada con un hacha y un machete, dispuesta a rajar la guadua para alimentar aquel monstruo que ansioso esperaba devorar cuanto palo entraba en su enorme boca y, con el fuego encendido, todo lo volvía ceniza.

Pasados varios meses, mi madre expresaba a los hermanos mayores un dolor inguinal,

que calmaba con bebidas y remedios caseros que recomendaba la partera del pueblo.

Una mañana, su mirada se tornó vidriosa, en su hermosa cara se notaban las muecas de dolor. Con sus manos al pie de la pelvis, se hincó de rodillas. El dolor le impedía caminar.

Los medios de transporte eran precarios en aquel lugar, al igual que las vías de acceso. Allí, en aquel paraíso, nuevamente la solidaridad se hizo presente.

Corrían los vecinos y un viejo jeep modelo 55 se acercó raudo al término de la distancia. Mamá salía cargada por numerosas manos.

Aquel día, mi pequeño corazón comprendió la tristeza.

Mi rostro de niño feliz cambiaba drásticamente al escuchar, de los mayores, que lo que tenía mamá era tan peligroso como quedarse sin combustible en pleno vuelo de un avión.

Si mamá también se iba para el cielo, me quedaría solo en la vida, a pesar de estar rodeado de tanta gente.

La responsabilidad de la casa y del negocio recayó sobre mi hermana mayor, que, a la postre, también sufriría los problemas de salud por los que atravesaba mamá.

Pasaban los días y mi angustia aumentaba. Mamá no regresaba. Llegué a pensar que se había ido para el cielo y nadie me lo decía.

Una soleada tarde un vehículo forastero parqueaba al frente de la casa. Cuando vi el rostro de mamá, mi pequeño cuerpo se estremeció de felicidad y se manifestó en un gran grito. Mamááááá.

Allí, justo allí, se vivieron momentos inolvidables. La casa se llenó de vecinos, de niños que acompañaban a sus padres, trayendo consigo huevos, leche y numerosas frutas del campo, al parecer ya sabían que ella llegaría...

Todos sabían, menos yo.

La joven viuda hacía caso omiso a las recomendaciones médicas. Decía que lo más importante era vigilar el comportamiento ético y moral de su familia. El resto, Dios proveerá.

Por varios años, fue condecorada como la madre ejemplar en una actividad para celebrar el día de la madre. Nosotros, fieles seguidores de sus enseñanzas, teníamos que dar fe de que ese galardón era justo.

Ocho lustros después, su joven esposo y único amor la llamó a que le hiciera compañía.

Allí, en aquel paraíso perdido, todavía está la casa que guarda los tristes y bellos recuerdos de mi infancia.



2.0

CÉSAR FRANCISCO HERNÁNDEZ GARCÍA

Nació el 28 de diciembre de 1947 en el municipio de Chinácota; hoy, la ciudad más turística y hermosa de Norte de Santander. Licenciado en matemáticas y física, con especialización en computación para la docencia. Laboró por más de cuarenta años al servicio de la educación en diferentes instituciones, educando siempre en valores y orientando hacia una formación integral de libre desarrollo. Se casó en 1975 y formó una maravillosa familia de la cual hacen parte tres hijos, todos profesionales, y tres nietos, que siguen los mismos pasos de su abuelo. Al recibir por correo una invitación para Historias en Yo Mayor, vio de inmediato la oportunidad de participar y de expresar su pensamiento: “toda persona es forjadora de su propio destino”.

SUEÑOS CUMPLIDOS

Por César Francisco Hernández García

La brisa fresca de aquella mañana de febrero me despertó aún más temprano de lo acostumbrado, pues ese día comenzaba mi más anhelado de los sueños: iniciar mis estudios escolares. Mis cuatro hermanos mayores ya estaban listos, el mayor ya se encontraba en el bachillerato, mi hermana iba al colegio de niñas y mis otros dos hermanos, aunque en grados superiores, me acompañaban en la escuela de varones; mientras en la casa se quedaba mi madre con mis tres hermanas menores. Mi padre, campesino rudo, malgeniado y exigente ya se había marchado para la finca, se demoraba tres o más días, mientras organizaba a sus obreros y luego regresaba a la casa del pueblo. Siempre estaba pendiente de nuestro estudio, pues él nos decía que era la única herencia que nos iba a dejar.

Recuerdo mi primer día de escuela, el lugar que me tocó en la formación y desde donde podía observar a la fila de los mayores, quienes ese año terminarían su año escolar; ese día pensé “Francisco, dentro de pocos años estarás ocupando ese lugar”. Pero con el pasar de los días me di cuenta de que eso no era lo que yo esperaba; allí solo éramos felices cuando los profesores o el rector no estaban; el resto del tiempo parecían salas de tortura, los profesores con las reglas en las manos impartiendo castigos, y los niños, que ya estaban acostumbrados, se reían de los más inocentes y les aconsejaban trucos inusuales como el de colocarse pestañas en cruz en las manos para que las férulas se partieran.

Todo cambió de repente como por arte de magia. Quizás por cosas del destino o por razones inexplicables y maravillosas de Dios, algo inesperado sucedió a los pocos meses. Mi padre me llamó y me dijo:

—Francisco vas a continuar tus estudios en la escuela Rural de Chitacomar; ya hablé con la profesora Alicia y el lunes te espera, y vas a vivir en la finca. Allí también aprenderás muchas cosas que te servirán para la vida.

Al principio fue duro para mí, pues a la finca de mi padre solo íbamos de paseo, además yo era el único de mis hermanos que tenía que irme, pues ellos, según mi padre, los mayores se encontraban juiciosos estudiando ahí en Chinácota, y el mayor pronto se iría a terminar su bachillerato al colegio provincial de Pamplona.

La escuela era una casa grande con un solo salón y una sola profesora para los tres grados de primaria, pues el número de estudiantes era poco, llegábamos como a veinte en total. Sin embargo, la profesora Alicia era muy buena, muy diferente a los profesores que acababa de dejar, ella sabía distribuir la enseñanza a los tres grupos. Aprendimos muy pronto a leer y a escribir, nos enseñaba muchos cantos y nos hacía participar en obras de teatro. Para mí, fueron tres años maravillosos los que logré pasar en la finca, rodeado siempre del mágico esplendor de la naturaleza, desde el dulce despertar de las aves, del acariciar del aire fresco y puro de la mañana, del poder disfrutar a toda mis anchas del pasto verde y frondoso de los potreros y de la gran variedad de árboles frutales como pomarrosas, mandarinas, naranjas y moras que me encontraba a cada paso desde la casa a la escuela y por donde fuera que anduviera.

Pasados esos tres años, mi padre vendió la finca, y aunque compró una enorme y hermosa casa en el centro de Chinácota, comenzó una extraña y dolorosa etapa para mi vida. Al reiniciar mis estudios en el pueblo, era considerado por mis compañeros como el pobre y despreciado campesino, lo cual me llevó a enfrentarme en varias ocasiones a golpes con algunos de ellos, para luego soportar el doloroso castigo de mi padre, debido a las frecuentes llamadas de atención de las directivas, quienes manejaban como lema “La letra con sangre entra” y que no se comparaban en nada con la profesora Alicia. Y así transcurrieron dos largos y dolorosos años, de los cuales, uno solo me hacía avanzar al quinto grado, el cual era mi primera meta, pero que cada vez me alejaba más del rendimiento de mis hermanos.

Creí que todo cambiaría cuando mi padre nos anunció que nos trasladaríamos a la ciudad de Cúcuta, porque tendríamos mejores oportunidades para estudiar y luego seguir una carrera profesional. Yo estaba dispuesto a soportar todo lo que fuera necesario para lograr terminar ese año que me llevaría, por fin, a un colegio de bachillerato. Y así lo hice.

Ese año fue maravilloso para todos, pues estábamos viviendo en la capital. Disfrutábamos de visitas a los almacenes y centros comerciales, y de vez en cuando íbamos a ver las películas con los artistas que más admirábamos y que en nuestros pueblos no habíamos disfrutado, porque los teatros o eran demasiado incómodos o cuando estábamos en lo mejor de la película, la cinta se reventaba. Lo mejor de todo fue que ese año pasó volando; cuando nos dimos cuenta, se acercaba noviembre y el año escolar finalizaba.

Ya habíamos presentado la mayoría de los exámenes finales, sabíamos que al terminar los estudios disfrutaríamos de unas merecidas vacaciones y de un diciembre inolvidable. Pero ¡vaya destino el que se me tenía preparado!, ¡vaya sucesos que solo me pasaban a mí! En el centro de la mesa, donde cinco de los hermanos estudiábamos, pude contemplar el lapicero que días antes había extraviado. Lo tomé con alegría. Pero el solo tocarlo ensombreció la noche, la voz de una de mis hermanas menores se escuchó desesperada gritando:

—¡Ese lapicero es mío!, ¡papáááááááááá!

Más tardó en volver la luz a mis ojos que la presencia de mi padre. Él, sin preguntar, sin siquiera mencionar un nombre, ya sabía a quién debía castigar. Tomó bruscamente mi mano y con la otra mano su cinturón de cuero, para iniciar su acostumbrado rito de castigo. Yo no estaba dispuesto a recibir un castigo injustificado, por eso, me zafé como pude de su mano y, sin pensarlo dos veces, abandoné la casa.

No sé cuánto tiempo duró mi carrera; lo cierto es que solo me detuve en el parque del viejo barrio de San Luis. Allí encontré una banca de cemento que me sirvió de cama durante esa noche. No podía llorar, la soledad y la tristeza me embargaban, solo imploraba al cielo como buscando una respuesta. En ruegos y oraciones me quedé profundamente dormido.

Esa noche pude sentir en sueños la realidad de la vida y escuché una voz amiga que me decía:

—Eres un hombre libre y puedes tomar tus propias decisiones, haz siempre lo correcto y lo que te indique tu corazón; pues, si te mantienes firme en tus buenos deseos, todo te saldrá bien y yo siempre estaré contigo.

Cuando desperté, ya la luz de un nuevo amanecer daba en mi cara, creía que todo había sido un solo sueño, pero la fría banca del parque me hizo volver a la realidad. Entonces, me tomé otro día de reflexión buscando repuestas a mi sueño. Pensaba, “ser hombre libre no significa escapar a la verdad”. Entonces tomé la decisión de regresar a casa. Me mantuve cerca de ella, pero con el temor de entrar, pero fui sorprendido por uno de los agentes de la policía, quien, orientado por mi padre, me condujo hasta mi casa.

En mis pensamientos guardaba la esperanza de ser tratado como al hijo pródigo; pero ¡qué desilusión! Mi padre me recibió, con su acostumbrada correa, y el castigo no se hizo esperar. Recibí fuertes latigazos en silencio, sin derramar una sola lágrima. Tiempo más

tarde me encontraba solo en la mesa, consumiendo mi cena; mientras mis hermanos me miraban desde la distancia sin realizar un solo comentario.

Tres días después, me anunciaban que había perdido el año escolar, pues mi propio padre había ido a la escuela a manifestar que me había escapado de la casa; razón por la cual no encontraban justificación alguna para repetir los exámenes que había dejado de presentar.

Mas, nunca me di por vencido. Aunque veía con ojos de tristeza la lejanía de mis logros con el juicio de mis hermanos, ahora, con más esmero debía buscar cumplir mis sueños. Y fue así que al año siguiente me dediqué a formar parte del grupo de teatro, de grupos de corales, de cuanta actividad cultural me sirviera para mejorar mis conocimientos y el cambio de mi personalidad. Fue tanto lo que logré, que me presenté para el mejor colegio de la ciudad, el Colegio Sagrado Corazón de Jesús. Y allí pasé, aunque no fui el mejor, sí fui uno de los mejores puntajes.

Allí, en ese colegio, visualicé recibir mi título de bachiller que, para ese entonces, eran las puertas que me conducirían a nuevos y exitosos triunfos, y lo logré en esos seis años. Sí, ¡Francisco acababa de recibir el título de bachiller!; pero eso no era lo importante, lo más importante fue que ese día, por primera vez, pude ver reflejada la alegría en el rostro de mi padre, quien no se cambiaba por nadie, pues era el primero de sus hijos que había logrado obtener ese título tan anhelado. Lo inexplicable era comprender por qué mis hermanos mayores, quienes fueron constantes en sus estudios, los fueron cambiando por sus deseos de trabajar o de cambiar su rutinaria vida.

Entonces, me repetí una y muchas veces la lección que había aprendido y que enseñaría a todas aquellas personas que la quisieran escuchar: “Haz siempre lo correcto y lo que te indique tu corazón; pues, si te mantienes firme en tus buenos deseos, todo te saldrá bien y yo siempre estaré contigo”.

POEMA COLECTIVO

Por Carmen Rosa Berdugo de Vargas, Gloria Irene Abella Bojacá, Carmen Elisa Salinas González, María Helena Castaño Giraldo, María Elfi Chaves Salamanca, Luis Enrique Chinchilla Molina, Alexi Beatriz Pérez Sierra, María del Consuelo Corredor Vega, Orlando Gómez Díaz, Carmelo Higuera Aguas y María Elena Silva.

Como parte del desarrollo de esta segunda versión de la Escuela Virtual, se creó la figura de los tutores, personas que habían tomado las aulas de la Escuela en 2020 y en esta oportunidad se sumaron como apoyo a los docentes encargados de los espacios de formación cerrados. Este apoyo se concentró en lo didáctico y en el compartir desde su experiencia.

Con ello en mente, plantearon actividades y consejos que sirvieran para motivar la creatividad y la escritura de los asistentes. A continuación, encontrarán un ejemplo de muchos ejercicios ideados por los tutores. En este caso, el grupo escribió (a partir de palabras que relacionaron con la infancia y la juventud) el siguiente poema, adaptando el concepto del “cadáver exquisito”, en que varias personas construyen un texto con aportes de todos, dejando en segundo plano la lógica y dando especial lugar a la sorpresa y el juego de los versos en el resultado final.

Adolescencia llena de amor y miedo,
 Miedo tenía la abuela de que aquella noche no hubiera suficiente amor,
 amor que nos acompaña en nuestro trajinar y nuestros deseos de triunfar
 triunfar a pesar del oleaje de la vida
 vida que me trae recuerdos de la infancia por un camino oscuro
 oscura ruta que podemos atravesar y nos acompaña en la fe y la esperanza
 esperanza en tener un final feliz
 feliz como una muñeca que le hizo su abuela.



SEMANA 4

Termina la tercera semana del Segundo Heptamerón y comienza la cuarta en la cual las personas mayores, bajo el reinado de las leyendas y el miedo, discuten sobre apariciones, demonios, rituales y espantos. El padre de Tania tiene un encuentro relinchante con Satanás; Juan narra la historia de un íncubo que atormenta a las jovencitas; a Víctor, cuando fue juez territorial en Leticia, por poco lo despiertan los muertos; Martha es testigo de un misterioso exorcismo; Luz Piedad rescata la historia de una enigmática mansión que arrebató la vida de una esposa traicionada; Elisa y sus amigas ajustan cuentas creando un espectro; Jairo reconstruye la historia de un amor del pasado al que hace eterno la fatalidad; Auria celebra el pasear cadencioso de una pareja de fantasmas; y Alina, en sueños, siente que podría terminar sus días al interior de una sombría maleta.



2.0

TANIA MORA ESPINOSA

Bogotana, aunque no cachaca. El 18 de noviembre de 1946, una enfermera experimentada en partos atendió su llegada a este paraíso. Le agradece a mamá y papá sus vidas ejemplarizantes. Los domingos jugaban con títeres, resaltando los valores necesarios para ser ciudadanos de bien. Bailar, saltar lazo, jugar un sinnúmero de juegos de pelota, leer; así fue desarrollando aptitudes para memorizar y entender las clases del colegio y, luego, las de la educación superior. La radio constituyó, no solo esparcimiento, sino también alegría con su variedad de melodías, propagandas y radionovelas. En el año 2018, lo máximo: gracias a un llamado de fuerzas poderosas, lo escuchó decir “Proyecto Historias en Yo Mayor, para mayor información, favor dirigirse a nuestra página web (...)”.

CABALLO NEGRO

Por Tania Mora

“La necesidad de contar puede caer en el silencio, en la imposibilidad de hacerlo, por la inexistencia de oídos abiertos dispuestos a escuchar”. Elizabeth Jelin

La finca de mi abuela —La Fruncidera— estaba ubicada en la vereda El Porvenir, en Guacamayas, Boyacá. Conformaban el lugar otras cuatro fincas, atiborradas de diferentes cultivos de granos y papas gigantes. La más pequeña era repartida en buenas porciones entre más de quince personas; yucas y arracachas tan grandes como la proximidad entre sus familias, que transitaba de generación en generación.

Sus largas jornadas de trabajo bajo la lluvia y el sol bien podían ser acompañadas por un amigo fantasma, un alma en pena, un espíritu del mal o por el horror que les producía a los hombres el ataque de la bruja que dejaba sus brazos llenos de moretones.

Un noventa por ciento de sus habitantes no sabía leer ni escribir, pero sí que sabía de heladas y sequías, del abono de sus ancestros, de intimar con la tierra antes de esparcir las semillas, de confiar su futuro a la gracia de Dios, de la Virgen María y de Jesús.

Abuela tuvo cinco hijos, tres hombres y dos mujeres. El mayor era mi padre; y la menor, una de mis tías. Las dificultades para asistir a la escuela no existían para ellos, porque en ese humilde recinto tranquilizaban sus manos haciendo garabatos, letras y números en esos cuadernos maltrechos de tanto sacar y guardar en la mochila de fique.

En verano demoraban hora y media en llegar; en invierno, suspendían las clases por temor a la creciente de la quebrada.

La única escuela era tan sencilla como sus vidas. Se levantaba sobre una ladera y estaba cubierta con un techo de latas y varas de caña. Tenía dos salones de clase, tres mesones de madera para acomodar a seis alumnos en cada uno; y una de las paredes pintadas de negro que simulaba un tablero y cuatro ventanas que permitían la invasión de los rayos del sol. Su alrededor era de una riqueza vegetal fantástica, el verde de sus pastos y el júbilo de las cabras con las volteretas de los niños, con sus gritos y sus risas, con su alma campesina.

Los chicos hicieron una alianza estratégica para llegar a la escuela. Buscando nuevos

atajos, acortando caminos, brincando descalzos de piedra en piedra apostando a no caerse, calculaban cada paso dependiendo del camino de la quebrada. Papá era el mayor de los cinco aventureros, tenía once años. Angelito era el menor —siete años—. La única niña del grupo era mi tía Mery.

Angelito era delgado, algo retraído y de piel muy blanca, aunque su papá era de tez morena. Su mamá aseguraba que, el día del parto, si no es porque Angelito suelta el llanto, un ángel extraño se lo hubiera llevado. De ahí en adelante, las mujeres embarazadas se colgaban nueve escapularios y rezaban nueve rosarios al día, suplicando que nada pasara a sus hijos cuando fueran a nacer.

Un día, a la salida de la escuela, bajaron al pueblo para comprar de los helados de mora que hacía la tía de Alfredo. La señora, sorprendida al verlos a esas horas —6:30 p.m.— les recordó con algo de angustia lo lejos que estaban de sus hogares. Para completar, Angelito los demoraba buscando su chamizo, que le era indispensable para escarbar por entre las piedras en busca de sapos verdes.

—¡Ya nos vamos! ¿Se quiere quedar? —le gritaba papá.

Los minutos transcurrían con algo de zozobra. El primero en manifestar pánico a la oscuridad fue Joaquín, quien recordaba el relato de su abuela: “Una noche a su papá un remolino de viento lo llevó a otro lugar lejos de casa”. Esas palabras martillaban su cerebro en aquel momento. Mientras lloraba, se acercó a José; sin mediar palabra, se colgó de su hombro suplicándole que no lo dejara.

Perdieron la noción del tiempo, la noche se les antojaba más oscura que de costumbre. Alfredo fue el primero en advertir que ese no era el camino por el que habían cruzado por la mañana.

—¿Cómo sabe? —preguntó la tía Mery.

Joaquín, con voz temblorosa, dijo:

—¡Porque no hemos pasado por donde estaba ese poco de troncos apilados!

Todos se detuvieron, mi padre parecía una momia con vida. Angelito no entendía del todo lo que sucedía. Alfredo empezó a llorar, José —su hermano mellizo—, quiso consolarlo, pero Joaquín le estorbaba; tuvo que apartarlo con cuidado advirtiéndole:

—¡Mire, Joaquín, estamos perdidos, quédese ahí quieto y en silencio, debe haber por aquí

algún rancho o alguien que nos ayude!

Todas sus sensaciones iban cambiando, sombras que no podían tocar, insectos que no podían ver, pero rodeaban sus cabezas. Aunque algo les impedía moverse libremente, José sugirió que caminaran a tientas en línea recta; el atajo que descubrieron por la mañana no tenía tantos recovecos como el anterior. Lo único a su favor eran los sonidos de la quebrada y el asomo de la luna llena.

Caminaron unos cinco minutos cuando Angelito llamó a mi padre. Clavado de cabeza trataba de ver lo que tocaba con su chamizo, le era diferente a cuando tocaba sapos o cangrejos.

—¡Evelio, venga, venga!

Al detenerse sentían que un algo invisible los envolvía y por eso aligeraron a mi padre para ver lo que Angelito había encontrado de raro.

A manera de guante, se colocó una de las medias de mi tía y sacó de entre unas piedras un algo que no pudieron identificar de inmediato. Decidió guardarlo entre su mochila. Por ahora lo más importante era encontrar cualquier cultivo visto por la mañana.

Joaquín temblaba como una hoja, temía que la oscuridad lo apretara y dejara sus brazos llenos de moretones. Mi padre era el que menos podía hablar, algo paralizaba por momentos sus cuerdas vocales, prefirió que mi tía caminara junto a él, sabía que, si aparecía un réptil, ella quedaría muda por un rato, su corazón palparía violentamente y su frente se llenaría de un brote rojo. José sentía la boca seca y necesitaba tomar agua con urgencia; era peligroso agacharse para por lo menos mojar sus manos.

Caminaban despacio, parecían encadenados el uno con el otro. Angelito se detuvo, quería ver el “bojote” que papá había guardado en la mochila; todos hicieron la misma petición.

Sin soltarse de las manos, buscaron un clarito. Hicieron un círculo alrededor de papá sin dejar de mirar a todos lados. Cuando sacó de la media ese bojote y lo colocó sobre su cuaderno todos quedaron asombrados.

—¿Cómo ha podido suceder? —dijo la tía Mery.

—¡Eso es de alguien! —replicó Alfredo.

—No recuerdo haber visto eso antes —agregó José.

Joaquín, que no dejaba de llorar dijo:

—¡Yo no quiero ver eso!

—¡Mire, Evelio, eso hay que devolverlo, es de alguien de por aquí, debe haber otros! —le dijo a mi padre.

—¡Está bien! —respondió mi padre— Es de alguien que vive cerca a la orilla de la quebrada.

El relincho atronador de un caballo interrumpió su plática, penetró por sus oídos cual detonación de una bomba poderosa. Gritaban con tanta fuerza que sus cuerdas vocales estuvieron a punto de reventarse. Joaquín se hizo pis, los mellizos se arrodillaron y golpeaban el piso con sus manos fuertemente. Sus lágrimas salían a borbotones y sus ojos querían salir de sus órbitas. Mi tía sintió la agresividad de unas náuseas tan fuertes que sentía explotar su cabeza. Mi padre sentía palpitar su corazón con rapidez y un dolor agudo en el estómago hizo que súbitamente quisiera ver al caballo.

En el instante en que logró localizarlo caía sobre los ojos del animal la luz de la luna. Parecían un par de llamaradas rojas.

—Es Satanás, ¡sí! —gritaba desesperadamente— ¡Sí! es satanás. ¡Almas benditas del purgatorio, defiéndanos, ¡se lo suplico! Es Satanás.

—¡Síííí, es Satanás!

No podían dejar de mirarlo parado en sus dos patas, ver el tamaño de su majestuosidad. Su pelaje negro azabache brillaba iluminando la noche que lo rodeaba. Giraba sobre un solo lugar. Angelito no tenía noción completa de lo que sucedía, se fue acercando poco a poco al caballo, por vez primera soltó el llanto, logrando que el caballo se calmara y desapareciera en medio de la noche.

Agotados por el miedo, casi inconscientes, no escucharon las voces de familiares y amigos que portaban pequeñas antorchas y llegaban a rescatarlos. No sentían sus abrazos, no podían hablar claramente con mi abuela. Mi padre solo repetía: “Era Satanás, era Satanás”. Intentaron arroparlos con las mantas que habían llevado y ellos lo rechazaron al igual que el aguapanela que llevaban en sus termos.

Empezaron a rezar el rosario, cuando los gritos de la mamá de Angelito los hizo correr hasta el lugar donde, con su chamizo, Angelito señalaba el bojote más grande que había tocado.

Todos quedaron más que horrorizados cuando Ananías —padre de los mellizos— dio vuelta al cadáver de una mujer. Los niños se abalanzaron sobre sus manos, y vieron que en

una de ellas hacía falta un dedo. ¡Sí!, el dedo con la uña pintada de rojo pertenecía a quien había sido la esposa de Eliacín Valderrama, hombre perteneciente al partido liberal. Los adultos sabían de lo que se trataba; los niños empezaron a quedar dormidos, cogidos de las manos. Los arroparon, rezaron muchos rosarios hasta la madrugada.

—¿Qué se hizo el caballo? —preguntó mi abuela.

Habitantes de otras veredas cercanas — Alizal, La Palma, El Cocuy — escuchaban en las noches el eco de su relincho. Aseguraban que el único caballo negro percherón pastaba en la finca de la difunta Bertilda y solo ella podía acariciarlo y cepillarlo.

A partir de ese momento, la vida de mi padre, de mi tía y de sus amigos del alma fue muy traumática. Su niñez, su adolescencia y sus sueños no solo fueron afectados por la aparición del caballo negro, también por los horrores de la violencia en toda esa zona de Colombia.

No terminaron su tercero de primaria, la violencia de las balas los obligó a salir de su terruño en diferentes tiempos, a distintos lugares, sin un adiós, sin un abrazo de despedida.

Mi padre padeció de cáncer en la cabeza. Dos días antes de su fallecimiento levantaba sus brazos gritando muy quedo:

—¡Es Satanás, es Satanás!

Mi tía Mery vive en Estados Unidos hace 45 años. El 4 de julio de 2021 cumplió 91 años. Gracias a la colaboración de una de mis primas, recordó algunos detalles valiosos para este relato.



2.0

JUAN JOSÉ PLATA CAVIEDES

Nació el 2 de agosto de 1951, en La Mesa, Cundinamarca. Transcurrió su primera infancia entre el campo y el pueblo. Su juventud fluyó por los barrios de Medellín. Luego, se graduó de economista y maestro en Antropología de la Universidad Nacional de Bogotá. Es viajero de la vida, apasionado por el conocimiento de la sociedad y la naturaleza. Disfruta la docencia, el amor a las letras y la escritura; goza compartir y departir con familiares y amigos, convencido de que se vale soñar otros mundos posibles. Actualmente, se goza Historias en Yo Mayor gracias a un amigo de la infancia quien le comentó sobre el proyecto.

EL ÍNCUBO Y LILIS

Por Juan Plata

En esa casa se decía que rondaban unos espectros. Esta era la casa de Dimas, el hermano mayor de mi madre. El tío la llevó a vivir allí cuando tenía once años, para que asistiera a la escuela a cursar uno o dos años de estudio, pues consideraba que eso era suficiente para lo que necesitaba una mujer. Allí vivió con sus sobrinas, unas mayores que ella y otras menores, entró a la escuela pública, mientras que sus sobrinas asistían al colegio de las hermanas de la presentación. Aprendió a llamarlo “papá”, como lo hacían sus sobrinas, pues había quedado huérfana de padre a los seis meses de nacida.

Era una casa grande, que parecía un claustro. Por la manera como las cuidaban, estaba prohibido demorarse a la salida del colegio, conversar con chicos, reírse a carcajadas o tener malos modales. Debían andar pulcras y mostrar su fervor religioso con sus rezos diarios. Los novios se atendían en la sala con presencia de la madre. La mayor ya se había casado. A mi madre le tocaba dormir con Lilis, tenían la misma edad, eran bonitas y simpáticas.

Los días transcurrieron entre el colegio, la casa y la iglesia. Pero, con la primera regla, todo cambió para Lilis. Un Íncubo, diablo con figura de hombre, empezó a atormentarla. Por lo general, lo hacía al atardecer, cuando llegaba la noche. Cuenta mi madre que dormían juntas en la misma cama que se había dispuesto para ellas en un rincón de la sala, y recuerda cómo ella le advertía:

—Ya viene, ahí está.

—¿Quién?

—Ese horrible hombre que quiere agarrarme.

Mamá dice que ella nunca sintió nada extraño. Pero le consta cómo a Lilis le aparecían moretones en los brazos. No podía dormir tranquila, tan solo lo lograba cuando llegaba a protegerla Xista, el alma de una niña que había muerto pura, que decía ser enviada por los Tronos para protegerla. Le llevaron el cura para exorcizarla, pero no pareció tener ningún efecto. Entonces, su padre habló con las monjas del colegio; se quedó de interna, y le arreglaron su habitación al lado del Santo Sagrario. Pero, allí, Lilis veía al pérfido demonio que arañaba los vitrales. Fueron quince días de tormento, no dormía bien, no podía rendir en sus deberes

escolares, se enflaquecía. Nada mejoraba.

Aquella mañana la niebla no dejaba ver a tres metros. Entre la penumbra y el frío apareció Lilis del brazo de su padre. Regresaba a la casa, al cuidado de su madre y la compañía de sus hermanas y de su tía. En la puerta la esperaban su mamá y su niña-tía. De pronto se le oyó gritar.

—¡¡¡Ahí viene, ahí está!!! ¡¡¡Ay, ay, ay!!!

Su madre corrió a socorrerla. La abrazó, le decía:

—Todo va a estar bien —mientras le sobaba los brazos en los que se reflejaban las señas de unos pellizcos.

Volvía a la incertidumbre de contar con la presencia de Xista, la niña-ángel que le protegía del espectro, y lo incierto de las repentinas apariciones del Íncubo, que ya no estaba por ahí.

Aura, su madre, se documentaba, le hacía rezos, baños de hierbas especiales e inciensos con todas las esencias posibles. Se llegó a rumorar que tenía conversaciones con espíritus y que hacía algún tipo de hechicería, que la casa estaba tomada por los espectros. Tres jóvenes — Juan, Aparicio y Roncancio — se le presentaron y se le ofrecieron para atrapar y expulsar al espectro o espíritu que rondaba por la casa.

El día señalado para tal propósito, al caer la tarde, llegaron los jóvenes músicos para realizar la tarea que se habían impuesto: someter al espectro. Entraron, saludaron a la señora Aura y se dirigieron hacia el solar, pasando por el jardín de rosas que había en el patio. Se echaron agua de la pila. Allí, en medio del platanal, llamaron al espectro, lo retaron:

—Aparece que no te tenemos miedo, aquí te esperamos.

Nada, silencio. De pronto sintieron un frío que les helaba hasta la médula de los huesos. Las hojas de la platanera se movían como si un huracán las fuese a tumbar. Les entró la terronera y salieron despavoridos, dicen que iban a empollones y patadas en sus traseros, propinadas por el mismísimo diablo. La noticia se propagó por el pueblo, a su paso les gritaban:

—¡Pollo corrido!, ¡pollo corrido! Jua, Jua, Jua.

En el cuerpo de Lilis, en su lecho, en su casa, se libraba la más terrible de las batallas entre el bien y el mal, entre el amor y la lujuria. Unas noches podían dormir tranquilas,

gracias a la presencia de Xista y el poder de los Tronos; otras venían con la incertidumbre y el asedio del espectro que les dañaba la noche. En una de esas noches, tres enamorados de mamá la agraciaron con sendas serenatas. Lo que incomodó a Dimas, quien a la segunda ya se disponía a salir a correrlos, cosa que no hizo gracias a la intervención de Aura, quien dijo que mi madre no tenía la culpa. Ni se atrevieron a moverse de su cama, para ver quiénes eran los osados enamorados que le llevaron serenata aquella noche.

Así pasaron los días y sus noches, nada parecía cambiar. Hasta que una noche de luna llena algo excepcional pasó. Poco a poco en la medida que avanzaba la noche y salía la luna, sus luces penetraban por las rendijas del par de ventanas que daban a la calle. Lilis se llenó de alegría al ver que llegaba Xista, estaba radiante la niña-ángel. Tenía puesta una túnica dorada, que se fue llenando de luz, iluminaba completamente la sala. Se empezó a sentir una rica fragancia en el ambiente, todo el aroma de las rosas, las dalias, el caballero de la noche, las gardenias, las peonias, los lirios, las lavandas, los jacintos, los nardos y los jazmines se mezclaron. Empezó a sonar una música divina, parecía el himno a la alegría, otras melodías y ritmos se oyeron aquella noche.

—Vengo a despedirme —le dijo Xista—, ya no me necesitarás. Con la música que hoy escuchas y que espero sigas compartiendo, nada te pasará. El mundo sin la música no es nada. También te dejo mi valor y mi gracia para que nunca más ningún espectro malvado te haga daño.

Esta es la historia, es todo lo que recuerda mi madre, que desde aquella noche se aficionó a la música, a las fragancias y al baile.



2.0

VÍCTOR ANTONIO BEDOYA OLAYA

Nació el 11 de septiembre de 1948 en Girardot (Cundinamarca). Es nieto del historiador Víctor Bedoya, fundador del Colegio Andrés Bello en ese municipio, e hijo del presidente de la Academia de Historia del Tolima, Josué Bedoya Ramírez. Debido a la violencia desatada por la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y el secuestro y posterior muerte de su tío Víctor María Bedoya Ramírez, la familia de Víctor se resguardó en Leticia (Amazonas). Cuando pasó el peligro, regresaron a Bogotá en 1953. Realizó su pregrado de Derecho en la Universidad La Gran Colombia y un seminario en la Escuela de Criminología en Viena, Austria. En 1977, regresó a Leticia para desempeñar el cargo de Juez Territorial del Amazonas y Penal de Circuito. No se alcanzó a pensionar, por lo que actualmente vive del litigio. Como consecuencia de la pandemia, se ha dedicado a escribir varios cuentos.

UNA NOCHE EN LA PEDRERA

Por Víctor Antonio Bedoya Olaya

Estaba de Juez Territorial en la ciudad de Leticia, Amazonas, cuando entró a las 9 de la mañana al Despacho el secretario de Gobierno y me dijo:

—Lo necesita el señor Gobernador, urgentemente.

Inmediatamente subí al despacho del Gobernador. Después de saludarme me dijo:

—Siéntese, por favor. Le cuento que un avión se accidentó en el corregimiento de La Pedrera, Amazonas, para que vaya a investigar. La avioneta sale en dos horas para allá.

Pasé al Juzgado. Le dije a la secretaria que viajábamos y que colocara el letrero de: “El Despacho en comisión”.

Pasé a mi casa, empaqué mi ropa para la estadía en el corregimiento y salí para el aeropuerto. Allí estaban listas la avioneta y mi secretaria. El viaje fue normal, a las dos horas aterrizamos.

La Pedrera, un pueblo pintoresco situado en la mitad de la selva del Amazonas. Allí me esperaba el señor corregidor Valois Rojas, nos tenía preparado el almuerzo. Después nos subimos en una volqueta que cogió rumbo por una carretera destapada situada a 12 kilómetros al margen del río Caquetá.

El lugar cuenta con una temperatura de aproximadamente 30 grados centígrados y una agradable brisa del río; lo habitan cerca de mil personas que viven de la pesca, la coca y del cultivo de la yuca. Hay empresas pesqueras y aserríos que envían en avión a Bogotá pescado y madera. Solamente hay una calle principal sin pavimentar. El pueblo está rodeado de árboles con grandes frutos rojos parecidos a peras y unos amarillos llamados arazás, que los usan para preparar dulces y jugos.

Entramos a la oficina del corregimiento. Un horrible olor, penetrante y nauseabundo, putrefacto, me hizo vomitar. Llegó un teniente de la policía.

—Señor corregidor, trajeron los cadáveres de unos pilotos y un herido por quemaduras de una avioneta que se incendió y se hundió en el río en puerto Miraña, a 7 horas en lancha del corregimiento.

Tras el informe, inmediatamente nos trasladamos con un enfermero, porque no hay médico legista en el lugar. Me impactó ver a un hombre quemado de unos 25 años, con pantaloneta, que caminaba lento y con dificultad. Parecía un zombi, con la piel roja y ampollada. Lo llevaron al centro asistencial. No tenían documentos y no podía hablar, tenía la cara y boca horriblemente quemadas.

En el suelo, y al lado del río, sobre camillas, envueltos en hojas de plátano, estaban dos hombres desnudos blancos de aproximadamente 40 años. Me acerqué con mi secretaria y el enfermero a examinar los cadáveres. Era dantesca, escalofriante y horrible la escena: desfigurados, piel amarilla cadavérica, cada uno tenía gruesas cadenas de oro, un reloj Rolex y un anillo de oro con diamantes. Uno de ellos, sin ojos ni labios, la mandíbula abierta, entre las costillas y los intestinos se asomaban unos bichos blancos conocidos como candirús o carneros, moviéndose, saltando entre la sangre negra y la materia fecal pestilente.

Después de realizar la necropsia y el acta de levantamiento de los cadáveres, fueron llevados en la volqueta del corregimiento al aeropuerto, porque sus familiares habían llamado que venían por ellos en avión para su traslado a Bogotá. Pusieron los cuerpos afuera, al lado de puerta de la casa donde funciona la oficina y torre de control del aeropuerto Valois.

—Me voy con el enfermero y su secretaria que tiene un familiar en el corregimiento. Usted se queda solo a dormir en el cuarto del aeropuerto, ahí están la cama y una linterna. En 15 minutos quitan la luz —me dijo el corregidor.

Cuando se fueron, cerré la puerta, solo me faltaba que me dejaran cuidando los cadáveres, pensé para mis adentros

A los 15 minutos quitaron la luz. Me quité la ropa, quedé en pantaloneta, sin camisa por el calor; me acosté mirando hacia la pared, me arropé con la cobija delgada y me quedé dormido. A las 12 de la noche me despertó el sonido de las campanas del templo y un ruido afuera. “Serán ladrones esculcando los cadáveres o un animal hambriento”, pensé. Luego golpearon la puerta. Me quedé callado. Si son ladrones, me torturarán creyendo que están las joyas en la oficina y yo no sé qué pasó con ellas. Luego escuché que abrieron la puerta y llegaba el olor pestilente; escuché pasos, como si alguien estuviera caminando, arrastrando una cadena con los pies hasta llegar al lado de mi cama.

Me van a golpear con la cadena—pensé—. Me tapé todo el cuerpo con la cobija, incluyendo la cabeza, estaba temblando de miedo. Un escalofrío corrió de la nuca por la columna hasta los pies, sentí cómo me jalaban la cobija y yo la sostenía hasta que la quitaron; después, una mano helada tocó mi espalda, se me fue la respiración.

Me desperté... era una pesadilla, me dieron ganas de orinar. No pude aguantarme, prendí la linterna, me levanté y no encontré baño en la oficina. Me dio pena orinar en el piso, así que me tocó abrir la puerta y orinar al lado de los cadáveres. Luego entrecerré la puerta y me acosté a dormir en la cama. Al otro día viajé para Leticia con la secretaria.



2.0

MARTHA LINETH MÉNDEZ SALAZAR

Nació el 19 de enero de 1964 en Pijao, Quindío. Amante de la lectura. Es psicóloga, especialista en Gerencia del Talento Humano con un Magíster en Mediación Familiar. Cuenta con una experiencia laboral de 26 años en la Policía Nacional. Actualmente, se desempeña como docente de la Universidad Antonio Nariño. Tiene una familia maravillosa, de ancestros antioqueños, numerosa y solidaria; sus padres, hermanas y su hija, Ivone Joana, son los motores de su vida. Tiene un especial gusto por pasear, comer y compartir en familia. Le llegó la invitación a la Escuela de Yo Mayor a través de su correo personal, la cual le pareció interesante. Martha ha disfrutado cada uno de los encuentros, conociendo muchas personas, su cultura, forma de ser y estar en el mundo.

UN ESPÍRITU DEL MÁS ALLÁ Y LARGAS NOCHES DE MUCHO MIEDO

Por Martha Lineth Méndez Salazar

Hablar de historias de miedo y que ponían la piel de gallina era recurrente en los encuentros familiares mientras merendábamos con la abuela Rosita. Ella vivía enseguida de la casa de mis padres y era nuestra cuidadora; hecho que hacía más cercana y afectiva nuestra relación. Eran historias de muertes violentas del tiempo de la chusma y los pájaros (así le decían a los violentos en esa época, según lo contado por ella), pues llegaban al casco urbano del pueblo mulas que llevaban en sus lomos personas decapitadas, asesinadas con machete, a lado y lado del animal, como dando cuenta de quién era más fuerte —esa era una de tantas historias contadas en la noche—. Otras eran que en las fincas de la tierra fría, zona montañosa del pueblo, asesinaban a las mujeres, les abrían el vientre cuando estaban embarazadas, les sacaban el feto y les llenaban el vientre de sal y las dejaban tiradas en sus viviendas.

Era frecuente escuchar a mi abuela y vecinas las mismas historias del bulto que salía por la noche, como una reprimenda para los que se quedaban hasta tarde en la calle y debían subir al barrio que quedaba a la entrada del pueblo. También, estaba la historia del perro que de noche le brillaban los ojos, como el mismísimo diablo; y la de la señora que vivía enseguida de la casa de mi madre, que en vida maltrataba a sus hijos, quemándolos con manteca y agua hervida, dejándolos amarrados en una de las patas de la cama.

Esa vecina también se robaba las gallinas de las otras vecinas y enterraba las plumas. Contaba mi abuela que cuando murió se escuchaba el lamento y llanto de esta señora en esa casa; inclusive decía que una luz en el solar las llevó a escarbar en la tierra y encontraron cosas que ella se robaba de las casas vecinas como cucharas, platos y, efectivamente, las plumas de las gallinas bajo tierra; era como un alma del purgatorio que no lograba descansar.

Otra historia contada por mi abuelo materno, Santos, era que cuando se veían luces en las montañas, especialmente en luna llena, era una señal de que allí había una guaca. Él era aficionado por esas búsquedas y traía algunas vasijas de barro grabadas; sin embargo, siempre nos recalca que cuando las personas que acompañaban la búsqueda de la guaca eran ambiciosas, este tesoro se iba yendo más profundo y por más huecos que hicieran no fuera posible encontrarlo.

Y qué decir de las benditas almas del purgatorio. Había que rezar para que un alma en pena no se nos apareciera por no rezarle. Con toda esta información nos mandaban a dormir, y claro, ¿quién duerme generando imágenes de todo esto tan terrible que llevábamos a nuestras camas? Era obvio que los malos sueños aparecían. Recuerdo muy pocas pesadillas, pero sí reunía varias historias en un solo sueño y me despertaba sobresaltada.

Ahora que reúno toda esta información, comprendo por qué me sucedía esto mismo. Cuando veía el noticiero de las 10 y 30 de la noche, armaba unas historias con varios sucesos que narraban durante este espacio y era mi propio sueño de terror: La avalancha, el accidente, muertes violentas y mi cerebro elaboraba una sola historia; ¡tremenda historia! Y tomé la decisión de no ver noticieros. Leo algunas noticias de mi interés, pero he dejado de ver tanto hecho violento, a pesar de sentir lo que pasa. Todo esto me dañaba mis noches, que tenían que ser para recuperar fuerza para el día siguiente.

Pensaba que ya había superado muchos de los miedos de mi infancia, hasta que presencié un suceso en la década de los 90. En ese momento, estaba en furor que los adolescentes y adultos jóvenes jugaran con el famoso péndulo y la tabla ouija, como una forma de atraer a los espíritus de personas que querían volver a sentir y escuchar.

Un día se formó el alboroto; me buscó en mi oficina la señora rectora del colegio para informarme que María Eugenia estaba poseída y la tenían en la enfermería. Inmediatamente salí corriendo para este sitio, era un espacio pequeño, con una camilla, bodega de medicamentos básicos, un casillero con el logo de la cruz roja y una o dos sillas, no recuerdo bien. Allí ya estaban tres profesores y una profesora teniéndola, cuando llegué con la señora rectora.

Lo que vi me impresionó mucho. María Eugenia tenía una fuerza descomunal, todos trataban de calmarla y dejarla tranquila en la camilla, pero era imposible; tenía movimientos fuertes, como queriendo soltarse y de su garganta le salía una voz gruesa como de un hombre. Volteaba la mirada hacia un lugar fijo, miraba con odio. Decía “Sam, Sam”. Mi piel se erizaba; uno de los docentes me dijo que no podía mostrarse el miedo porque entonces ese espíritu se nos podía incorporar, y pues más miedo me dio. Pero me hice la guapa y me quedé allí, también como una forma de curiosear qué pasaba con ella.

La señora rectora trajo un crucifijo, lo colocó frente a ella y más ira le dio, lo escupió y volvió a hablar: “Sam, Sam”. Decía otras cosas, pero no se lograba entender.

Decía la rectora que no era ella la que hablaba, sino el espíritu que tenía incorporado; otra profesora fue y trajo la Biblia, la presentó abierta y tuvo la misma reacción que el crucifijo y un collar con la cruz de San Francisco de Asís, cuyo material era sintético fuerte y lo reventó. Éramos muchos luchando con esa fuerza que tenía esta adolescente, le rociaron agua bendita, todos oramos y se calmó; eso fue como a las 8 de la mañana. Luego, en el descanso de las 10 de la mañana, volvió y le dio lo mismo pero ya fue en la zona del recreo cerca de la cafetería en presencia de todos los niños. Entonces, la rectora llamó al sacerdote de la capellanía de la institución, quien llegó al colegio y dijo que había que llevarla a la Iglesia San Francisco para que el sacerdote Arias le realizara un exorcismo. Nos fuimos en dos carros los que ya habíamos estado con ella. Yo no me quise ir en el mismo carro de ella, me fui con dos profesores en otro.

Llegamos a la iglesia. Yo no quise entrar, pero donde me quedé, muy cerca escuchaba todo lo que sucedía allí. Me embargaba el miedo más grande que pude haber sentido ya en mi vida de adulta, por curiosidad me asomé y vi cómo se revolcaba donde le estaban haciendo el exorcismo. El sacerdote me regañó y me dijo que yo era muy débil y que lo mejor era que no me asomara o que me fuera. Yo me quedé, porque debía informar sobre lo sucedido a mi jefe. Este sacerdote logró calmarla y, a eso de la una de la tarde, la llevamos a la casa de sus padres, quienes también estaban conmigo afuerita del sitio donde le realizaron el exorcismo.

Todo esto, vivido en el día, llegué a contárselo a mi mamá al término de la jornada de trabajo; lloraba, narrándole lo sucedido y fueron varias noches las que no lograba dormir, me parecía escuchar el nombre de “Sam, Sam...”, en esa voz ronca de hombre, que retumbaba en mi cabeza, pero en el rostro de María Eugenia, mirándome fijamente y con ira. Solo contándolo se me erizaba la piel y temblaba; fue como una semana que dormí al rincón de mi mamá y con la luz prendida.

María Eugenia siguió un tratamiento, con un grupo de espiritistas llamados los doce apóstoles y también sus padres la llevaron donde el médico y no le encontraron absolutamente nada. Sin embargo, en el laboratorio de biología del colegio, reposaban algunos huesos humanos con los que el profesor de esta área trabajaba y que habían sido donados del anterior cementerio, que quedaba donde hoy es el terminal de transporte de Armenia, y el sacerdote de la institución hizo misa en el colegio, regó agua bendita por todo lado y ordenó

que esos huesos debían ser llevados nuevamente a un cementerio. También nos enteramos por algunos estudiantes que esta chicuela y sus compañeras habían estado jugando con la famosa tabla ouija y con el péndulo.

Esto es inexplicable. Porque lo vi y lo sentí, empecé a creer que esto sí existía; sé que es un dilema frente a la ciencia, que lo puede ver como una enfermedad mental, llámese esquizofrenia o psicosis, pero yo lo viví para contarlo tal cual lo sentí y hoy no tengo ninguna explicación, a pesar de que trabajo con salud mental.

Hoy día María Eugenia se encuentra felizmente casada y goza de buena salud.



2.0

LUZ PIEDAD GUTIÉRREZ BARRETO

Nació en Bogotá en junio de 1955, año en que murió Einstein. Estudió primaria, secundaria y su universidad en la capital. A los 15 años, pasó de leer Corín Tellado a Cien años de soledad; esto la traspasó de tal manera que no se separó jamás de la verdadera literatura. En el colegio demostraba cierta disposición para escribir. En 1981, recién casada, se trasladó a Villavicencio donde ejerció con pasión la docencia hasta su jubilación. Actualmente, disfruta la soledad acompañada de sus caminatas, los libros y la comunicación diaria con sus amados hijos, David y Sebastián. Se enteró por Facebook del proyecto Historias en Yo Mayor. Llegó dos semanas tarde del inicio del programa, pero las restantes las vivió con alegría y dedicación.

LOS ESPANTOS DEL NOGAL

Por Luz Piedad Gutiérrez Barreto

“Lo peor de las mansiones modernas es que no tienen lugar para los fantasmas”.

Oliver Wendell Holmes

Clara era una niña de humilde condición de la Bogotá de los años 50. Huérfana de madre desde su infancia, vivía con su padre, un hombre mayor y furibundo, y con tres hermanos mayores, todos varones. Desde pequeña se destacaba por su hermosura. Apenas tenía permiso para ir a la casa de su amiga Inés, que vivía en la misma cuadra con sus padres y hermanos.

Las dos se enovieron. Clara con un hombre muy adinerado, Inés con un empleado de oficina. Cuando la primera se casó con Gustavo, se fue del barrio porque él compró una casa hermosa en el sector más exclusivo de la ciudad: el barrio El Nogal. La mansión estaba ubicada unas cuerdas arriba de la carrera séptima, donde ya se acababa la ciudad. De tal manera, la casa lindaba al frente con la montaña.

Las dos siguieron sus vidas, se visitaban con frecuencia y tuvieron hijos: Clara, dos, e Inés, tres. El lugar predilecto para reunirse era la mansión. Los niños correteaban, mientras las amigas conversaban y los cuidaban.

El ingreso al patio interior de la enorme casa quedaba bajando unos ocho escalones. Allí había árboles de cerezo y brevas rosas. Pero debajo de las escaleras había un extraño hueco, un pozo al que no se le veía fondo, al que lanzaban piedras que nunca se escuchaban caer. Para los niños era todo un misterio.

Clara no era feliz, aunque tenía todo para serlo. Dos cosas se oponían. Una tenía que ver con los continuos viajes de su esposo y las aventuras paralelas que él trataba de esconder. Pero la infidelidad y las mentiras siempre van dejando huellas para que la verdad se abra paso. La segunda razón era la casa, la mansión. Ella empezó a contarle a su amiga que allí ocurrían hechos inexplicables, misteriosos, tenebrosos. Tanto que decidió que su hermano menor, estudiante de la Universidad Nacional, se quedara a vivir con ellos. Era una manera

de estar acompañada, porque la mayor parte del tiempo permanecía sola con los dos niños.

Con el pasar de los meses, hasta Jorge, el estudiante, ya estaba tan espantado que decidió dejar su habitación. Prefería tender su colchón en la habitación de los niños, en medio de las dos camas y solo lograba dormirse cogido de la mano de ellos. En los cajones de ropa aparecían extrañas monedas oxidadas del siglo anterior cuya procedencia nadie podía explicar. Cuando los niños estaban en el colegio, su hermano en la Universidad y Clara estaba completamente sola, pasaban cosas muy extrañas, de miedo. Si estaba en el segundo piso, escuchaba que la puerta de la casa se abría ruidosamente y entraban, haciendo gran bullicio muchas personas, hombres y mujeres que hablaban, hacían un gran escándalo, movían y arrastraban los muebles. Pero cuando iba a ver, no había nadie. No pasaba nada. Jorge, el joven estudiante, mientras repasaba para sus exámenes durante el día, veía cómo la puerta de su armario se abría abruptamente y aparecía una enorme bola de fuego.

Por supuesto, Gustavo no creía nada de lo que su esposa y su cuñado contaban. Un tiempo después Clara se comenzó a sentir débil; adelgazó mucho, perdió el apetito, y hasta su belleza y abundante cabellera fueron difuminándose. Con el propósito de alegrarla, a Gustavo se le ocurrió hacerle algunos arreglos a la casa. Mandó a levantar los tapetes para cambiarlos, compró nuevo mobiliario para todos... pero, al levantar el entapetado, los hombres que hacían el trabajo quedaron espantados. En medio del piso de tierra, en un caos atroz, en todo el espacio del salón había osamentas de más de 10 seres humanos.

Los expertos afirmaron que tal vez ese lugar había sido en tiempos pasados cementerio indígena. Se llevaron los huesos, les dieron cristiana sepultura, se ofrecieron actos litúrgicos en ese mismo lugar. Finalmente, se echó una gruesa capa de cemento y se instaló un hermoso piso de parquet. Todos pensaron que los extraños fenómenos cesarían porque se había encontrado la causa, pero no fue así. Gustavo siguió su vida de viajes, aventuras y ausencias; y Clara, con su soledad acompañada y el amargo sabor de la traición; los niños y su hermano, estudiando; y las visitas de su amiga y sus hijos de vez en cuando.

Los sucesos fantasmales seguían ocurriendo, pasaban cosas de no creer. Clara se deterioró con gran rapidez. Para esa época, años 60, la medicina no estaba tan avanzada y, después de muchos meses de exámenes médicos, le diagnosticaron cáncer. La gente murmuraba y decía que alguna de las amantes de él le estaba haciendo brujería. Comenzaron los agresivos

tratamientos y Clara ya no se volvió a levantar de su cama. Tenía apenas 33 años. La familia se organizó para acompañarla y su amiga también. Las empleadas que colaboraban algunos días de la semana se marchaban en la tarde y, para no dejarla sola, alguien llegaba a cumplir el turno de acompañamiento. Ella casi no hablaba, su cuerpo emanaba ya un fétido olor. Dormitaba todo el tiempo.

Una tarde, Inés llegó con su hija de 10 años a cumplir su turno. Estaban las tres solas en la casa: las dos visitantes y la enferma, todas en la habitación. Clara, dormía; Inés, leía y la niña, en silencio, a veces miraba hacia la montaña por el enorme ventanal. De pronto, a las 4:30 de la tarde, se sintió un gran escándalo en el primer piso, en el comedor. Inés y su hija se miraron aterradas y bajaron corriendo. No había nadie. Todo en silencio, pero la enorme mesa y las ocho sillas estaban volteadas, en total desorden. La niña después le contaría a su mamá que, unos minutos antes, cuando estaba mirando por la ventana, vio venir desde la montaña hacia la casa una mujer con un manto negro que la cubría de pies a cabeza y no dejaba ver su rostro. Ellas regresaron a la habitación de la enferma y se quedaron sentadas en silencio. Clara no se había dado cuenta de lo sucedido.

Poco tiempo después, Clara falleció. Gustavo vendió la casa y se trasladó con sus hijos a un apartamento en otro lujoso barrio de la ciudad. La casa fue demolida, y en su lugar se levantó un moderno edificio. Quién sabe si en esos apartamentos asustan.



2.0

ELISA SALINAS

El 13 de junio de 1954 llegó la TV a blanco y negro a Colombia, lo recordamos porque el 19 de junio de ese año nació la hermosa niña Elisa Salinas. Desde pequeña, se inclinó a pintar, dibujar y leer. A sus 17 años se adentró en este mundo y laboró entre libros por más de 27 años, que transcurren entre prólogos, introducciones y reseñas biográficas. Cuando el gerente vacacionaba por Europa, aprovechaban las tardes entre compañeros para leer. Finalizando la semana comentaban lo leído. Hoy, gracias a las redes sociales, entró a hacer parte del grupo de estudiantes de la Escuela de Historias en Yo Mayor, quienes han animado, preparado con calidad, cariño y gran confianza al adulto mayor, haciendo realidad sueños dormidos desde la juventud.

PASEO A FINCA MARGARITA

Por Elisa Salinas

Era un primero de enero. Ya estaba programado nuestro paseo de vacaciones con mi amiga de toda la vida, Esperanza. Nos fuimos en sus carros junto con la mamá, hermana y otros familiares. Salimos de Bogotá a las 6 de la mañana, paramos a desayunar en Cáqueza, en un restaurante cerca de la carretera, tomamos caldo con costilla, chocolate y deliciosas almojábanas con queso recién horneadas en horno de piedra. Entrando a Villavicencio, paramos a mercar todos ya que era un paseo con todo compartido. Llegamos a la finca hacia las 2 de la tarde. Nos gustó mucho el lugar, era una casa muy grande, con espacios bonitos, árboles frondosos, jardines muy cuidados, piscina, jacuzzi, animales domésticos, etc. Quedamos todos encantados con la finca, después de andar por esas trochas y caminos sin pavimento y con gran calor. La señora encargada de la cocina nos tenía preparado un delicioso sancocho de gallina. Descansamos y, más tarde, entramos a la piscina. Luego, unos salieron a caminar y otros fuimos en carro a visitar una plantación inmensa de palma de aceite. Quedé impresionada de ver la gran extensión cultivada de esta planta.

Ya en la noche nos reunimos en el comedor después de la cena. Jugábamos diferentes juegos de mesa, y no sé en qué momento resultamos jugando dinero, monedas de muy baja denominación y, claro, nos entusiasamos a jugar hasta altas horas de la noche. Entre los familiares de mi amiga Esperanza, estaba su hijita Camila con una amiga, la cual era invitada al paseo, y un tío de Camila siempre les decía que las asustarían si salían del área social. Efectivamente las chicas salieron al baño y, regresando, el tío se escondió estratégicamente haciendo ruidos extraños y las chicas salieron corriendo y gritando asustadas. El tío decía que le habían contado que algo raro pasaba en la finca por las noches, que siempre llegaban en la noche fantasmas, por lo tanto, estaban muy prevenidas, de una u otra manera finalmente lo descubrieron por su voz. Ellas luego se enteraron de que era el tío quien las asustaba.

Queriendo tomar venganza, estas dos amiguitas me pidieron que les ayudara y yo sí que quería hacerle pasar un buen susto, así que me alié con ellas.

Esa noche era domingo, y después de nuestro acostumbrado juego, hacia las 11 p.m. todos se fueron a dormir. Nuestra alcoba, que era para las damas, estaba lejos de la del tío

con su esposa, suegra y mamá de mi amiga. Nos hemos ingeniado hacer un fantasma con una hoja grandísima de una palma que se encontraba ya seca y caída en el pasto a las afueras de la casa. Desvestimos una cama y con su sábana blanca formamos la silueta de un fantasma; entre risas y nerviosismo de que no fuéramos vistas.

Ya listo el personaje, discutimos quién iría a dejarlo en la puerta a golpear y luego salir corriendo. Finalmente, la amiguita de Camila quiso ser la protagonista de este hecho. Con una linterna se fue acercando, Camila y yo desde el otro lado en la oscuridad seguíamos de vista en silencio a su amiguita invitada, quien debía quitar con cuidado un broche de una pequeña puerta del área social y luego acercarse a la alcoba con nuestro amigo fantasma. Estaba muy oscuro. Finalmente, llegó a la puerta, colocó a nuestro amigo fantasma muy recostado de lado en la puerta para que cuando abrieran le cayera encima al tío, suponiendo que él abriría la puerta. Ella salió corriendo descalza y, en medio de la oscuridad, la esperamos. Entramos al cuarto sin prender luces. Reímos un buen rato imaginándonos la escena del fantasma frente al tío de Camila. Ya cansadas, dormimos hasta tarde del otro día.

Mi amiga Esperanza, quien sabía de nuestro plan, se levantó temprano por su acostumbrado tinto. Se encontró en la cocina con los familiares de la alcoba todos muy asustados y angustiados. El tío, que era muy gracioso, estaba muy serio. No pudieron dormir. Ya habían llamado al dueño de la finca reclamando que la finca era muy insegura, que quién sabe qué mensaje quieren dejarnos con el suceso del fantasma.

Esperanza, mi amiga, se retiró de la cocina con sigilo y, llegando a la alcoba, nos ha despertado preocupada, diciéndonos que nos metimos en tremendo lío porque todos estaban muy asustados y que el dueño de la finca iría para allá.

—Bueno —dijimos—, a poner la cara.

Ya en el desayuno, las tres, en acuerdo mutuo, diríamos que era una gran lección de parte nuestra para el tío por tanto asustar a las chicas. Nos disculpamos con las señoras, quienes estaban bien bravas porque ellas de verdad pasaron gran susto y no pudieron pegar el ojo. El tío llamó de nuevo al dueño de la finca para que no fuera, comentándole lo que le pasó y disculpándose por la preocupación que le ocasionó. Luego de que ya estaba todo solucionado, se puso serio. Finalmente aprendió la lección y ya todos reíamos recordando el suceso y molestando al pobre tío.



2.0

JAIRO HUMBERTO RAMÍREZ A.

Profesor de secundaria. No nació en Dagua, donde vivió su niñez nadando en el charco El Muerto; tampoco en Versalles, donde su juvenil pasión fue la onda corta. Pero sí estudió en Cali, en UniValle, y brotó al mundo en Quimbaya, en el año 59. Vive ahí, desde 2004. Convencido por algunos coetáneos, entró a Historias en Yo Mayor, perdió la vergüenza y el pánico escénico e hizo lo que siempre quiso hacer: escribir, más allá de los discursos para las izadas a la bandera. Fiel seguidor de los estudios culturales, ama la lectura y el cine.

EL AMOR ES UN PASAJE

Por Jairo Humberto Ramírez Arcila

Llegué a Palmaseca al mediodía. Me bajé del autobús en la estación de gasolina que antaño había administrado mi tío Ever. Me encaminé por la carretera que va a Rozo y, a 400 metros, tomé el camino lateral que lleva al caserío. Hacía muchos años que no veía a mi prima Constanza y me sentía muy inquieto. La primera casa me mostró un florido antejardín y en él a Celina, la amiga de mis primos, una hermosa morena que estuviera perdidamente enamorada de mí, pero yo tenía ojos solo para mi prima. Fue un amor maldito desde el principio por la clandestinidad en la que se desenvolvió y los altibajos emocionales que lo caracterizaron: del amor intenso al odio supremo; de inquietantes entregas apasionadas con juramentos de amor eterno hasta separaciones absolutas con despedidas intencionalmente definitivas; y con una fidelidad culpable de mi parte hasta las traiciones más absurdas expuestas con resentimiento por ella.

Saludé a Celina levantando la mano y ella me respondió igual. Hice cálculos y concluí que debía estar por los 40 años; no podía ser menor que yo por más de unos 2 o 3 años. Sé que me reconoció, pero apenas si me respondió al saludo: 20 años de una completa desaparición, como si hubiera muerto, nos habían convertido en dos extraños. Seguí de largo por la única y polvorienta calle que había hasta llegar a un parquecito con capilla que me parecía hermosísima. El calor era intenso a esa hora y el sol estaba en todo el mediodía. Allí encontré al tío Ever, montado en una bicicleta antigua; sostenía el equilibrio con uno de sus pies puesto en el suelo y, el otro, en uno de los pedales, sentado en el sillín de resortes, mientras conversaba con otros dos hombres. No me reconoció de inmediato, pero, cuando me quité las gafas oscuras y el sombrero aguadeño que llevaba puesto, creyó que yo era mi hermano. Lo corregí de inmediato:

—Soy Jairo —le dije— ¿Cómo está, Ever?, pasé a saludarlo.

Mis padres nos habían enseñado a llamar a todos nuestros tíos por su nombre de pila y nunca supe el motivo.

—Bien, hombre. Sos el mismo Manuel, sino que vos sos negro —así solían decirnos a los que éramos de tez trigueña—. ¿Y eso, ve, qué estás haciendo por acá?, ¿cuándo llegaste?

—Llegué hace tres días a Bogotá. Ayer llegué al Quindío y hoy me vine para acá, a saludarlos.

—Claro, acá está Eversito, Patricia, los mellizos... la que sí no está es Rosalbita...

—Y eso, ¿dónde está?

—En Estados Unidos, en Tampa. Allá vive con su esposo, un gringo que conoció por Internet, hace dos años, ¿sabés?, ¿y vos dónde es que estabas o estás, todavía?

—Australia... en Sídney —le contesté.

—¡Ah, ya! Manuel nunca volvió por acá, ¿sabés? —lo dijo a modo de disculpa por su ignorancia.

—Claro, Ever, entiendo.

—¿Hace ya cuánto?, ¿20 años? Nunca volvimos a saber de vos, de ustedes... como si se hubieran muerto, ¿sabés? Pero me alegro de que estés acá... el pasado no existe ya... se ha ido con todas sus cosas...

—Claro, estoy seguro de eso.

—Andá a la casa, saludás a los muchachos... queda en el mismo lugar, ¿te acordás?

—Sí, Palmaseca no ha cambiado mucho; aunque tenga más gente y casas, sigue siendo igual.

Almorcé en la casa del tío, saludé a su esposa, a Patricia y los mellizos. Conversamos largo rato, pero sin mencionar para nada a Constanza ni a su familia. Eversito —así solemos llamarlo para diferenciarlo del padre— no apareció y hubiera sido el único con quien yo habría podido hablar de mi prima. Me despedí de ellos al llegar la noche. En el trayecto a la carretera principal encontré el sendero que iba a la casa del tío Carlos, padre de Constanza. Ya eran cerca de las 8 de la noche, pero no había ninguna luz encendida. Esperé una media hora. El ambiente resultaba gélido y la noche clara; la luna llena se asomaba con todo su esplendor. Alcancé a fumarme dos cigarrillos antes de tomar la decisión de acercarme a la casa. Miré por las ventanas del frente, tratando de ver en la semioscuridad, rodeé la casa y en uno de sus lados me detuve a mirar a través de los vidrios de los ventanos que se incrustaban en la pared lateral. Llegué hasta la puerta trasera que daba acceso al solar y la empujé; tuve que hacer uso de toda mi fuerza, apoyando mi hombro derecho contra la corroída puerta para poderla abrir.

Y entonces la vi: vestía un camisón blanco que le llegaba a las rodillas. La luz de la luna alumbraba con toda intensidad, dejaba ver la transparencia de la prenda y permitía ver los pantis que llevaba puestos. No sé por qué, pero me dio la impresión de que me esperaba. Se puso en frente de mí y pude ver sus grandes pechos que aún resultaban muy atractivos. Su cabello, que caía en sus hombros, lucía un negro más intenso del que yo conocí. Su piel blanca se me antojaba traslúcida y llevaba un par de chinelas en sus hermosos y diminutos pies, tan blancos como el resto de su cuerpo. Después de superar mi sorpresa, la saludé.

—Hola.

—Ven —me invitó con una voz apagada, susurrante.

Sentí brotar la pasión perdida muchos años antes y, aunque con cierto temor, me acerqué y sin entender por qué, sin poder refrenar mis impulsos me abracé a ella y la besé en sus labios carnosos pero fríos, con toda la voluptuosidad que se desprendió de mi deseo rezagado. Mi cuerpo se estremeció ante la conmoción del suyo, al ser aprisionado por mis brazos; su ahogada respiración envolvió mi cara y su lengua helada se introdujo en mi boca.

—Ven —volvió a invitarme y la seguí hasta el interior de la alcoba principal que yo conocía muy bien. Hicimos el amor como en nuestras más intensas entregas del pasado, imbuidas de culpabilidad y desesperanza por la incertidumbre de esa apasionada relación. Le pregunté entre besos y abrazos si aún me quería como yo a ella y, en el mismo tono de voz que oyera al saludarla, me respondió que sí una y varias veces. Fatigados por todo el trasegar convulsivo, reposaron luego nuestros cuerpos, uno al lado del otro. Tomé la iniciativa y no paré de hablarle de lo mucho que la extrañé, que intenté olvidarla con otras mujeres, pero nunca lo conseguí. Que nos faltó valor para habernos enfrentado a la familia y haber luchado por nuestro amor. Le hice miles de promesas y ella me miraba de manera inexpresiva, pero respondiendo a todo que sí. Fumé un cigarrillo, ella no quiso, y poco después nos quedamos dormidos.

Desperté cuando el sol que entraba por el ventanuco con vidrio de la habitación daba en mi cara. Ella no estaba a mi lado, pero en la mesita de noche había una bandeja con un plato servido: tortilla de huevo, arepa (ella sabía que me gustaban mucho) con mantequilla, buñuelo y una tostada embadurnada de crema de maní. Al lado, una taza de café, oscuro como yo lo prefiero. Desayuné todo y la busqué por la casa, pero no la encontré. Tal vez,

pensé, sigue trabajando en las oficinas del Expreso Palmira y debió madrugar para viajar hasta Palmira y llegar a tiempo, por lo que salió sin despertarme.

Me fui para Cali y estuve todo el día ocupado. Quise llamarla, pero no tuvimos tiempo para intercambiar números de celular. Pasé el día entre angustias y alegrías que trastornaban mi temperamento a cada instante. Hice varias diligencias personales, visité a un par de viejos amigos y recorrí el sector de Santa Helena, por donde quedaba la casa donde vivimos ella y yo con nuestros abuelos y los tíos Oscar e Iván. Allí empezó todo: un amor que, aunque intentamos evitar, fue creciendo poco a poco hasta que reventara con toda su intensidad. Por fin llegó la noche y, tan raudo como pude, tomé el autobús que me dejaría en el mismo lugar del día anterior. Me enrumbé por los mismos caminos, pero no atravesé el poblado y, justo antes de llegar a la casa de Celina, tomé otra ruta que conocía muy bien de antes. Atravesé un espeso y conocido bosque para llegar, dando un rodeo, a la casa donde la volvería a encontrar. Aceleré el paso, deseando volver a estrechar su semidesnudo cuerpo en mis brazos y besarla apasionadamente.

Ya dentro de la arboleda y matorrales, la oscuridad se hizo absoluta; la luna aún no asomaba en el cielo. Tenía que pasar por un puentecito que me evitaría tener que meterme en la pantanosa laguna que debajo de aquel había. Cuando llegué al inicio del puente, la vi: estaba de pie, vestida igual que la noche anterior y su desnudez se infería, pero no era tan evidente como la primera vez. Me hacía señas con uno de sus brazos invitándome a seguirla. Estaba exquisita en medio de la oscuridad. Sentí tanta confianza que me alegraba el escuchar su voz apagada con cierta tonalidad en eco que me decía.

—Ven, ven a mí.

Atravesé el puente, tomé su mano helada y la seguí. Estaba dispuesto a no volverla a perder y sólo soñaba con rehacer nuestras vidas juntos.

Eran las 11 a.m. y Palmaseca ya hervía de calor. El inspector conocía al señor Ever Ramírez porque años antes fueron colegas en la inspección de policía del corregimiento. Ramírez había sido su jefe.

—Acabamos de encontrarlo en la laguna que queda cerca a la casa abandonada que fuera

de su hermano. Donde hace casi 20 años se ahogó su sobrina...

—Sí, Constanza.

—Exacto. Si no fuera por la señora Celina, que nos dijo que lo vio pasar, ya de noche, por su casa hace tres días, quizás nunca lo hubiéramos encontrado.

—Y ¿por qué no avisó antes la Celina?, ¿y no le pareció extraño que fuera por esos lados a esa hora?

—No, ella dijo que no y que apenas supo ayer que estaba perdido y que lo andábamos buscando.

—Lo más seguro, don Ever, es que por lo oscura que estaba la noche no vio el peligro y cayó, justo debajo del puente.

—Después del invierno del mes pasado y el verano de éste, esa laguna tiene que estar muy enfangada.

—¿Por qué se iría por esos lados, cuando solo los locos andan por ahí? Ese puente está podrido por partes y creemos que metió sus piernas en uno de esos tablones sueltos o rompió alguno y cayó... el que cae ahí, no puede salir si no va con alguien que lo ayude, don Ever.

—Sí, entiendo. Es que hace unos 20 años que no venía a Palmaseca... lo que no entiendo es qué buscaba por la casa de mi hermano Carlos, si ya nadie vive allá...



2.0

AURIA PLAZA

Nació en 1945. Aprendió a leer a los cuatro años y, desde entonces, los libros han sido su compañía. Su primer cuento publicado en Historias en Yo Mayor fue el motor de arranque. Desde entonces, escribir se ha convertido en su pasión.

LA PAREJA FANTASMA

Por Auria Plaza

Otro día en este inhóspito mundo. El gris canoso del poco pelaje del gato, que un día llegó medio muerto de hambre a quedarse, es el mismo color con el que amaneció el cielo. La mata de iraca, que era lo único vivo que había en este monte árido, fue arrancada por el vendaval de anoche cansada de luchar. En el horizonte desteñado se alcanza a ver el árbol seco, miserable que, desde que murió mi mujer, no volvió a dar fruto. Todo es yermo, solo el graznido del chamón interrumpe el silencio agobiante.

Antes, en este páramo sembraba cebolla larga, papa y zanahoria suficientes para el sostenimiento de la casa y hasta sobraban unos pesitos para ahorrar. Un día fui a tierra caliente de paseo y allí conocí a la mujer de mis sueños. Nos enamoramos y aceptó venirse a vivir conmigo. Con los días, la casa fue cambiando: cortinas de colores, colcha de crochet, manteles bordados, parterres de flores a la entrada, una huerta. Me admiraba verla tan hacendosa, cada día la amaba más. Cuando se acabó el torbellino de los cambios, ella empezó a languidecer. Extrañaba el calor de su tierra, bañarse cuando iba a lavar la ropa al río. Decía que era igual a la fridericia florida que con tanto ahínco quiso sembrar en el patio: por más esfuerzo que hiciera era una mujer trasplantada sin poder echar raíces.

Cada día se retraía más. En lugar de su vestimenta colorida, empezó a usar colores oscuros, con poncho a toda hora, sentada al frente de la chimenea. En asunto de amores no rechazaba, pero se volvió fría. Un sábado bajé al pueblo a llevar la cosecha de papa, me entretuve con los amigos y, entre una cerveza y otra, se me fue la tarde. Llegué ya de noche a la casa y encontré su cuerpo sin vida. Se marchitó como la fridericia, lejos de su amado Magdalena Medio.

Ese páramo fue el culpable de arrebatarme al amor de mi vida. Ya nada tenía sentido. Abandoné los cultivos, y la desolación lo cubrió con su manto de tristeza. Hoy sé que es el final, lo presagia el viento. Me siento en la mecedora a esperarla. Sé que vendrá a buscarme. Me enterraron a su lado y en las noches los lugareños nos ven paseando por el pueblo tomados de la mano. Somos la leyenda del amor eterno. No obstante, también los viejos les recuerdan a los jóvenes que no se debe buscar en otro lugar lo que tenemos en casa.



2.0

ALINA RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

Nació un 13 de noviembre del año 1956 en la ciudad de Santiago de Cali, Valle del Cauca. Heredó de su padre, un maestro de escuela, la pasión por la lectura. Hace algunos años se graduó de abogada. Actualmente disfruta de su pensión y está dedicada a hacer lo que le gusta, leer y escribir. Por las redes se enteró del taller virtual de Historias en Yo Mayor y fue muy grato para ella participar en él.

VIEJA DEUDA

Por Alina Rodríguez Jiménez

El silbido del viento se filtraba por las rendijas de la vieja cabaña. Era navidad, época del año tan acariciada en mi mente infantil. Se caracterizaba por copiosos aguaceros huracanados, que sin misericordia se desgajaban por los cerros colindantes, alborotando a su paso la tranquilidad de nuestra apartada vivienda.

Una noche, como de costumbre, después de la cena y la tertulia familiar, alumbrados por las velas de colores que papá compraba en el pueblo, nos disponíamos a retirarnos a dormir... Unos golpes en la puerta rompieron el silencio; papá y mamá se miraron, pude ver el signo de interrogación en sus ojos. No era normal que a esa hora de la noche llegaran visitas. ¿Quién se atrevería a deambular por el campo, bajo ese vendaval lleno de oscuridad y neblina?

Yo me acurruqué al lado de mi hermano que, envuelto en una inmensa cobija, parecía no importarle nada, solo quería dormir. Los golpes se repitieron con fuerza; papá agarró la vela que reposaba en una mesita al pie de su cama, se arropó con la gruesa ruana, su compañera inseparable, y se dirigió hacia la puerta. Escuché su voz un poco ronca:

—Pase usted, está emparamado.

Alcancé a divisar desde mi rincón al forastero, cubierto con un oscuro abrigo, un enorme sombrero del cual chorreaba agua a borbotones y unas botas embarradas; además, de su mano colgaba una enorme maleta que, por estar tan empapada, pesaba más de la cuenta, se notaba por el esfuerzo en el brazo del misterioso visitante.

Su espectral figura resaltaba en la sombra que proyectaba la mortecina luz. Se acomodó en el viejo taburete y, sin afanes, se despojó de su abrigo, colgándolo en el espaldar. El destello de un relámpago se coló por una claraboya del techo. Por un momento vi su sonrisa... ¡Cómo olvidar esa sonrisa!

Papá trajo una bebida caliente y se la ofreció, el hombre se la bebió de un sorbo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó mi padre.

El hombre le lanzó una profunda mirada.

— Vengo en busca de algo que me pertenece —murmuró.

Mi hermano se revolvió en la cama, encogiéndose como esos gusanos que solíamos cazar para ahogarlos en el estanque.

Observé un ligero temblor en las manos de papá. De la penumbra salió mamá, enfundada en un pesado pañolón, y, sin mediar saludo, se dirigió al oscuro individuo:

—Ya es tiempo de que se olvide de nosotros, su presencia no es grata en esta casa.

—He dicho que vengo a buscar algo que me pertenece; el pago de una vieja deuda —replicó el sujeto con un dejo maligno en su voz.

Afuera, la lluvia arreciaba, los rayos seguían alumbrando la negrura de esa interminable noche...

De repente, recordé aquel lejano día. Hace algunos años, la pasividad de nuestra rutinaria vida se había alterado. En una sombría tarde de invierno, bajo un presagio de tormenta, mi hermano y yo regresábamos apurados a casa, después de recoger unos cuantos trozos de leña. De pronto el cielo se partió en retazos zigzagueantes de luz y el estruendo de un pavoroso trueno retumbó en la comarca.

Al reponerme del susto, miré a mi alrededor; una escena espeluznante me paralizó. A unos metros de mí yacía mi hermano. Su cuerpo se estremecía en el piso, completamente chamuscado, como las ollas que colgaban encima de la hornilla de leña. No podía moverme, estaba sembrada en la tierra. Por fin, de mi garganta salió un alarido de angustia:

—¡¡¡Mamá... mamá... mamá...!!! —no supe cuántas veces grité.

Distinguí a mamá y papá, que corrían hacia nosotros. La lluvia caía inclemente. Papá recogió el cuerpo humeante; sentí el olor a carne asada, igual a la que mamá servía al desayuno los fines de semana. Nunca la había visto llorar, parecía que en sus ojos se hubiesen abierto las compuertas de un caudaloso río. El cuerpo permanecía exánime; todo esfuerzo por reanimarlo resultó vano.

Papá introdujo la maltrecha boca en la suya, y soplaba con fuerza, vaciando el aire de sus pulmones. Mamá gritaba el nombre de su desventurado hijo a la par que cubría de abrazos y besos su carbonizada humanidad... todo fue inútil. Lo envolvieron en una raída sábana, que alguna vez fue color rosa. Yo seguía en un rincón muy calladita, como si las palabras hubiesen decidido abandonarme.

Observaba aterrada, grabando esas horribles imágenes en mi mente de niña. A lo lejos se escuchaba el pesaroso canto de una lechuza. Papá se retiró del cuerpo, y vi cómo se hincó de rodillas, alzó sus manos al cielo, pero no fue una plegaria la que salió de su boca... eran unas frases raras, como si llamara a alguien. Solo entendí:

—Pídame lo que quiera a cambio, pero devuélvale la vida a mi hijo.

Como de la nada, se materializó una negra figura... mamá seguía aferrada al inerte cuerpo. Papá murmuró:

—Nunca pensé que volvería a necesitarlo, devuelva la vida a mi hijo. ¿Qué puedo darle a cambio?

El macabro personaje sonrió... sus ojos chispeantes se clavaron en el rincón donde yo estaba; de su boca salió un sonido:

—¡Quiero a la niña!

Mamá se estremeció y, en un grito que parecía un lamento, exclamó:

—¡No!, ¡a mi hija no, por favor!

Papá lo miró, y en su desespero, gimió:

—¿Por qué a ella?

—Eso es lo que quiero —musitó el maligno y se limitó a sonreír sin quitarme la mirada de encima—. Ustedes deciden.

—Está bien —balbuceó papá entre sollozos—. ¡Pero déjenosla unos años más... está muy chica!

El engendro abrió su boca, un humo espeso brotó de ella, se depositó en el cuerpo inanimado, envolviéndolo de pies a cabeza. Al rato se oyó un largo quejido... era mi hermano que, con los ojos muy abiertos, regresaba a la vida, incorporándose en su improvisado lecho de muerte. Mis padres se abalanzaron sobre él y se fundieron en un solo abrazo. El hombre sentenció:

—Volveré. No sé cuándo... será una noche como esta, tormentosa.

Su tenebrosa figura desapareció en medio de la oscuridad reinante. Ahora, después de tanto tiempo, regresaba. No había duda, venía por su pago.

Con horror vi cómo abría su inmensa maleta, con esa inolvidable sonrisa infernal se dirigió a mí. Yo cerré los ojos y me enrollé. El terror petrificó mi cuerpo. Un frío de muerte

me cubrió, y de mi garganta se desgarró un chillido suplicante:

—¡No... No... No...! ¡Por favor!

—Querida, querida, querida... despierta.

Al abrir los ojos, me encontré cara a cara con mi esposo que regresaba de viaje. Todavía el terror me dominaba... ¡Qué horrible pesadilla!

—No te esperaba aún.

—Contratiempos de última hora me obligaron a volver, no pude avisarte, el tiempo está terrible.

Mientras hablaba, lo miré de arriba abajo: El oscuro abrigo empapado, sus botas embarradas, su sombrero en una mano... del otro brazo colgaba una pesada maleta.



SEMANA 5

Termina la cuarta semana del Segundo Heptamerón y comienza la quinta en la cual las personas mayores, bajo el reinado del folclore, recuerdan las costumbres, recetas y vocablos de sus regiones. Zué Cobaría, a ritmo de copla, comparte la amorosa historia del nacimiento de la banda de Chiritana; Danilo, desde las estribaciones de la cordillera de los Andes, rememora los rituales religiosos que por poco extinguen la fauna del pueblo de El Edén; Carlos cuenta la historia de un incómodo par de botas; Ada Lucía, de la mano de su madre, conoce la receta de la Boronía; Jorge da un vistazo histórico a la agricultura del Tequendama; Zulia describe el paraíso verde de Tenjo; Marleny introduce a Yacú, el sorprendente hijo del silencio; y los hermanos Rojas Velasco celebran los 80 años de trayectoria musical que tuvo Pablo Emilio Rojas Blásquez, un brillante artista que incluso a la guerra partió llevando como única arma sus instrumentos: flauta y trompeta.



2.0

ZUÉ COBARÍA

—Su primera mirada al mundo fue en un pueblo de frailejones y fantasmas llamado Güicán de la Sierra. Han pasado más de setenta vueltas al sol —dijo Mapalina, la diosa del páramo. —Aprendió sus primeras letras en una pizarra; otras, en radio Sutatenza; otras, en la universidad a distancia, y las que hoy lo asisten, en el club de escritores El Altillo y en Historias en Yo Mayor, colectivos que encontró cuando buscaba qué hacer después de haberse pensionado como docente de Artes —comentaron sus allegados.

Dice que anda ajuntando saberes para cumplir con las recomendaciones de sus ancestros, de no dejar morir lo que para ellos fue su única biblioteca: las historias, decires, cantares y cuenterías de tradición popular.

LA BANDA DE CHIRITANA

Por Zué Cobaría

(...) —Así entretengo a pulgas, niguas y piojos —comentó un señor que dijo tener más de noventa abriles y llamarse Juan de Jesús Cachipay. Eso fue un día en que él estaba en la Esquina de la Leña tocando vigüela y echando cantas de horquetana, de repiquete y de pie quebra'ó.

—¿Me cuentan que tenía una banda de músicos con instrumentos hechos aquí, ¿cómo fue que la conformaron? —Le pregunté. En silencio se terció la vigüela y me hizo una seña que lo siguiera.

—Es una historia que no he contado, pero hoy sí la van a saber, porque de pronto un día de estos estiro la pata, pero mejor vayamos a mi rancho —dijo.

En su rancho, que era una casa de tapia pisada, tejas de barro y corredores anchos, me invitó a un tinto que sirvió de un termo. Luego, nos acomodamos en unas rústicas sillas a las que llamó: “las butacas sanadoras”.

—¿Sanadoras? —pregunté.

—Sí, sumercé, es que ‘tan hechas con maderas de panque, colora’o, cañutos de sorocos y varijones de guasgüín. Y los asientos son cueros de chivo viejo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que los palos y bejucos con los que ‘tan amarrados, son de lo más curativo del páramo, y como los chivos comen cuanta yerba se les atraviese, pues comen muchas que son medicinales, entonces su carne y sus cueros son de remedio pa’ las sanaciones.

—Lo mismo decía mi abuela cuando hacía mute con carne de chivo.

—Pa’ que vea que no le digo garlerías.

—Yo le creo, ¿ahora sí me cuenta la historia de su banda de música?

—Como mi oficio era apañador de leña, me fui a los montes de Chiritana a traer una poca. A ese sitio pocas veces había ido. Cuando pasaba por entre unos peñascos, me percaté de unos carajos de ruana terciada y pata al piso, que ‘taban arando en un barbecho rodeado de monte. Antes de que me vieran, entré a un matorral a poner cuidado porque se me hizo raro que, en cambio de bueyes, el yugo y el arado lo llevaban dos cabros barbudos y cachudos.

»Escondido en el bosque me quedé quieto poniéndoles cuidado. Lo que el sembrador echaba sobre el barbecho no era trigo ni alverjas; me pareció que era un revoltijo de mortiños, camareras, hormigas y alacranes, que sacaba d'entre una chácara amarrada a la pretina.

»Iban dos gañanes, y se turnaban con el arado y la garrocha. Al comienzo me parecieron jóvenes y después no tanto. Sus orejas eran coloradas y su nariz un poco puntuda. Uno tenía las barbas parecidas a las de los chivos. El sembrador iba adelante guiando a la yunta y también haciendo música con un tambor de cuero y calabazo. De pronto, resultaron otros parecidos a los gañanes, pero con caras de distintas edades. Se pusieron a saltar de mato en mato por el bosque que rodeaba el barbecho. Al rato, en una lomita se juntaron, en totumas tomaron algo, tal vez guarapo. Dos tenían cara y cuerpo de mujer, la más joven, por donde uno le echara el ojo, se veía lo más de rechusca, claro que la otra también era rebonita, pero parecía que la doblaba en vueltas al sol. Las dos cogieron las barbas de los chivos y les tejieron trenzas. Después les brillaron los cuernos como con una trementina, tal vez de frailejón. Los chivos se sentaron, y todos a su alrededor empezaron a reír y a tocar flautas, vigüelas, guacharacas y unas carracas de burro. Menos mal que en el chiribital en el que estaba encontré camareras y palchas de monte. Procurando que no me vieran cogí unas y las tramé con aguamiel y mestiza, ese fue mi puntal. La aguamiel 'taba un poco juerte. Con ese puntal y esa música, el sueño me cogió por su cuenta.

»De radas, cuando desperté, no había comenzado a teñirse de noche. Limpié mis vistas, quería seguir mirando lo que había visto, pero el barbecho 'taba íngrimo, y el bosque en silencio, solo escuché un murmullo de grillos y ranas. Pianito pianito me fui resbalando hasta la planada donde había dejado el burro. Atisbé pa' la'o y la'o y lo único que vi de raro fue pasar una golondrina collareja. Alguien me había dicho, o tal vez lo soñé, que esas golondrinas avisan cuando hay fantasmas. Estaba aperando el burro, cuando este movió sus orejas como si hubiera visto al propio Chiras. Ahí sí fue que me cogió un susto bien perro. Le dije al burro: "Por aquí que es más derecho", y sin mirar pa'trás, y como venado en incendio nos bajamos pal pueblo; claro, sin un palo 'e leña. De encimera, misia Etelvina, mi consorte, no me creyó la historia y sí me echó un sermón más largo que el de las siete palabras. Antón me amarrané y me jui a dormir al zarzo; y resulta que, antes de aclarar el día, adivine qué encontré encima de la cuja o cama donde pasé la noche.

—A su mujer, supongo.

—No, sumercé, ella se contentó hasta cuando le di una serenata.

—No se me ocurre qué.

—Pues cómo le parece que sobre el chilajo ‘e ruana con el que me había arropado, encontré una zambumbia de calabazo, una vigüela de cusca de armadillo, una guacharaca de totumo, una flauta de carrizo, un quiribillo de cañabrava, unas maracas de tecuas, una ocarina de greda y unas carracas de burro. ¡Ah!, y en una hoja de gaque este letrero: “Pa la banda de Chiritana”. ¡Eso le cuento!, y no me acuerdo si son garlerías o fue verdá’...

En ese momento salió de la cocina una señora de cabello cenizo. Se quedó mirándonos; se acomodó su pañolón, su sombrero de jipa y preguntó:

—¿Qué es lo que garlan?

—Me está contando sobre la banda de Chiritana —le dije.

—¡Ah!, mi Santa Cruz y sus historias —dijo la señora.

—La de Chiritana fue una de las que no me creyó.

—Qué le iba a creer si llegó todo arañado, yo sospecho que se puso de indino con alguna duenda y lo echaron a botes loma abajo.

—Qué me iba a poner en esas.

—¡Ja! Tanainas no lo conociera. Mejor échese unas cantas.

—Si no me jarta la perra, echo unas, que tantico sé.

—Eso sí, a todo le acoteja una o varias.

—Con las que le acotejé a su persona jue que comenzó a mirarme con buenos ojos, ¡acuérdesse!

—Me acuerdo, eso jue bailando torbellino versiao ‘onde mano Pavinondas.

—Amenito, sí señora, yo comencé cantándole:

“Dende que la vi venir
al momento se me puso
que áhi venía el tortero viejo
que se le perdió a mi juso”

—Y yo le respondí —dijo ella y cantó:

“Dende que lo vi venir
se me puso al momentico
que áhi venía el juso viejo
que se le perdió a mi tortero”

—¡Ah, carajis!, me salió coja —dijo la señora y soltó la risa—. Eche otrica pa’ contestale,
que hoy me cogió de buen genio.

—Áhi va, sumercesita linda: ¿Se arrecuerda de’stas?

“Dende lejos he venido
saltando abrojos y piedras
solo por venir a verla
cascorva de juntas piernas”

“Yo también vengo de lejos
saltando piedras y abrojos
solo por venir a verlo
pichoso de juntos ojos”

“Yo vengo de Cusirí
y voy para Cardenillo
si lo torea sumercé
se despierta el condenillo”
“Y yo vendo de Cardenillo
y voy para Cusirí
yo amanso ese condenillo
con esto que tengo aquí”

“Buenas noches, mi señora
me alegro de que esté alentada
en busca de sus amores
vengo a que me dé posada”
“Posada se le dará y
brazos en qué dormir
pero, de aquellito no
porque se empica a venir” ...

Se rieron e hicieron una pausa.

—Otrica, por favor —les dije.

—Hágale, mijo, pero que sea la última —dijo doña Etelevina.

—Esta jue una de las últimas que le eché bailando el torbellino versiao:

“Señora, mi señorita
ya me voy, qué roghadera,
se me acabó la paciencia
de esperar en esta estera” ...

“No se vaya ‘ñor mocito
no se vaya hágase el malo
le aseguro mi palabra
que no se va sin probalo” ...

Doña Etelevina, con sonrisa picarona nos dijo:

—Ora sí paremos acá, o si no, aquí nos amanece, yo me lo conozco. Qué pena con su persona, es que tenemos unos quehaceres en remojo. Pero un día de’stos que nos dé la ventolera, ajuntamos la banda y lo invitamos, eso decires y cantares hay un jurgo, y como

decía mi taita, que también era coplero: “y si acaso se me olvidan, compongo si es menester”.

—Muchísimas gracias, de verdad, la última y no molesto más —les dije.

—Mijo, una más y nos despedimos.

—Sus deseos son órdenes, va la encimera.

—Una bien coja y otra bien de repiquete y despídase que nos coge la noche.

“Allá arriba en aquel alto
vienen dos almas perdidas
si no sabían el camino
pa’ qué se venían por áhi” ...

Y..., “Decíle a la vida mía
que la espero en el zanjón
y que no traiga calzones
que es pa’ dale una razón” ...

En medio de risas nos despedimos.

Glosario

Árnica: planta de páramo de flores color violeta.

Amenito: así, tal cual, de acuerdo.

Camarera: uva silvestre.

Cantas: coplas.

Cañuto: canuto, madero delgado y hueco.

Chilajo: prenda de ropa bastante usada.

Chocatos: alpargatas.

Colorao: árbol de paramo parecido al sietecueros.

Cusirí y Cardenillo: son dos boquerones que hay en la Sierra Zizuma, al norte de Boyacá. Uno para trasmontar hacia Arauca y otro hacia Casanare.

De horquetana: coplas picantes.

De pie quebrado: coplas cojas, que no riman.

De radas: menos mal, afortunadamente.

De repiquete: coplas por parejas, uno canta y el otro o la otra contesta.

Enredoso: incómodo.

Gañán: trabajador del campo, generalmente se les dice a los que aran.

Gaque: árbol parecido al caucho sabanero.

Garlería: mentira

Garrocha: vara para orientar los animales, especialmente a los que llevan el yugo y el arado.

Gorreto: sombrero.

Guasgüín: planta medicinal del páramo.

Juso: huso.

Me jarta la perra: me regaña.

Menester: necesario.

Mortiño: fruta silvestre parecida al agraz.

Palcha: curuba silvestre

Panque: arbusto de páramo.

Pianito pianito: despacio.

Santa Cruz: esposa o esposo.

Soroco: tronco de frailejón.

Surrucú: búho.

Tanainas: qué tal si...

Tantico: puede utilizarse como poquito, o como mucho.

Tino: puntería.

Tortero: es el complemento del huso de hilar. Es plano y circular; tiene un hueco en el centro por donde se empalma el huso.

Un jurgo: bastante cantidad.

Varijón: vara delgada.

Ventolera: hacer algo fuera de lo común, sin planearlo mucho.

Zaravico: saraviado, de plumas grises con manchas oscuras.

Zarzo: especie de atillo.



2.0

DANILO ANÍBAL VALBUENA USSA “EL TAITA”

Nació a finales de 1956 en Güicán de la Sierra, un pueblo del norte de Boyacá, donde vivió parte de su infancia, luego inició una breve itinerancia por diferentes lugares que le permitieron conocer la vida parroquial y campesina en la que ha sustentado la esencia y naturaleza de su vida. Más de 25 años de trabajo con comunidades étnicas le permitieron conocer gran parte del territorio nacional y la gran diversidad cultural de nuestro país y también los grandes problemas sociales existentes. Ahora, desde su condición de jubilado y gracias a la invitación que le hiciera un familiar, conoció la fascinante experiencia de Historias en Yo Mayor y, desde ahí, ha querido compartir sus experiencias y vivencias a través de cuentos y relatos.

CRÍMENES SAGRADOS

Por Danilo Aníbal Valbuena Ussa “El Taita”

Pienso que en la mayoría de las religiones existe la creencia de retribuir de alguna manera al dios, al creador, al ser superior por los beneficios recibidos y se hace mediante ofrendas que, en ocasiones, implican hasta disponer de la propia vida del creyente o de la de sus seres queridos.

En un remoto pueblito colgado en las estribaciones de la cordillera de los Andes llamado El Edén, de tradición cristiana muy próxima al fanatismo, hace ya bastante tiempo existía una práctica religiosa, heredada de los españoles, pero que al parecer tuvo su origen en Bélgica. Esta tenía por objeto expresar su agradecimiento al señor “nuestro Amo” por la vida, por los bienes, por las alegrías y los sufrimientos que les prodigaba a sus habitantes. Pues bien, el segundo jueves del mes de junio, los moradores de aquel pueblo celebraban el Corpus Christi para conmemorar el sacrificio de Jesucristo al convertir su cuerpo en pan y su sangre en vino la víspera de su crucifixión.

Creo que por una distorsión de esta celebración y con una evidente influencia de los pastores de la iglesia, conocidos como “sus reverencias los curas párrocos”, se llevó a los habitantes de El Edén a realizar jornadas de alabanza y gratitud hacia El Creador, que consistían en que los días previos al jueves de Corpus se organizaba por los vecinos del pueblo campañas de caza de animales silvestres y recolección de frutos para ofrendarle a Dios. Los hombres de todas las edades se armaban de escopetas, pistolas, flechas, caucheras y trampas para atrapar vivos o muertos a cuantos animalitos se atravesaban en sus caminos. Las familias recogían flores y frutos silvestres, que por aquella época abundaban en los campos, y seleccionaban los mejores productos de la labranza.

Llegado el día de la celebración, alrededor de la plaza principal se armaban arcos de madera adornados con bejucos, ramas y flores, y de ellos colgaban los animalitos vivos y muertos y los frutos silvestres y cultivados. Allí se exponía la impresionante diversidad de flora y fauna, pues se apreciaban especies que ahora es raro encontrar: aves conocidas en la región con los nombres de gavilanes, cernícalos, pavas, garzas, pajuiles, patos guiririés, búhos, surrucúes, copetones, mirlas, cúchicas, ciotes, arrendajos, toches, turpiales, caripios,

miracielos, rayaguas, bobitos, cucaracheros, ruiseñores, ruinas, loros, pericos, guacamayas, palomas, torcazas, abuelitas, gorrionas, colibríes, tominejas, quinchas y qinchones; y animalitos de cuatro patas como guatinajos, armadillos, morrocoyes, cervatillos, oseznos, perezosos, micos, faras, guaches, conejos, zorros, tigrillos, entre otros. Pero lo más impresionante era ver colgado, en la parte alta del marco de la puerta principal del templo, llamado ese día por los feligreses La Ermita, un gran venado de múltiples cuernos o un imponente cóndor de los Andes.

Hacia las diez de la mañana y una vez concluida la misa mayor, el cura, con su más vistoso atuendo, con camándula e incensario en mano y cubierto por un palio, junto a su séquito de acólitos, monjas, priostos, beatas y la banda de músicos municipal, encabezaba la procesión que le daba la vuelta a la plaza pasando bajo los arcos y terminaba en el atrio de la iglesia con largas oraciones en latín, que muy seguramente pocos entendían, y con el consabido sermón de reproches y amenazas proferidas por su reverencia el cura.

Al final de la tarde se procedía a desmontar los arcos. Los mejores ejemplares de animales y productos agrícolas eran celosamente conducidos a la casa cural a manera de “pagamento”, como llaman los Mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta a las ofrendas que hacen a la madre tierra, que en este caso eran para el párroco. Algunos vecinos recuperaban un poco del botín, pero la mayor parte de los despojos de los animalitos eran desechados y arrojados en la plaza y las calles aledañas, lo cual generaba olores nauseabundos durante los días siguientes.

Con el pasar del tiempo esta celebración se ha mantenido en El Edén, pero afortunadamente ya no se cometen esos “crímenes sagrados” que constituyeron un verdadero exterminio de inofensivas e indefensas criaturas de la divinidad.



2.0

CARLOS ROA

Si nacer hubiese sido su voluntad, allá por diciembre de 1952, no lo habría hecho en Bogotá, ni en el interior del país, hubiese escogido un parto fluvial en el caudaloso río Orteguaza en el Caquetá, lejos de la violencia fratricida de esos años. Muy seguramente no habría estudiado derecho, sería, por lo menos, complacido canoero o pescador, un vaquero amansador buscando la mejor lazada, o quizás barruntaría alegrías y atajaría desdichas en las hondas alucinantes del yagé. Su voz desde la montaña, bajo el llamado de un maguaré, entonaría un himno de paz con los hombres originarios, los monos y las guacamayas. De no ser esto posible, escucharía contar en los corredores de una casona vieja, a la luz de las luciérnagas, las hazañas de los abuelos descuajando monte, cazando un jaguar o atisbando una constrictor, o viviría tan solo para contar sus propios cuentos.

MIS PRIMERAS BOTAS

Por Carlos Roa

Oficio desagradecido ese de ser muchacho de los mandados en la finca, sin paga alguna. Lo hago porque tengo ganas de aprender, porque quiero ayudar, como una iniciación. De todo hago un poco, ganarme la comida como contraprestación, sin salario alguno, pero los grandes consideran que no sirvo para nada.

En el establo mi labor inicia en la madrugada, soñoliento bostezando, después de una noche de rascarme el sabañón con el borde de cada pie por entre los dedos. Me echo al hombro las pesadas cantinas que lavé el día anterior para llevarlas al corral del ordeño, sin olvidar el balde. La emprendo con los terneros que aparté de las vacas ayer para que no se mamen la leche. Dejo que vayan saliendo uno por uno en la medida en que los van pidiendo los ordeñadores. Que suelte el rebelde hijo de la Cachigacha, grandote y casi desteto, su mamá da una abundante y buena leche, casi amarilla de la mantequilla que tiene. Arrimo el jarro con trozos de panela que se derrite en jugo de limón y don Milciades desvía el chorro espumoso y caliente que sale a presión desde el pezón. Bebo el borugo relamiéndome los bigotes con gusto, a sabiendas de que más tarde, en cualquier rincón de un potrero o del monte, lo arrojaré aliviándome la presión inflada del estómago.

Que suelte el hijo de la Careta pide don Milciades, el único que puede ordeñar esa vaca tan mañosa como su hijo ya grande. Con él no puedo descuidarme, porque es capaz de aporrearne, ya me conoce el miedo y resopla cuando me le acerco para ponerle el cabezal. Debo impedirle que se mame más de la cuenta, y ahí es donde empieza la dificultad. Lo dejo que arrime a la teta, pero intentando retirarlo para que chupe cada uno de los pezones hasta que la vaca brincona, con su ubre a reventar, baje la leche, ¡vaya trabajo difícil retirar un ternero bastante crecido de la teta que más mana leche! No responde al cabezal y las fuerzas no me dan, entonces toca enseñarle quién es el que manda, metiendo la mano, el brazo apretado contra la ubre templada y la cabezota del becerro hasta alcanzarle la trompa. Yo a que suelte y él a que no, y en ese forcejeo se harta unas mamadas tan grandes que desocupa la teta principal, sin que mi mano pequeña consiga que chupe de las otras tetas para que baje la leche. Luego, la reprimenda es para uno por haberlo dejado mamar. Allí el

patrón es el simple ordeñador que, sin tener en cuenta que se es el familiar del dueño de la finca o del mayordomo, con un grito, lo obliga a espabilar; luego, a punta de cuadril, retirar el ternero hasta arrimarlo al brazo de la vaca, a donde se apega para que ella, teniéndolo cerca, lo calme a lambetazos, mientras él le pega cabezadas haciéndola fruncir. El ordeñador vuelve a gritar que calme ese ternero que hace saltar la vaca pateando el balde de la leche; para ese momento, uno ya está largando al otro becerro, pequeñito recién parido, pero ya descalostrada la vaca pintada. Con el ombligo agusanado, ese es el que uno maneja entre iguales, de becerro a muchacho pequeño y uno es el que manda, el que domina, con el que se da ínfulas de grande, pero esquivando la vaca que, por recién parida, es agresiva y protectora. Mientras arrimo el ternerito llevándolo a mamar, voy pensando en el lugar en donde quedó ayer el tarro plástico y el hisopo con azul de metileno para curarle el ombligo, antes de que un grito me lo haga recordar.

Ha terminado el ordeño después de treinta y cinco vacas, está aclarando y los gallos no han dejado de cantar. Mis pies descalzos carcomidos por la culebrilla y el sabañón se hunden en la boñiga y el barro amasado con meados por las patas de las vacas. Se abre la talanquera para que las recién ordeñadas se vayan al potrero con sus crías a pastar.

Hay que traer el viejo caballo Rucio, sin mucha dificultad, porque la costumbre de llevar las cantinas al pueblo ya lo han hecho arrimar. Esto lo hace más por los plátanos maduros, que con sus encías desdentadas remajea dándoles vueltas hasta poderlos tragar, que por el gusto rutinario de marchar al pueblo.

La placentera rasquiña de los entre dedos de los pies me obliga a descargar el chorro a presión de la manguera, lavándolos y constatando que con picor lucen sangrantes e hinchados.

A veces el tiempo no me da para cambiarme las vestiduras atiborradas de barro y estiércol y, así, tengo que partir para el pueblo a vender a cántaros de litro la leche. Sin desayuno, pero desde la cocina han hecho llegar, junto con una lista de encargos, una rellena blanca de choclo con pedacitos de tocino, embutida en una tripa seca de cerdo. Manjar que me fascina y aliviana el hambre hasta el regreso.

El Rucio espera con paciencia una vez cargado con las cantinas, cambiando de pierna para equilibrar el peso. Espera a que me ponga los tenis rotos y suba hasta su anca preniéndome de la cola y apoyándome a manera de escalón en su huesuda corva.

Partimos, soñolientos los dos, arrullados por el vaivén del paso que sacude la sonora leche, en el reducido espacio interior de la cantina, y por el tilín del cántaro que golpetea amarrado a la tapa. Todo lo hace el viejo, conoce, a fuerza de andarlo, el camino que lleva al pueblo; con un empujón de su cabeza va abriendo las puertas de golpe aligerando el paso al cruzarlas; a veces, mordisqueando una brizna desvía el camino, debo estar atento para obligarlo a regresar. Socarrón lo hace como si desafiara mi concentración en la ruta; pasamos la quebrada hundiendo sus trancos en el agua hasta alcanzar mis pies, y los subo sobre la enjalma. No es época de lluvia y la quebrada deja pasar, porque cuando hay mucho invierno se crece hasta impedir con violencia que alguien la cruce, la leche se lleva entonces en canoa, río arriba hasta el puerto de Milán.

Ya en el pueblo, el Rucio se acerca a un andén alto para facilitarme manipular y bajar las pesadas cantinas. Siempre, alguna de las personas que me esperan ayuda a desmontar, creo que lo único que no hace el Rucio es despachar la leche en contados litros y pedir el dinero de su venta.

Volvemos a casa con la misma rutina perezosa, las cantinas vacías, el joto de los encargos y las monedas cascabeleando en el zurrón. Aunque hay que ayudarlo a Rucio a abrir las puertas ahora en contravía, lo hago con dificultad desde la enjalma.

El hambre me hace pensar en el desayuno, en el caldo de papa salpicado de cilantro arrancado del mesón elevado, a manera de pasera, con tierra negra abonada por la cocinera. Dentro del caldo hay un hueso carnudo que exhala un olor a conserva en salmuera, la arepa partida dentro, como he visto hacerlo a don Milciades, un pedazo de carne cecina seca y una porción generosa de yuca deliciosamente tierna; va con arroz y una tajada de plátano maduro, aguacafé humeante con cuajada o queso, frescas roscas de maíz y bizcochos crocantes de achira que ayudo a disolver en el aguacafé.

El trabajo sigue. Llevo al Rucio y las cantinas a la quebrada a la que llamamos La Panela por lo oscura, para bañar a uno y lavar las otras con jabón rey. Aprovecho para pegarme unas zambullidas enjabonándome con jabón de la tierra, que no sé de qué lo fabrica don Milciades, y me deja el pelo erizado y duro como fique y un olor a tierra que me dura todo el día. Lo escondo bajo una piedra en la orilla, envuelto en un pedazo de calceta de plátano para que no se lo lleve la quebrada.

Además, ya me han hecho saber que bajo el pisado del fogón la leña no alcanza para cocinar el almuerzo. Cojo el hacha y me aplico en una troza seca de bilibil que luce picada por todos lados, porque no he podido rajarla. El duro nudo del tronco me hace brotar la ampolla que, al romperse, arde, en pocos días será áspero callo. Ahora, mi patrona es la cocinera o Araceli, la empleada del servicio.

Llamando las gallinas con el grito de tucu tucu vienen corriendo desde diferentes lugares a comer el maíz que a puñadas regamos en el patio y que, en ratos de descanso, desgrano de la mazorca seca. Comen de grano en grano. El pisco imponente se alborota con sus gritos respondiendo al llamado hasta llenarse el buche, sus pavitas humildes comen calladas a su lado, entre la manada de aves que comen desprevenidas. Me ordena doña Lucha, la esposa de mi tío responsable de la cocina, coger la gallina saraviada que atrae arrojándole granitos de maíz; me lanzo sobre ella, pero no logro cogerla, corre pesada. Según dice, no ha vuelto a poner, tiene sus años. “Gallina vieja da buen caldo”, sentencia con una risa mirando a la señora Araceli que ayuda en la cocina y que ya tiene sus años gastados acompañando desde niña a la familia. Corro detrás de la saratana que alborotando huye hacia los potreros, los perros la persiguen conmigo hasta que la alcanzan. Hoy el almuerzo será sancocho de gallina saratana, con arroz cocinado con las vísceras soasadas dentro.

Los cerdos gritan desesperados recordándome que no han desayunado. Antes vierto aguamiel en media caneca rajada a lo largo por la mitad, para que el Rucio, que no se ha marchado al mangón de pasto tierno esperándola, la beba haciendo sonar con golpes secos su garganta con cada sorbo que traga. Pico un poco de caña de azúcar al viejo y algunas otras bestias se acercan a comer, traigo un racimo de plátano maduro, a punto de perderse, que cuelga chorreando miel en un gancho en el cuarto de los aperos y lo pico con la caña. Los animales comen a gusto y yo me solazo viendo y oyéndolos comer.

Recojo los desperdicios y lavazas de la cocina. En costal ralo empaco unas cuantas yucas grandes y frescas, terciándolo me dirijo a la marranera, mientras pienso que me espera la limpieza del establo. En la canoa grande que hace de comedero, vuelco el balde con la aguamaza por encima de las trompas hambrientas y pico la yuca con un pedazo de machetilla gastada. La piara se atropella gritando y gruñendo, se pelean a dentelladas por los trozos de yuca, desconociendo que hay suficiente para todos. Sorben apresurados los desperdicios

espesos, metiendo las patas en la canoa, como si fuese el último bocado de sus vidas.

Desde la cocina repiten gritando que no hay leña para hacer el almuerzo. Con el machete al cinto y una chipa de guasca en el bolsillo, me dirijo a buscarla pasando potreros hasta llegar, kilómetros después, al abierto de la quema de monte. Los árboles tiznados yacen muertos unos sobre otros, como en una bárbara masacre. Escojo un grueso capirón que me gusta, porque es recto y arde aun estando viche, no entiendo por qué no se incineró totalmente en la quema, quizá lo salvó la lluvia del cambio de luna. Lo corto aproximadamente en unos cuatro metros por los extremos, despojándolo de sus raíces y ramas; con estas últimas hago un tercio cortándolas largas, a la misma medida y grosor. Las amarro con la guasca y, con dificultad, pongo el atado en el camino a la orilla de la quema, regreso por la troza, hago pulso buscándole el centro para que no cabecee y, con tropiezos, la encaramo al hombro izquierdo. Trastabillo un poco por su peso y, dando zancadas por entre los otros troncos doblegados, salgo a lo limpio y con un ligero vaivén de pasito saltarín me dirijo, tan tiznado como el mismo tronco, al rancho. De camino pienso por qué razón siendo diestro cargo en el hombro siniestro. Ya en casa, corto en trozas pequeñas el largo tronco con el hacha y me dispongo a rajarlas, luego abrazadas las astillas, hasta donde dan mis brazos, las entro a la cocina y las pongo bajo el pisado encarrándolas hasta el tope. Araceli reconoce la buena leña y, así, lo manifiesta estirándome un vaso de limonada de panela que bebo agradecido haciendo sonar mi garganta como el mismo Rucio.

Ya son pasadas las diez de la mañana. Los hombres en el corral se disponen a castrar a los terneros. Araceli me pasa un caldero recordándome que con los testículos habrá mañana caldo de criadillas y sopa para los perros. Me dirijo al corral, los trabajadores se divierten con el ternero más grande que resultó bravo y embestidor, lo torear con los ponchos y el sombrero, a risotadas se divierten con él antes de arrancarle los huevos.

Rajan el cuero de la bolsa del escroto que alberga los testículos con una cortante navaja corva, sacan las gónadas y proceden a desprenderlas de los conductos seminales arrojándolas al caldero que yo aproximo. El becerro grita de dolor llamando a su madre, y las vacas han llegado en manada a la orilla del corral a ver lo que pasa con sus hijos; bufan y golpean impotentes el suelo con sus patas. Salen quince pares, habrá suficiente comida de criadilla hasta para tirarle a los perros.

Araceli, con su voz cancina, llama a gritos desde la casa al corral para que vengan a almorzar. Yo, sintiéndome grande, con mi calderado de huevas blanquecinas y venosas, camino entre los hombres en busca del almuerzo.

Después del almuerzo los hombres ensillan las bestias, hay que traer todo el ganado para vacunarlos contra la aftosa, lavarlos y untarlos con neguvón con aceite quemado en cada una de las protuberancias de los nuches. Yo me acerco remolón presintiendo que no me van a llevar, porque no han traído una bestia para mí. Don Milciades, el encargado de la finca, me manda a que traiga del mangón a la Estrella, la yegua que hace un par de meses parió un lindo potrillo. Suspendo la labor de limpieza del establo, tomo un cabezal que cuelga de un gancho en el corral y corro como una exhalación hasta la casa por un plátano maduro para traerla engañada. La ensilla para mí, me siento grande, reconocido, aceptado entre los mayores a mis diez años, no alcanzo a los estribos pero me doy mañas para meter mis pies descalzos por entre las correas de las que cuelgan los estribos para apoyarme.

En la tarde se va lavando con una bomba cacorro a cada uno de los animales. Nos tiramos en el corredor al anochecer, luego de la cena; a los hijos de mi tío dueño de la finca no los dejan estar allí por las groserías y comentarios obscenos, a mí no me dicen nada. Me siento grande y, sin decirlo, se me reconoce trabajador como los demás, ya me creo grande.

Es sábado en la mañana y mi tío se dispone a pagarle a cada uno de los trabajadores los jornales trabajados en la semana. Yo solamente miro desde una esquina del patio cómo pasan los pequeños billetes, incluyendo los que traje después de la venta de la leche en el pueblo, de una mano a otra. Para mí no hay paga alguna, sigo siendo el ignorado muchacho de los oficios.

Cuando ha terminado de pagar, mi tío me llama; de un morral que tiene a su lado, y del que ya me había percatado preguntándome para qué lo tenía ahí, saca un par de botas nuevas, pequeñas, pantaneras de caucho. Me las alcanza diciendo que son para mí. Me retiro jubiloso y apresurado los tenis rotos que no uso en el trabajo, y como si fueran de fantasía me las calzo hundiendo el pie en su fondo fresco. Van ligeramente pequeñas, mis dedos se estrechan en la punta. No me importa, no digo nada. Doy agradecido mi conformidad por temor a que me las quiten para cambiarlas y se arrepientan de dármelas.



2.0

ADA LUCÍA OTERO ELÍAS

Era un hada que lucía encima de un cocotero y vino el Señor Elías en su carroza de fuego y se la llevó volando al espacio sideral... Ada Lucía Otero Elías, así escribió cuando tenía diez añitos en un cuaderno, en el Colegio de la Presentación de Medellín, donde nació un 28 de enero de 1953. De padres barranquilleros; su madre, de ancestros sirio-libaneses, y su padre, de origen sabanalarguero. Estudió Delineante de arquitectura y diseño de interiores en Barranquilla, trabajó en ese oficio por 20 años hasta que se dio cuenta de sus dotes para conversar y convencer, entonces se dedicó a vender ventanas y lo que se vislumbraba a través de sus cristales. Finalmente se dedicó a la lucha por los derechos laborales en Barcelona, España, el trabajo de su vida. Hace poco regresó a Colombia para volver a emprender vuelo y encontrarse consigo en el aire, como dice Escalona.

BORONÍA

Por Ada Lucía Otero

Serían las 11:30 de la mañana. Desde la cocina, el olor a ajos y cebollas entraba en mi habitación cuya puerta daba al pasillo, precisamente a todo el frente de la cocina de la casa de la calle 79. Brita, mi perra Coke Poodle, ladraba a su hija, Susy; esta era pequeña y robustita mezclada con shit tzu, de ojos verdes y lagañosos, pelambre gris y blanco. Brita, en cambio, era de pelo blanco marfil, ojos negros y vivaces, atenta, inteligente y traicionera. Sí, traicionera, su carácter era impredecible. Una vez me mordió la nariz, porque la regañé, todavía tengo una pequeña e imperceptible cicatriz que me hace recordarle. Ese día mamá estaba cocinando y cantaba una canción que decía algo así: “las niñas en la actualidad se visten con rara elegancia, buscando la excentricidad que ocupan los barcos de Francia, ya no hay en las niñas de hoy la luz de las niñas de antaño”... La la la, fru, fru, fru, fru...

Mi madre tenía una armoniosa y bella voz... Cocinaba delicioso y sin complicaciones. No era ninguna chef, pero los arroces más ricos que me he comido en mi vida los hacía mi madre. Le quedaban tan ricos que un simple arroz blanco, le decían en Medellín, pegaba con arepa. Mi madre había nacido en Barranquilla, pero en su juventud había transitado por Ciénaga Magdalena y por Santa Marta. Mi abuelo, su padre, era de ascendencia sirio-libanesa y mi abuela, su madre, de ascendientes españoles, mezcla particular de razas. Yo digo que soy descendiente del profeta Elías, pues ese es el apellido que he heredado de mi madre. Hasta le hice un verso a mi nombre cuando tenía diez años, decía:

“Era un Hada que lucía encima de un cocotero y vino el Sr. Elías en su carroza de fuego y se la llevó volando al espacio sideral: Ada Lucía Otero Elías”. Espero que así sea...

Pues bueno, me fui por las nubes, porque lo que quería contar es una receta deliciosa que estaba haciendo mi mamá ese día que cantaba y Brita ladraba y yo percibía el olor de los ajos y la cebolla en mi cuarto.

Salí por la otra puerta y me fui a ver por qué olía tan rico y, entonces, mamá me explicó la receta que describiré a continuación. ¡Es muy sencilla y exquisita para mí, claro!

Está hecha de plátano maduro, berenjenas, cebolla cabezona roja, ajos, sal y pimienta. En una olla con agua y sal se ponen a hervir un plátano maduro con piel y 2 berenjenas

cortadas longitudinalmente en 4 trozos. Se dejan ablandar hasta que la berenjena esté a punto de puré. Se sacan y se dejan reposar hasta que se enfríen para quitarles la piel.

Aparte en una sartén vertemos un chorrito de aceite de oliva virgen extra y, cuando esté caliente, se vierten la cebolla cortada finamente en cuadritos, con el ajo también muy bien picado. Con las berenjenas y el plátano se hace un puré que deben quedar bien mezclados los 2 ingredientes. Una vez el ajo y la cebolla estén dorados, la cebolla caramelizada, se vierte el puré y se mezcla con el puré de berenjenas y plátano. Se le echa sal y pimienta al gusto y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

¡¡¡Ah!!! El plato se llama Boronía y es de ancestro árabe andaluz y se cocina aquí en la costa caribe colombiana.



2.0

JORGE EDUARDO BARÓN RAMÍREZ

El 25 de diciembre de 1948, el hogar formado por Graciela Ramírez y José Vicente Barón fue alegrado por la llegada del primogénito, a quien durante los primeros tiempos se le llamó Pascualito. Se declara mesuno julianista; es decir, nació en La Mesa (Cundinamarca) y es bachiller del glorioso colegio departamental (hoy nacionalizado) Francisco Julián Olaya. En 1967 fue admitido en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, donde se graduó como Ingeniero Agrónomo y, después de laborar en programas oficiales de extensión agrícola al sector de pequeños productores, volvió a la Facultad para desempeñarse como docente-investigador; los jóvenes que desde 1978 hasta 2005 pasaron por esta unidad educativa tuvieron que ver con el Profe Barón, como lo llamaban. Actualmente es un abuelo feliz, dedicado a su tierra natal.

UN VISTAZO A LA AGRICULTURA DEL TEQUENDAMA

Por Jorge E. Barón Ramírez

La región del Tequendama, ubicada hacia el suroccidente de Bogotá, toma su nombre de la hermosa catarata que se forma sobre el Río Bogotá: el Salto del Tequendama. Se extiende desde las estribaciones de la Sabana de Bogotá hasta el valle del Río Magdalena, y está enmarcada por los ramales de la cordillera oriental, Subia y Quipile. La naturaleza dotó a esta región de una gran variedad de climas, desde el cálido que se disfruta en sectores de Anapoima y Apulo, hasta el frío moderado de las partes altas de Cachipay, Anolaima, San Antonio del Tequendama y El Colegio. El Tequendama es una zona de encuentro de ecosistemas diversos, que permite una gran diversidad biológica y condiciona los sistemas de vegetación y de agricultura que se han implementado a lo largo del tiempo. A propósito del estudio de la biodiversidad, se debe tener en cuenta que, en 1783, el padre Rojas, párroco de La Mesa, recibió e instaló el equipo de La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, para iniciar uno de los eventos de mayor trascendencia para el conocimiento de la flora, de la fauna y, en general, de nuestra nación. Se puede plantear que aquí se inició el estudio de nuestra historia natural y de la investigación científica en Colombia.

A la llegada de los españoles, los panques practicaban una agricultura de extracción de productos que la gran selva les prodigaba. La vegetación natural estaba organizada en sistemas de estratos, donde el más alto era integrado por grandes árboles, pasando por arbustos en el sector medio, hasta los bajos conformados por plantas de porte bajo y rastreras, que junto a la abundancia de recursos de caza y pesca les aseguraba su seguridad alimentaria y generaba algún excedente para intercambio. Las descripciones de la época de la conquista y la colonia reseñan sobre el cultivo y consumo de ají, arracacha, batatas, yuca, ahuyama, calabaza, frijoles, tomates, maíz, guayabas, anones, guanábanas, pitahayas, piñas, guamas, aguacates, palmas como el cachipay y plantas rituales. También se menciona la cosecha de algodón como un producto de intercambio. Los árboles del Tequendama, que se utilizaban como ornamentales, maderables, de sombrío, para construcción, refugio y protección, incluyen especies como ocobos, gualandayes, cámbulos, ficus, chicalás, cumulá, moho, caracolí, jagua, iguá, ambucas, samanes...

Con el tiempo, se fueron introduciendo a la región especies exóticas como la caña de azúcar, cítricos, mangos, café, plátano y pastos, que gracias a la bondad del clima y del suelo del Tequendama se adaptaron y entraron a formar parte de la rica historia agrícola de la zona, donde naturaleza y hombres han permitido que esta región sea una gran proveedora de bienes agrícolas para Bogotá y para el país. Medardo Rivas, en su obra de mediados del siglo XIX, “Trabajadores de tierra caliente”, al referirse al mercado de La Mesa, resalta: “Todo cuanto hay de maravillas en la naturaleza tropical, allí se vende. Montañas de naranjas; pirámides de patillas y melones; sabanas de cuescos aromáticos y provocativos; cerros de plátanos amarillos como el oro; guayabas en profusión; ciruelas exquisitas y dulces, y, como en el jardín de las Hespérides, todas las frutas que provocan y excitan”.

El comienzo del siglo XX es escenario de procesos de desarrollo agrícola, orientados al mercado, a partir de la siembra de café, caña y maíz; establecimiento de potreros con base en semilla de pasto guinea dedicados a la alimentación de ganado vacuno, establecimiento de cítricos e inicios del mango como cultivo en la región. En cuanto al café, la Región del Tequendama es reconocida como de primer orden en Cundinamarca y se destacaron grandes haciendas cafeteras como Misiones, Java, la Esperanza y Mesitas de Santa Inés. La caña de azúcar se consolidó en trapiches para la producción de miel o panela; así, surgieron generadores de empleo tales como San Antonio, Lagunas, San Joaquín, San Pedro y Calucata en La Mesa, lo mismo que el Proyecto de Ingenio Azucarero de Viotá. El Tequendama está cultivado en su gran mayoría por pequeños y medianos productores con alto mestizaje genético y cultural.

Los tiempos recientes muestran una reducción del área sembrada en caña y pastos, y su reemplazo por cultivos de mango, que ubican al Tequendama como la primera zona productora de esta deliciosa fruta en Colombia. También son notables los cambios en la zona cafetera, donde empiezan a aumentar las áreas de cítricos y los cultivos de flores tropicales y follajes de corte. Las zonas altas, reconocidas como de clima frío moderado se perfilan como productoras de mora, granadilla y tomate de árbol. En las zonas bajas empieza el resurgir del maracuyá.

A pesar del impacto de la agricultura como eje de desarrollo del Tequendama, es necesario tener presente los siguientes mensajes de preocupación: deforestación de la zona, urbanización del campo no controlada ni planificada, disminución de la biodiversidad, aumento de los monocultivos y sus riesgos ecológicos, con pérdida de la seguridad alimentaria.

El futuro de la región se debe construir a partir del aprovechamiento de las ventajas que ofrecen aspectos como cercanía a Bogotá, buenas vías, tranquilidad y seguridad, historias para escuchar, paisajes para observar, frutas y gastronomía para degustar y caminos coloniales para descubrir.



2.0

ZULIA RAYO ANTURI

Nació en 1958, en el segundo día de la Novena Navideña, en Florencia, Caquetá. Su espíritu es aventurero, no le da miedo explorar, nunca se ha identificado con la vida, todas las normas le parecen absurdas, ¡tal vez no es de este mundo! Se refugia en las artes. Cuando hace teatro, además de burlarse de sí misma, se siente libre. Últimamente, le dio por escribir. Participa en la Escuela de Literatura del Instituto de Cultura y Turismo de Tenjo, lo que le ha abierto un mundo nuevo. Cierta día recibió una invitación para la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, dudó al principio, pero como le gustan los retos, se inscribió. Para ella, fue una experiencia que la llenó de optimismo y fue muy halagador cada comentario que le hacían y cuando la leían en clase, no cabía de la dicha.

TENJO, PARAÍSO ESCONDIDO

Por Zulia Rayo Anturi

En cuanto paso el Puente de Guadua, respiro diferente, vengo de la selva de cemento. Al llegar a Siberia, giro a la derecha y luego a la izquierda, dejo todas las preocupaciones. Más tranquila, inhalo aire puro, mis ojos empiezan a llenarse de ¡verde... verde... y más verde, estoy extasiada!, olvido el tiempo, en segundos entro a un pueblo, ¡me asombro! 25 minutos desde que salí de esa urbe llamada Bogotá. Llego a Tenjo, de los pocos municipios verdes de Sabana Centro. Me siento ¡maravillada!... ahora; buscar qué hacer, qué conocer y qué desayunar. Preguntando, me mandan a una cuadra del Parque Principal, la esquina de doña Carmenza Bayona, quien, por tradición, prepara ¡unos amasijos!, ¡unos dulces!, ¡todo es absolutamente delicioso!, volveré por la cuajada con melao. Subo al Parque, a la derecha una construcción colonial llamada “Casa de Chitasugá”, Centro Artesanal. De frente, el “Edificio Municipal” de influencia francesa, al igual que la casa donde funciona la oficina de Servicios Públicos. En el marco del Parque, también está el “Templo Doctrinero Colonial”, data de 1603, declarado “Monumento Nacional” en 1982. Fue convertido en “Museo Religioso Antiguo y Contemporáneo Cardenal Crisanto Luque”, en honor a quien fue primer cardenal de Colombia, oriundo de Tenjo; allí apreciamos sus elementos personales y fotografías.

En ese lugar también se pueden ver obras del maestro Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos. También encontramos un cuadro mandado a pintar por doña Julia Arciniegas, al maestro Armando Villegas, la primera “Virgen Indígena” con su niño, rodeada por las verdes espigas de maíz, el dorado de las mazorcas, en contraste con los brillantes colores de los colibrís. Doña Julia, cansada de las vírgenes extranjeras, la crea para representar lo más autóctono de la región; el maíz, el alimento base para tamales, empanadas, amasijos y la tradicional chicha, herencia indígena que luego satanizó la Cervecería Bavaria.

Allí, pegadita, la Iglesia Santiago Apóstol, cuya fachada no se construyó conforme al diseño inicial, dicen, por una maldición de un cura. Tenjo contaba con cuatro Capillas Posas, que, como su nombre lo indica, servían para “posar”, desde el Santísimo Sacramento hasta el sometimiento de los indígenas, según las malas lenguas. ¡Vaya uno a saber!

Una de ellas aún sigue medio en pie, en la esquina de la carrera tercera con calle cuarta. Cuadra arriba, la Capilla Posa dedicada a San Antonio, en un comienzo con el niño, hasta que una muchacha en edad de merecer lo secuestró y el pobre San Antonio, al ver que no podía pagar el rescate, decidió irse a buscarlo...

Volviendo al Parque, ¡se me olvidaba lo más importante! Unos monumentales árboles de más de 150 años. Entre ellos, hay magnolios, cauchos Tequendama, nogales, guayacanes de Manizales y sangregados, que rodeaban el acueducto del pueblo en sus inicios, a la izquierda del busto de Jorge Eliecer Gaitán. ¡Ah!, reza la tradición oral que Tenjo fue paso de Simón Bolívar —El libertador— y cuna de Policarpa Salavarrieta —La Pola —.

Camino al nuevo acueducto, “Los Tanques”, baja una tímida quebrada llamada “Tiguacé”.

Llego a las cuevas o “Cucas”, templos sagrados, ceremoniales, seminarios para la enseñanza de los indígenas Muisca; grupo perteneciente a la familia lingüística Chibcha, que ocupó la altiplanicie de Cundinamarca hacia el siglo VII. Las Cucas eran tratadas con respeto, de manera espiritual. ¡Sí!, la paz interior, estar en pleno contacto con la naturaleza es algo ¡indescriptible!...

Después de unos minutos de meditación y de escudriñar aquí y allá, subo al “Mirador” desde donde puedo observar todo el Valle de Santiago de Tenjo, enmarcado por la Peña de Juaica y la Serranía del Majuy.

Contemplando tanto verde, respirando el aire fresco, abrigada por el sol, sólo pienso que encontré el “Paraíso Escondido”.



2.0

MARLENY CLAVIJO VILLEGAS

Nació en Cali (Valle del Cauca), en marzo de 1960. Allí estudió sus primeros años escolares. A los doce años, se trasladó a Bogotá para continuar con sus estudios secundarios y otros cursos técnicos. Además, realizó varios talleres literarios, los que finalmente colmaron su interés y la han llevado a publicar un libro y, a su vez, ver cristalizados relatos en varias antologías, siempre con la ilusión de seguir dando a conocer sus escritos. Actualmente reside en la capital de Colombia.

EL HIJO DEL SILENCIO

Por Marleny Clavijo

Me llamo Nahua y soy el mayor de ocho hermanos, nací y crecí entre el monte agreste de la selva amazónica, tan aleja'ó de la civilización que me sentía el último aborigen de una prole ignorada. Pero eso me gustaba, porque vivía aparta'ó del bullicio de los humanos modernos, de sus regímenes y podía tener la libertad a mi acomodo, sin más ordenanzas que la de nuestros mayores.

Aunque todo eso cambió varios años después con la llegada de mi hermano Yacú. Recuerdo el día en que nació, ya que madre padeció esa preñez más que los otros y, cuando llegó el momento del alumbré, se escuchó un alarido tan fuerte como un chanco asusta'ó y luego un débil gemido del crío que estaba morado y babeaba como poseído por un tunchi.

En ese entonces, yo tenía nueve años y éramos cinco hijos, después vinieron tres más, pero Yacú se destacó entre todos nosotros, como si estuviera predestinado a ser quien le diera más brega a madre y hacerla sufrir más que los leñazos de padre. Porque, al ir creciendo, se le notaba la rebeldía del niño que se siente hombrecito y ya quiere mandarse solo, sin escuchar consejos y sin que le dolieran las tundas de padre. Pa' mis adentros decía que Yacú se parecía a madre, insensible a golpes y con el pellejo endurecido.

Y, así, Yacú llegó a los cinco años como esa oveja sin seso que nadie pudo enderezar, que les huía a sus deberes, se negaba a coger azada y menos los frutos. Con encogida de hombros, reniegues entre gangueos y muecas se hacía entender por madre, menos por padre, quien intentaba reprenderlo a golpe de madero, pero Yacú era muy veloz, aunque alguna vez lograba asestarle uno que otro tablazo.

Como ya no valían los consejos de madre y los azotes de padre, la maloquera intentó componer la rebelión y pusanga de Yacú con invocas y rezos, sahumerios y untura de menjurjes, también pa' destrabarle su lengua convencida de que podía hablar, porque la tenía completa y en su sitio. Pero ni ella pudo arrancarle dos palabras seguidas, pues Yacú solo abría su boca pa' rezongar y engullir, porque pa' eso no le ganaba nadie.

Además de hacer su voluntad, el gusto de Yacú era internarse en el monte todo el día,

subirse a los árboles y comer de sus frutos, bañarse en el río durante horas sin temor a cocodrilos, pirañas o temblones, jugar con cuanto animalejo se encontraba así fuera un felino o un reptil venenoso, se amañaba más con ellos que con sus iguales. Al rancho solo llegaba a comer caliente y dormir hasta rayar el alba, sin obedecer a sus mayores. Así cumplió nueve años, tan salvaje como sus amigos del monte y sin pronunciar palabra como la gente normal. Nosotros, sus hermanos, nos acostumbramos tanto a sus señas y gangueos que ya le entendíamos y hasta lo volvimos un juego responderle de la misma manera, porque sabíamos que Yacú tenía sus oídos sanos y podía escuchar a distancia hasta la voz de madre cuando nos avisaba pa' merendar.

Como ya no hubo brujo o chamán que lograra sanar a Yacú con rituales y ensalmos, padre y madre se despreocuparon de él, dejando que la naturaleza lo acogiera en su seno y lo protegiera de males y peligros. Ya sin persecución, porque nadie salía a busca'lo por orden de padre que decía:

—Prefiero tener un hijo perdido en la selva, que ocho.

Yacú se dedicó a deambular de un lado pa' otro durante días sin asomarse por el rancho. La última vez que desapareció, vimos llorar a madre en silencio y entonar cánticos de súplica, arrodillada con los brazos en alto pidiéndole al dios sol traer de vuelta a su vástago antes de oscurecer. En la noche, frente a una fogata, rogaba a la diosa luna regresarle a su muchacho sano y completo con la aurora, incluso curado de su mal de lengua. Pero cuando padre se enfureció con ella, ya no volvió a hace'lo y le tocó tragarse su amargura callada, hasta ese día que Yacú apareció como nadie se lo hubiera imaginado.

Han de creer que al rancherío llegó un cazador de esos que mata por mero placer, llevaba a Yacú en arrastre, lo había cazado. Así como les cuento, se convirtió en la presa que cayó en su red y como el zopenco no habló ni pa' defenderse, el fulano lo trajo por la mera curiosidad de saber si le fallaba el seso o tenía un tunchi metí'lo, porque gruñía como animal rabioso, babeaba y blanquiaba los ojos. El más sorprendido de ver a su hijo ausente así fue padre y, como todavía le quedaba alquilo de estima por el vástago, puso todo su empeño pa' explica'le al forastero sobre el enredo lenguaz que padecía Yacú. Le agregó un mal de ojo dizque al nacer y otro tanto padecer pegajoso. Pero ni así el fulano se apiadó, muy convencido de ser el dueño de su presa, al repetir:

—Todo lo que cae en la red del cazador, es del cazador. No se preocupen, que yo le pongo remedio.

—Ya probamos muchos con él, señor cazador, pero ninguno sirvió —insistía padre.

—Ya dije, es mi presa y yo dispongo.

Todos nos quedamos pasmados del mero pánico, era cierto que Yacú urgía un escarmiento, pero no por mano ajena y así entendió el forastero. También, algo se conmovió al ver los sollozos de madre, porque se sentó en un tronco y les explicó lo que pensaba hacer pa' remediar a su crío. Tan convencidos de su palabra quedaron padre y madre que hasta rogaban pa' que se lo llevara y, así, pone'le coto a esa extraña criatura que los dioses les dio por hijo y no llegara a hombre mayor todito empenje'o.

Ya resigna'os, dejamos que el fulano de ciudad, por su cuenta y empeño, tratara de trepar a Yacú en su jeep. Pero ni amarrado dejaba de patalear, echar uña y muela. Por eso, debió utilizar otra vez su red y, así, aprisiona'o lo pudo subir al camioncito con ayuda de nosotros sus familiares que deseamos su bien.

Después de unas cinco horas por entre agrestes senderos, llegamos al resguardo en donde fue otro lío, Yacú se agarraba de los barrotes como un orangután, porque ahora no quería baja'se. Entonces, lo llevamos de halón en halón hasta un cuartico de una enramada y allí lo dejamos encerra'o un buen rato hasta que se le pasó la enfurecida. Cuando el fulano se aseguró de que estaba ya calmadito, nos ordenó que lo liberáramos de la red y hasta pesar me dio, viéndolo acurruca'o en un rincón todito entristecido, escurriendo lagrimones.

Como su hermano mayor de sangre, estuve tenta'o a batirme en duelo con ese fulano pa' lograr su libertá', pero soy obediente de los asuntos que ordena padre, por eso me contuve.

Cuando el fulano dijo que ya quedaba a su cargo, nos fuimos con mis otros hermanos, todos mortifica'os por dejarlo con ese extraño, pero nomás se nos pasó durante el largo trayecto de regreso. Después de ese día no lo vimos más, y por mandato de padre nadie fue a busca'lo, hasta madre se olvidó del crío que tanta brega le dio y se dedicó a la crianza de los otros más pequeños, y nosotros más crecidos a nuestras labores.

Transcurrieron algo más de siete años, cuando un día, al rancherío llegó Yacú hecho todo un hombrón, tan contrario del día a la noche, con su piel blancuzca y sin piques de mosquito. El cabello que antes era negro rucio, ahora le brillaba como el sol. Me saludó por

mi nombre, Nahua, y me dio un apretujón. Después a todos y más que ninguno a madre, muy gozoso la abrazaba y besuquiaba sus cachetes y le decía:

—El hijo a su tierra, madre. ¡Regresé!

Con sus ojos que casi se salían de la sorpresa, madre miraba a Yacú como a un ser de otro mundo, con esas ropas tan limpias, sus pies tapaos en esos guantes de piel, las manos suaves de fulano de ciudad y olores extraños pega'os en todo su cuerpo.

—¡Busté no es mijo...! —dijo madre.

Todos la miramos asombra'os de sus palabras, cómo una madre es capaz de negar a un hijo, me dije. Es verdad que Yacú parecía otro, pero la sangre jamás cambia.

—Soy el mismo que tu vientre albergó, madre, ¡mírame! —insistía Yacú, sin dejar de agarrar el rostro de madre, que seguía reacia.

—Noo... quiero a mijo el calla'o, no a éste que habla mucho y no le entiendo ná.

El rechazo de madre alentó a Yacú a quedarse y reconquistar su cariño, también para resarcirse por esa niñez indomable y creo que lo logró.

El regreso de Yacú convertido en un letrado fue una bendición pa' nuestra comunidá' y otras tantas, porque nos enseñó todo lo que aprendió en la ciudad y nos sacó de la ignorancia. El mismo que llamábamos el hijo del silencio ahora garla hasta por las orejas, así madre no se acostumbre y lo vea como el extraño que la apapacha y la besa y que padre saque pecho del mero orgullo. Igual que yo, porque gracias a él pude escribir este relato.



2.0

HERMANOS ROJAS VELASCO

Pablo Emilio Rojas decía: “Mi familia es una bella sinfonía”. Y sí, la extendió en un pentagrama de amor. Se casó en 1939 y ese fue el primer compás. Vivieron en Allegro y Vivace. Los contrapuntos crearon notas armoniosas e independientes de diez mujeres y dos hombres, cuya batuta fue la clave de SOL: su amada Berthica.

DO, la primera nota de luz, nació en 1940, pero sonó en Pizzicato con sonidos tristes y pronto se apagó. Luego, el DO# fue Luz Mery, una sonatamaestreense y disciplinada que retumbó en 1942. Después se escuchó RE, en 1943, una Rosa de puro vivace, cantata y bondad. Suavizó en soprano la nota MI, Mireya, con su mente y su espíritu solidario, sonando en fugas desde 1945. Pronto se templó la nota en FA y se escuchó a Orla desde 1947, expresivo, jocoso y promoviendo siempre la unidad. SOL, Aída sonó en 1949, entre fugas y armonías naturales, contrapuntos y cantares. LA LA LA, llegó bailando María Eugenia en 1951, con sus abrazos fuertes y sostenidos. En 1953 sonó SI, Tere, la nota espiritual. Y las últimas tonadas fueron SI# en 1955 y FA# en 1957: Isa, el orden, la creatividad y Jorge, el goce y la alegría, pues, aunque ahora solfea con querubines, está ¡siempre allegro! Todos custodian la partitura como el más importante tesoro.

UNA VIDA EN LA TRAVESÍA POR LA MÚSICA

La vida de Pablo Emilio Rojas Blásquez (3 de marzo de 1909 — 29 de julio de 1993)

Por Hermanos Rojas Velasco (Luzmary, Rosario, Mireya, Orlando, Lucy Aída, María Eugenia, Teresa, Isabel y Jorge Enrique q.e.p.d.)

La Banda Departamental del Valle del Cauca cumple sus ochenta años, y nos hemos enterado de las preparaciones que tiene el actual director, Remo Ceccato, director de la Banda Departamental del Valle del Cauca. Los hijos, los nietos y los bisnietos de Pablo Emilio Rojas Blásquez nos queremos unir a esta fecha y hacerle homenaje público a su maravillosa existencia. Estos son los momentos indicados.

En primera instancia hacemos un homenaje de gratitud no solo a la música extraordinaria que los maestros han venido interpretando desde 1938 (ver foto) cuando la banda por primera vez tocó en el parque Caycedo para la ciudad de Santiago de Cali y para el Valle del Cauca.

Durante todos estos tiempos, han logrado ponernos en sintonía de lo bello de ella. Han elevado el alma a los más altos niveles de felicidad espiritual. Sentimos una indiscutible e inmensa gratitud ante los seres humanos que han pasado por ella, quienes han sido la piedra angular para hacer posible que llegara a nuestros sentidos. Le agradecemos a los directores, músicos, nuestro padre, los utileros, entre otros; durante cuatro décadas seguidas, de los 30 a los 70, de niñas, adolescentes jóvenes y aun adultas, nos deleitaron con las retretas de mediodía dominicales, con incontables conciertos en el conservatorio Antonio María Valencia y en diferentes sititos de la ciudad y del Valle.

Es un parte de gratitud y reconocimiento a aquellos seres humanos que pasaron por ella y aún pasan; a quienes, para hacerlo posible, y solo por el amor al arte caminaron y, quizás, aún caminan infinidad de travesías. Ellos logran entregarnos lo más bello que podrían proveernos, como aquellas melodías de diferentes épocas, de nuestro país, de distintos países, pasando de la más brillante a la más folclórica. Por eso, gratitud a los directores Antonio María Valencia (quien propuso el hoy llamado conservatorio y su apoyo fundamental a la creación de la Banda Departamental del Valle del Cauca), el maestro Lubin Mazuela, el maestro José León Simar, Jorge Enrique Umaña, Sebastián Solari, Benjamín Marín y

Aníbal de Jesús Estrada. Todos ellos, con sus conocimientos, pueden entregarnos hermosos arreglos, así como las obras de su propia autoría.

Tanto los directores, que no tuvieron oportunidad de ir a Europa a estudiar, como los músicos, fueron autodidactas. Para estas décadas no existía escuela de música que les permitiera cultivar sus conocimientos. Afinaban sus habilidades teórico-prácticas en el estudio formal de medio tiempo, diariamente; a esto se sumaban la preparación de los conciertos y los tiempos rescatados en sus hogares. Así fueron las vivencias en nuestro hogar, con nuestro padre Pablo Emilio Rojas Blásquez. En casa se hacían las lecturas, escritura y análisis de la música, en las reuniones con sus amigos y compañeros más allegados. Desde niños se conocían y habían conformado la banda del pueblo Manuel Bravo (bajista), Jorge Enrique Fajardo (saxofonista) y Gabriel Cruz (clarinetista).

Y sí, por el amor al arte, su travesía en la música estuvo acompañada por un sinnúmero de experiencias. Desde su niñez, vivió la vida pastoril y debía apoyar en los trabajos de ganadería a su padre: desde las 4 a.m. estaba arriando, apartando y ordeñando. Decían sus amigos que era muy duro el trabajo, como el del niño Yuntero de Miguel Hernández.

Contaban que él debía ir a traer los toros en otros municipios. Un día, después de salir muy temprano, llegó ya oscureciendo; en el pueblo estaban preocupados por su tardanza, llegó con el toro amarrado de seis lazos. Él iba ensangrentado, con su nariz rota y sucio; había sido arrastrado por la bestia, pero llegó cantando y silbando y, por supuesto, riendo. Combinó sus estudios básicos con el cuidado de sus cinco hermanos. A los 12 años tuvo un maestro de música, este organizó la banda del pueblo. Nuestro padre inició tocando la flauta, después el oboe. Apoyó las fiestas de su pueblo natal de Gigante (Huila) y municipios vecinos. En sus ratos libres, se le encontraba cuidando las vacas y tocando la flauta.

Prestó servicio militar en el batallón Bárbula, se alistó como sargento primero en las filas de los reservistas, para ir al conflicto con el Perú en 1932. Contaba que llevó como armas la flauta y la trompeta.



Con sus amigos en la Orquesta Calamarí. Año 1939.



Nupcias con Bertha Rosa Velasco Bonilla, año 1939.

Viajó a Cali en 1934. En 1938 fue nombrado en la Banda Departamental como músico, tocando la trompa, inicialmente, y después el trombón de vara. Con sus compañeros y coterráneos, quienes fueron seleccionados también en la banda, formaban grupos para amenizar las fiestas familiares. Con el ánimo de mejorar su economía, alternó la música con la peluquería y la sastrería, oficios que lo acompañaron para el sustento de su familia. En 1939, contrajo nupcias con Bertha Rosa Velasco Bonilla, oriunda de Buenos Aires (Cauca). Ella había llegado a la ciudad con el ánimo de profundizar sus estudios de modistería y culinaria. Después de la muerte de su primera hija y el nacimiento de la segunda, decidió trasladarse a Manizales (1940 al 1949) a trabajar como músico mayor en la policía. Su experiencia en ella fue de disciplina, insolidaridad, injusticia y violencia, por parte de sus superiores. Ya con cuatro hijos regresó a Cali. Ingresó, en 1950, nuevamente a la Banda Departamental del Valle.

Junto a nuestra madre tuvo nueve hijos. Fue en esta unión y con su familia en la que fortaleció su verdadera Ítaca, sus objetivos, por quién vivir y por quién luchar su día a día. Consagró su vida, como decían en la época, “a las más sanas costumbres” y con los más elevados pensamientos. Mostraba gran sentido de responsabilidad, solidaridad, humildad, seriedad, dedicación, mucho amor, respeto y gran alegría por la vida. Con su sonrisa libre

y jovial, se mostraba a muestra madre, a nosotros (sus hijos y nietos), a sus amigos, a sus vecinos, a sus clientes y a sus compañeros de trabajo. En Cali, sus amigos de infancia y sus amigos del camino fueron, además, Antonio Gordillo (flautista), Jesús María Estrada (flauta), Luis Ospitia (trompetista), Luis Tamayo (trompetista), Currito Girón, Ely Bernal (saxofonista), Miguel Ospino (clarinetista), Miguel Quintero (baterista), Herberto Posso (clarinetista) y Carlos Niño, a quienes acompañó hasta la muerte y lo acompañaron hasta su muerte.



Fotografía con sus amigos, siempre se acompañaron desde niños, pertenecieron a la banda del pueblo. Año 1940.



Después de una brillante retreta de domingo de una de la tarde. Banda Departamental del Valle, año 1950.

Todos estos valores y sentimientos entramados fueron perfeccionados con la música, la buena lectura y su gran inteligencia emocional, evidenciaba su coherencia con sus actos.

Su travesía para llegar a Ítaca fue afectada por los lestrigones, cíclopes y el Poseidón colérico, básicamente por las concepciones ignorantes y miopes que se ha tenido del arte y de la música. Esto se ha dado, en particular en esta sociedad de la violencia, por las personas que han dirigido nuestro país.

Todas estas décadas han sido marcadas por la violencia partidista, la violencia del narcotráfico y el pírrico desarrollo humanista de la educación. Muchos jóvenes de la época, estudiantes, llevaban limones para ser exprimidos en los conciertos; muchos creían que para ser músico no se necesitaba de mucho esfuerzo y los hacían tocar hasta reventar. Creemos que esta situación afectó a muchas familias que, para la época, eran muy extensas. El empobrecimiento, la falta de accesibilidad a los recursos materiales y la carencia de oportunidades tocaron la puerta de nuestra familia. En ocasiones debían empeñar sus

instrumentos de trabajo, para llevar el mercado. Sus salarios oscilaron, entre las décadas del 38 al 78, entre \$38 y \$700 pesos.

Debió, como muchos de sus compañeros, vivir de la eventual economía informal. Además de la sastrería y la peluquería, organizaba grupos de músicos para tocar en las fiestas de clubes, familiares o religiosas, en corridas de toros, en apoyo a grupos circenses y de algunos cantantes extranjeros. Perteneció a la banda de jazz de Sebastián Solari. Como es obvio, pagaban muy poco. Muchas veces, cuando asistía al Club Colombia, sacaba su instrumento de la caja y colocaba la comida que le ofrecían para ser repartida en casa.

Cuando llegaba a casa, quemado por el sol y con sus labios a punto de reventarse y sus pies hinchados, todos corríamos a ponerle cremas y soluciones naturales que aminoraban su cansancio.

Muchas fueron las ocasiones que lo homenajéabamos como el mejor padre y el mejor músico, poniéndole las bandas alusivas al tema y entregándole el diploma correspondiente. Además, con el resultado de nuestras calificaciones, nuestros diplomas, las tortas que le hacía nuestra madre en sus cumpleaños, se retiró de la banda al pensionarse en 1978, cuando todos trabajábamos y le aliviábamos su economía. Pasó a épocas consagradas a la lectura, a escuchar música, a recrearse con sus hijos y nietos en Pico de Loro donde organizaba “fuertes excursiones”, a los viajes y a la dedicación exclusiva a su familia. Antes de fallecer, lo acompañamos a llevar su música a la Sociedad Vallecaucana de Música y sus instrumentos de trabajo son conservados como parte de los recuerdos en la familia. Murió acompañado de todos sus seres queridos y bajo el fondo musical del vals “Sobre las Olas”, de Juventino Rosas

Fue amado y respetado por sus hermanos, su esposa, sus generaciones de hijos, nietos y bisnietos quienes hoy, a los 25 años de haberse despedido de la vida terrenal, lo tenemos como un ejemplo. Es recordado, por su extensa familia de 48 miembros, como el símbolo de unión familiar, respeto a la diversidad (con la frese célebre “Cada quien es cada cual”), resistencia y solidaridad.

Gracias, padre

Hermanos Rojas Velasco



SEMANA 6



Termina la quinta semana del Segundo Heptamerón y comienza la sexta en la cual las personas mayores, bajo el influjo de los animales, ladran, pían, berrean, rebuznan y narran episodios de su vida donde estos seres fueron protagonistas. Nueve años después de rescatarlo, Manuel se despide del siberiano Trotsky; María Elena aprende a querer a los animales gracias a un pollo recién nacido; Rosa llora el desenlace fatalmente efervescente de su polluelo carioco; Salvador acoge a Pepino, una mascota con cuernos y poco convencional, en su casa; Edilia narra la historia de Pillín, un pájaro de hermoso plumaje que representa la libertad; Carlos exalta la autonomía del reino animal; Carmen recuerda a Caribe, el perro guardián que hasta el día de su muerte esperaba el regreso de su dueño; Sonia comparte la bella historia de una mariposa a la que la solidaridad le reconstruyó el ala; y Alfonso explica por qué, por culpa de una mula, los animales olvidaron el idioma de los humanos.



2.0

MANUEL GÓMEZ SABOGAL

Nació en Armenia, Colombia. Estudió, se graduó, ejerció su carrera, se jubiló y luego se dedicó a realizar actividades que lo impulsaran a seguir soñando, disfrutar, reírse y ser un loco de atar. El distintivo de Gestor Cultural le parece interesante, y también programa locuras académicas y culturales. Jamás ha sido escritor, aunque tiene cientos de notas que ha compartido en redes sociales y ha encontrado algunos de sus textos en páginas que nunca imaginó hallar. A veces le salen muy bien sus notas y a veces queda aburrido, pero sigue adelante. Quiere seguir escribiendo, por eso asiste al taller de lectura y escritura Café y Letras Renata y a Historias en Yo Mayor. En esos, encuentra que la vida se disfruta y se goza al calor de un café.

TROTSKY, UN GRAN PERRO

Por Manuel Gómez Sabogal

Gran compañero de juegos, andanzas, caminatas y vida.

Una tarde de domingo, en 2008, salimos de paseo, como esos paseos familiares de siempre. Decidí tomar la vía Circasia–Montenegro. Saliendo de Circasia y casi a un kilómetro del pueblo, un perro flaco, feo y mugroso se detuvo frente al carro. Estaba igual como en la canción aquella que dice: “flaco, ojeroso, cansado y sin ilusiones...”. Le pité, pero no hizo caso. Se corrió un poco como diciéndome siga, pero no huya.

Después de haberme dado paso, continué por la vía y, cuando miré por el retrovisor, el perro seguía detrás. Aceleré y corrió como para que no lo dejara rezagado. Era un perro de raza. Parecía lobo siberiano, pero la mugre no lo dejaba ver bien.

Me detuve frente a una finca y llamé a un señor que se hallaba allí. Le pedí un poco de agua para el perro, el cual se acercó lentamente y bebió con mucho deseo. Tenía demasiada sed.

—A ese perro lo van a matar por aquí. Está acabando con las gallinas.

—Y ¿de dónde salió? —pregunté

—La semana pasada lo tiraron de una camioneta y salieron como alma que lleva el diablo.

—¿Por qué?

—No lo querían, me imagino.

—Bueno, gracias por el agua. Hasta luego.

—Si quiere, se lo llevan para que no lo maten.

—Hasta luego.

Me subí de nuevo al carro y continué vía a Montenegro. El perro seguía detrás. Me detuve en una tienda.

—Por favor, un pan.

—¿Para ese perro? No señor.

—No, para mí.

—Ahhhh, bueno...

Y le di el pan al perro. Se lo comió con ganas. Volví a subirme al carro y seguí. El

perro detrás. Me detuve y se acercó a la ventanilla. Subió las patas delanteras. Lo acaricié suavemente y dio la vuelta. Patricia le abrió la puerta. Recostó su hocico en su pierna. Ella lo acarició con cariño y el perro se quedó así un rato. Luego, seguimos y el perro entró a una finca.

Llegando a Montenegro, resolví regresarme. Mi hija me dijo:

—¿Qué pasó? A que es por el perro.

—No, señora. Es que mejor vamos a Salento.

—No te creo, papá

Tomé la vía Montenegro—Circasia. Despacio, mirando hacia la izquierda, buscando la finca por la cual se había metido el perro. Todos en el carro me decían que por qué iba tan lento. Yo me hice el loco... Solamente miraba

De pronto, empecé a pitar y a gritar como loco:

—¡Perro! ¡Perroooooo!

Como si me fuera a entender las palabras. Pité y, de pronto, como de la nada, venía corriendo. Patricia se bajó y le abrió la puerta. Se pasó atrás con los niños. El perro se subió adelante. Olía horrible.

Domingo en la tarde y a buscar a alguien que lo bañara y aplicara muchas inyecciones. Un veterinario nos atendió amablemente. Nos dijo:

—Vengan en dos horas.

Volvimos como a las 7 y media de la noche. Mi hijo entró, pagó y salió con el perro. Distinto, diferente. Era otro, pero no, el mismo. Un lobo siberiano. Lo bautizamos Trotsky o, mejor, mi hijo le puso el nombre allá donde el veterinario.

Desde esa fecha a hoy, ha sido una gran compañía. Un gran amigo.

Meses después, casi lo matan dos perros pastor alemán. Lo sacaron por la cerca y lo arrastraron. Herido, lo subimos al carro. Mi hijo no podía contener las lágrimas. Llegamos al veterinario y allí lo dejaron tres días. Lo salvaron. Estuvo muy mal.

Hoy, 9 años después, más dos o tres que tenía cuando lo encontramos, sufre demasiado. Ya no es capaz de levantarse, ni puede caminar... La edad se le vino encima con displasia de cadera, dolores fuertes y llanto....

Nos despediremos. No hay caso. Ha sido una gran compañía. Duele, pero es lo mejor para él. Aunque la tristeza nos invada...



Kyra fue su compañía durante algunos años. A Kyra nos la regalaron en un viaje a Ginebra, Valle del Cauca. Trotsky y Kyra jugaban, corrían, saltaban y aullaban casi al tiempo. Trotsky falleció, pero Kyra está bien cuidada... corre, aúlla y no encuentra a su compañero...



2.0

MARÍA ELENA VALBUENA SUÁREZ

En el confinamiento por la pandemia, las nostalgias llegaron a visitarla. Por fortuna, la mayoría gratas: de amores, travesías, historias con mascotas, fantasmas y trebejos. Como cuando conoció el cine en una sábana como pantalla, pues su papá convirtió el patio de su casa en teatro. Fue un capítulo mágico de su adolescencia. Igualmente hubo nostalgias felices relacionadas con su profesión de educadora, la que comenzó a ejercer después de cumplir sus 15. “En Belfast, Irlanda, donde resido desde hace 35 años, por un amigo conocí Historias en Yo Mayor, desde entonces, comencé a hilvanar con palabras las remembranzas de mi lugar de origen, Güicán de la Sierra, Boyacá” —escribió en sus redes.

LOS ANIMALES INSPIRAN TERNURA

Por: María Elena Valbuena Suárez

Cuando llegamos a la edad madura, nos miramos nuestras manos viejas y arrugadas, y nos decimos: ¿Cuántas cosas han hecho estas manos, pero cuántas nos faltan para hacer?

Llegamos a viejos y entonces se asoman a nuestras vidas el cansancio, las enfermedades y la tristeza. Resolvemos hacer algo para cambiar nuestra rutina y para poder descansar.

Decidí ir a mi querido país, Colombia, a visitar a mis familiares y a hacer algo diferente. Viajamos de Duitama a Garagoa a visitar a mi hermana Gloria, quien trabajaba allí como profesora.

Un día de esos fuimos al mercado. Quedé anonadada mirando la profusión de exuberantes frutas, todas a la vista. Era un mercado abierto. Iba tan ocupada mirando esto y, de pronto, un señor me asedió, con una bolsa grande y me dijo:

—¡Saque una bola!

Sin pensarlo, la saqué, era roja. El hombre me dijo:

—Se ganó este pollo, y me lo dio en una pequeña bolsa.

—¡No! ¡No! ¡No!... Yo no quiero eso porque no tengo dónde tenerlo y, además, no me gustan los animales —le dije—. El señor se alejó con su canasta de pollos de diferentes colores (creo que los había pintado).

—¡Espere, señor! ¿Qué edad tiene el pollo?

—Nació ayer —dijo y continuó su camino.

Mientras tanto mis hermanas se devolvieron a buscarme. Karmita me preguntó:

—¡Oiga, María! ¿Qué estaba haciendo que se nos perdió?

Yo le dije que un señor me dio esto, y le mostré la bolsa.

—¡Oh, Dios!, botémoslo en la basura y alguien lo recogerá —propuso Karmita.

Pero no lo hicimos.

Llegamos a la casa, abrí la bolsita y allí estaba temblando de frío. Era una bolita amarilla, su plumaje parecía de percal. Lo puse en mi mano y sus ojitos negros y relucientes, como dos bolitas diminutas, me miraron, y aquellos chillidos ¡Ay, Dios!, me decían algo como:

—Abrígame, dame de comer.

Lo miré con ternura y pensé: “esta hermosa miniatura no tiene papá ni tiene mamá”. Me inspiró tanta compasión que decidí cuidarlo. Lo puse en una cajita con algodón de abrigo, pero no callaba. Gloria, mi otra hermana dijo:

—Tiene hambre.

¿Qué comerá?, me pregunté y me fui a la tienda en que venden alimento para pollos. Compré también una tacita para el agua. Qué alegría le dio a aquella criatura, comió y bebió en mi mano y me encariñé con él.

Esa noche creo que el pollito quería tener a su mamá, chillaba demasiado. Nacho, mi cuñado, dijo con voz fanfarrona:

—Ese puerco pollo no nos va a dejar dormir, ¡sáquenlo de aquí!

Yo lo tomé en mis manos, le puse contra mi pecho y él corrió por mi hombro y se metió en mi pelo; allí se calló de una, como si hubiera desaparecido de la tierra. Así dormí con él teniendo cuidado de no moverme para no hacerle daño.

Al día siguiente empezó a caminar. Qué lindo era, se caía y se levantaba siempre detrás de mí como si yo fuera la gallina. Aprendió a subirse por mis pies hasta llegar a mi pelo, donde pasaba horas enteras.

Cuando se terminó el viaje a Garagoa teníamos que viajar a Duitama. Nacho dijo:

—Si ese pollo chilla en mi carro se lo boto por la ventana.

Lo metí en la misma bolsita y le dije en voz muy queda:

—¿No vas a chillar, cierto? Muy juicioso mi niño —y le puse comida.

Al llegar a la finca de Duitama, le hice una camita, había espacio suficiente. Ahí estuvo el día entero, pero en la noche su algarabía no nos dejaba dormir, destapé la caja y de una voló a mi pelo y se calló del todo. De ahí en adelante, los niños vecinos se reían mucho de verlo correr tras de mí por toda la finca. Cuando yo tenía que salir, chillaba con tanta vehemencia que a veces me hacía devolver.

Mis sentimientos hacia los animales cambiaron. Compré otros cuatro pollitos para que mi Chilindrín no estuviera solo, pero todos corrían tras de mí por todas partes; querían meterse en mi pelo. Como ya tenía amigos, se acostumbró a dormir en la camita que les había preparado con mantitas de algodón y con su comida cerca. Me daba gusto pasear con ellos. Si yo corría, ellos también; si yo me sentaba, ellos se quedaban quietos también.

Les hicimos el gallinero y compramos los utensilios para su comida y su bebida. Cada día iba a verlos y mi pollito saltaba a mi hombro como de costumbre.

Estando en la finca, escuché que una vaca de los vecinos había tenido una ternera, pero tenían que matarla porque la leche les daba más ganancias que la ternera, yo dije que no la mataran, que me la trajeran. El señor dijo que había que comprarle leche y, más tarde, concentrado. Yo le contesté:

—Eso no importa, yo compro la leche y la mantengo como sea, pero que no la maten.

El señor la traía en sus brazos con el ombligo todavía colgando y me la entregó como se entrega un bebé a su madre cuando acaba de nacer. Era muy linda, pintada de blanco y negro. La bauticé con el nombre de La Niña. Hablé con ella un rato teniéndola en mis brazos:

—¿Pero qué malo has hecho, mi querida niña, para que quieran matarte?, ¿por qué son tan inhumanos que no quieren que tu mamá te quiera y te de leche? Yo sí te quiero, no dejaré que te maten, te daré casa y comida y tampoco permitiré que te hagan daño.

Aquel animalito contestaba con un mumm; entendí que decía mamá. Le compré leche y era un placer darle su tetero a las 6 de la mañana y a las 6 de la tarde.

Me divertía mucho mirándola correr en el potrero, era mi mejor distracción, entendía todo. Después de esto, se agrandó la familia: los 5 pollitos y La Niña hicieron de mis vacaciones las más felices en Colombia; pero la tristeza fue terrible cuando tuve que despedirme de ellos, creo que todos lloramos.

Bien, le dije al jardinero y a su hijo y a mis familiares que vinieran a hacer un rico sancocho cuando estuvieran grandes los pollos, pero, a mi pollito, ni me lo tocaran porque yo volvería a verlo. Aprendí que los animales dan ternura, prodigan amor, son fieles, aman a su dueño lo reconocen y lo respetan. Una criatura de esas es capaz de aliviar una depresión, dan amor a los niños deshabilitados y, a veces, son más amorosos que los humanos.

Después de varios años, volví; mi pollito se había convertido en un gallo muy grande. Tan pronto me vio voló a mi hombro, pero su peso, sus grandes patas y uñas me asustaron y tuve que empujarlo, y después pedirle perdón.

No sabía que los animales también tienen memoria y mucho amor a quienes los quieren.

Mi ternerita estaba en otro potrero. Ya no era niña, era una vaca que tenía un ternerito muy lindo y daba quince botellas de leche. Estaba en un potrero con muchas vacas, fui a visitarla. Grité:

—¡Niña, niña, niña!

Qué sorpresa tan grande cuando llegó corriendo hacia mí y se agachó para que le rascara la frente como siempre lo hacía. Esto me hizo llorar y parecía que ella también lloraba cuando me miraba con sus ojos grandes y negros.



2.0

ROSA MICHILINA TOVAR ATAUJE

Nació en Lima, el 24 de marzo de 1966. Creció en el populoso distrito de La Victoria. Su educación fue dada en un colegio religioso de madres alemanas. Es técnica de enfermería. En el Hospital Central FAP adquirió experiencia en diversas áreas, especialmente en atención al adulto mayor y cuidados paliativos. Disfruta cantar, bailar, escribir, leer, viajar y la fotografía. Se enteró de este proyecto de “Historias en Yo Mayor” por medio de las redes sociales. El participar significó mucho para ella, puesto que fue retomar y acercarse a sus vivencias, pensamientos, ideas y experiencias, y plasmarlas. Además, según cuenta, esta experiencia le permitirá adaptarse más adelante a su proceso de jubilación.

HISTORIA DE UN POLLUELO

Por Rosa Tovar

Llegó el verano, y junto con mi familia nos fuimos a visitar a mis tíos maternos rumbo a Huaral (provincia de Lima, que queda a unas dos horas). La casa de mi tío Augusto se encontraba a unas cuadras de la plaza central. La casa era grande; en el primer piso estaba la peluquería, en el segundo piso, el pequeño corral en donde mi tío criaba una variedad de aves de granja. Había patos, gallinas, pollitos y, además, tenía un hermoso perro pastor alemán llamado Oso.

Se respiraba un ambiente tranquilo de armonía familiar, me entretenía con los animales dándoles de comer y jugando con ellos. Eran los fines de semana tan felices.

Se completó mi felicidad, cuando mi tío me regaló un pequeño polluelo carioco. Lo llevé a casa, lo adopté como mi juguete especial. Yo tendría 6 años y ya iba al colegio.

Me seguía a todas partes en casa, jugaba con él, lo ponía en la caja de la licuadora y lo paseaba abrigado con mi colcha celeste de hilo. Le acondicionamos, en el lavadero, un ambiente para que descansara. Era travieso, le gustaba picar todo lo que encontraba a su paso. Fue así que una vez tocó el frasco de lejía, se lastimó su ojo y quedó algo ciego. Me despedía todas las mañanas cuando iba al colegio; al regresar a casa lo primero que hacía era buscarlo. Disfruté de su compañía por más de seis meses.

Ocurrió, cierto día, en una de tantas tardes que regresaba del colegio, ¡oh sorpresa! No estaba el polluelo. Pregunté a mi madre. Silencio total. Al ver tanta mi insistencia, mi madre me dijo:

—Como ya estaba grandecito, estaba listo para la olla.

En esos momentos no entendía, me puse triste y empecé a llorar inconsolablemente. Así fue como mi entrañable amigo de mis vivencias fue preparado para el almuerzo.



2.0

SALVADOR VELANDIA ACERO

Nació en 1945 el 10 de noviembre, en Quichua, Boyacá. Vivió con sus padres hasta los 9 años, estudió 3 años y luego tuvo que trabajar el campo arreando ganado. Se separó de sus padres por 12 años y salió a buscar una mejor vida. Trabajó y recorrió varios lugares antes de llegar a Bogotá donde permanece desde hace 65 años. En la capital aguantó frío y hambre, sufrió los rigores de la discriminación, el desempleo y la falta de una vivienda digna. Su pasión ha sido siempre el trabajar por un cambio social participando activamente en la fundación y organización del barrio Cerro Norte y su primera Junta Comunal. Con las mujeres de su comunidad, fundaron los jardines infantiles y realizaron muchos trabajos en beneficio de la comunidad. Tiene un gusto entrañable por tocar la guitarra, componer, entonar sus coplas y, ahora, escribir su biografía con la ayuda de Escuela Virtual.

PEPINO

Por Salvador Velandia

“La gente que realmente aprecia a los animales siempre pregunta sus nombres”.

Lilian Jackson Braun

Y mi historia empieza desde muy pequeño, cuando mis padres y la vida en el campo me enseñaron a trabajar y a conocer de los animales. Les cuento que yo trabajé en un convento de monjas ya de grande. Me contrataron, porque yo sabía ordeñar vacas y llenar las ollas que tenían pa' la leche. Además, tenía que arreglar el jardín y cultivar hortalizas.

En el convento había dos vacas y tenían un ternero que lo habían mandado de otro convento para que lo acabaran de criar, pero este animal era un poco curioso. Todas las cercas las saltaba, se metía en la huerta, pisaba y se comía las plantas; sus heces estaban siempre por donde se pisaba. Siempre estaba haciendo males.

Yo, un día, tomé la decisión de hacerle un cabezal, como me enseñó mi padre, con un lazo resistente y, así, lo pude maniar por un tiempo; pero este ternero no se rindió y empezó a echarle muela al lazo hasta que lo reventó.

Por todos esos desastres las monjas ya no soportaban al ternero. Fue, entonces, cuando me dijeron que lo ayudara a vender. Como me gustan tanto los animales, yo le comenté a mi mujer y ella me dijo:

—Si se lo venden barato, cómprelo y aquí lo cuidamos.

Y así fue, al otro día llegué a trabajar normal, como todos los días, al convento, y el ternero estaba al otro lado de la acera. Pensé que, si lo cogía un carro, lo iba a matar. Pobre ternero con cada ocurrencia. Decidí hablar con la madre superiora y le propuse que yo le compraba el ternero y que en cuánto lo vendía. En su desespero la monja dijo:

—Si me lo compra, se lo vendo en 60 pesos, y lléveselo.

Sin embargo, le regateé la venta y le pregunté que, si me lo dejaba en 40 pesos y me los podía ir descontando de mi sueldo. Ella me dijo:

—Espere hablo con los demás.

Ese día, mientras esperaba la razón de la superiora, realicé mis tareas habituales: ordeñar las vacas, sacar al pasto y sembrar en la huerta. En un momento inesperado, llegó la monja y me dijo:

—Llévese ese ternero por los 40 pesos.

Lo llevé a la casa en la ciudad de Bogotá. Como en ese tiempo no había tantas casas, tenía algo de espacio para tener al ternero. Yo lo purgué y le inyecté vitaminas, así se fue poniendo bonito y crecía. Mis hijos menores estaban felices con el ternero, lo bañaban, lo sacaban a pasear y lo consentían.

Nosotros vivíamos en ese entonces en un sótano de dos niveles donde se bajaban escaleras estrechas para llegar, pero el ternero siempre encontró su forma de bajarlas. Él se comía todo lo que encontraba en la cocina y volvía a subir para salir; gracias a Dios nunca hizo sus necesidades dentro de la casa.

El ternero aprendió a vivir en familia y cambió su comportamiento; ahora era muy tranquilo, porque todos lo consentíamos mucho. Lo bautizamos con el nombre de Pepino. Se volvió la mascota de la casa, era obediente, comía hasta cáscaras de naranja, hollejos de papa y ameros de mazorca. Yo le daba, a veces, una cerveza y él se la tomaba y me hacía con la cabeza que le diera más.

Un día, ya grande el ternero, yo lo llevé a un parque que había al lado para que comiera pasto fresco y limpio. Me agaché para amarrarlo de una matica, cuando de pronto se me lanzó y me dio un tremendo golpe contra el piso. Yo quedé muy asustado y me acordé de una frase que alguna vez me dijo mi padre:

—A los animales no hay que darles confianza, porque una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando.

Cuando me recuperé del golpe, volví a mi casa; le conté a mi mujer lo sucedido y me aconsejó que lo vendiera, porque de pronto aporreaba a algún niño o una persona y me iba a meter en un problema bien grande. A mí me daba mucho pesar porque Pepino era el querer de todos, pero ya estaba muy grande el toro, tenía unos cuernos gruesos y largos.

Finalmente, mi padrino me ayudó a conseguir el comprador y me dieron 1.800 pesos por Pepino. Era una buena plata. Con muchas lágrimas en los ojos de toda la familia, se fue mi amigo llamado Pepino.



2.0

EDILIA IBÁÑEZ VARGAS

En vísperas de novenas, nació el 13 de diciembre de 1951, en un hogar feliz de Barrancabermeja. En esta hermosa y cálida ciudad, Edilia realizó sus estudios de primaria y bachillerato. Se convirtió en Ejecutiva de Cuentas con una Especialización que le brindó la oportunidad de trabajar en su juventud. Es casada, y de esa unión nacieron dos preciosos hijos, hembra y varón. Actualmente casados. Ellos la han hecho feliz dándole 5 nietos. Sus hobbies son las manualidades, viajar, leer y escribir para darle vuelo a la imaginación. En una mañana de junio de 2021, se sintió muy bendecida al recibir la invitación de la Escuela Virtual Historias en Yo Mayor. Agradece por este lindo proyecto que le permite: “saber que el ser adulto mayor no nos impide ser creativos y narrar experiencias vividas”.

EL PAJARITO QUE REGRESÓ A SU NIDO

Por Edilia Ibáñez Vargas

Aquella mañana de octubre, en época de invierno, la suave brisa que corría y el oscurecer de los nubarrones anunciaban que pronto llovería. Luisa, la dueña del restaurante del barrio, y sus dos hijas se apresuraban a recoger los enseres ya que las fuertes brisas y los inmensos arroyos provocaban desastres dentro y fuera de las viviendas, preocupando a quienes no estaban preparados para esta emergencia.

Muy cerca de allí vivía la familia Bohórquez, que tenía tres hijos: Edgardito, el mayor; Daniela, una graciosa nena; y Raúl, el menor, quienes eran amigos de Key, sobrino de Luisa. Key era un niño hiperactivo de tan solo cuatro años. Ese día miraba hacia arriba a un frondoso árbol que se encontraba sembrado a las afueras de su casa y en una de sus ramas se observaba un gran nido y, en su interior, se movía un ser viviente.

Curiosamente, Key comenzó a preguntar con insistencia a Mary, su nana, una y otra vez: “Nana, ¿qué hay allí dentro?”. Mary le comentó: “Eso que se movía allí era un pajarito que había nacido en aquel lugar. Sus padres le hicieron una camita para protegerlo del sol y del agua y pudiera sobrevivir”.

Key se interesó mucho y le dijo a Mary que él lo cuidaría para que nada le pasara y no fuera a morir. Día a día el pajarito iba emplumando y sus plumas de colores resaltaban en su cuerpo como si fuera un arcoíris. El niño se sentía orgulloso de ser su protector, lo alimentaba en su piquito, lo cubría con pajita que él mismo buscaba para que nada le pasara. Eran grandes muestras de cariño.

Cierto día, Key se levantó temprano. Fue a mirar a su protegido, Pillín, como él le había llamado, pero este ya no estaba. ¿Cuál sería la reacción de este inquieto pequeño al ver que Pillín no se encontraba en su nido? Corrió, gritó, llamó.

—¡Mary, Pillín no está!

La nana salió corriendo y entró. Los dos salieron a buscarlo y no lo encontraron por ningún lado. La tristeza invadió a Key, perdió todo el ánimo, no quería jugar, no quería comer. Buscó a Daniela y a Edgardito, sus amigos, y les comentó lo sucedido. Los tres de nuevo lo buscaron a los alrededores, pero fue en vano, no apareció. Este pequeño niño no

descansaba ni un momento mirando el nido con la ilusión de volver a verlo.

Habían pasado varias semanas, quizás dos meses. Una mañana, el pequeño niño fue despertado por el trinar y el dulce cantar de un pájaro. Se levantó y se asomó por la ventana y ahí, dentro del nido, sacudiendo sus alas y cantando de alegría, se encontraba Pillín con un lindo plumaje, quien además había crecido un poco.

Key salió corriendo. Parecía que su corazoncito se le iba a salir del pecho de la alegría, lloró, le reclamó y el pajarito lo observaba sacudiendo sus alitas como si quisiera abrazarlo. Este pajarito se sentía agradecido con el mundo. Key pensó y le comentó a Mary con desconfianza que sería bueno ponerlo en una jaula para que no se volviera a ir, pero Mary, que desde muy pequeño le cuidaba, le decía al niño que, así como ella había cuidado de él, no sería justo privar al pajarito de la libertad, porque todos éramos libres para cantar, para reír, para amar; que Pillín, aunque volara, no dejaría de volver al nido donde nació y fue cuidado con amor.

Key, muy pensativo, comprendió lo que su nana le dijo y dejó que Pillín fuera libre.

Cada mañana el pajarito volvía, trinaba y despertaba a Key, quien, con una sonrisa, lo miraba y pensaba que quien da cariño regresa con gratitud. Y así pasaron los días hasta que Pillín se convirtió en un pájaro adulto, volando en manada, pero retornando todas las mañanas al nido, como dando gracias, esto era la alegría más grande para Key, quien aprendió amar y valorar a los animales y a las personas que lo rodean. En especial a sus padres y hermanos que lo cuidaban como un pajarito.

Pasaron los años y Key creció, pero nunca olvidó aquel nido ni aquel animalito tan tierno y delicado que había hecho su infancia feliz. Fue entonces cuando decidió ser protector de los animales y formar su propia fundación donde cuidaba y daba de comer a todos, pero sus preferidos eran los pajaritos que cantaban sin cesar y alegraban el ambiente. La llamó “El pajarito que regresó a su nido”.



2.0

CARLOS MEJÍA

El 19 de mayo de 1953, Manizales recibió a Carlos Arturo Mejía. Mientras crecía, viajaba mucho gracias a la actividad laboral de su padre quien, ejerciendo como agrónomo, recorrió el viejo Caldas y el Valle del Cauca. Años después, Carlos trabajó con el Departamento del Valle del Cauca y, por su cargo, visitó sus 42 municipios. Le gusta leer, escribir, viajar y observar la naturaleza. Además, le encanta practicar la fotografía. Agradece por encontrar a jóvenes y a personas preocupadas por conocer y visibilizar la historia de los mayores. Inés Elvira, una amiga de taller, fue quien le comentó sobre Historias en Yo Mayor.

A LA AUSENCIA DE GATOS Y PERROS COMO MASCOTAS, BUENAS SON LAS LAGARTIJAS

Por Carlos Arturo Mejía

A) Experiencia con una gata

Le ocurrió a Juan, de adolescente, en una hacienda cerca de Pijao, municipio del departamento del Quindío. Me dijo que luego de dar una caminata con su padre, su tío y sus primos por entre los cafetales, llegaron al corredor de la casa donde un mesón largo y ancho los esperaba. Ya se encontraban sentados unos nueve, diez u once trabajadores; se acomodaron y enseguida arribaron seis o siete más recogedores, quedando la familia en medio de la tropa.

—Las mujeres sirvieron el sancocho de gallina —me dijo—. Al instante de dar el primer sorbo vi a una gata venir desde uno de los extremos; caminaba lento y no sé por qué me sentí amenazado. Siempre mantuvo en alto la cola, pero, al pasar frente a mí, la dejó caer sobre el plato. Salpicó mi cara y la camisa. Ruborizado, abandoné el sancocho y continué con el arroz, la ensalada y el patacón, pasando los bocados con tragos de jugo de naranja endulzado con panela.

B) Experiencia con una perra

Pasaron los años.

A la oficina donde trabajó Juan, llegó un hombre de Buenaventura, le ofreció caracoles tirados por cangrejos, le compró uno y se lo llevó a su casa. Un día, bebiendo cerveza en la bolera, le pregunté por su caracol con patas de cangrejo.

—No, pues mira que la perra nacida de dálmata y collie, de cuerpo y pelaje igual al pastor, pero blanco y negro, arrastró su cola y su ano sangró tanto que hubo que llamar un veterinario. Entre operarla o dormirla, la familia decidió por la última opción. Aunque todos lo sentimos fue mi hermana quien lloró la muerte de Natacha. Después supimos que la perra se había tragado al cangrejo y su concha de caracol.

Por eso mi amigo no tiene mascota. Prefiere observar al gabilán acercarse cautelosamente a su alimento o cuando es perseguido por un cirirí. Admira a los amarillos que mansos bajan por el grano que suelta el pasto. Disfruta cuando oye el graznido de guacharacas, pellaes y

gavilanes. El canto del “diostedé” y del cucarachero. Cuenta también que, en su apartamento, cuando ya está entrada la noche, oye golpecitos que identifica; son las lagartijas que ve de día bajar y subir por las paredes cuando está sentado frente al televisor o está por ahí bebiendo un tinto. Sus mascotas son animales que llegan a sus oídos, a sus ojos, incluso cuando huele el orín de un gato en el tejado o ve un bollo de perro que no recogió su dueño. Sus mascotas viven libres de él y, sin embargo, las disfruta.

—No humanizo a los animales, los respeto tal cual son, los amo libres y, así, también yo lo soy —dice mi amigo.



2.0

CARMEN ROSA BERDUGO

Salió a los 18 años de Charalá, su pueblo natal, con el título de Normalista, otorgado por el colegio de La Presentación, para ser maestra. Muy optimista y con la valentía que caracteriza a la mujer santandereana, quiso conquistar su propio mundo. Hoy es feliz, porque tuvo la maravillosa oportunidad de ser acogida en las entrañas de la Universidad Nacional de Colombia, su querida Nacho, para estudiar biología. Esta provinciana de tierra caliente, además de enamorarse, tener y educar a sus dos amados hijos, trabajó durante 42 años en educación en colegios distritales y algunas universidades, bajo el infinito cielo gris de Bogotá y la delicada lluvia de los meses de invierno. Se considera bogotana por adopción, pues esta ciudad es un escenario de encuentro con personas y experiencias maravillosas como Historias en Yo Mayor.

ESA ENORME PIEDRA

Por Carmen Rosa Berdugo

Cuando veíamos que Caribe, su perro guardián, miraba hacia la laja, ladrando muy emocionado y batiendo la cola, ya sabíamos que lo había visto venir montado en su caballo. Laja se le decía a esa gran roca amarillenta y lisa que parecía cubrir la loma o montaña más próxima a la casa donde vivimos la infancia con mis hermanos. Todos los que pasaban por el camino real consideraban la laja un lugar de referencia, desde donde muchos divisaban su lugar de destino final. Tal vez le decían así, porque se veía desde lejos, y, además, se mantenía limpia y reluciente por la acción del agua cuando llovía.

Ante el comportamiento de Caribe, todos salíamos corriendo y apostábamos al que llegara primero a esperar a nuestro amado papá. El punto de encuentro era esa enorme piedra que se había arrimado junto al tronco de un frondoso gaque o cucharo para que la protegiera con su sombra. Siempre estaba decorada con las manchas secas de las pegajosas gotas del amarillento látex o adornada con las hermosas flores que este dejaba caer. Mientras papá hacía su recorrido por la travesía que continuaba después de la laja, dejaba atrás la hondonada donde lo perdíamos de vista, hasta cuando escuchábamos el trote de su caballo, muy cerca de la piedra, ubicada al final de un prado, llamado sabana. Más o menos a una cuadra de distancia de la casa, teníamos tiempo para hacer toda clase de cábalas, como a quién llevaría montado en cabeza de la silla, cómo colgarse de la cola del caballo para ir detrás o, finalmente, quiénes ganarían la carrera para llegar primero a la casa, nuevamente. Casi siempre la ganadora del puesto preferencial en la cabeza de la silla era la hermana más pequeña, por ser la que menos le rendía caminar.

De todas maneras, esa piedra nos trae muy buenos recuerdos para los 5 hermanos mayores, porque en ella disfrutamos y compartimos muchos de nuestros inventos y travesuras de esas edades, entre los 2 y 7 años, cuando nos dejaban ir allí a jugar a la tienda; a coleccionar hojas, flores, frutos, palos y toda clase de piedras para hacer cuanto tipo de construcciones se nos ocurría; a adivinar o interpretar cada una de las figuras formadas por las manchas de látex del árbol que caía sobre la piedra; o las distintas competencias que hacíamos mientras esperábamos a papá cuando iba al pueblo.

Pasados los años, todos crecimos, vendieron la finca y esa casa de recuerdos quedó atrás. Aunque era de dos pisos y nos parecía muy grande, en el segundo piso, solo tenía dos habitaciones: la de los hombres y la de los papás y las mujeres, la cocina, el comedor, el baño y un extenso corredor por todos los lados. En el primer piso, había un lugar para depósito y el espacio para las escaleras internas y externas y más corredores. Por eso, cuando volvimos y recorrimos la distancia de la laja a la casa, nos dimos cuenta de que no era igual a la imagen que guardamos en la memoria. Es más cerca. También, notamos que si estamos todos y nos subimos a la piedra, tampoco da el espacio para que podamos jugar, aunque sea, una partida de cartas, porque nos parece demasiado pequeña.

Y de Caribe es importante destacar que, además, nos acompañó por mucho tiempo como compañero de juego; pero cuando estaba muy viejito, con frecuencia se confundía y, muchas veces, cuando veía pasar algún jinete en la laja, se emocionaba creyendo que era nuestro papá, lo esperaba un rato, pero nunca llegaba.



2.0

SONIA ÁLVAREZ

Es una mujer muy especial, alegre y sentimental que disfruta los animales, el baile, su trabajo y cocinar. Cuando Sonia cocina lo hace con amor, por eso todo le queda rico y los comensales hasta se chupan los dedos. Nació en 1950 en Santiago de Cali y vive agradecida con Dios por darle una maravillosa familia. Desde que entró a Historias en Yo Mayor, ha tenido la oportunidad de escribir todas las historias reales e inventadas que siempre le había contado a sus hijos y nietos antes de dormir.

LA MARIPOSITA QUE SE LE CAYÓ EL ALA

Por Sonia Álvarez

Este cuento sí me lo inventé.

Yo tenía mi hija pequeña con 5 años y dos primas de ella que son mayorcitas solo 6 meses. Un día mi hija me dijo:

—Mamá, ¡cuéntenos un cuento!

Entonces se me vino a la cabeza lo siguiente:

Se iba a celebrar una fiesta de todos los animales de la selva. Invitaron a perros, gatos, elefantes, jirafas, mariposas, vacas, cerdos, ranas, gallinas y osos. Todos estaban felices por ir a ese importante evento.

Entonces llegó el gran día. Todos alistaron sus cosas para llevar. Cada uno tenía que llevar algo. El perro se puso un corbatín y llevaba alimento para perro. Lo mismo el gato, se puso su cascabel y llevaba pepas para gato. El elefante iba con esmoquin todo elegante y un baldecito con pasabocas. Las gallinas, todas esponjadas, con su maíz debajo del ala. La jirafa con corbata y el oso se compró un buen traje.

Todo estaba listo, esperando a que llegaran los invitados.

La mariposa se arregló muy bella, se acicaló, se acomodó las alas, se maquilló y se fue toda feliz para la fiesta. Iba tan feliz volando que se chocó con una rama chuzuda y se le cayó un ala.

La mariposita se sentó a llorar en una piedra. En eso venía el perro, que iba para la fiesta, la vio llorando y le dijo:

—¿Qué te pasa, amiga?

La mariposita le dijo:

—Se me cayó el ala, ¡se me cayó el alma! Y voy para la fiesta y no puedo volar.

El perro le dijo:

—No llores que yo te ayudo a solucionar. Móntate en mi cuello y vamos a mi casa.

El perro sacó un pegante muy fino que tenía en su casa y le pegó el ala. Así que se fueron felices para la fiesta. El perro iba al trote y la mariposita, volando, cuando de pronto se vino a tierra. Cayó en medio de una arena y se puso a llorar. En ese momento pasó el elefante, que

también iba para la fiesta, cuando la vio llorando y le preguntó:

—¿Por qué lloras, amiga?

—Se me cayó el ala, dijo la mariposa, y voy para la fiesta y no puedo volar.

—No te preocupes —dijo el elefante—, siéntate en mi lomo y vamos para mi casa.

Le pegó el ala con moco de elefante y se fueron muy contentos a la fiesta, el elefante al trote y la mariposita, volando.

De pronto, otra vez, ¡prunmmmm! El ala cayó encima de un tejado. La mariposita se puso de nuevo a llorar. Una de las gallinas, que iba para la fiesta le dijo:

—¿Por qué lloras, amiga?

—Se me cayó el ala y no puedo volar para ir a la fiesta.

—No te preocupes —le dijo.

La gallina se la llevó y le pegó el ala con el néctar dulce de las flores. La mariposita salió volando y el ala nunca más se le volvió a caer.

En la fiesta, todos los animales felices y contentos bailaban y aplaudían. La mariposita les dio las gracias a todos los animales que la ayudaron a recuperar su ala, a recuperar su alma para poder ir a la fiesta.

Comieron maíz, alimento de perro, pepas de gato, hierba para vacas. Y se abrazaron todos, se tomaron fotos y fueron muy muy felices.

Muchos años después, aún le cuento esta historia a mi nieta Alma, que me pide que se la cuente cada noche, antes de dormir.



Ilustración en acuarela y collage realizada por la hija y la nieta de Sonia Alvarez.



2.0

ALFONSO LÓPEZ ORTEGA

Muchos años después de Palonegro, en los recuerdos de los abuelos, empezó una ignota peregrinación que germinó en el 40, con las primeras luces en tierra santandereana. Custodiado por montañas y fuentes cristalinas, sus primeros pasos camino a la escuela lo volcaron a la formación de maestro y a supervisar las olvidadas escuelas de sus compañeros. En el imprescindible camino hacia pueblos, campos y veredas, transcurrían hermosas anécdotas que fueron condimentando su espíritu. En la parte noble de la pandemia encontró refugio en la escritura, para revivir anhelos de retomar el lápiz y dedicarle imprescindibles insomnios a recordar algo, para que su inveterada timidez le abriera el privilegiado escenario de Historias en Yo Mayor.

LA MULA QUEJUMBROSA

Por Alfonso López

Ocurrió hace muchísimos años por tierras de Santander.

Para entonces, constantemente los arrieros tenían que transitar por el camino real que unía a Bucaramanga, Cúcuta y Caracas.

Caravanas de mulas hacían extenuantes jornadas por caminos escabrosos, llenos de peligros que cruzaban ríos caudalosos e impresionantes abismos que, en tiempos lejanos, habían sido vías de penetración de los conquistadores en busca del codiciado oro.

Las mulas siempre iban cargadas con pesadas cargas de mercancías y las primeras máquinas que empezaban a llegar por piezas, debido a la imposibilidad del transporte. Ellas afrontaban toda suerte de peligros.

Los arrieros, hombres fuertes, de gruesa contextura acostumbrados a los rigores de sus arreos, manejaban caravanas de veinte o treinta entre mulas machos y, a veces, hasta burros, para completar las interminables caravanas. En jornadas intensas, debían llegar a posar en grandes casonas dotadas de pesebreras, potreros, corredores y alares donde se resguardaban de la lluvia, mientras se retiraban por turnos para cuidar la carga y preservarla de ladrones y salteadores que desde ya existían.

En las mencionadas posadas, terminaban cada jornada para dar de comer y beber a las bestias, curarles las mataduras de las cargas, poner herraduras, reacomodar los aperos, cargas y descansar un poco. Hacían esto después de comer el avío preparado desde su casa para las largas jornadas de arreo.

Cada recua contaba con animales escogidos por su resistencia, nobleza y docilidad para las faenas, por eso las más apetecidas eran las de color pardo, rucias, coloradas y negras con el visto bueno del arriero.

Los intransitables caminos, durante los inviernos, se convertían en una casi tragedia para animales y arrieros por los obstáculos que debían salvar como árboles caídos, enterraderos y deslizamientos de tierra. Allí, tropezaban las bestias cargadas y las dificultades aumentaban con tener que lidiar el arriero solo con tantos inconvenientes.

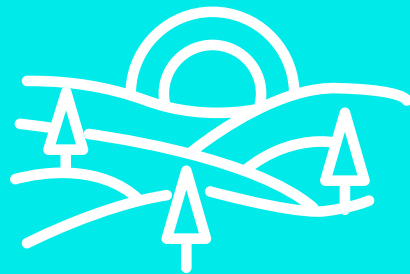
Desde tiempos inmemoriales, posaderos, vecinos y arrieros fueron contando, llenos de temor, el día en que, durante un largo viaje, con enormes tropiezos, el arriero, salido de sus ropas, insultaba con palabrotas a los animales, porque no cumplían bien su trabajo. Se encontró con tan mala suerte que una mula rucia, de malas mañas, aprovechaba lo difícil del camino y se tiraba patas arriba con todo y carga, para que el arriero tuviera que darse a la tarea de descargar y llevar a otra mula de repuesto, dejando a la avispada liviana de su carga.

Ese día aciago, su paciencia se acabó y, en un trayecto lleno de barro, la mencionada rucia se tumbó sobre su carga, como en otras tantas oportunidades. Pero el arriero, conociendo sus alcances con el chuco de arriar, la azotaba sin piedad, llenándola de cuantas groserías existían en el amplio vocabulario de los arrieros.

Fueron tantos los palos, las patadas, los azotes y los insultos, que la mula le dijo: “No me pegue más”. El espanto se apoderó del arriero, sus piernas temblaban, se le quitó la voz, sus pelos se erizaron y un tibio sudor recorrió abundantemente sus pantalones.

Como pudo, se adelantó corriendo lejos de su recua, se sentó sobre una piedra casi sin respiración por la carrera, cuando el perrito, su compañero de siempre, al fin lo alcanzó y con voz fatigada le dijo: “Qué susto que nos dio esa mula”. El arriero se desmayó, sus compañeros lo recogieron y, después de volver en sí, les narró fielmente la historia. Vendió el perro, se refugió en su casa y nunca más lo volvieron a ver.

Desde entonces los arrieros de todas las regiones del país tratan muy bien a sus mulas, las consideran y tienen la creencia de que, en el paraíso terrenal, todos los animales hablaban, pero que perdieron esta facultad, el día en que una mula, como la rucia, le dijo una mentira a Noé para meterse en el arca del diluvio universal.



SEMANA 7

Termina la sexta semana del Segundo Heptamerón y comienza la séptima y última, en la cual las personas mayores, a propósito de los viajes, conmemoran las más emocionantes e inesperadas travesías. Ofelia conoce, de la mano de su esposo, la majestuosa naturaleza de Juradó; Alcira recorre, a vuelo de cóndor liberado, la cordillera blanca del norte de Boyacá; Héctor construye un puente que conecta la lógica matemática con la escritura para hacer poesía; Fernanda, por cinco meses, emprende, con éxito, la vuelta a Europa en dos ruedas; Mario descubre, en familia, la imponente y hermosa Machu Picchu; y Margarita María transita, de forma inesperada, de la casa a la plaza pública.



2.0

OFELIA ARÉVALO ARIZA

Cuyabra legítima, es decir, oriunda de Armenia, Quindío. Nació el 22 de febrero de 1947, y tiene ancestros santandereanos por parte de su madre. Licenciada en Español y Literatura de la Universidad del Quindío, con especialización en Pedagogía y un diplomado en Andragogía y Organización de Archivos de la Universidad del Valle. Trabajó en el SENA por 32 años, 22 de ellos como instructora. Publicó algunos cuentos y poemas en revistas institucionales, estando en el SENA. Actualmente, participa en talleres y tertulias literarias, pues escribir es su otra vida. Hace tiempo trató de vincularse a Historias en Yo Mayor y solo este año tuvo la oportunidad de hacerlo. Gracias al proyecto, logró recibir y entregar saberes y experiencias, convirtiendo su participación en “una experiencia maravillosa”, en palabras de Ofelia.

UN VIAJE CUASI EXPLORACIÓN

Por Ofelia Arévalo

Era diciembre 15 de 1992 y, por fin, mis dos hijos y yo íbamos a conocer la tierra donde había nacido Carlos, mi esposo, el papá de esta familia: Bahía Humboldt en la costa chocoana, en el municipio de Juradó, corregimiento Coredó. Es el último municipio colombiano antes de Punta Ardita, límite con Panamá.

Viajamos desde Armenia hasta Buenaventura, porque debíamos abordar un barco de cabotaje, el Juan David, pero solo salía tres días después de nuestra llegada. Aprovechamos el tiempo para visitar familia, tanto de parte del papá como mía, y para comprar cosas que Carlos sabía no había o eran difíciles de conseguir al llegar a nuestro destino.

Eran las 2:00 de la tarde cuando llegamos a El Piñal, al embarcadero La Palera. Era un agitado ir y venir de personas y bultos; muchos viajaban como nosotros y llevaban bultos de mercancías (que llenaron la bodega) para sus locales allá en Juradó o en otros municipios que quedaban en el recorrido. Nuestro grupo era de 8 personas, pues se habían agregado a nuestra familia dos parejas amigas, a quienes también les parecía toda una expedición al más exótico lugar, hasta ese momento desconocido por todos los que habíamos nacido aquí en medio del verde de nuestro Quindío. Aunque algunos habíamos ido a la costa Atlántica, sabíamos que sería otra experiencia.

Zarpamos como a las 3:30 de la tarde. Mi hija mayor, Paola, tenía 12 años y, claro, iba y venía por todas partes. El menor, Carlos Eduardo, de 8 años, no tenía tanta confianza y permanecían junto al grupo, mirando y preguntando. El viaje sería de 20 horas.

Veíamos cada vez más lejana la línea de la costa, sabíamos que este tipo de barcos siempre sigue la costa, pero no pensábamos que se navegara tan lejos. El mar era hermoso, manchado por los arreboles de un atardecer de verano. Había peces voladores, síiiii, saltaban del agua y se desplazaban varios metros por el aire. Vimos los delfines que seguían el barco, así, hasta que oscureció y el cielo era un espectáculo de esos que ya en las ciudades no podemos ver por la luz eléctrica. No veíamos la luna, pero al cielo no le cabía una estrella más.

No había oleaje fuerte, pero de todas maneras el barco tenía su vaivén y mi hija se

enfermó con un mareo horrible; yo estaba asustada, porque creí que se iba a deshidratar. Por fortuna, nuestros amigos llevaban suero y, con eso, ella dormía un rato, pero cuando despertaba, volvía su estómago a devolver todo. Carlos Eduardo dormía a mi lado, todos estábamos sentados en la cubierta y así vimos el amanecer.

En el barco nos daban comida, sobre todo pescado y plátano frito que sabía diferente, porque eran peces acabados de sacar del agua. Seguíamos viendo muchas gaviotas y otras aves. Cuando pasábamos cerca de las playas donde había poblaciones, ellos venían en canoas de remo o lanchas a motor para bajar mercancías o subir productos y nuevos pasajeros.

Eran cerca de las 11:00 de la mañana cuando nos dijeron que habíamos llegado a Coredó, y vimos que se acercaron una lancha y una canoa. En esta última, pusimos todas las maletas y bultos que se llevaban. Nos ayudaron a bajar, allí estaba el abuelo Graciliano, papá de Carlos, y algunas de sus hermanas y sobrinos, estábamos como a un kilómetro de la playa.

Cuando ya llegábamos a la playa, todos, automáticamente, nos tiramos al agua, fue hermoso. El agua era transparente y cálida, sobre un tapete de arena dorada, casi blanca; y había muchísimas palmeras de frente la casa de Don Graciliano, donde nos hospedaríamos. Esta se encontraba muy cerca de una casa que estaban construyendo las hermanas. Todo era madera. El olor del mar, de este mar, no se parece a ningún otro, tal vez por ser una playa completamente limpia. Es una bellísima ensenada que parece una piscina.

Igual nos sucedió cuando fuimos a Juradó, una semana después. Así la playa de allá sea de arena gris, lo que da una visión diferente del mar, es absolutamente incontaminada y hermosa.

Lo más hermoso de estos lugares era la sensación de paz, de horizontes sin límites y, lo más importante, para ir de un lugar a otro solo necesitabas caminar, nadar o subirte a una canoa o a una lancha.

Como a una cuadra de la casa, tomando a la izquierda, baja una quebrada de agua dulce que termina en la playa y va al mar. En el extremo derecho de esta playa (como a 2 kilómetros), hay un risco del que baja una cascada bellísima que, al caer, se mezcla con agua salada que forma un charco a la sombra de inmensos manglares

Allí, vivían unas ocho familias, casi todos de la familia Hurtado Jori, (apellidos de mi

esposo), de manera que, en la noche, se ponía a funcionar la planta eléctrica y se armaba reunión frente a la casa, donde el agua para tomar era “agua de pipa”, que es el agua que contiene el coco biche. Se recogía, en la playa y en las rocas (ellos le dicen longos), pequeños moluscos marinos para elaborar el “guacho”, que es una especie de arroz parecido al peto, hecho con agua y leche de coco, al que se le agrega en su cocción los moluscos recogidos en la playa.

Fue una semana inolvidable para todos, hasta Carlos Eduardo aprendió a nadar allí en esa maravillosa piscina natural. Allí pasamos Navidad, con villancicos y cantos de su cultura, “arrullos”, dicen, acompañados de tambora y maracas.

Nos fuimos temprano a Juradó en lancha, viaje de 60 minutos. Salimos a las 6:30 para que, según dijeron los primos expertos en estos viajes, no tuviéramos problemas en la entrada de la bocana, “BocaVieja” se llama, donde sale el río al mar: si se llega más tarde, el oleaje vuelve muy riesgosa la entrada. Salimos mirando al detalle todo y vimos cómo, después de estar casi parados con la lancha en el vaivén de las olas, uno de los muchachos contaba: “1, 2, 3, yaaa”, lo que significaba poner el motor al máximo y enfilarse hacia el río para pasar cuando las olas hacen como una pausa y, así, entrar al embarcadero del pueblo.

Allí, igual caminamos por playas y playas donde lo único que había como desechos eran gigantescas raíces o troncos de árboles que arrima el mar. Un día fuimos a un poblado indígena muy arriba por el río Juradó y, en el recorrido, pidieron silencio y apagaron el motor para que viéramos a una familia de un Gallinazo-Rey con su pareja y su hijo, comiendo de un animal que estaba en la otra orilla, mientras que todos los demás hacían círculo y esperaban que terminaran. Así pasó, ellos alzaron vuelo, se posaron en las ramas más altas de un gigantesco árbol y los demás arrimaron. Ese animal y su familia eran impresionantes, con su color blanco, su cabeza roja y su gran tamaño. Toda la imagen fue impactante.

Hacíamos caminatas de 2 o 3 horas a otros poblados, por playas y paisajes verdes inolvidables con riachuelos transparentes. En lancha, íbamos a otras playas cercanas a pescar y hacer fogata para comer pescado asado con solo un poco de sal, pero que era todo un manjar.

Fueron 15 días que para todos han sido inolvidables, para chicos y grandes, porque fue estar inmersos en costumbres, comidas y formas de hablar completamente diferentes. Fue

otra visión de mundo. Tanto así que, varios años más tarde, cuando a mi hija, ya profesional, le dieron a escoger varios sitios del país para ir a trabajar, no lo dudó un instante, volvió allá y vivió casi un año con otras realidades más difíciles que se viven hoy, pero igual con el corazón en cada recuerdo de su primer viaje de niña.

Yo he podido volver solo una vez, pero ya fuimos en avión hasta Bahía Solano y, de allí, en lancha hasta Juradó. Sigue siendo hermoso, así en el aire no haya la tranquilidad de esa primera vez.



2.0

ALCIRA CORREA VALBUENA

Es la profe amante del medio ambiente. En vacaciones iba a contemplar las “bellezuras” de Güicán de la Sierra, su pueblo, a los cóndores alegrando el paisaje con su majestuoso vuelo; y a compartir saberes y pareceres con sus ancestros campesinos. Lagunas encantadas, frailejones, caminos de viento y montañas la vieron crecer, desde los años cincuenta. A Historias en Yo Mayor se vinculó por un pariente. Le ha servido para compaginar la creatividad, la felicidad y la vida, a través de los afectos y las letras. Sin duda, todo esto es ella; su alegría es la misma. ¡Ah!, a propósito, nos invita a su tierra, la que aprecia tanto como lo hacían sus antepasados: “Con alma, vida y sombrero”.

VIAJE A OJO DE CÓNDOR

Por Alcira Correa

Teniendo como premisa que el cóndor simbolizaba la fuerza, el enaltecimiento, la grandeza y la libertad y es el símbolo emblemático de nuestro escudo nacional, el viaje aquí será con la historia de Wayra y Sirará. Ellos fueron traídos del zoológico de San Diego, en California, para poblar con sus congéneres las altas montañas, atravesando la cordillera blanca del norte de Boyacá, más puntualmente en Güicán de la Sierra.

La aventura de estos cóndores en Colombia comenzó con su llegada al Aeropuerto El Dorado, de donde salieron en un bus rumbo a la casa de turismo llamada Posada Sierra Nevada. Allí tenían todo dispuesto para recibirlos.

Salieron del aeropuerto, cruzaron el Distrito Capital e iniciaron el recorrido por muchos pueblos. Pasaron por el páramo de Güina, descendieron al cañón del Chicamocha, pasando por la tierra del escritor Eduardo Caballero Calderón. Continuaron subiendo y bajando por una larga y agreste carretera. Después de 14 horas llegaron a su destino.

Como los héroes que serían, fueron recibidos, con gobernador a bordo, por las autoridades ambientales (Corpoboyacá y la Fundación por la Defensa de los Cóndores), autoridades municipales, los anfitriones, los guardianes de cóndores y la gente de la región. Hubo aplausos, júbilo y expectativas.

Los encargados del cuidado, hasta este lugar, descendieron del bus para cumplir su misión. Alegres saludaron, también aplaudieron.

Bajaron las cómodas jaulas donde venían Wayra y Sirará e hicieron entrega oficial, mientras sonaba el himno nacional.

Fue emocionante un poco de protagonismo, sí. Ver a aquellos animalitos todavía indefensos mueve fibras.

Pasaron los protocolos y examinaron nuevamente a los cóndores para acomodarlos donde pasarían sus primeros diez días de cuarentena. Les pusieron los chips.

Con mucha alegría los recibió Marcela, la dueña de la Posada Sierra Nevada, como se llama aquel lugar a donde llegan muchos turistas internacionales para ascender a la montaña, disfrutar de los senderos y del ecoturismo en general.

Ella adecuó un cuarto de la casa con todos los protocolos. Ese espacio fue llamado Toti, donde comenzarían la cuarentena estas aves de la familia Catarthidae, palabra derivada del griego “Kathartes” que significa “el que limpia”, haciendo alusión a los hábitos carroñeros de la especie. El cóndor es llamado “el limpiador ambiental”.

Pasado este tiempo, siguió el ritual de dejarlos en lo más alto de la rocosa montaña, lugar explorado con detenimiento por los expertos, buscando la comodidad de su nuevo hábitat, donde pasarían otros días antes de la liberación. Allí terminarían el tiempo de aclimatación.

Salieron de la Posada Sierra Nevada todavía en las jaulas al lugar acordado. En la comitiva iban los escaladores, un delegado de entidad ambiental y dos representantes de los cuidadores de cóndores, muy expertos ellos, quienes serían los encargados de alimentarlos y monitorear su crecimiento, registrando cualquier cambio.

Pasaron el tiempo de la cuarentena sin ninguna novedad y llegó el día más esperado, el de la liberación.

Los cuidanderos escalaron hasta la cueva improvisada y quitaron la malla para dejar libre el espacio. Los demás espectadores estaban escondidos entre arbustos y rocas, listos para registrar esos instantes.

El día 15 de febrero de 2013 se vieron salir de la cueva, se pararon en un ángulo de la roca, con paso medido, pero solemne. Con su mirada exploradora, abrieron las alas en toda su amplitud, como quien se asegura de su potencialidad; movieron el cuello esperezándose de la quietud de la noche; y, mirando al astro rey que estaba atento a este espectáculo, lanzaron un fuerte aleteo como diciendo “Aquí vamos, exploraremos este territorio, ascenderemos a las cumbres blancas”. Dieron giros, buscando la corriente de aire caliente propicia para volar. Con las alas abiertas en su máximo esplendor, emprendieron su majestuoso vuelo a los valles distantes, a las escarpadas montañas escuetas y desoladas por el deshielo, pero imponentes y protectoras.

Fueron sublimes y llenos de emoción esos momentos, al ver cómo los nuevos habitantes de la alta montaña desplegaron sus alas para disfrutar de su liberación, de ese viaje cotidiano por encima de todas las alturas. Ellos, con su radar, van señalando, de este páramo reserva de agua, los mejores lugares para visitar.

Los primeros días los vuelos no fueron tan largos, hasta que el sol se ocultara de nuevo,

tras la imponente cordillera.

Cómo no viajar con Wayra y Sirará a conocer lo maravilloso del lugar y divisar los picos más altos de la sierra nevada: el Ritacuba Negro, por ejemplo; el Ritacuba Blanco, la segunda cumbre más alta de Colombia con 5.350 metros sobre el nivel del mar; o el Pan de Azúcar, entre los 22 picos del glaciar.

Cómo no contemplar fascinados las lagunas glaciares del páramo alto andino, como la Laguna Grande de la Sierra, la Laguna de la Plaza y la Laguna Grande de los Verdes, con sus cristalinas, heladas y místicas aguas.

Cómo no lanzarse a conocer la exuberante vegetación, los arbustos nativos como tobos, palo blancos, colorados, encenillos, mortiños y romeros, entre tantas plantas dueñas de este suelo, las cuales albergan a la fauna propia de la región.

Cómo no contemplar pasmados los bosques de frailejón, que rodean las laderas de la alta montaña, donde ocupan su territorio contrastando el paisaje café verdoso con el níveo resplandor de la cordillera.

El valle de frailejones es un paisaje inigualable, donde imponentes se estiran estas espeletias y muestran sus exóticas flores amarillas, adornando estos mágicos lugares.

Desde el aire se observan venados pastando tranquilos, juguetones chicutos (como se llaman a los conejos) corriendo. En ocasiones, se encuentran osos, zorros, tigrillos, pumas y muchos reptiles, por ejemplo, el lagarto collarejo, especie endémica de este lugar.

También se da avistamiento de aves, mariposas y toda clase de insectos. Se encuentran manadas de ovejas, muchas ovejas. A lo lejos, en los riscos, habita la cabra montesa.

Con las alas abiertas cual cóndores, cómo no volar a conocer la laguna San Paulín y contemplar allí el azul profundo de sus aguas, en las que se refleja la espesa neblina cual la mejor pintura. Allí podemos disfrutar viendo cómo los patos juegan con el agua, mientras las libélulas se escapan de su pico.

Esta laguna es alimentada por aguas subterráneas filtradas desde los picos San Paulines, por eso su nombre y su relevante belleza.

Imposible no disfrutar de las caídas de agua como el Chorrerón de Corralitos, dimensionar la formación de los ríos, su entorno, su variada fauna y hermosísima vegetación en tapetes florecidos. Es un completo paraíso, un tranquilo lugar, una inspiración, una obra perfecta de Dios.

Gracias, Wayra y Sirará, por llevarnos a conocer tan únicos lugares, donde se respira aire puro, se calma la sed con sus aguas cristalinas, hay buena energía. Son una absoluta contemplación sus paisajes.

Se regresa con el alma limpia, el cuerpo renovado.



2.0

HÉCTOR HERNÁN HURTADO

Héctor Hernán —modelo 53— Hurtado —pero no mal habido, ávido— Botero-Botero navega su carga más ancha que larga por la Avenida 68 con 68: rrruedas rrrudas alcanzando el poniente. Vivió la profesión más admirada del mundo: lo miraban con la boca abierta y con sus ojitos diciéndole: “Pasito”. Bogotano nacido en paz con Te Ve; entregado a su vocación, su boca en acción, entre habla, nombre y lengua. Vive escribiendo con voz, para vos; viendo o yendo. En vos confía, confió en voz y avanzó con sus haches puestas, venciendo silencios. Encontró en redes a Historias en Yo Mayor, un ya para permanecer creando.

MI PRIMER VIAJE FÍSICO Y MENTAL

Por Héctor Hernán Hurtado Botero

Un día me subieron a un auto y tomamos una carretera recién construida. Pasé por el Páramo de Letras, cerquita del nevado del Ruiz, el mayor de la cordillera central y protector de Manizales. Desperté en casa de tía Graciela, hermana mayor de mamá; Lilian —mi prima— me regaló esta memoria, luego volvería todos los años a las fincas de los tíos.

Yo tenía 70 lunas llenas, asistía a la tierra de mis abuelos maternos -no vivían ya-, año cincuenta y ocho. Serían más de quince horas de camino lo que ayer eran quince días a pie, como los recorría con su recua de mulas mi bisabuelo paterno, hijo de uno de los fundadores de Villamaría, al otro lado del río, límites entre Antioquia y el gran Cauca. Villa Maní se quería llamar...

Con mi primo coetáneo, hijo de tía Esther, vivían en el Parque Fundadores, diagonal al colegio, los Hermanos Maristas, en el primer piso. Vivían en la casa que ya tumbó la ampliación de la avenida Santander; allí quedaba la cafetería el parnaso.

Uno de los recuerdos más vivaces de este niño, aún sin uso de razón, fue cuando fuimos a casa de misia Julia y nos puso las primeras letras en la mano, en la voz, en los ojos —ver, decir y oír para entender—. Ahí empecé a tomar conciencia. Pasaron meses felices y volví a Bogotá con las letras, al kínder del colegio Parroquial Santa Isabel de Hungría —frente al templo siempre en construcción, 8 casetas de latón brillante a menos de 300 metros de casa—. Volví, lo hice con alegría, ya sabía leer antes que mis congéneres y me encontré con la profe Emilita —casi una madrina— que en recreo me veía jugar a las carreras de bolas por los canales del recinto.

El primer día, mi mamá me dio la bendición y caminé con seguridad, sin riesgo de carros, ya que la única calle que atravesaba era la 39 que estaba cerrada. Jamás olvidaré el traje que llevaba, un saquito bocadillo color amarillo. Antes de perder la visual de la casa, volví la mirada y vi a mamá despidiéndome con la mano, avancé y entré con seguridad al recinto que me acogería hasta tercero de primaria, con la Hermana María, mi otra bella profe, en la memoria.

Luego aparecieron los números y me hablaron. También mamá contaba que había sido campeona de cálculo en su colegio. Segundo o tercero de primaria, la prueba era sencilla —aparentemente— o al menos para ella, el inspector les ponía a calcular mentalmente adiciones y sustracciones, y cuando le preguntaron dio la respuesta precisa. Ella recibió su único aplauso, la pasó al frente y le regalaron una hermosa muñeca de porcelana que aún se conserva.

Entonces asumí que la matemática era sencilla y, con tiempo, pude jugar con ella, por ejemplo, aprenderme la tabla del nueve. Con solo mirarla la entendí y me la supe; la del ocho, de tanto repetirla ya la tenía fijada; me adelanté a la del diez la miré y me emocionó la simpleza. Entonces, encontré también la simpleza de la tabla del nueve, le puse lógica y la fijé. Me devolví a la del ocho y encontré lo lógico. Seguí hacia atrás y la del siete no la tenía y la del seis tampoco, pero la del cinco sí, y me hice amigo de los números. Hacía multiplicaciones de tres cifras por tres mentalmente, casi repentinas... 754 por 451. Era un ejemplo bello, del tiempo cuando mi mente era casi virgen y se me llenó de números, después del asombro de las palabras. Fue mi caparazón, esa capa a la razón colectiva impuesta, y creí en mi corazón, como mi corazón. Empecé a embelesarme —en veles arme—, a salir del canto común.

En fin, me enamoraron más los números. Los primeros meses de cada curso lectivo empezaba siendo de los mejores y, al final de año, tenía que luchar para no perderlo. Tenía mucha libertad, había muchos niños con quien jugar, nuestras cuadras tenían zonas libres, al frente, ocho casas igualitas y las tiendas cerquita. Era una urbanización que nació del instituto de crédito territorial, con mil casas para doce ministerios. Mi abuelo tuvo la primera tienda y, luego, a mi padre le adjudicaron un local —era dentista diplomado— y casa provisional mientras aparecía una mejor ubicada. Gobernaban los conservadores y el nombre del barrio desapareció por costumbres, dejó de ser Ospina Pérez para volverse simplemente Muzú, como se llamaba la gran hacienda hacia el suroccidente. Mi mamá Ofelia hacía parte del coro y yo me volví acólito, por una temporada —corta afortunadamente—. El colegio llegó a mi cuadra con la Concentración Escolar Castro Martínez y culminé la primaria, siendo conocido como fémur, porque saliendo a recreo me tropecé y me pegué en el muslo; alcé la voz diciendo me pegué en el fémur y hubo risa colectiva. El recreo era en mi cuadra...

Es bello rememorar estas instancias para afianzar otros procesos. Ahora que me dedico

más a escribir que a leer y declamar mis poemas en pequeños festivales; y creo que la lógica matemática se vinculó a la escritura, derivando palabras y, luego, integrando resultados que me hacen convencerme de que quiero ser poeta. Conjugando el verbo VERBAR.

Estoy con voz creo en vos, escribo con voz.



2.0

LUISA FERNANDA ALDANA CORTÉS

El angelito nació en Bogotá tres meses antes del terremoto que derribó el Ángel de la Independencia de la Ciudad de México. Seguramente era una premonición: a sus nueve años se fue a vivir a ese hermoso país. Creció con los altibajos propios de la vida y de ser el “arrocito negro” de su familia. Enamorada de la libertad, se independizó a temprana edad, dedicando su tiempo a sus responsabilidades laborales como administradora de empresas y a su proyecto de vida. Regresó a su ciudad natal a los 50 años y decidió formarse como terapeuta y sanadora. Ama la música, el estudio, los animales, la lectura, los deportes y los viajes. Conoció el Proyecto Historias en Yo Mayor a través del “chuchumeco” Manuel Gómez Sabogal.

UNA CREATIVA AVENTURA O UNA AVENTURERA CREATIVA...

Por Fernanda Aldana

A lo largo de la vida, he podido emprender muchos viajes. Me imagino que antes de los nueve años los viajes eran para visitar a familia o amigos de mis padres que vivían en otras ciudades diferentes a Bogotá.

En diciembre de 1966, emprendí el primer viaje al extranjero. Mi padre tuvo una maravillosa oportunidad laboral y nos mudamos a otro país. Poco y nada recuerdo de los preparativos. Un día vendieron la casa, al perro pastor alemán y nos mudamos unos meses a casa de la abuela paterna antes de emprender el viaje a México.

Con mis padres, pudimos conocer varios estados de la República Mexicana. Paseamos por diversas ciudades de cada estado. Seguramente, Morelos fue el primero por su cercanía a la ciudad; ahora que lo pienso, al lado de la familia conocí al menos doce de los 31 estados. Viajamos casi siempre en carro, pero también tuvimos la oportunidad de cruzar a Baja California en el ferry. El viaje que más recuerdo fue el primero a Acapulco, algunos de nosotros por poco y no regresamos. El mar nos estaba devorando...

También viajamos varias veces a los Estados Unidos y, claro está, veníamos de visita a Colombia al menos una vez cada dos años. Después de que mis padres se regresaron a Colombia, seguí viajando, unas veces por placer, para participar en alguna competencia y otras veces por trabajo. Viajé en auto, avión, avioneta, helicóptero, barco, globo, parapente, motocicleta, bicicleta, bus, en camión y a caballo. Volví a Estados Unidos y atravesé dos veces el gran charco para conocer el viejo continente.

Y es de uno de estos viajes a Europa del que deseo contarles. La semilla la había sembrado un compañero de ruta, lo conocí unos meses después del terrible terremoto que devastó la ciudad de México en septiembre de 1985. Él es guía de montaña y uno de los pocos humanos que ha escalado el Everest y otras montañas. A Mario y a mí nos unió la muerte y la vida, en el más amplio significado de esas dos palabras. Él partió a Europa en marzo de 1987, habíamos planeado encontrarnos en el verano de ese mismo año en el viejo continente.

Seguí escalando, corriendo y andando en bicicleta, finalmente no fue posible realizar tan anhelado viaje y encuentro. Ese vínculo, jamás, jamás se romperá. Eventualmente, nos damos un saludo a través de las redes sociales.

A principios de 1990, decidí renunciar a la empresa en la que colaboraba y recorrer algunos países del viejo continente en bicicleta. Seguía entrenando con el grupo, les comuniqué mi decisión y comenzaron las clases de mecánica de bicicleta, y todos los preparativos para adaptar mi bicicleta de ruta. Tenía suficientes conocimientos de inglés y tomé algunos cursos de francés; así, asumí que no tendría problemas para comunicarme. Además, compré un par de pequeños y excelentes diccionarios para viajeros. Por cierto, hace un par de semanas, regalé uno de ellos a una chica de Armenia que partió en busca de mejores oportunidades para ella y sus hijos.

Le comuniqué a mi padre la decisión vía llamada de larga distancia, por poco y le da el soponcio; ya había sido suficiente con la locura de los deportes extremos y ahora esta nueva ocurrencia. En fin, como lo aprendí de él, el que paga, manda; no me podía decir absolutamente nada. Pregunté, estudié, investigué y me preparé muy bien para la nueva aventura. Tenía amigos y conocidos viviendo en Alemania e Italia, así que contaba con esa ayuda en caso de una emergencia. También compré un seguro de vida, si me moría, podrían ir a recoger mis huesitos por allá...

Llevaba una agenda conmigo. Nombres y contactos de posibles “apoyos”.

Además, escribí: “Que los caminos se despejen ante ti, que el viento sople siempre a tus espaldas, que el sol te envuelva tibiamente, que suaves lluvias rieguen tus campos y hasta que nos volvamos a encontrar que Dios te guarde en la palma de su mano”. También: *“I place myself voluntary into dangerous situations to learn to face my own fears and doubts, my innermost feelings”*. Y muchos otros mensajes de aliento...

El día 7 de abril de 1990 emprendí mi viaje vía Dallas en un vuelo de American Airlines hasta Londres. Una caja con la bicicleta, tres mochilas especiales para la bici y un pequeño back pack con ropa, cámara para fotos y varias cosas útiles eran todo mi equipaje.

Durante el recorrido, me hospedaría todo el tiempo en los albergues de la juventud. Jajaja, aunque yo no era tan joven. Tenía 33 años, la edad de Jesucristo... Una amiga querida me había regalado algunos dólares para pasar la primera noche en un buen lugar al llegar a Londres. Llegué temprano a esa ciudad, me hospedé en un Bed&Breakfast. Desayuné, descansé un rato y armé la bicicleta. Salí a rodar un rato para revisar que todo estuviera bien. El dueño del lugar me brindó ayuda y me dio varios tips para el viaje.

Dormí bastante bien y tranquila. La aventura, aventura dio comienzo rumbo a Windsor, creo que todos han escuchado hablar del Palacio de Windsor... Conocí varios lugares de Inglaterra, Bélgica, Alemania, Francia, España, Italia, Suiza, Suecia, Grecia, Luxemburgo y Holanda. Viajé en bicicleta, tren, bus y barco. Conocí mucha gente de diversos países, viví muchas experiencias inolvidables, unas porque me dieron mucho miedo y otras por hacer locuras. Ese viaje significó un antes y un después en mi vida.

Hice realidad un sueño anhelado. Viajé durante cinco meses. Ya no quería regresar a México y a la misma rutina. Quizás, si hubiera sido más irresponsable y menos comprometida con los “deberes”, aún estaría por esos rumbos. Mi palabra vale oro y le había dicho a la dueña de la empresa que regresaría. Así es que emprendí viaje de regreso el 14 de septiembre.

Mi diario dice: “Toda la gente a mi alrededor parece no entender nada de lo que estoy sintiendo. Tenía razón Françoise cuando me dijo que esto pasaría. Yo fui la que viví nuevas experiencias, la que sufrió, la que disfrutó, la que se enfrentó cada día con nuevas cosas. Los primeros días fueron muy pesados, después de que hablé con mi amiga del alma me sentí más tranquila, ella siempre me entiende”.

También fue agradable hablar con un exnovio, dijo cosas como –¿Cuál es la posición de la gente ante ti? Si quiero disfruto de las vivencias de los demás.

Actitud, buena onda, mala onda...

“A true friend walks in when the rest of the world walk out”.





2.0

MARIO ESTEBAN MONDRAGÓN MANRIQUE

Nació el 30 de mayo de 1942 en Piura, Perú. Estudió la especialidad de mecánica general. Ha trabajado en diferentes empresas de metalmecánica, en la ciudad de Lima. Se desempeñó como dirigente sindical y social. Actualmente, vive en Carmen de la Legua Reynoso, Callao, donde está jubilado y participa en organizaciones del adulto mayor. Se enteró del proyecto “Historias en Yo Mayor” de las Fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 por las redes sociales y tomó la decisión de participar.

UN VIAJE INOLVIDABLE

Por Mario Mondragón

Cuando crecieron mis hijas, en familia nos acostumbramos a viajar anualmente aprovechando el periodo de vacaciones laborales que coincidía con las vacaciones escolares, de manera que, con anticipación, programábamos nuestras salidas para visitar a la familia o para conocer un nuevo lugar de nuestro extenso territorio, con culturas y costumbres diversas que nos ha permitido conocer nuestra patria.

El Perú, en sus regiones de costa, sierra y selva, ofrece una amplia gama al turismo interno y tuvimos oportunidad de conocer en gran parte la costa y la sierra en muchos viajes que tuvimos oportunidad de realizar.

Pero nuestra meta fue siempre conocer el Cusco y, sobre todo, Machu Picchu. Al fin, en el año 1985 pudimos realizar el ansiado viaje.

Lo realizamos por tierra y en etapas, salimos de Lima hacia Arequipa en donde intentamos llegar al Cusco en el tren, esto no fue posible por la gran demanda del turismo que opta por esta vía pues se considera que brinda una gran variedad de paisajes naturales.

Solo pudimos conseguir pasajes hasta Puno. Allí, realizamos una breve escala que aprovechamos para navegar en el lago Titicaca, considerado el lago más alto del mundo, y conocer las llamadas Chulpas, que eran construcciones para enterrar a los muertos y eran usadas por la jerarquía Inca.

Nuestra llegada a Puno fue en el mes de febrero y coincidió con la fiesta de la Candelaria. Es una celebración tradicional que tiene como atractivo el festival de danzas Puneñas que son casi 200, por lo que se considera a Puno la capital de las danzas.

En nuestro caso, resultó una novedad el frío, la lluvia intensa y el granizo que no se produce en Lima. Además de su comida y la gran variedad de su música folclórica.

El tramo siguiente hacia el Cusco lo hicimos nuevamente en ómnibus, con tan mala suerte que nuestro viaje se interrumpió casi en mitad del camino, en el punto más alto, denominado la Raya. Como consecuencia de las fuertes lluvias, se había cortado una sección de la carretera y muchos omnibuses no podían avanzar. Hubo que esperar toda la madrugada en un sector nevado hasta el día siguiente en que se rehabilitó el tránsito.

En el Cusco, después de instalarnos en un hotel, como era nuestra costumbre, salimos a conocer la ciudad y constatamos que todo lo que se dice de la capital del imperio incaico es real: a cada paso nos sorprendían construcciones de piedra majestuosas y algunas edificaciones de palacios e Iglesias españolas sobre la base de construcciones de piedra. Eran, en últimas, producto del mestizaje colonial.

Al día siguiente visitamos la fortaleza de Sacsayhuamán, que se caracteriza por sus bloques de roca caliza que es considerada la más dura.

Quenco con sus canales en zigzag.

Tambomachay, conocido por sus canales y caídas de agua que demuestran los conocimientos hidráulicos de la época.

Al siguiente día pudimos visitar el circuito conocido como el valle sagrado de los Incas, que se encuentra al lado del río Vilcanota en la ruta del Cusco a Urubamba. En él se diseminan hermosos pueblos coloniales que se crearon y que hoy muestran su mestizaje en arquitectura, arte y cultura viva. Allí se encuentran los poblados de Chinchero, Pisac y la fortaleza de Ollantaytambo que alberga en sus construcciones el único poblado Inca existente

Luego, las deslumbrantes salineras de Maras y las construcciones de piedra circular de Moray.

En estos territorios, diversas comunidades han creado productos asombrosos de turismo rural y turismo vivencial

Cada uno de ellos es un mundo en sí mismo y, en conjunto, componen una forma inédita de conocer la región más tradicional de los Andes sudamericanos.

Nuestras salidas eran por las mañanas y el retorno a la ciudad por las tardes.

Muchas veces fuimos sorprendidos por las lluvias, pues nuestro viaje se realizó en una época del año que no era la más adecuada.

Finalmente, nos tocaba llegar a Machu Pichu, por lo cual conseguimos nuestro pasaje en la estación de San Pedro hasta la localidad de Aguas Calientes en donde pernoctamos para continuar al día siguiente a pie hacia nuestro destino. Allí llegamos con un grupo de turistas que hace la tradicional ruta siguiendo la línea férrea en las primeras horas, antes de que se inicie el tráfico de ferrocarriles. Nuestro ascenso lo hicimos por una escalinata de piedra.

Al llegar al último peldaño contemplamos un paisaje increíble difícil de narrar y sentimos una energía adicional. Estábamos en nuestra meta, lo demás fue un recorrido inolvidable de construcciones y por los famosos andenes (escalones utilizados para la agricultura)

Fue todo un día imposible de olvidar.

Luego, el retorno nuevamente en tren hasta el Cusco y prepararnos para el regreso a Lima al día siguiente.

Nuestros planes no fueron posibles, pues se había producido una huelga de los agricultores y se había suspendido el tránsito. La huelga duró varios días y tuvimos que visitar nuevamente la ciudad del Cusco, constatando que siempre se encuentran nuevos atractivos y una visita no resulta suficiente.

Los inconvenientes prolongaron nuestra estadía al doble de lo planificado.

Finalmente, llegamos a Arequipa y de allí a Lima.

Para el grupo familiar que participó de esta experiencia (con los inconvenientes que surgieron), el viaje sigue siendo inolvidable y, para mí, el mejor de todos los que he tenido oportunidad de realizar.



2.0

MARGARITA MARÍA PELÁEZ MEJÍA

Nació el 20 de abril de 1949 en Jardín, Antioquia. Hija, hermana, esposa, madre, abuela, maestra y activista por la vida: feminista, pacifista y ambientalista. Hecha de alegrías y tristezas, de risas y llantos, de sueños, proyectos y realizaciones. En su equipaje trae desencantos, frustraciones, enfermedad y la muerte de amigos y la de su amado hijo Alejandro, quien la puso en el reto de rescatar su obra y memoria. Ella trata de darle vida a su muerte; y a la tristeza por su ausencia, un sentido. 30 años de su vida profesional los pasó entre la universidad y el servicio al Estado, sin saber si ha sido más una profesora, una investigadora, una activista, una asesora en políticas públicas, una feminista de Estado o una intelectual dedicada a lo público. Confiesa que ha vivido. Estos valores marcaron su vida: amor en lo que hace, pasión por el conocimiento, solidaridad con el dolor ajeno y coherencia entre el pensar, decir, sentir y actuar.

DE LA CASA A LA PLAZA PÚBLICA

Por Margarita María Peláez Mejía

Cada año vivido y recuerdo extraído de mi memoria cuentan mi historia, lo que siento, mis sueños, proyectos y realizaciones.

La gente que me apasiona y, sobre todo, las mujeres que admiro, son arriesgadas, luchadoras y asumen retos que incluso las ponen en el riesgo de perder la vida. Creo que una vida monótona, tranquila, sin cambios y vivida convencional y tradicionalmente no ofrece tema para la ficción.

Preámbulo

Me voy a referir a un personaje nacional: es abogada, exdiputada y excongresista, Piedad Córdoba. Su trabajo se ha centrado en la defensa de los derechos de las mujeres, minorías étnicas y raciales, la defensa de los derechos humanos y la paz.

Piedad Córdoba fue inhabilitada por el procurador Alejandro Ordóñez en 2010, y en 2016 el Consejo de Estado retiró la inhabilidad por falta de pruebas. En 2009, el Premio Nobel Adolfo Pérez Esquivel la candidatizó a este reconocimiento.

Me devuelvo en el tiempo, en 1999 fue secuestrada Piedad por el paramilitar Carlos Castaño; cuando fue liberada, se vio obligada a salir al exilio con su familia. Aquí inicia esta historia.

Era una noche normal y me disponía a acostarme después de una jornada laboral como docente de la Universidad de Antioquia, cuando sonó el teléfono. Era la senadora Piedad, a quien conocía como una figura política de la vida nacional bastante polémica, amada por muchos y odiada por otros tantos. Me sorprendió su llamada y todavía más por la hora; me dijo que la disculpara, que se encontraba en el aeropuerto El Dorado, vía al exilio acompañada de toda su familia y me quería pedir un favor. Yo no salía de mi asombro. ¿Por qué me contaba esto? Y en momentos tan difíciles, ¿acudir a una desconocida? Ella continuó diciendo que el motivo de comunicarse conmigo era que al día siguiente se reunirían, en una gran concentración, las mujeres de base del partido liberal del departamento del Atlántico; ella era la ponente central y no podía ir, me pedía que la reemplazara.

Le respondí: “Doctora, ¿usted no estará equivocada de persona? No soy política, trabajo

como docente en la Universidad de Antioquia; por lo tanto, no puedo abandonar mi trabajo”. Ella continuó: “Margarita, yo la conozco por su trabajo por la defensa de los Derechos de las mujeres. Usted fue la fundadora del Centro Interdisciplinario de Estudios en Género de la Universidad y fundadora y primera secretaria de las mujeres en el Departamento de Antioquia y en el país. Usted conoce la situación y condición de las mujeres. Además, puede estar tranquila, ya hablé con el rector, aprobó que me apoyara en su persona y lo consideró una deferencia con la Universidad de Antioquia”. Le respondí: “¿Sería para leer su discurso?”. Me contestó: “No, usted dice lo que cree, lo que viene trabajando con las mujeres de Antioquia y sus propuestas de empoderamiento, liderazgo y fortalecimiento organizativo”. Dije asustada: “Doctora, creo que no estoy preparada para hablar en plaza pública, solo he tenido experiencia en aula de clase con 40 estudiantes o participado en seminarios en recintos cerrados y con poca gente”.

Escuché que la llamaron a abordar, me dio las gracias y se despidió. A los 10 minutos me llamó la secretaria de rectoría a decirme que tenía listos los tiquetes aéreos y el conductor de la universidad me llevaría al aeropuerto a las ocho de la mañana. Además, me dijo que el rector me agradecía la colaboración a esta senadora que siempre ha estado atenta a las necesidades de la universidad pública y, particularmente, de la UdeA.

A la mañana siguiente me embarqué rumbo a Barranquilla sin saber qué diría, tenía anticipado el pánico escénico al sentir que pasaba de la casa a la plaza pública. Llegué y me esperaban con banderas rojas las integrantes del comité departamental del partido liberal. Nos trasladamos al lugar del evento en donde ya había muchas delegaciones con pancartas con los nombres de los municipios allí presentes. Me dijeron que habían llegado más de 3000 mujeres de los municipios del Atlántico.

El ambiente era festivo: la plaza estaba llena de banderas que se movían danzando con el viento, se unían al compás del clima caluroso y emocional, a la música caribeña, a las consignas y a los vestidos coloridos de las asistentes.

Olvidé los partidos políticos y las ideologías. Miré a los ojos de algunas mujeres, até y uní los hilos conductores de nuestras historias de violencias y visualicé la colcha de retazos hermosos de nuestro territorio. Sentí que debía dar un testimonio y un reconocimiento a la memoria de nuestras ancestras, reivindicar a las víctimas, evitar que se repita la historia

circular de odios eternos en nuestro país, borrar las trincheras y las tristezas que no nos permiten compartir nuestras memorias, poder trascenderlas y sanarlas. Ya terminando mi intervención de una hora (no me lo creía), retomé un cántico y consigna de la Ruta Pacífica de las Mujeres, pedí tomarnos de las manos para invocar lo que para nosotras es casi un mantra: “Por un hogar, un país y un planeta libre de miedos, guerras y violencias”.

Sentí los aplausos y salí como de un sueño que me volvió a la realidad de estar en una plaza pública aplaudida por miles de mujeres, se me llenaron los ojos de lágrimas y no me creía lo que estaba sucediendo. Agradecí y se concluyó el evento con otras intervenciones cortas, para cerrar con éxito.

A los dos meses, fui invitada por la Gobernación del Atlántico y la Alcaldía de Barranquilla a capacitar al personal que daría inicio a la Secretaría de las Mujeres de ese departamento, cumpliendo el sueño de Piedad Córdoba y mío, entendiendo cómo, desde dos perspectivas diferentes (la política partidaria y la académica), estábamos apostando por un mismo objetivo: la igualdad en derechos y oportunidades para las mujeres de todo el país.



Margarita María Peláez M. en el Comité Departamental de mujeres del partido Liberal en Barranquilla.

CONCLUSIONES

Nobles damas y mozos a quienes hemos dedicado estas páginas para consolarlos; creemos haber cumplido nuestro propósito y, por ello, damos gracias. Antes de dar reposo a nuestra pluma, queremos hacer algunas aclaraciones. Los relatos aquí contenidos, siguiendo lo propuesto por Giovanni Boccaccio, pueden ser buenos o malos, según las personas que los lean. “Porque el vino haga daño a los enfermos, ¿hemos de decir que sea malo?... Si una mente no está sana, no puede interpretar sanamente las cosas”. Esto ocurre con estas historias, si alguno quiere sacar mal consejo, puede hallarlo, pero el que sepa sacar buen fruto, encontrará utilidad. Por demás, se trata del esfuerzo de más de ciento setenta y seis personas que, durante siete semanas, compartieron en virtualidad encomendados al arte de escuchar y contar historias por el simple y generoso placer de hacerlo. Más de quinientos veinticinco textos fueron depurados y, finalmente, cincuenta y siete seleccionados para componer este volumen. Las páginas de este libro digital responden al trabajo colectivo que aquí se describe, como también se reconoce, a continuación, el nombre de cada uno de los integrantes de la segunda cohorte de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor. Nada de esto sería posible sin su confianza y complicidad. Este es su libro.

LISTA DE PARTICIPANTES

Abel Gualí Valderrama
Ada Lucía Otero Elías
Agueda Mirta Restaino Marchese
Agustín Adolfo Orjuela
Alberto Sánchez
Alberto Olave
Alberto Suárez
Alcira Correa Valbuena
Alexi Beatriz Pérez Sierra
Alfonso López Ortega
Alina Rodríguez Jiménez
Amanda Tirado
Amelia Restrepo Hincapié
Ana Celmira Ramírez
Ana González
Ana Lucía Vargas
Ana Luna
Ángela Henao Correa
Ángela Hincapié
Antonio Parra
Asdrubal Ramírez
Aura Rosa Cabra Cabra
Auria Plaza Moreno
Blanca Irma Mora Bernal
Blanca Nubia Ayala Salazar
Blanca Valenzuela
Camila Isabel Botero Salazar
Camilo Rincón
Carlos Arturo Mejía Posada
Carlos Eduardo Roa Vargas
Carlos Pardo
Carlos Rubiano
Carmen Elisa Salinas González
Carmen Rosa Berdugo de Vargas
Carmenza Vélez
Carolina Ruge Rivera
Cecilia Pava Higuera
Cenobio Rojas
César Francisco Hernández García
Cievel Patiño
Clara Cecilia González
Constanza Vargas de Cifuentes
Consuelo Arbeláez de Prieto
Danilo Aníbal Valbuena Ussa
Deyanira López
Dinorah Jiménez
Edilia Ibáñez
Eduardo Yáñez Canal
Edys Elberto Noguera
Elsy Espinosa
Emma Llano Sierra
Emma Pedraza
Evangelina Rubiano
Fernanda Aldana Cortés
Fernando Bedoya Londoño
Fernando Prado

Filonila Ospina
 Flor de María Zúñiga
 Flor María García
 Gabriel Eliecer Varela
 Germán Enrique Caballero Herrera
 Gilberto Zuleta Bedoya
 Gloria Durán de Backer
 Gloria Hernández
 Gloria Irene Abella Bojacá
 Gloria Stella Lara García
 Guillermo Gutiérrez Samudio
 Gustavo Urrego Grueso
 Héctor Galarza
 Héctor Hernán Hurtado Botero
 Hugo Alberto Salazar Botero
 Hugo Valencia
 Humberto Ángel Mejía
 Humberto Delgado
 Humberto Manuel Quiñones
 Ileana Victoria Hernández Grillet
 Inés Montaña
 Inés Velilla Mejía
 Jaime Isaza Echavarría
 Jaime Rojas Chols
 Jairo Alberto Barón Ramírez
 Jairo Ayala Vélez
 Jairo Humberto Ramírez Arcila
 Janine Patricia Doncel Urueña
 Javier Salcedo Tafache
 Jesús María Camacho
 Jesús María Zuleta Osorio
 Jorge Alberto De La Espriella Pérez Jorge
 Eduardo Barón Ramírez
 Jorge Grueso Arboleda
 José Alfredo Bojacá Zambrano
 José Álvaro Cifuentes
 José Dolce Irreño Oliveros
 José Eduardo Ruiz
 Josué Alberto Correa Valbuena
 Juan De Dios Vargas
 Juan José Plata Caviedes
 Julio Germán Avendaño
 Lady Cecilia Naranjo Barreto
 Laura Ávila
 Licy Bernal
 Liliana Tapias
 Limbania Salazar
 Lucy Aída Rojas Velasco
 Luis Alejandro Vásquez
 Luis Alfredo Rodríguez
 Luis Alfredo Romero
 Luis Eduardo Villarreal
 Luis Emilio Lasso
 Luis Enrique Chinchilla Molina
 Luis Enrique Jiménez
 Luis Hernández
 Luis Orlando Rojas Velasco
 Luz Marina Vanegas Hurtado
 Luz Stella Torres Díaz
 Luz Stella Yepes

Mabel Jiménez
Magaly Muñoz Ocampo
Magda Flechner Salazar
Manuel Gómez Sabogal
Manuel Tiberio González
Margarita María Peláez Mejía
Margarita Palacios
María Ana Candela
María Argenis Gutiérrez
María Benilda Solano
Maria Cenelia Dussán Cardona
María del Consuelo Corredor Vega
María Del Rosario Vargas
María Elena Valbuena Suárez
Maria Elfi Chaves Salamanca
María Ester Velásquez
María Eugenia Arango
María Guadalupe Cárdenas
María Luisa Uribe Gaviria
Maria Nancy Tirado Cardona
María Oliva Marmolejo Mejía
María Orozco
María Rosario Morales Casas
María Yinet Fernández
Marina Morales
Mario Esteban Mondragón Manrique
Mario Suárez
Marta Cecilia Ordoñez
Martha Lineth Méndez Salazar
Martha Lucia Forero Chavarro
Marvelys Rojas
Nazareth Valencia de Rengifo
Nohora Beatriz Cárdenas Castillo
Norma Ramón
Ofelia Arévalo Ariza
Orlando Gómez Díaz
Orlando Leguizamo Herrera
Oscar Buitrago
Pastor González
Pedro Pablo Martínez Esquivel
Rafael Ángel Patiño Salgado
Rafael Antonio Vargas
Rafael Sánchez
Resfa Fernández
Rodrigo Cobo Arzayus
Rodrigo Quintero Vargas
Rosa Michilina Tovar Atauje
Rosalba Castellanos Naranjo
Ruth Morales
Salvador Velandia
Samuel Gutiérrez Ospina
Segundo Arsenio Riascos
Sildana Cruz
Silvia Mendoza
Sonia Álvarez
Tania Mora Espinosa
Víctor Antonio Bedoya Olaya
Víctor Manuel Ramírez Hernández
Vilma Irene Montoya Montoya
Zulia Rayo Anturi

Este libro se terminó de realizar en octubre de 2021, durante una pandemia que, si bien ha sido mitigada, aún no ha terminado.